

ISABELLE
RONIN

Chasing Red
Poses Rojas



ISABELLE RONIN

Deseos ROJOS

Chasing Red
LIBRO 3 

Traducción de
Elena Macian Masip

ellas.
montena

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@ellasdemontena



@ellasdemontena



@somosinfinitos

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para Lianne, mi mejor amiga

Kara

Estaba a punto de cometer un terrible error.

No iba a ser la primera vez que sucedía ni tampoco sería la última. Sabía por qué no debía seguir adelante, lo sabía muy bien. Conocía perfectamente el dolor de las consecuencias de lo que me disponía a hacer, pero eso no me detuvo.

Cerré los ojos, conté hasta tres en silencio e inspiré profunda y pausadamente. Y entonces me llevé a la boca un pedazo de la lasaña vegetariana con queso que servían una vez a la semana en la cafetería de la universidad.

—Aaah... —suspiré, extasiada, mientras paladeaba el sabroso y adictivo queso cremoso y las esponjosas láminas de pasta. Era mi recompensa: esa semana había sido una buena ciudadana y me merecía...

—Pero ¿qué haces?

Abrí los ojos de golpe. Mi mejor amiga, Tala, con su poco más de metro y medio de estatura, estaba de pie ante mí con un gesto de decepción en su bonito rostro. Dejó sus libros sobre la mesa, tiró su mochila en el suelo, apartó una silla y se sentó.

Le sonreí con malicia y me llevé otro bocado de lasaña a la boca.

—Te recuerdo que eres intolerante a la lactosa —puntualizó mientras me observaba masticar extasiada.

Pero su advertencia fue inútil. Me lamí el queso caliente de los labios, di

otro bocado y gemí de placer.

—He tenido una mañana horrible en el trabajo. Me merecía esta maravilla llena de queso.

—Ahora estás muy contenta —continuó. Abrió su mochila y sacó una fiambarrera cuadrada de color rosa cubierta de imágenes de gatitos. Cuando la abrió, el aroma de las especias inundó el aire—. Pero ¿te acuerdas de lo que pasó la última vez, en el seminario del profesor Balajadía?

Hice una mueca.

—Me he tomado las pastillas.

Ella negó con la cabeza, sacó una servilleta de papel de su mochila y la desdobló. Dentro tenía una cuchara y un tenedor; siempre usaba ambos cubiertos para comer.

—Ya sabes que no te funcionan.

La fulminé con la mirada.

—Me estás estropeando el momento. ¿No vas a calentarlo en el microondas? —Señalé su fiambarrera con el tenedor. Ese día tocaba carne en adobo con arroz.

Me miró avergonzada.

—¿Para que me denuncien? No, gracias.

Puse los ojos en blanco. Para demostrarle lo mucho que la quería, pospuse mi cita romántica con la lasaña, cogí su fiambarrera y me fui directa hacia el microondas. Solo había tres personas en la cola. Bingo.

La madre de Tala siempre le preparaba la comida, que normalmente consistía en arroz y carne. Cuando la calentaba en el microondas, despedía un olor tan penetrante que impregnaba toda la sala. La primera vez que había utilizado el microondas de la cafetería del campus la gente se había quejado de que el olor de su comida se les quedaba pegado a la ropa. Nunca lo volvió a utilizar.

Pero, al fin y al cabo, estábamos en la cafetería. ¿Dónde iba a calentarse la comida si no? ¿Bajo el sol? No quería que se sintiera mal. La gente tendría que aguantarse.

Había conocido a Tala durante el primer año de universidad. Estábamos en la misma clase de contabilidad. Una de nuestras compañeras hizo un comentario desagradable sobre el sobrepeso de Tala y yo... reaccioné en consecuencia. De eso ya hacía dos años y todavía éramos amigas, así que debía de ser una amistad verdadera. Ella era una de las mejores personas del planeta Tierra.

Cuando llegó mi turno, metí su comida en el microondas durante dos minutos. Treinta segundos más tarde, el aroma penetrante de las especias y la carne flotaba en el ambiente. Podía oír las quejas de la gente detrás de mí, así que los fulminé con la mirada, desafiándolos a decirme algo.

Como nadie se atrevió a decir nada, me volví y me quedé mirando el microondas. Cuando faltaban dos segundos para que terminase, lo abrí de golpe, como si me fuera la vida en ello. Odiaba los pitidos que emitía cuando el contador marcaba cero.

¿Por qué no podía ser un único pitido? ¿O una canción pegadiza?

Apreté el botón para dejar el contador a cero, me bajé las mangas para taparme las manos y no quemarme con la fiambarrera y volví a la mesa.

—No es tu querido Gaspard Ulliel, pero bueno —bromeé. Estaba obsesionada con ese actor francés—. Que lo disfrutes.

Ella se rio.

—No pasa nada, estás perdonada. —Abrió su fiambarrera con cuidado—. ¿Te acuerdas de aquel estudiante de arquitectura tan mono del que te hablé? Esta mañana hemos compartido un momento especial. ¡Me ha mirado! —dijo con entusiasmo—. Creo que le dejaría hacerme un bebé.

—¿En serio? —Alcé una ceja—. ¿Como al estudiante de enfermería con el

que quieres casarte en Las Vegas? Serás adúltera...

Se echó a reír y me tiró un poco de arroz.

La cafetería se estaba llenando con rapidez. Algunos estudiantes nos miraban, calculando el tiempo que tardaríamos en comer para poder ocupar nuestro sitio en cuanto nos levantáramos. Mi mirada se cruzó con la de uno de ellos y esboqué una sonrisa que decía: «Te entiendo».

—Con la indecente cantidad de dinero que tenemos que pagar para la matrícula, podrían permitirse construir una nave espacial como cafetería, ¿no crees? —dije, mirando la mesa coja y las sillas de plástico naranja con desdén.

—Pues sí. Y no te olvides de unos alienígenas muy sexis como camareros. —Se metió una cucharada de arroz en la boca—. Ya sabes, ¿no? Naves espaciales, alienígenas... Pero alienígenas muy sexis —añadió entre risas. Antes solía ofrecerme comida, hasta que le dije que no comía carne—. ¿Cómo te va, ahora que has vuelto a la universidad?

—Bien —respondí.

En casa el dinero siempre había sido un problema, y lo seguía siendo, así que había dejado de ir a la universidad durante un año para ayudar a mi padre con los gastos. Mi amor eterno por la ropa y el maquillaje no contribuía a mejorar la situación, pero tenía claras mis prioridades.

Tenía dos trabajos de media jornada —era dependienta en el taller mecánico de mi padre, en el que trabajaban mi hermano y él, y cajera en una cafetería los fines de semana— y uno de jornada completa en un asilo. Había tenido que dejar ese último trabajo al volver a la universidad.

—Me ha costado un poco aclimatarme —añadí con sinceridad mientras me debatía entre lamer el plato o no—. Pero ya me acostumbraré. Voy a una de las optativas de nivel avanzado que ofrecen para estudiantes de segundo y tercer curso.

El trimestre apenas había comenzado, pero ya sentía que tenía mucho que hacer para ponerme al día. No me molestaba ir a la universidad, pero tampoco era lo que más me gustaba en el mundo. Hay gente que sabe desde el principio lo que quiere hacer con su vida. Pues ¡felicidades! No me caéis bien.

Y, si tengo que ser sincera, os haría una reverencia.

Yo no tenía ni idea de lo que quería hacer con mi vida... todavía. Así que, como cualquier futuro universitario pragmático e indeciso, me había apuntado a Empresariales. Cuando me graduase, tendría muchas oportunidades para trabajar en cualquier campo.

—Eso es genial, genial —respondió mi amiga, mordiéndose el labio.

La observé durante unos segundos. Ya sabía lo que iba a pasar a continuación. Tala aseguraba ser vidente.

Yo no creía en esas cosas, pero tampoco era totalmente escéptica. Lo que sí creía era que yo no era un ser humano muy paciente, así que le pregunté:

—¿Qué pasa?

Dejó la cuchara y el tenedor sobre la mesa. «Uf. Debe de ser grave.»

—¿Has...? ¿Has conocido a alguien hoy?

—¿Quieres decir a alguien que no sea estúpido? —«A la mierda. Solo se vive una vez», pensé y lamí el plato—. Pues no.

—¡Kar! —se rio.

Satisfecha, me limpié la boca con la servilleta con tanta elegancia como pude, me recosté en la silla y acaricié el bebé de comida que tenía en la barriga.

—¿Voy a ganar la lotería? —pregunté secamente.

—Hum... —respondió.

Por mucho que me debatiera entre creer o no en sus habilidades como vidente —si es que las tenía—, no me pude resistir a preguntarle, ante la posibilidad de que fuese algo emocionante. Hasta entonces, mi vida había sido

tan activa y excitante como mi cuenta corriente vacía.

Ni siquiera había tenido un novio nunca.

Era parte del Club de las Solteras de Nacimiento. ¡Viva!

—Te encontrará —dijo al cabo de unos instantes.

—Me estás dando un poco de yuyu. ¿Quién me encontrará?

Tenía la mirada perdida, como si estuviese viendo una película en su mente.

—Tú lo encontrarás. O él a ti. No estoy segura.

—¿El tipo al que le debo dinero? —Estaba bromeando, pero se me habían puesto los pelos de punta. Y el corazón me dio un vuelco dentro del pecho. El muy traidor.

—Ya lo verás —fue lo único que dijo antes de recoger sus cosas y marcharse a su siguiente clase.

No podía darle mucha credibilidad a lo que había dicho. A veces acertaba y a veces no. Era como preguntarle a una estríper en la calle si la semana siguiente iba a llover o no. Su predicción era tan válida como podía serlo la mía.

Decidí olvidar lo que me había dicho y limpié la mesa rápidamente antes de coger mi mochila para marcharme. Por supuesto, dos chicas ocuparon nuestros asientos de inmediato. Las miré y levanté el pulgar.

Quedaba más o menos una hora hasta mi siguiente clase, así que decidí ir a la sala común de mi departamento a matar el tiempo. A un lado del pasillo había una pared repleta de taquillas de color rojo. Al otro lado unos enormes ventanales se extendían desde el suelo hasta el techo y permitían que entrase la luz del sol. Los estudiantes estaban sentados en el suelo o apoyados en sus taquillas, charlando sobre la primera semana de clases o sobre el último modelo de iPhone. En una ocasión, un estudiante de intercambio me comentó que en las universidades de su país no había taquillas. En la Universidad Esther Falls de Manitoba, Canadá, sí que las había. Así que podía

considerarme una chica con suerte.

Me detuve en seco al recordar que para entrar en la sala común del departamento necesitaba un carnet de identidad. Me quité la mochila, me agaché y empecé a hurgar entre mis cosas, buscándolo. De repente, levanté la vista.

Tenía el pelo tan negro como el alma de Lucifer.

Se le rizaba bajo la mandíbula y coqueteaba con el cuello de su camiseta.

Mi cerebro dejó de funcionar. Lo único que podía pensar era: «¿Están rodando una peli en el campus? ¿Quién es ese tío?».

Él siguió andando sin enterarse de nada. O eso, o le daba todo igual. Caminaba con mucha seguridad, como si fuese el dueño del lugar. Espalda ancha, piernas largas.

Una cara digna de un arcángel oscuro.

Todo en él era negro: camiseta negra, vaqueros negros, botas militares negras, mochila negra. Todo era tan negro que cuando le miré a los ojos recibí un impacto tan grande como si me hubiesen dado un puñetazo en el estómago.

Eran de un azul penetrante.

Nuestras miradas se encontraron durante un momento fugaz.

Pero lo supe.

El peor error de mi vida no iba a ser aquella lasaña.

Iba a ser él.

Cameron

—Mierda.

Levanté la vista hacia el cielo despejado de la mañana y cerré los ojos, sintiendo el calor del sol en los párpados. Intenté tranquilizarme y conté hasta cinco, pero no me sirvió de nada. Cerré la mano en un puño y me mordí los nudillos.

Había un boquete enorme en el guardabarros de mi moto.

Tras una breve inspección, encontré más arañazos en la parte lateral del carenado y descubrí que la cubierta del motor estaba totalmente rota. «Le han dado un golpe y se han dado a la fuga», pensé, apretando los dientes. Sin duda, algo o alguien había chocado con mi moto y quienquiera que hubiese sido se había molestado en volver a ponerla de pie antes de largarse.

«Pues muchas gracias, hijo de puta.»

Me agaché frente a ella y acaricié la superficie llena de golpes que una vez había sido lisa. Había tenido esa moto durante tanto tiempo que la sentía como una extensión de mi propio cuerpo. Era como una hija para mí.

El responsable lo iba a pagar muy caro.

Me puse de pie despacio, lleno de ira, al límite. Cuando me sonó el teléfono, lo agarré con tanta fuerza como si fuese un cabo salvavidas.

—¿Sí?

—Hola, Cam.

Era Caleb.

—Dime.

Me tragué la ira e intenté concentrarme en la conversación.

—Se me ha olvidado por completo —empezó a decir. Parecía que acabara de despertarse—. Hoy no es sábado, ¿no?

Froté las tapas llenas de arañazos sin poder evitarlo, deseando que desapareciesen.

—Eres un genio.

—Me lo dicen siempre. —Al cabo de unos segundos añadió—: ¿Me llevas a la uni?

—¿Te estás muriendo?

—Diría que no.

Suspiré al descubrir un corte en el asiento de cuero.

—Entonces, no. No te llevo a la uni.

—Tengo la moto en el taller.

El mismo lugar donde pronto iba a estar la mía.

Se aclaró la garganta.

—Y anoche dejé el coche en la disco. Esta mañana he cogido un taxi.

Parecía sentirse culpable. Eso significaba que había dormido otra vez en casa de alguna chica, que había vuelto a su casa en taxi y que no se había molestado en ir a buscar su coche.

—He cambiado de opinión —repuso, arrastrando las palabras—. Sí me estoy muriendo y...

Lo que fuera que estaba diciendo fue interrumpido por una serie de bocinazos atronadores que resonaron detrás de mí. Me volví justo a tiempo para ver un Honda Civic destartado que se acercaba a mí como alma que lleva el diablo.

Grité y salté hacia atrás para que no me diese, pero me golpeé el pie contra la moto, que cayó al suelo con un gran estrépito. No pude evitar gritar de

nuevo al verlo.

Un ruido de metal golpeando la piedra sonó justo a mi derecha.

Era el retrovisor.

Abrí la boca horrorizado, pero no emití ningún sonido.

Lo único que pude hacer fue observar cómo el Civic se detenía por completo, mientras los frenos emitían un chirrido infernal, dos casas más allá de la mía. Se quedó allí unos segundos antes de retroceder a toda velocidad hasta la casa de enfrente.

Noté cómo mi cuerpo se preparaba para un enfrentamiento; casi podía saborear la rabia.

Una chica morena, alta y esbelta, que parecía preparada para la guerra, salió del coche. Llevaba una especie de uniforme: una camisa verde y unos pantalones del mismo color. El pelo castaño claro como la miel le caía suelto sobre la espalda. La chica se dirigía hacia la puerta principal con decisión, como si pretendiera soltarle a alguien una charla persuasiva para traerlo al camino de Jesús.

Llamó al timbre de forma incesante y, tras unos segundos, al ver que nadie respondía, empezó a aporrear la puerta con los puños.

«Qué fiera —pensé—. Es un volcán.»

Hacía ya un par de años que vivía en esa casa, pero me ocupaba de mis asuntos y me mantenía especialmente alejado de mis vecinos. La gente no me interesaba. ¿Para qué complicarse la vida? No tenía ni idea de quién vivía allí, pero no me cabía duda de que aquella chica quería pulverizarlo y zampárselo para desayunar.

Finalmente, la puerta se abrió y asomó un débil anciano con un bastón al que parecía que se lo fuese a llevar el viento. Llevaba una camisa de cuadros con unos tirantes por encima y unos calzoncillos, como si se hubiese olvidado de ponerse los pantalones antes de abrir la puerta. No me sorprendió, porque

todavía era muy temprano.

Pero ¿qué narices podría tener que ver ella con aquel pobre viejo?

Me di cuenta de que la chica no se esperaba que la puerta la abriese él. Dio un paso atrás, vacilante. No pude oír lo que decían, pero me dio la impresión de que ella se estaba disculpando. Y luego el hombre señaló la casa de al lado.

Supuse que se había equivocado de casa, y no pude evitar reírme.

La chica se marchó con la cabeza gacha y aspecto arrepentido. Pero, cuando volvió a levantarla, su mirada ya no mostraba arrepentimiento, sino llamaradas de fuego. «Interesante», pensé.

Era alta y desgarbada, su cuerpo no tenía curvas. No podía distinguir sus facciones con nitidez, pero, por lo poco que veía, no tenían nada de especial: ojos anodinos, nariz pequeña y recta, y labios pálidos. Pero su melena era algo de otro mundo, gruesa y brillante y, a la luz del sol, mechas doradas como la miel se mezclaban con el color castaño.

No era mi tipo, de eso estaba seguro. Pero, entonces ¿por qué estaba tan completa e irremediabilmente fascinado con ella?

Apretó los puños como si tuviera ganas de darle un puñetazo a alguien. Caminaba con decisión, con la intención de intimidar deliberadamente al pobre desgraciado que fuese objeto de su ira.

Tal vez no tuviese una belleza clásica, pero era difícil discernirlo desde tan lejos. Lo único que sabía era que llamaba tanto la atención como un grupo de monjas en una huelga de hambre.

No pude evitar que se me dibujara una sonrisa en los labios. No me lo quería perder.

Sus ojos se encontraron brevemente con los míos, y juro por Dios que sentí un espasmo en todo el cuerpo. Supe que no me olvidaría de aquel momento en toda mi vida. Me quedé completamente paralizado; temía moverme y descubrir

que todo había sido un sueño.

Antes de que pudiera tocar al timbre, alguien la llamó desde un lado de la casa. Se quedó quieta y luego empezó a volverse con una lentitud insoportable hacia la persona que la había llamado y a la que yo todavía no había sido capaz de mirar. No podía despegar la mirada de aquel volcán. Era tan cautivadora y terrorífica como un maremoto que se forma en medio del océano, justo donde tu bote salvavidas flota en paz. Podría aparecer de la nada, engullirte y hacer desaparecer de la faz de la tierra cualquier rastro de tu existencia.

Esa chica reclamaba mi atención de una forma poderosa. Movi6 la boca, curvando el labio inferior en una mueca feroz. Grit6 algo ininteligible y me entraron ganas de ver m6s, de oír m6s. Mi mente guiaba mi cuerpo y sin ser consciente de ello me había acercado m6s a ella. Nunca había entrado en trance, pero pensé que era eso lo que debía de sentirse.

No tuve que alejarme mucho de mi casa, porque ella empez6 a caminar por la carretera hacia su objetivo, gritando y moviendo las manos con furia.

«¿En serio he pensado que no tenía nada de especial?», me dije mientras la contemplaba descaradamente.

Era magnífica, fuerte y poderosa.

Le brillaban los ojos como brasas ardientes; resplandecían como dagas mortales.

—Tú, sabandija de los cojones —gruñó. Aparté la vista de ella rápidamente para ver a quién pretendía cortar en pedacitos, y me quedé paralizado al darme cuenta de quién —o qué— era. Era un monstruo. El tipo era tan ancho como una casa, con el cuello tan grueso como el tronco. Era tan alto y peludo como Chewbacca.

«Pero ¿qué cojones hace? —pensé—. ¿Es que tiene impulsos suicidas?»

Me dispuse a ir a ayudarla, mientras me preguntaba cómo narices me iba yo

a enfrentar a aquel cabrón. Era muy pesado, así que se movería con lentitud y yo podría usar su propio peso en su contra. Probablemente iba a acabar el día con la nariz rota y un par de dientes menos.

Ella le clavó un dedo en el pecho y le gritó a la cara.

—¿Te acuerdas del chico al que has intimidado antes, el que ha venido a cobrar la reparación de tu coche? ¡Pues era mi hermano, retrasado Pelopolla!

Pues no parecía necesitar mi ayuda. El tipo dio un paso atrás y levantó las manos para defenderse. Tenía pinta de estar dispuesto a aguantar la bronca solo para poder hacerle un buen repaso.

Apreté los dientes. ¿Debía interrumpir? No parecía que ella estuviera en peligro. Me apoyé en un coche aparcado en la calle de enfrente, sin dejar de observarlos, alerta. No tardaría más de cinco segundos en intervenir si era necesario.

—Mira, tetitas, es tu hermano quien me debe dinero. ¡No me vas a sacar ni un duro!

Ella lo miró con los ojos entornados, como si quisiera aplastarlo como a un insecto.

—Escúchame bien, cara pan, porque no te lo pienso repetir. Las historias que tengas con mi hermano no tienen nada que ver con el dinero que debes a nuestro establecimiento. Vas a tener que rascarte el bolsillo y darme algo de pasta ahora mismo, o no te gustarán las consecuencias.

Él resopló e hinchó el pecho.

—¿De verdad crees que una raquíica como tú me puede asustar?

Sentí cómo mi cuerpo se ponía en alerta y me aparté del coche, dispuesto a defenderla si a ese tipo se le ocurría levantarle la mano. En ese momento él se percató de mi presencia. Me metí las manos en los bolsillos y me lo quedé mirando. Él apartó la vista.

—Pues probablemente no —le espetó ella—. Pero seguro que la poli sí te

asusta. —Le meneó el móvil delante de la cara—. No sé si tu cerebro tendrá la capacidad de reconocer que esto es un teléfono. ¿Sí? Entonces, deja que te explique lo que voy a hacer con este reluciente aparatito. Voy a llamar a la policía ahora mismo y les voy a contar que se te entregó un vehículo en perfecto estado y que tú te negaste a pagar la reparación. ¿Qué le parece eso, señor Pelopolla?

Al señor Pelopolla eso no le gustó nada. Su rostro adquirió un feo color rojo y empezó a palparle el ojo izquierdo. Abrió la boca, se detuvo y me echó otro vistazo.

—¡Sal ahora mismo de mi propiedad! —le gruñó—. Esto es allanamiento.

Se dio la vuelta y volvió pesadamente hacia su casa. Cerró de un portazo.

Enderecé el cuerpo, esperando que ella se volviera y me viera al fin. Pero se quedó allí, apretando con fuerza los puños. Podía sentir su ira y su frustración.

Iba a decir algo, pero ella se dio la vuelta sobre sus talones y se metió corriendo en su coche. Salté y me coloqué detrás del coche frente al que estaba, por si acaso se le ocurría alguna idea peligrosa.

Derrapando, se salió de la carretera y arrolló a los dos gnomos de jardín que asomaban felizmente por una esquina del patio delantero. Se oyó un ruido seco desde debajo de los neumáticos, que aullaban mientras ella volvía a meter primera.

Observé cómo la cabeza rota de una de las figuras de porcelana rebotaba por la calle y rodaba hasta detenerse a mis pies. Levanté la vista y clavé la mirada en el pequeño Honda, que se alejó por la carretera a toda velocidad y dobló la esquina, desapareciendo de mi vista.

«Guau. Simplemente... Guau.»

Tenía que volver a verla. De lo contrario, me moriría.

Pero primero tenía que encargarme de otra cosa. Llamé al timbre y esperé

en el porche de Pelopolla. El tipo me abrió la puerta con cara de malas pulgas, pero su expresión se suavizó al verme.

Seguramente esperaba que fuese ella otra vez. Reprimí una sonrisa.

—Eh —dijo, cerrándome el paso.

No lo culpé. Normalmente, la gente desconfiaba de mí. Mi amigo Caleb decía que era por mi estatura. Le sacaba una cabeza a casi todo el mundo. Estaba delgado, pero entrenaba en el gimnasio y trabajaba haciendo demoliciones para un amigo, así que tenía un cuerpo musculado. Caleb me había dicho en una ocasión: «A veces, cuando te enfadas y te quedas callado, tienes una mirada que asusta. Miras a la gente como si los estuvieses evaluando y como si supieses lo que piensan. No tienes miedo y eso te hace impredecible. Y eso asusta. Pero mola. Eres como Batman, tío».

La verdad era que yo sabía lo cruel y mala que puede llegar a ser la gente tras las máscaras que muestran al resto del mundo. Y también sabía ser como ellos cuando era necesario. Y lo despreciaba. Quizá por eso me había sentido tan atraído por esa chica. No escondía nada. Era tan... auténtica.

—Tú eres el tío que vive ahí enfrente, ¿no? El que tiene ese pedazo de moto.

—Sí.

—Mira, tío, no quiero problemas —dijo mientras se rascaba la cabeza.

Asentí e intenté parecer amable.

—Ya me lo imaginaba. ¿Ves mi moto? —Señalé por encima de mi hombro.

Él miró a donde le señalaba y puso unos ojos como platos al verla.

—¡Qué putada! ¿Qué ha pasado?

La miré con toda la tristeza que fui capaz de expresar.

—¿Que qué ha pasado? ¡Ella!

Se quedó boquiabierto.

—¿Quieres decir que eso lo ha hecho ella?

Lo miré con solemnidad. No dije ni que sí ni que no. En realidad, técnicamente lo había hecho ella.

—Puede que me olvidase de pagar la factura —dijo al tiempo que suspiraba y se rascaba la barba—. Pero solo eran ciento treinta pavos, tío.

Me encogí de hombros. «Menudo cabrón», pensé.

—La mía era solo de cincuenta.

—¡Joder! —Podía visualizar cómo trabajaba el engranaje de su cerebro—. De verdad que no quiero problemas. Mi piba vuelve mañana.

—Me han contado que otro tipo le debía dinero y empezó a llamar a todas horas a su trabajo, a sus padres, a sus abuelos, a su novia y a sus vecinos. Lo persiguió por todas partes hasta que no pudo más y pagó.

Parecía horrorizado.

—¡Joder! —Ladeó la cabeza—. Supongo que más me vale pagar la factura.

Había estado tan ocupado pensando en ella que no fue hasta mucho más tarde, de camino al gimnasio, cuando caí en la cuenta de que no tenía ni idea de dónde trabajaba. Se lo podía preguntar a Pelopolla, pero entonces mi mentira quedaría al descubierto y quizá no le pagase.

Qué putada. ¿Cómo narices la iba a encontrar?

Mientras guardaba mis cosas en la taquilla del gimnasio mi teléfono vibró. Era mi padre. De forma automática, como si mi cerebro ya estuviese condicionado para ello, mi cuerpo se puso en guardia, preparándose para una pelea. El resentimiento se me agolpó en el pecho. ¿Qué narices quería ahora? Lo ignoré y cerré la taquilla de un portazo. No sé cuánto rato me pasé ahí, lamentándome en silencio, de nuevo inmerso en el odio, antes de sacudir la cabeza para aclararme las ideas. Me dirigí a la piscina.

Todavía era temprano, así que tenía la piscina para mí solo. Tal y como me

gustaba a mí. A solas.

Me puse las gafas de nadar, levanté los brazos y estiré bien los músculos antes de sumergirme. En cuanto estuve rodeado por el agua, que amortiguaba el sonido de todo lo demás, empecé a relajarme.

Me desplazé bajo el agua y la imagen de esa chica se me cruzó por la mente. Sonreí.

Tenía los ojos un poco rasgados. De repente, lamenté no haber estado lo suficientemente cerca de ella para ver de qué color eran. El sol brillaba demasiado y no se distinguía el color. Podrían haber sido verdes o marrones, no estaba seguro.

Y esas piernas... Dios. Esa chica tenía unas piernas larguísimas. Me pregunté qué aspecto tendrían si llevase falda. O unos vaqueros ajustados.

Era audaz, y una inconsciente por haberse enfrentado a un hombre que era cuatro veces más grande que ella. Me impulsé con los pies en la pared de la piscina para nadar otro largo. Sonreí al recordar cómo había arrollado los gnomos del jardín y me atraganté con el agua de la piscina.

Cuando recuperé el resuello seguí nadando.

¿Era realmente una sorpresa que me sintiese atraído por ella? Casi todas las personas que conocía se tragaban todos sus sentimientos, hasta que sus rencores y sus decepciones empezaban a desbordarse, envenenando todo lo que los rodeaba. Durante la mayor parte de mi existencia había vivido así, hasta que eso se había convertido en lo único que conocía. Hasta que una parte de mí se había vuelto exactamente así. Lo despreciaba.

Y también me despreciaba a mí mismo.

Llegué a la pared, me impulsé y nadé otro largo. Y otro. Y otro más.

Tras una ducha rápida, me puse los pantalones y la camiseta negros en un

santiamén y me calcé las botas. Me eché la mochila a la espalda, cogí el móvil y me dirigí al aparcamiento del gimnasio.

—Eh, guapo —oí que me gritaba una chica. Seguí andando.

—Mierda —mascullé entre dientes al ver que la búsqueda en Google de talleres mecánicos en Esther Falls daba más de cien resultados. ¿Cómo la iba a encontrar?

Filtré los resultados para ver solo los negocios que había en mi zona y se redujeron considerablemente. La ajusté un poco más buscando solo los negocios familiares. Pensé que, como había ido personalmente a cobrar la factura de Pelopolla, el negocio debía de regentarlo su familia. Tal vez sí o tal vez no.

Tenía que llevar la moto a reparar de todos modos, así que mataba dos pájaros de un tiro. Estaba siendo práctico. No estaba haciendo nada del otro mundo.

Pensar en mi moto estropeada estaba empezando a cabrearme. Todavía tenía que averiguar quién había sido. «Quienquiera que sea se va a enterar», pensé mientras me metía en el coche para ir a la universidad.

Las temperaturas habían descendido un poco, así que bajé la ventanilla para que entrase aire fresco. Encendí la radio y subí el volumen.

Me pregunté cómo sería tenerla en el coche junto a mí. Me la imaginé asomando por el techo solar. Seguramente parecía un estúpido con esa sonrisa en la cara, pero me daba igual.

Aparqué el coche y barajé la posibilidad de quedarme dentro unos minutos, hasta que acabara la pausa para comer. No me gustaban las multitudes, y las evitaba como si fuesen una plaga, pero estaba sediento después de entrenar y necesitaba hidratarme.

Subí las escaleras de dos en dos y doblé la esquina hacia la cafetería para buscar algo para beber. Al ver a la gente en el pasillo, ralenticé mis pasos sin

molestarme en disimular mi fastidio. Habría preferido estar en otra parte.

Busqué mis auriculares en la mochila y, como me costó mucho dar con ellos, me rendí y seguí andando. Me pregunté si Caleb estaría por allí. Yo no había ido a recogerlo a su casa, pero a ese chaval no le habría costado nada conseguir que una de sus chicas lo fuese a buscar. Solía estar en los pasillos junto al equipo o en una de las salas comunes rodeado de chicas.

Miré a mi alrededor, buscándolo. Y entonces me quedé de piedra. ¡Era ella! ¡El volcán! Estaba a punto de hacerle otro repaso cuando alguien intentó bajarme los pantalones por detrás. Los cogí de la cintura justo a tiempo y me di la vuelta de golpe.

—¡Serás gilipollas! —le grité a Caleb, mientras él se partía de risa.

Le di un puñetazo amistoso en el brazo y me volví de nuevo. Pero ya no estaba.

Habría jurado que era ella.

—Rata —dijo Caleb—. Gracias por no venir a buscarme. Te lo agradezco, tío.

¿Era ella de verdad o mi mente me había jugado una mala pasada? Madre mía, me había dado fuerte. Exhalé un suspiro y sacudí la cabeza ante lo ridícula que era la situación.

—¿A quién buscas? —preguntó Caleb. Se metió las manos en los bolsillos y se apoyó en la taquilla. Ladeó la cabeza y me observó. Solía hacerlo cuando intentaba descubrir qué me pasaba.

Me encogí de hombros.

—Hum... Le doy un ocho —dijo, apreciando con la mirada a una rubia que pasó por su lado y le sonrió. A Caleb le gustaban las rubias.

Solíamos matar el tiempo puntuando a las chicas, pero aquel día yo no estaba de humor. No podía hacerlo mientras ella siguiera en mi cabeza.

Pero ¿qué narices me estaba pasando?

—Necesito beber algo. Ahora vuelv... —Me interrumpí cuando me sonó el teléfono. Era mi padre. Otra vez. Suspiré.

Caleb me miró con aire comprensivo.

—¿Tu padre?

Asentí con el semblante sombrío, mirando el teléfono fijamente.

—¿No vas a contestar?

Apreté el puño y me mordí los nudillos. «A la mierda», pensé.

—¿Qué? —respondí.

Mi padre tardó unos segundos en hablar.

—Quizá deberías responder al teléfono con un poco más de educación, o la gente pensará que tu madre no te ha educado bien.

Su voz estaba colmada de decepción. Como de costumbre.

—Es que no me ha educado bien —contesté.

Él resopló.

—¿Cómo le va a tu amigo Rick? —preguntó con condescendencia—. ¿Sigues rogándole a la gente que le dé dinero?

Ambos sabíamos que estaba intentando provocarme. Sabía lo mucho que me afectaba que hablase de mi amigo en ese tono. Rick me había ayudado cuando todos los demás me habían abandonado.

—¿No tienes nada que decir?

Apreté los dientes y, con toda la tranquilidad posible, le dije:

—¿Por qué no me dices para qué has llamado? —«Y así los dos podremos seguir con nuestras vidas», pensé.

—Solo quería saber cómo estabas y qué tal te va con los estudios.

—No te comportes como un padre a estas alturas. No va contigo.

Se rio, pero no de forma amable, sino con superioridad. Como un padre que hablaba con un hijo descarriado.

—Tu madre ha vuelto a la ciudad. Me ha llamado. Necesito que la vuelvas a

ver y la tranquilices para que deje de acosarme.

—No.

Colgué, cerré los ojos y me los tapé con fuerza con las manos. No me acordaba de cuándo había visto a mi madre por última vez, pero sí de que no había ido bien. Mi padre no quería lidiar con ella y siempre me endosaba a mí el problema.

Podía sentir cómo mi mente empezaba a cerrarse, cómo la rabia se adueñaba de mí. Necesitaba caminar para calmarme, hacer algo para no estallar.

—Hola, Cameron —me saludó alguien con voz coqueta.

Abrí los ojos y me encontré a Lydia delante de mí.

—¿Estás libre esta noche, Cam? —preguntó, aleteando las pestañas de forma sugerente—. Mis padres no estarán en casa, y...

La cogí de la muñeca.

—Estoy libre ahora —contesté—. Vamos.

Kara

Conocerle fue un error.

Un error precioso.

La marcada curva de su mandíbula

su cuello

la forma de su boca

¡su boca!

la larga línea de sus brazos

¡su boca!

Tenía ojos felinos, penetrantes y con gruesos párpados; el tipo de ojos que pueden hacer que se te acelere el corazón solo con mirarte un segundo. O romperlo y hacerlo sangrar si te rechaza.

Pensé que aquellos ojos azules y penetrantes carecían de compasión, que eran indiferentes a todo lo que había a su alrededor. Pero, de alguna manera, eran tristes.

Y esa tristeza hacía que quisiera mirarlos durante más tiempo, hacía que mi corazón avaricioso quisiera más.

«Quiero saber por qué está triste.»

«Quiero que quiera contármelo.»

«Quiero ser lo suficientemente guapa para estar con él.»

Y ese último pensamiento hizo que dejase de soñar despierta, me despertó con tanta brusquedad como si me hubiesen tirado agua hirviendo. Vi cómo su

amigo se acercaba a él con sigilo y le bajaba los pantalones.

En cuanto se dio la vuelta me puse la capucha, con la cara ardiendo, y corrí en la dirección opuesta.

Pero ¿qué narices? ¿Lo suficientemente guapa para estar con él?

Antes muerta que dejar que las inseguridades que tenía de pequeña se adueñaran de mí otra vez. Las caras bonitas no me afectaban.

Bueno... La verdad era que sí.

Pero no tanto. No como para desear ser otra persona. Otra vez no.

Entonces ¿qué me pasaba con él?

Decidí que no me gustaba.

En realidad, deseé no volver a verlo nunca. No me servía de nada pensar en un chico que de todos modos no se fijaría en mí y en quien, en circunstancias normales, yo tampoco me habría fijado.

Estaba segura de que su radar ni siquiera me había detectado.

Una chica con la que me crucé en el pasillo me evitó y me miró nerviosa antes de doblar la esquina.

Puse los ojos en blanco. Estaba ocupada con mis pensamientos.

Debían de haberle puesto algo a la lasaña.

Y en ese preciso instante empecé a sentir retortijones en el estómago.

«Oh, no, mierda.»

Algo estaba intentando salir de mi cuerpo a borbotones.

Y por los sonidos inhumanos que provenían de mi estómago, supe que iba a sufrir, a sufrir de verdad.

Lo sabía. Joder, ¡lo sabía! Y en mi fuero interno también sabía que me lo merecía, por ser una cerda glotona.

La cola del baño llegaba hasta más allá de la puerta. Quedaban cinco minutos para el comienzo de las clases y todo el mundo quería hacer sus necesidades en el último momento. Qué gilipollas. Eran todos unos gilipollas.

Cerraría con llave todos los baños cinco minutos antes del fin del mundo para que nadie los pudiera usar. Más tarde me reiría de esa ocurrencia tan ridícula, pero en ese momento lo pensé totalmente en serio.

No me quedaba otro remedio. Tenía que ir al baño de la tercera planta. Mejor dicho, el «folladero» de la tercera planta.

Los estudiantes lo habían apodado así porque era el lugar donde las parejas iban... Bueno, a follar. Tenías que subir tres pisos por las escaleras y recorrer la planta entera para llegar hasta él, ya que estaba al final del pasillo. Nadie en su sano juicio que tuviera ganas de mear caminaría tanto para llegar a un baño.

Nadie excepto yo.

—Ah, ¡mierda!

Me dio un retortijón tan agudo que lo sentí hasta en el alma. Me agarré al pasamanos de las escaleras y apoyé la frente sudada en los brazos, jadeando.

—Tú puedes. De acero, tía. Estás hecha de acero.

Me aparté del pasamanos, apreté bien las nalgas y eché a correr. Podía oír el ruido de mis pasos, que reverberaban en las paredes de las escaleras, mientras sentía un sudor frío por todo el cuerpo.

Cuando llegué a la puerta del lavabo estaba resollando; tenía tanta prisa por sentar el culo en la taza del váter que a punto estuve de resbalarme. Abrí de golpe la puerta del retrete que tenía más a mano y me liberé.

¿Alguna vez te has tenido que agarrar a los lados del baño mientras cierras los ojos todo lo que puedes, gimes como un cerdo y empujas con todas tus fuerzas para que, al final, no salga más que aire?

Pues sí, en esas me vi yo.

Estaba haciendo justo eso cuando oí que se abría la puerta del baño y luego unos gemidos y el ruido de la ropa que se estaban quitando. Parecía que alguien se disponía a hacer marranadas en el mismísimo suelo del baño.

—Me encanta, Cam —oí que ronroneaba una seductora voz femenina.

¡PRRRRRRRRF!

Esa fui yo tirándome un pedo. Ventoseándome. Soltando gas. Como una locomotora el día de Navidad.

Se hizo el silencio.

Entonces oí otra vez el ruido de la ropa, como si se la estuvieran volviendo a poner, y la puerta que se abría y se cerraba.

Joder, menos mal que se habían ido.

Terminé con lo mío rápidamente y eché un poco de perfume en el baño para que el pobre que viniera después no tuviera que aguantar mi peste. Me lavé las manos a conciencia, me retoqué el pintalabios, abrí la puerta y al salir al pasillo me quedé paralizada.

Ahí estaba él, con sus ojos azules y su pelo negro de Lucifer, apoyado en la pared de enfrente del baño.

Estaba buenísimo y era aún más peligroso. Tenía los brazos cruzados y una piruleta en la boca.

Abrió mucho los ojos al verme. Nos quedamos allí plantados durante lo que me pareció una eternidad, mirándonos fijamente.

Y entonces... Sonrió.

Kara

Se me quedó la mente en blanco. Total y absolutamente en blanco.

Era como intentar ver una película online, cuando de repente la pantalla se queda borrosa y aparece el siguiente texto: «Tu cerebro se está cargando 7 %...».

Estaba apoyado en la pared, observándome con esa bonita sonrisa torcida. Como si no fuese consciente del tiempo, movió los hombros de forma perezosa y se sacó la piruleta roja de la boca.

Era una de esas piruletas redondas y planas que vendían en la cafetería. Me sorprendió que le gustasen.

Sus ojos profundamente azules se clavaron en mi rostro. Me oí a mí misma tragar saliva. Abrió la boca despacio y se volvió a meter la piruleta con suavidad, pero en lugar de chuparla la atrapó entre sus dientes.

Y la mordió.

¡Crac!

«Hasta la vista, ovarios.»

Ví que tenía la lengua manchada de rojo del caramelo.

Pronto me quedaría sin saliva que tragar.

Se terminó la piruleta y tiró el palo hacia atrás. Pensé que era imposible que me mirara con más intensidad.

Pero me equivocaba. Un brillo malévolo parpadeó en sus ojos.

Oh, oh...

Las primeras palabras que me dijo fueron:

—Has soltado gas con tanta fuerza que casi se me lleva por delante.

Me quedé sin aire.

En la garganta me ardía un grito como de animal enjaulado. Yo no era el tipo de persona que se quedaba sin palabras. Siempre tenía algo que decir, pero en aquel momento quise que el cielo se partiera en dos y me proyectase hacia el espacio.

Movió los labios.

—Me debes una, fiera.

¿Fiera? Debería haber contestado. Sabía que tenía una buena respuesta flotando en algún lugar de mi cerebro, pero ¿dónde narices estaba?

«Cargando 7,001 %...»

—¿Cómo te llamas? —preguntó sin dejar de observarme, increíblemente concentrado en mi rostro.

Tragué saliva. Intenté hablar. Nada.

Se reía con los ojos; aquellos ojos enormes y profundamente azules se arrugaban en las comisuras. Y entonces bajó la vista como si no pudiera contener más sus ganas de reír, se llevó el puño a su bonita boca y... ¿Se estaba mordiendo los nudillos?

«Ay, Dios —pensé—. ¿Por qué me parece eso tan sexi?»

Volvió a mirarme a los ojos.

Se me escapó un poquito el pis.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —preguntó, provocándome.

Si eso me lo hubiera preguntado otra persona, o si no se me hubiera perdido el ingenio en algún lado, lo habría aniquilado y cortado en pedacitos para cenármelo.

Pero no pude. Me había quedado sin batería y tenía que cargarla.

—Dímelo.

Parecía de ese tipo de personas que nunca piden nada por favor, y si lo hubiera hecho habría resultado un poco incómodo, pero, de alguna manera, lo oí en su voz.

«Dime cómo te llamas. Por favor.»

—K... Kara —balbuceé. Mi voz sonaba débil—. Kara —repetí, esta vez con más fuerza.

Un patético intento por recuperar el control.

Sentía que tenía los ojos muy abiertos. ¿Acaso me había olvidado de parpadear?

Lo intenté, pero mis párpados no cooperaron. Solo tenía ojos para él, su imagen lo llenaba todo, como una captura de pantalla en mi cabeza.

Su pelo negro brillaba a la luz del sol, con reflejos casi azules.

Ladeaba la cabeza y los mechones sedosos, negros y azulados le acariciaban un lado de la cara y le tapaban parte de los ojos.

Seguía apoyado en la pared... Con la dosis justa de temeridad.

Era alto. Altísimo. Delgado pero musculoso, como un nadador. Tenía la espalda ancha y se le estrechaba hacia la cintura.

—¿Y tu número? —preguntó.

Esta vez no se desprendía ningún «por favor» de su tono de voz. Directo y audaz. Todo seguridad en sí mismo.

Se lo di.

Sonrió con malicia. Parecía un niño pequeño que se había salido con la suya.

Pero ¿qué estaba haciendo? Eso no era propio de mí. Alguien me había poseído.

Él había absorbido todos mis poderes. Tenía que escapar de allí, pero mis piernas no se movían. ¡Las muy traidoras!

Se apartó de la pared y se enderezó. Durante un segundo sentí el pánico en

mi pecho, pero no porque le tuviera miedo a él. Tenía miedo de lo que yo podía llegar a hacer.

Empezó a caminar, acercándose cada vez más. Pero ya no me estaba mirando, y me pregunté si no sería solo una prueba. Un juego.

Siguió andando con la vista al frente mientras una sonrisa parecía querer dibujarse en sus labios. Cuando pasó a escasos centímetros de donde yo estaba, cerré los ojos de forma involuntaria.

Y entonces... Sentí una ligera caricia en el dorso de la mano. Ligera como una pluma, como si las alas de una mariposa estuviesen aleteando cerca de mi piel.

Abrí los ojos y bajé la vista, conteniendo el aliento. Fue como verlo a cámara lenta. Estábamos el uno al lado del otro, mirando en direcciones opuestas. Lenta y suavemente, la punta de su dedo acarició el mío sin llegar a tocarlo, resiguiendo su forma.

Sentí que bajaba un poco la cabeza hacia mí, sentí el calor de su cuerpo, olí su aroma masculino.

Y entonces se marchó.

Kara

Cuando llegué a casa me fui directa al baño, pero esta vez no era para plantar un pino.

Me senté en la bañera vacía sin quitarme la ropa. Apoyé la barbilla en las rodillas y me puse las manos en el cuello. Me quedé mirando las manchas amarillentas que no conseguía eliminar por mucho que frotase la bañera, y dejé que mi mente divagase.

Todo estaba en silencio, excepto por el sonido rítmico de las gotas que caían del grifo. Si escuchaba con atención, también podía oír el pesado tictac del espeluznante reloj de abuela del comedor. Teníamos que volver a ajustarlo o, en mi opinión, tirarlo de una vez, pero a mi padre le encantaba guardar trastos —trastos útiles, según él—, así que ahí seguía.

Se me ocurrió que si mi amigo de la infancia, Damon, hubiese estado aquí, ya se habría encargado de arreglar el grifo y el reloj. Era todo un manitas, entre otras cosas.

Pero no estaba. En su último mensaje me había dicho que se hallaba en algún lugar de la Columbia Británica, haciendo Dios sabe qué.

Dubitativa, dirigí la mirada de mis pies al otro extremo de la bañera, donde había dejado mi teléfono móvil. La pantalla negra se reía de mí. Lo miré con los ojos entornados, como si fuese mi archienemigo.

«Debería apagarlo», pensé.

¿Por qué no lo hacía?

¿De verdad estaba esperando a que me llamase?

Y... Ay, Dios. Había olido mi pedo. Ese pedo estruendoso.

Me pegué en la cara con ambas manos, me tapé la boca y grité. Qué tortura. Era una tortura. Y pensar que había estado fantaseando con él unos minutos antes de que me viera en el pasillo, al salir del baño... O de que me... oyera dentro del baño...

«Mierda.»

¿Por qué me había preguntado mi nombre? Y ¿por qué me había pedido mi número de teléfono? No era posible que estuviera interesado en mí... ¿No?

Pero la pregunta más importante era por qué narices le había dicho yo cuál era mi nombre y le había dado mi móvil.

Pensé en la forma en que me había preguntado cómo me llamaba. Como un susurro. Como si fuese un secreto que quería saber. En su voz había un ligero matiz de desesperación.

«Dímelo.»

«Dime cómo te llamas. Por favor.»

Pero ¿cómo me iba a negar si me lo pedía así?

Cerré los ojos con fuerza. ¿Por qué? ¿Por qué lo quería saber?

Me había pedido el teléfono de una forma chulesca, muy confiado, como si tuviera el control. Y ¿por qué no iba a ser así? Probablemente había pensado que yo era una chica fácil.

¡Fácil! ¿Yo, fácil? ¡Ja! Pensarlo hacía que me picase todo. Tenía ganas de darle un puñetazo o una patada a algo... Preferiblemente a su preciosa cara.

Cam.

Así era como se llamaba. La había oído a ella decir su nombre.

Ahí tenía mi respuesta.

Podría haberme negado porque se estaba liando... No, tacha eso: porque, minutos antes de pedirme el número de teléfono, iba a jugar a esconder el

salchichón con su novia en el folladero.

Así que pensaba que podía engañar a su novia conmigo, ¿no?

Apreté los dientes. Eso me sacaba de quicio. Los adúlteros estaban en mi lista negra. Después de todo, mi madre lo era. Se había largado con un vendedor de aspiradoras y había dejado a mi padre solo con dos hijos que criar. Pues adiós muy buenas, en mi opinión.

Me quedé mirando mis calcetines. Les había hecho un agujerito a base de empujar con el pie con rabia. Eran mis calcetines de gatos preferidos. Una cosa más que añadir a la lista negra, al lado de su nombre.

Estaba enfadada, algo que no tenía mayor importancia, pero había algo más. Decepción.

Me apoyé en la bañera y miré al techo. Había muchos idiotas que engañaban a sus parejas. No era ninguna sorpresa. Entonces ¿por qué me decepcionaba que lo hiciera alguien cuya existencia desconocía hasta ese mismo día?

¿Por qué?!

No lo había visto antes, ni había oído hablar de él. Vale, sí, era una universidad enorme, pero alguien tan atractivo como él estaba destinado a ser el protagonista de los temas más candentes del campus. Pero, claro, me había tomado más de un año sabático. No estaba al día. Igual acababa de llegar de otra universidad. O era un estudiante de primer curso. Negué con la cabeza ante lo absurdo de esa posibilidad. No podía ser de primero. Era enorme. Y muy alto.

Yo era más alta que la mayoría de los chicos y chicas que conocía, pero él me superaba. Solo eso habría bastado para llamar mi atención. Era como encontrar un par de zapatos bonitos en una tienda. Yo gastaba un 42 y casi nunca había de mi número. Así que cuando encontraba unos, tenía que echar otro vistazo. Tenía que mirarlos, tocarlos y probármelos para asegurarme de que me quedaban bien.

¡Eso era! Por eso le había dicho cómo me llamaba y le había dado mi número de teléfono. Y por eso estaba decepcionada. Los zapatos no me entraban. Decepción total.

Satisfecha con mi conclusión, cogí el teléfono y salí de la bañera, dispuesta a pasar página.

Pero entonces me sobrevino una imagen de él junto a mí, de su cabeza acercándose a la mía y su piel a punto de rozarme.

Solo con pensarlo se me aceleró el corazón. Ya no estaba enfadada solo con él, ahora también lo estaba conmigo por no conseguir quitármelo de la mente. Sacudí la cabeza para aclarar las ideas. Me negaba a dedicarle ni un segundo más de mis pensamientos, y si volvía a perturbar mi paz interior ¡liberaría al Kraken!

«¡Que se atreva a llamarme!», pensé.

Y entonces sonó el teléfono.

—¡Cagonlaputa! —grité.

Me froté la cara y me agarré el pelo. ¿Me estaba llamando él?

Durante un segundo pensé en tirar lejos el móvil, pero lo más probable es que se rompiera. Todavía me quedaban unos meses de permanencia y no pensaba pagar por la reparación ni comprarme uno nuevo.

Él no merecía la pena.

Con el corazón martilleando contra mi pecho, cerré los ojos para no tener que ver quién llamaba. Lo dejé sonar y vibrar en mi mano un segundo, agarrándolo con fuerza entre la palma y los dedos. Saboreaba mi desgracia con un placer enfermizo, tentándome con la posibilidad de que fuese él quien llamaba y de que yo respondiera.

¿Para decir qué, exactamente?

Igual le decía cuatro cosas. Qué te parece eso, ¿eh?

Molesta conmigo misma, abrí la mano, dejé que el teléfono cayera en el

lavabo, salí del baño y cerré la puerta tras de mí. «Todo esto es culpa suya — pensé—. Maldito orangután mentiroso e infiel.»

Sonó el timbre.

—¡Joder! —Suspiré con fuerza y me dirigí a la puerta arrastrando los pies—. ¿Es que tengo que vender mi alma al diablo para disfrutar de paz y tranquilidad en este planeta o qué?

Miré el reloj. Era la hora en que mi padre y mi hermano volvían. «Si se han vuelto a olvidar las llaves, juro por Dios que...»

Abrí la puerta de nuestro diminuto apartamento y me encontré con la cara agria perenne de mi tío Andrew y el rostro amable y redondeado de su esposa, Charity. El taller era propiedad de mi tío y de mi padre, y el pequeño apartamento de dos habitaciones en el que vivíamos estaba justo detrás. Como la mitad del taller pertenecía a Andrew, a este le encantaba recordarnos la suerte que teníamos de no tener que pagar alquiler gracias a que él nos permitía vivir allí gratis.

Y, como en su mente el piso también era de su propiedad, podía ir y venir cuando le diera la gana. Le había pedido a mi padre que le diera una llave de nuestro piso, por si había alguna «emergencia». Pero yo le amenacé con irme a trabajar a Salome Avenue con Faye, una amiga de la familia que ejercía de prostituta los fines de semana, si lo hacía. Mi padre no le dio la llave.

Mi tío plantó su escuálido culo en una de las bonitas sillas que yo había restaurado para nuestro comedor. Estudió el apartamento con mirada crítica, mientras Charity se sentaba junto a él.

El tamaño no era para presumir, y tal vez yo no fuese la persona más limpia ni la más ordenada del mundo, pero sabía cómo darle vida a un piso. La mayoría de los muebles y objetos de decoración eran cosas que había encontrado en tiendas de segunda mano y que había pintado o renovado, regalos de amigos o parientes, u objetos que mi padre había recogido de

cualquier parte. Recogía todo lo que se encontraba, pero yo seleccionaba meticulosamente qué se quedaba y qué no. Damon y Dylan habían tenido que construir un cobertizo para todos los trastos que mi padre amontonaba. Y para evitar que yo lo asesinase.

—¿Por qué hace tanto calor aquí? —se quejó Andrew—. ¿Sabes cuánto cuesta la calefacción hoy en día? Que podáis vivir aquí gratis no significa que puedas despilfarrar, niña. Apágala, que no hace tanto frío fuera.

Pero ¿qué se había pensado? ¿Que yo era un mamífero de sangre fría? Lo miré con los ojos entornados y me apoyé en la pared con actitud desafiante.

Cuando se dio cuenta de que no pensaba moverme, me miró con una mueca de desaprobación.

—Haznos un café. No te matará ser un poco hospitalaria —dijo.

«Acaba de decir que aquí que no se puede despilfarrar», me recordé.

Levanté una ceja y dije:

—Bueno, no sé. Tendría que hervir agua con la tetera eléctrica y la electricidad cuesta dinero. ¿Estás seguro de que es buena idea?

A Charity se le escapó la risa y tosió para disimular. Andrew la fulminó con la mirada.

—De todos mis sobrinos y sobrinas, tú eres la única que me da dolor de cabeza. ¿Por qué tienes que ser siempre tan desagradable?

Desde que era niña me había repetido lo mismo en incontables ocasiones. Me dolía que lo dijera entonces y me dolía también ahora. Me crucé de brazos.

—¿Te parezco desagradable? Igual es porque no eres precisamente santo de mi devoción.

Él no se callaba nada, así que ¿por qué habría de hacerlo yo?

Hizo una mueca de desdén.

—Me han dicho que has vuelto a la universidad —añadió—. Deberías dejar

de perder el tiempo y terminar tus estudios. Mira a mi hijo John, ahora es un farmacéutico de éxito. Mis hijas Chloe y Judith son profesoras. Y tus otras primas, Cecille, Miriam y Naomi, se han graduado con buenas notas. ¿Qué pasa contigo y con Dylan? Tu padre...

Podía tolerar algún que otro insulto dirigido a mí, pero si pensaba que iba a permitir que insultase a mi padre estaba muy equivocado. Lo iba a poner de patitas en la calle.

—Pues yo estoy muy orgulloso de mis hijos, Drew —anunció mi padre alegremente. Estaba de pie en la puerta, limpiándose los pies en el felpudo antes de entrar. Era tan desgarbado como yo, y su casi metro noventa de estatura no pasaba fácilmente desapercibido. Se quitó la gorra y los zapatos y los metió en el zapatero que había junto a la puerta—. No han matado a nadie... Todavía. —Me guiñó un ojo—. ¿Cómo va, Charity?

Se acercó a la pila de la cocina para lavarse las manos y limpiarse la grasa, que nunca conseguía hacer desaparecer del todo. Desde que yo tenía memoria, las manos de mi padre siempre habían estado manchadas. Se las secó con el trapo que colgaba de la nevera y puso agua a hervir en la tetera eléctrica.

—Deberías alentar a tus hijos para que sueñen a lo grande, Mike, en lugar de...

«En lugar de ser como tú», era lo que quería decir.

Qué hijo de puta. Abrí la boca para asestarle el golpe mortal, pero mi padre me lo impidió metiéndome un pedazo de pan. Se sentó en un taburete junto a la diminuta isla de la cocina que servía como mesa de comedor.

—Lo único que quiero es que sean personas decentes. —Miró a Andrew y sonrió con indulgencia—. Kara me ayuda con el papeleo y estoy enseñando a Dylan en el taller. Los dos me echan una mano. Están sanos y son felices. No necesito más, Drew. No necesito más.

Los hijos de Andrew ni siquiera iban a visitarlo. Estaban demasiado

ocupados con sus vidas como para acordarse de sus padres.

Con el rabillo del ojo, vi cómo Charity miraba a mi padre con anhelo. Mi otra tía me había contado que a Charity le gustaba mi padre cuando eran jóvenes, pero que él se había enamorado de la zorra de mi madre, que al final le rompió el corazón y lo abandonó.

Quizá por eso Andrew siempre miraba a mi padre por encima del hombro. Todavía estaba resentido. En cambio, mi padre siempre lo había respetado. Cuando la granja de mis abuelos empezó a ir mal, Andrew envió dinero hasta que consiguieron superar el bache. Mi padre siempre me decía que tuviera paciencia con mi tío, porque le debía mucho. Y yo lo comprendía. ¿Por qué se creía que todavía no lo había asesinado?

Pero en aquel momento necesitaba poner tierra de por medio entre mi tío y yo. Además, en aquel apartamento, la presencia de cuatro personas me resultaba un poco agobiante, así que tenía dos opciones: escapar a mi habitación, cosa que molestaría a mi padre porque le parecería de mala educación, o marcharme, que era la opción más segura. Le diría que tenía que ir a la biblioteca a estudiar como una universitaria responsable. Pero antes... mi teléfono.

Dejé de escucharlos a ellos y me quedé quieta frente a la puerta del baño. El corazón se me aceleró al pensar en que pudiera estar sonando el teléfono, pero al otro lado no se oía nada. Respiré hondo y abrí la puerta.

Diez llamadas perdidas.

De Dylan.

Pero ¿qué narices había hecho esta vez?

Abrí el grifo —aunque estaba segura de que cuando saliera me tocaría escuchar un sermón de Andrew sobre el coste del agua— y me metí en la bañera para que no me oyesen. Las paredes del piso eran de cartón.

—¿Kar? ¿Por qué narices no contestabas al teléfono?

Me rasqué la nuca. Me picaba. De exasperación.

—Para que lo sepas, Cara Agria está aquí.

—Ah. Pues menos mal que no estoy.

—¿Dónde estás?

—En casa de un amigo. Kar... Necesito ayuda.

Pausa.

—¿Has matado a alguien? —pregunté.

—No.

—¿Has mandado a alguien al hospital?

—No.

—¿Estás tú en el hospital?

—No. Ya te he dicho que estoy en casa de un amigo.

—No tengo dinero, Dylan, te dije que...

—No es eso. Es que... Esta mañana, cuando he ido a intentar cobrar la factura del Camaro...

—Bueno, pues en eso has fracasado estrepitosamente y si no hubiera tenido clase esta tarde me habría trabajado a ese Gigantosaurio peludo un poco más. Y ¿qué es eso que dice de que le debes dinero? Los asuntos que os traigáis...

—Kar, céntrate. Escúchame.

El apremio en su voz hizo que me detuviera.

—Kar... —dijo en voz baja.

Esperé.

—Yo... —Respiró hondo—. Le he dado un golpe a una moto.

Kara

—Espera. Rebobina. —Me apreté el teléfono contra la oreja—. ¿Acabas de decir que le has dado un golpe a una moto?

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea antes de que me llegase la respuesta de Dylan:

—Sí.

Me agarré al teléfono con fuerza e intenté controlar el pánico que amenazaba con subir por mi pecho.

—¿Qué vehículo llevabas?

Esta vez, el momento de silencio fue más largo.

—A *Bertha* —contestó.

Cerré los ojos de golpe. *Bertha* era la vieja camioneta de General Motors que llevaba años pudriéndose en el aparcamiento del taller. Dylan tenía debilidad por las camionetas antiguas. Le había rogado a mi padre que le dejase conducir la que teníamos en el aparcamiento —para poder presumir delante de sus amigos—, pero necesitaba un certificado de seguridad del gobierno y un montón de reparaciones antes de que fuera remotamente seguro conducirla. Mejor dicho, necesitaba la bendición de Dios para que fuese seguro conducirla.

Y, para más inri, no estaba asegurada.

Sentí que un dolor de cabeza empezaba a formárase en la base del cuello. Ese idiota debía de habérsela llevado de extranjis.

—Te voy a matar —lo amenacé entre dientes.

Mi padre estaba agotado intentando conseguir dinero para comprar maquinaria nueva para el taller. Dylan todavía iba al instituto y papá todavía lo estaba formando como mecánico. Pensé en el dinero que tanto esfuerzo me había costado ahorrar, que estaba a buen recaudo en mi cuenta corriente.

Pensé en todas las veces que me había tenido que despertar a las cuatro de la madrugada para trabajar en la cafetería, en las jornadas de doce horas en el asilo que me dejaban la espalda destrozada y en los trabajos puntuales que había tenido que aceptar al margen de todo eso, para poder añadir todas esas ganancias a mis ahorros.

Se suponía que eran para pagar la matrícula del próximo semestre.

Ahora servirían para pagar por la estupidez de mi hermano.

Pensé en los constantes sermones que mi tío me soltaba pomposamente cada vez que tenía ocasión, en su perorata sobre si yo debía acabar los estudios y tener un objetivo en la vida. ¿Cómo iba a avanzar si cada vez que daba un paso adelante, algo me abofeteaba en la cara para recordarme que todo era una broma de mal gusto? Mis lágrimas amenazaban con caer, pero me las aguanté.

«De acero, tía. Estoy hecha de acero.»

—Cuéntame qué ha pasado —dije—. Si se te ocurre mentirme, te arranco la polla. Te lo juro por Dios.

—Vale, vale —contestó con voz quejumbrosa. Podía oír el miedo que subyacía tras ella.

Dylan se asustaba con facilidad. Desde que éramos niños, era ese matiz de terror que oía en su voz, ese miedo que le brillaba en los ojos, lo que siempre, siempre, podía conmigo. Siempre conseguía ablandarme y hacer que surgieran mis instintos más protectores.

Una de mis muchas debilidades era querer protegerlo y sacarlo de cualquier apuro en el que se hubiera metido o, al menos, compartir la carga con él. De

pequeño, Dylan me llamaba siempre que tenía pesadillas. Cuando los demás niños del colegio se metían con él, siempre acudía a mí llorando. Por supuesto, yo les daba una paliza por haberlo humillado, y normalmente arrastraba a Damon conmigo.

Cuando empezaron a meterse con mi hermano por llevar siempre la misma ropa o por llevar prendas heredadas de los hermanos y los primos de sus compañeros de clase, convencí a mi abuela para que le pidiera a su amiga modista que me enseñase a coser y así poder rediseñar la ropa de segunda mano. No iba a ganar un premio a la mejor modista del año y no conseguí que se dejasen de meter con él del todo, pero la situación mejoró.

Yo había criado a Dylan tanto como mi padre. No había tenido madre, pero había aprendido a serlo por necesidad.

—Después de que intentara que Tony el Gordo me pagara...

—Ese Gigantosaurio dijo que le debes dinero —lo interrumpí.

—Fue una apuesta tonta. Estábamos de cachondeo, no tenía ni idea de que él iba en serio.

El dolor de cabeza ya se me había extendido hasta las sienas.

—Cuéntame lo de la moto.

—Tony el Gordo me amenazó con darme una paliza si no le pagaba —dijo con cautela.

Eso ya lo sabía. Era la razón por la que aquella mañana había ido hasta su casa para cobrar la factura.

—Cuando puse marcha atrás en la camioneta para salir de su casa estaba muy asustado. No sabía que tenía tanta potencia y se me desvió. Ni siquiera vi la moto. Fue un accidente —gimoteó.

—Pero ¡serás idiota! —Me tapé los ojos con las manos y suspiré. Abrí el botiquín, cogí el tarro de aspirinas, me metí dos en la boca y bebí agua del grifo—. ¿Le hiciste algo?

—Creo que solo un par de arañazos...

—¿Crees? A ver, necesito que pongas a trabajar ahora mismo todas las neuronas que te funcionan. Las que no están infectadas con tu estupidez.

—¡Tenía prisa! No tenía tiempo de comprobarlo. Salí del coche y la volví a poner de pie. Quizá ni siquiera le hice nada. Quiero decir, se mantenía en pie bastante bien. ¿Tú qué crees?

—¿Que qué creo? Que eres un capullo. ¡Papá te dijo que no cogieras a *Bertha*!

—Ya lo sé. ¡Lo siento! —se lamentó.

—Eres un niño malcriado, eso es lo que eres. Ni se te ocurra decírselo a papá. Ya tiene bastante con lo que tiene, sin que tú le des más dolores de cabeza.

—¿Y si me vio alguien? Estoy muerto. ¿Y si alguien ha grabado un vídeo con el móvil y lo ha colgado en internet? ¿Y si sale mañana en las noticias? ¿No debería ir a buscar al propietario y confesar?

—Relaja la raja. Déjame pensar. —Me puse la mano en el cuello mientras le daba vueltas a la cabeza—. Dices que existe la posibilidad de que no le hicieras nada grave.

—Yo... no sé, puede...

Oí la esperanza en su voz. Quizá también en la mía.

—¿Crees que te vio alguien?

—No lo sé, Kar...

—Escucha. Voy a pasar por esa casa. Y a ti más te vale ponerte de rodillas y rezar para que esa moto no esté hecha polvo y siga de pie junto a la carretera, o venderé tus órganos para pagarla.

Suspiró.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No. Además, voy a aprovechar para pasar por casa de tu amiguito e

intentar que pague la factura. Si se sigue negando llamaré a la policía.

—Uf, Kar. No seas así.

—De «Uf, Kar», nada. Ahora mismo eres peor que un gusano.

—¿Y si no tiene la moto aparcada en la entrada? ¿Y si me la he cargado? ¿Y si tiene una cámara en el porche y lo ha grabado todo? Habrá visto la matrícula. Me habrá visto la cara. ¡Madre mía!

A juzgar por su tono de voz, se iba a echar a llorar en cuestión de segundos. Suspiré.

—¿Y si te empezaran a crecer alas del culo y echases a volar hasta el espacio exterior? ¡Crece! —Y, como sabía que lo estaba pasando mal de verdad, suavicé el tono y añadí—: Mira, Dyl, me voy a encargar yo, y ya te contaré lo que averigüe. Ahora mismo solo necesito que vengas a casa y... y que no toques nada. ¿Me has entendido?

—Sí, Kara, gracias. —Se le rompió la voz—. Gracias.

Colgué y me metí el teléfono en el bolsillo.

«Lo tengo bajo control», pensé.

Cogí las llaves y me marché.

Aparqué el coche a tres casas de distancia de la del Señor Moto. No demasiado cerca, por si algún vecino sospechaba, ni tampoco demasiado lejos, por si me tocaba salir corriendo.

El reloj del salpicadero del coche marcaba las siete de la tarde. Ya había oscurecido. Las luces de las farolas estaban encendidas y a esas horas la gente ya estaba en sus casas, probablemente para cenar algo casero o para relajarse en sus cómodas y carísimas camas.

Que era exactamente lo que debería haber estado haciendo yo. Pero, en cambio, estaba embarcándome en una misión para salvarle el pellejo a mi

hermano.

Me cogí la densa melena —llevaba el pelo demasiado largo y necesitaba un buen corte—, la retorcí y la embutí en una gorra. Al salir del coche, pensé que debería haber llevado las gafas de sol para ir aún más de incógnito. Después de todo, la casa del Señor Moto no estaba tan lejos de la nuestra. Alguien podría reconocerme.

Me estremecí. Pensé que debía de ser por el aire frío de la noche y me cerré la cremallera de la chaqueta. Sin duda, no era porque estuviera nerviosa. Ni excitada. No. La gente normal espía todo el tiempo. Era un pasatiempo de lo más legítimo.

Yo misma lo hacía todo el tiempo en las redes sociales.

Corrección. Eso no era espiar, era investigar. Yo solo había ido hasta allí para investigar. Iba a echar un vistazo y comprobar si la moto seguía aparcada en la entrada. Quizá no era tan terrible como sospechaba Dylan.

¿Y si el propietario regresaba mientras yo merodeaba por allí? Me detuve en seco. Quizá era buena idea coger los folletos que tenía en el coche. Si el Señor Moto me pillaba pululando por los alrededores de su casa, podía simplemente darle un folleto y decir que los estaba distribuyendo por el vecindario. Era una idea genial.

«¿Repartir folletos a las siete de la tarde te parece una idea genial? Ya te vale.»

Acallé la voz repelente de mi cabeza y di media vuelta para coger los folletos del coche.

La casa del Señor Moto parecía una casita moderna de soltero: grandes ventanales de cristal opaco, líneas rectas y mucho cemento. Parecía la casa que un narcotraficante le ha prestado a su hijo menor. No demasiado grande, pero cara y lujosa.

Si mi intuición no me fallaba, Dylan se había metido en un lío muy gordo. Y

no iba a ser el único en caer al pozo: nos arrastraría a mi padre y a mí con él.

En el camino de entrada, que era largo y ancho, había un reluciente BMW, pero ni rastro de la moto. ¿Por qué tenía el coche ahí aparcado en lugar de guardarlo en el garaje?

Quizá en esa casa vivía más de una persona. Eso complicaba un poco la misión, pero, gracias a mis habilidades como investigadora, tampoco era nada que no pudiera manejar.

Me encontré ante una amplia valla de metro y medio con una puerta de madera, la entrada a lo que supuse que era el patio que conectaba con el lado del garaje. La casa estaba a oscuras excepto por la tenue luz del porche. No había nadie.

Imaginé una sonrisa malévolamente en mi rostro mientras me frotaba las manos, alegre ante aquella oportunidad de oro. Me crují los nudillos. «Estoy preparada», pensé.

Quizá era buena idea silbar de forma despreocupada.

Qué exageración.

Me tragué los nervios y me acerqué. No había ni árboles ni arbustos tras los que pudiera saltar para esconderme. Escudriñé el exterior de la casa rápidamente en busca de cámaras. En la oscuridad era difícil atisbar todos los rincones, pero estaba segura casi al cien por cien de que no había ninguna.

Estudié la valla mientras el corazón me empezaba a latir a cien por hora y miré atrás para cerciorarme de que seguía estando sola. El silencio era estremecedor, solo lo interrumpía mi respiración y el sonido de mis zapatos contra el cemento mientras me acercaba a la valla y me detenía frente a ella.

Puse la palma de la mano en la puerta con cuidado y empujé con suavidad. Estaba cerrada. «Maldita sea», pensé. Era demasiado alta para mirar por encima y no había ningún espacio entre los tablones de madera por el que atisbar el interior.

Tenía que haber algo en el patio delantero donde subirme para mirar qué había detrás de la valla, pero no se había molestado en poner nada, excepto césped. Eché un vistazo a la casa de Tony el Gordo. Todavía nos debía dinero y no pensaba tardar mucho en ir a cobrar. Fui rápidamente hacia su patio delantero y, sin sentir remordimiento alguno, cogí una de las piedras negras que sobresalían de la tierra. Volví frente a la valla del Señor Moto.

«Listo», pensé mientras me limpiaba el polvo de las manos tras colocar la roca. Me subí en ella, mirando al suelo, para asegurarme de que no se tambaleara. Cuando miré por encima de la valla me quedé boquiabierto.

«¡Madre mía!» En el patio había una piscina enorme. Estaba vacía — probablemente no se había molestado en llenarla porque hacía demasiado frío para nadar en el exterior—, pero las luces azules de las paredes estaban encendidas, así como algunas otras luces de jardín, muy elegantes, que iluminaban el jardín de forma sobrecogedora. Había árboles adultos y preciosos muros de piedra. Me encantaban los jardines bien diseñados, y tenía delante una muestra de primera categoría.

Casi me había olvidado de mi misión. La moto. Pero no había ni rastro de ella.

Me pregunté si debía saltar la valla para ver si había otra puerta tras el garaje. Quizá estuviera abierta y pudiera echar un vistazo rápido. Pero... ¿Y si tenía perro?

«Concéntrate», pensé. Si hubiese tenido perro ya habría empezado a ladrar.

Reuní todos mis poderes y puse las manos planas en la valla. Cuando estaba a punto de impulsarme y pasar una pierna por encima oí un ruido detrás de mí. Se me puso de punta el vello de todo el cuerpo.

«Me cago en todo, hoy termino la noche en la cárcel», pensé.

—¿Quién eres? —dijo una voz profunda, muy masculina y muy fría detrás de mí.

Se me escapó un poco de pipí.

«¡Corre!», pensé. Pero tenía todos los miembros paralizados. Con las piernas de gelatina, dejé que la gravedad se ocupara de todo y bajé al suelo, tropezándome al no acertar sobre la piedra. Chillé y me agarré a la valla para no perder el equilibrio. Con todo el ajeteo se me había movido la gorra de sitio y la melena había caído suelta sobre mi espalda.

Oí que quienquiera que fuera cogía aire con fuerza.

Silencio.

—¿Quién eres? —repitió. Todavía había sospecha en su tono de voz, pero esta vez también había... curiosidad. Y la curiosidad mató al gato.

Lentamente y con mucho esfuerzo, me volví. Y entonces me di cuenta de que... El gato era yo.

Sabía que podía verme. Antes me había sentido agradecida por la luz del porche, pero en aquel momento la odié. Me iluminaba el rostro en toda su gloria para él.

Él, en cambio, estaba rodeado de oscuridad. No podía verle la cara, pero sí distinguía su silueta. Era alto y musculoso, con los hombros anchos.

Había algo que me resultaba terriblemente familiar en la forma en que estaba apoyado en el coche. Como si ya lo conociera. De repente, sentí una necesidad imperiosa de verle la cara bajo la luz. Pero, al mismo tiempo, temía ese momento.

«¿Lo conozco?», me pregunté.

Dio un paso al frente. Retrocedí hasta chocar con la valla, que estaba detrás. Me había quedado atrapada en aquel momento. Quise apartar la vista, pero estaba petrificada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó. Esta vez, su voz parecía de terciopelo. Tentadora.

Una sensación de inquietud se apoderó de mí. Ya había oído esa voz antes.

—Dímelo —insistió.

«Dímelo.»

¿Por qué me sonaba tanto?

Y entonces... Dio un paso al frente y se colocó bajo la luz.

Se me heló la sangre. Un grito ahogado y espantoso salió de mi garganta.

«¡No, él no! Esto es de coña», pensé.

Alguien me dijo una vez que no tendría que pagar por mis pecados hasta después de mi muerte. ¡Pues todavía no estaba muerta! Entonces ¿por qué? Dios, ¿por qué?

Lucía una sonrisa chulesca que me resultaba exasperante. Clavó sus ojos en los míos mientras avanzaba hacia mí.

—¡Quédate donde estás! —grité.

Ni siquiera se detuvo. Ni un instante. En cambio, sonrió todavía más, mostrándome sus blancos dientes.

—¡Para! —volví a gritar.

Se paró. Aunque me daba en la nariz que no lo había hecho porque yo se lo pidiera. Se detuvo porque ya había llegado a donde quería. A centímetros de mí. La sonrisa de su rostro se evaporó.

Un mechón sedoso de su pelo negro como el carbón cayó a un lado de su cara. Seguí el movimiento con los ojos hasta que aterrizó sobre su mejilla. No pude evitar que mi mirada recorriese la línea que iba desde su mejilla hasta su boca y... Me quedé mirándola fijamente.

En la oscuridad, bajo la tenue luz del porche, su rostro era pecaminosamente hermoso.

Y entonces aquella sonrisa volvió a hacer acto de presencia. Era una sonrisa astuta, descaradamente masculina.

Le miré a los ojos.

¡Bang!

Lo sentí. Lo sentí hasta en los huesos.

—No esperaba verte tan pronto —susurró con la misma voz seductora—. ¿Ya me echabas de menos?

Oí sus palabras, pero la señal que conectaba mis orejas a mi cerebro estaba en modo avión. Mis ojos y mi nariz, por otro lado, tenían la cobertura al máximo. 4G.

Debía de haber salido a correr antes de descubrirme intentando saltar la valla de su casa. Llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta —pese al frío que hacía— que le marcaba el contorno del cuerpo de forma maravillosa. De una forma que se te hacía la boca agua.

Olía a sudor limpio de hombre y a jabón. Una combinación embriagadora.

Alargó una mano y me apartó el pelo por detrás del hombro con suavidad, pero no antes de acariciarme sin querer la sensible piel del cuello con la punta de los dedos.

Me estremecí. Sentí una descarga eléctrica en el lugar en el que me había tocado que reverberó por todo mi cuerpo.

«¿Por qué siento un hormigueo en los labios?», pensé.

—¿Tienes frío? —preguntó.

Negué con la cabeza con vehemencia, y el mismo mechón de pelo que él había apartado volvió a deslizarse por delante de mi hombro.

—Kara.

Fue casi... erótica. La forma en que dijo mi nombre. La forma en que su boca pronunció las sílabas.

—Te queda bien —murmuró, enrollándose las puntas de mi pelo en el dedo—. Olvidé decirte el mío.

«Ya lo sé. Cam.»

—Cameron —dijo al ver que yo no respondía.

«Cameron.»

Mi boca parecía estar otra vez cerrada por reformas. Exactamente igual que cuando nos habíamos conocido. Jamás me había ocurrido algo así con nadie. ¿Qué me pasaba con él?

«Tiene que ser su perfecto rostro viril», admití a regañadientes. «Hale, ¡ya está! Ya lo he dicho.» Me sentía atraída por sus facciones y no tenía nada de malo. No pensaba hacer nada al respecto. No quería decir que él me gustase. No quería decir nada en absoluto.

Como defensa, puse cara de póquer. Una cara sin emociones. Si no podía hablar, no hablaría, pero no me iba a sacar reacción alguna.

Un brillo juguetón centelleó en sus ojos, como si me hubiese leído el pensamiento.

—¿Qué tal tu barriga? —preguntó.

Fue como si me tirasen un jarro de agua fría. Sentí una necesidad acuciante de taparme la cara con las manos, de correr o de hacer que todas las moléculas de mi cuerpo se disiparan en el aire. Pero lo que hice fue fulminarlo con la mirada.

«¿Quién se ha creído que es para recordarme esa experiencia tan humillante? ¡Voy a acabar contigo!», me juré, enojada. Sin embargo, entonces dijo:

—Ya sé por qué estás aquí.

Eso me dejó paralizada. ¡Mierda! Casi se me había olvidado el motivo de mi visita.

—He visto lo que ha pasado esta mañana —continuó.

«¡No!»

Cerré los ojos, derrotada. Debía de haberlo visto todo. De algún modo, este chico había visto a Dylan. En cuanto llegase a casa, iba a freír al capullo de mi hermano en una bañera de aceite hirviendo. Pero en aquel momento tenía asuntos más urgentes de los que ocuparme.

«Se acabó el soñar despierta, colega.»

Abrí los ojos y puse las manos sobre su pecho para apartarlo de un empujón. No se movió del sitio.

—¡Aparta! —le ordené con el tono más severo que pude. Mi voz sonaba oxidada. Quizá por eso parecía divertido —y, vale, también sexi de narices—, como si estuviese disfrutando del espectáculo.

¿Cómo era posible que no estuviese enfadado por lo de su moto? ¿O por el hecho de que acabase de pillarme intentando colarme en su casa?

«¿Es que no le funciona bien el cerebro?»

—He dicho que te apartes.

Se acercó más.

Tomé aire con fuerza. Estaba muy cerca, más de lo que lo estaba un segundo antes. Se mordió el labio inferior, atrapándolo entre sus dientes.

«¿Cómo será besarlo?»

En cuanto ese pensamiento se me cruzó por la mente, lo aplasté sin piedad. Lo despachurré como si fuese una cucaracha.

¡De ningún modo iba a besar a ese tipo! No iba a besar a alguien de su calaña. ¡Jamás!

Su cercanía me estaba volviendo loca, y quería apartarme, pero si lo hacía, ganaba él.

—Aparta ese careto de mi vista ahora mismo o...

—¿Te quedarás mirándolo todavía más? —terminó la frase por mí—. Creo que ya hemos dejado patente lo mucho que te gusta mi cara.

¡Increíble!

—No hemos dejado patente una mierda —resoplé—. Pero ¿sabes qué? Tienes razón, me gusta...

Le brillaron los ojos con satisfacción. Sonrió con chulería hasta que dije:

—... me gustaría aplastarla contra una superficie rocosa.

Se le borró la sonrisa. Y, como supuse que eso contaba como una victoria, consideré que ya podía apartarme. Y eso hice.

En cuanto tuve la nariz lo suficientemente lejos como para no percibir su aroma, mis neuronas empezaron a activarse.

—Mira, he venido a negociar contigo —dije.

Me miró, pero no dijo nada. Me di cuenta de que mientras siguiese mirando sus vívidos ojos azules, o su boca sexi, no podría pensar con claridad, así que bajé la vista hasta su pecho. Pero eso también me distraía, así que le miré a los pantalones. Pero la...

—Negociar ¿qué?

Di un brinco al oír su voz. Me sonrojé y le miré a la oreja o, al menos, a lo que asomaba de ella por entre su pelo.

—Ya lo sabes —grazné. Me aclaré la garganta—. Lo de tu moto.

Como no contestó, levanté la vista. El brillo juguetón de sus ojos se había esfumado. Se habían tornado peligrosos.

Tragué saliva.

Levanté las manos en señal de rendición y me aparté de él. De su mirada asesina. Pero él me siguió, acechándome, con el aspecto de un arcángel cabreado.

—¿Por qué no empiezas por el principio? —susurró. Su voz era tan suave como una pluma, tan afilada como un cuchillo.

—¿El... el principio? —cacareé como una estúpida. Miré detrás de mí, calculando cuánto tardaría en llegar a mi coche.

—Ni lo intentes —me advirtió.

No hay nada que me moleste más que alguien me diga lo que no puedo hacer. Nos miramos durante un microsegundo. Esperando. Esperando. Y entonces eché a correr hacia el coche.

Habría podido llegar, pero alargó la mano de golpe y me cogió del brazo.

No me hizo daño en absoluto, pero me agarró con firmeza. La mirada que me echó me dijo que no iba a ser tan fácil como yo esperaba.

—Eres increíble —dijo.

Suspiré, derrotada.

—No me voy a volver a escapar. ¿Me puedes soltar?

Relajé el brazo y él aflojó. Lo sacudí para soltarme de su mano. Él me dejó libre, pero su postura me advertía claramente que, si volvía a intentar escapar, él me atraparía de nuevo.

Me pasé los dedos por el pelo, intentando ordenar mis pensamientos antes de hablar.

—Lo siento —dije en voz baja. Con sinceridad. Porque lo cierto era que el agraviado era él. Él no había tenido la culpa de lo ocurrido, y aunque yo no era precisamente doña Perfecta, iba a poner toda mi buena voluntad en arreglarlo. O, al menos, lo iba a intentar.

—Lo siento mucho —repetí—. Mi hermano no pretendía darle un golpe a tu moto esta mañana.

Él cerró los ojos, como si estuviera rogando por tener paciencia. Podía ver cómo le palpitaba el músculo de la mandíbula.

—Tu hermano le dio un golpe a mi moto —repitió despacio, marcando cada sílaba.

—Bueno, sí... Has visto lo que ha pasado esta mañana, ¿no? Ese era mi hermano. —Esperé un segundo. Como no contestó, añadí—: Te propongo un trato. Un trato que solo un idiota rechazaría. ¿Quieres saber cuál es?

Abrió los ojos. Estaba enfadado. No dijo nada, solo me miró con los ojos entornados.

—¿Tienes cámaras de seguridad? —inquirí—. ¿Has llamado ya a tu compañía de seguros?

Siguió sin responder.

—Escucha. Voy a asumir la responsabilidad. Yo pagaré la reparación. De hecho, nos encargaremos nosotros.

Se cruzó de brazos. Me di cuenta de que lo mejor era que me callase, pero su silencio solo hacía que me entrasen más ganas de confesar mis pecados.

—Tenemos un taller mecánico. Espero que todavía no hayas llamado a los del seguro, pero si lo has hecho, seguramente puedas volver a llamar y cancelar el parte. Diles que has llegado a un acuerdo. Si le suben más la cuota, Dylan tendrá que pagar las primas del seguro con su primogénito.

Nos miramos. Observé cómo la ira se disipaba en sus ojos azules. Era evidente que estaba dándole vueltas al asunto.

—¿Y qué gano yo con todo esto?

Quería que contestara, pero ahora que lo había hecho, llegué a la conclusión de que prefería sus respuestas no verbales. Parecía un zorro muy astuto.

—¿Qué quieres decir? ¡Te arreglamos la moto gratis! No tendrás que pagar la franquicia.

Ahora parecía aburrido.

—La franquicia no es un problema.

Cómo no.

—Bueno... Podemos añadir algún servicio extra.

Sonrió.

Le habría dado una bofetada en la cara, pero estaba intentando que tuviera un poco de piedad conmigo, no que me ejecutara. No tenía nada que ver con la forma en que mi corazón dejaba de latir al ver esa sonrisa. O lo que me daba la impresión de que él contemplaba como «servicio extra». En absoluto.

Y tampoco tenía nada que ver con la forma en que me miraba. Nadie me había mirado así antes.

Como si me deseara.

«Estas más loca que una cabra. Tiene novia. ¡Y la engaña!»

Puse los ojos en blanco como respuesta a la voz de mi cabeza.

«Bueno, vale. Tampoco es un pecado que algo te atraiga. Hasta a las moscas les gusta la mierda. No va a pasar nada. Nunca. Así que ¡a callar!»

—Podemos ponerle algún extra —continué—. Si quieres. Algún accesorio a un precio razonable. O podemos ofrecerte revisiones periódicas gratis durante tres meses. Elige lo que prefieras.

De repente, quise apartarme de él. Rápidamente. Me saqué la cartera del bolsillo de la chaqueta, saqué nuestras tarjetas y le puse una en la mano junto con un folleto.

—Toma. Ahí tienes toda la información. Puedes venir mañana a primera hora si tienes clase por la mañana. Suelo abrir el taller yo, así que allí estaré. —Me estaba yendo por las ramas—. Y ya... ya tienes mi número.

Me sonrojé al recordar cómo lo había conseguido. Empecé a caminar de vuelta a mi coche.

—Y para tu información, ¡yo no te lo quería dar! —le grité—. Me... me pillaste en un momento íntimo y me sentía vulnerable. Si tienes alguna objeción a mi propuesta, dímelo ahora o me lo tomaré como un sí.

Me metí en el coche, arranqué y puse la marcha atrás.

El corazón me latía con tanta fuerza que me dolía. Cuando pisé el acelerador, me permití respirar.

—Buen trabajo, buen trabajo. Has hecho un estupendo trabajo —murmuré para mí—. Estaba totalmente de acuerdo.

Eché un vistazo al retrovisor. Y lo descubrí de pie en el mismo sitio, observando mi coche, hasta que doblé la esquina y desapareció de mi vista.

Cameron

—No creo que esté abierto todavía —dijo Caleb, cerrando la puerta trasera de su camioneta de un portazo después de que bajásemos mi moto de ella.

Me encogí de hombros.

—¿Estás seguro? —preguntó, dubitativo, mientras observaba los alrededores. Sabía lo maniático que era yo cuando se trataba de mi moto.

—Sí —contesté, y me di la vuelta para observar también aquel lugar.

El taller era una especie de caja rectangular de color gris en medio de un barrizal. Había un cartel enorme en el tejado que rezaba TALLER MECÁNICO HAWTHORNE, con el número de teléfono en letras más pequeñas en la esquina inferior derecha. La pintura de la «W» se estaba pelando. El tejado tenía aspecto de necesitar ser reemplazado por uno nuevo desde hacía diez años.

Los coches estaban aparcados de forma ordenada en filas de dos a la izquierda del edificio, y a la derecha había un camino de tierra que llevaba a la parte trasera del aparcamiento.

—Está bien. Vamos a por un café —anunció.

—Búscate un trabajo para poder permitirte.

—Te he traído hasta aquí, ¿no? Pues invítame, rata.

—Te invité la última vez. Te toca a ti, cabrón.

—No, no me toca.

—Sí, sí te toca —insistí.

—Acuérdate del entrenamiento de baloncesto del lunes. El que pierde,

paga.

—Está bien.

Le llegó un mensaje al móvil.

—Es Rick —me informó tras leerlo.

—Pues mejor que vayas tirando. Cogeré un taxi en cuanto acabe aquí. Nos vemos allí.

Se apoyó en un lado de la camioneta, se metió el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, se cruzó de brazos y bostezó.

—Rick está acostumbrado a que llegue tarde —contestó—. Pero, tío, es un tirano. Recuérdame por qué no hemos dejado el curro todavía.

«Porque nos salvó la vida a los dos», pensé. Y supe que Caleb estaba pensando lo mismo.

La noche que llegué a la ciudad de Esther Falls, en Manitoba —un lugar que estaba muy lejos de todo lo que conocía—, la noche que mi padre me recogió en el aeropuerto, fue la misma noche que conocí a Rick.

Había vivido allí hasta los ocho años. A esa edad mis padres se divorciaron y mi madre me llevó con ella a Toronto, aunque me traía de vuelta aquí de vez en cuando para visitar a mi padre. Yo no entendía para qué, porque mi padre y yo nos llevábamos fatal, pero ella me obligaba a venir de todos modos. Hasta que un día me envió para que me quedase. Lo odiaba.

Era el chaval nuevo en el barrio. Un adolescente que odiaba todo y a todos. Un niño conflictivo que buscaba líos allá donde pudiera encontrarlos. Y, cuando no los encontraba, los creaba yo mismo.

Ese día, en lugar de ir a cenar con mi padre y su familia, me escapé a buscar problemas en la ciudad. Y los encontré en un edificio de nueva construcción. Tenía diez plantas y estaba tan nuevo y limpio que las ventanas brillaban y las

paredes relucían.

Me colé en el interior y vi que estaba vacío. Algunas paredes todavía estaban sin pintar. Di con unas latas de pintura sin abrir, unos pinceles y unas herramientas. Abrí las latas, dejé los pinceles a un lado y empecé a lanzar la pintura por las paredes y los techos. Cogí las herramientas y las usé para romper puertas y ventanas que debían de valer miles de dólares.

Y así fue como me encontró Rick. Era el jefe de obra y aquella noche había ido a revisar el edificio. Estaba tan enfadado que pensé que me iba a matar, pero estaba seguro de poder ganar la pelea si intentaba hacerme daño.

Intenté escapar, pero me atrapó enseguida. Su fuerza me sorprendió. Me dijo que podía pagar los daños trabajando para él sin cobrar, y yo lo mandé a la mierda. Entonces me amenazó con llamar a la policía si no accedía. Y así fue como, al día siguiente, empecé a trabajar para Rick.

No sé por qué no me denunció a la policía. No sé qué fue lo que lo llevó a acogerme bajo su protección. Pero lo hizo. Y eso me cambió la vida.

Todavía lo ayudaba de vez en cuando. Ya hacía mucho tiempo que había pagado por los daños del edificio, y ahora sí que recibía un sueldo por mi trabajo. Aunque, si por mí fuera, habría seguido trabajando gratis.

Caleb y yo nos habíamos conocido en una de las obras de Rick. Ambos éramos adolescentes conflictivos, enfadados con el mundo, que se culpaban a ellos mismos y a todos los demás por lo desastrosas que eran sus vidas. Éramos incontrolables, nada nos importaba una mierda, e íbamos camino de usar cualquier problema que se nos presentase como excusa para tirar nuestro futuro a la basura.

Cuando Caleb empezó, yo ya llevaba un par de meses haciendo demoliciones para Rick. Los demás trabajadores ya sabían que tenían que dejarme a mi aire. Yo no quería relacionarme con nadie, y no me apetecía una mierda comer con ellos o ir a tomar algo después del trabajo. Quería estar

solo y destruir todo lo que pudiera. Odiaba todo.

Especialmente a mí mismo.

Y entonces Caleb entró a formar parte del equipo. Su hermano Ben era amigo de Rick y le pidió que dejase que Caleb trabajara en las demoliciones como favor personal. Me enteré de que Ben había dejado la universidad un semestre para ayudar a su hermano conflictivo, y solo eso bastaba para que tuviera mi respeto.

Los hermanos Lockhart eran lo que el equipo llamaba «niños bonitos». Eran de familia adinerada y era evidente que no necesitaban el trabajo. Tenían un aire sofisticado incluso cuando estaban llenos de barro y haciendo trabajos duros, algo que a ambos parecía gustarles.

Cuando Caleb empezó a trabajar para Rick, mi paz y mi tranquilidad se fueron al garete. La soledad parecía un concepto desconocido para aquel chaval.

Me molestaba hasta la saciedad y se metía conmigo hasta que conseguía lo que quería. Y lo que quería era tener a alguien con quien pelear, que estuviera a su altura y que no se reprimiera. Lo encontró en mí.

En aquel entonces no hacía falta mucho para sacarme de mis casillas, y acabábamos pegándonos casi cada vez que nos veíamos. Al final, Rick nos sentó para darnos una charla y llegamos a la conclusión de que si canalizábamos nuestra ira en las demoliciones todo sería menos doloroso y nos ahorraríamos los viajes a urgencias. Y así, un día, nos hicimos amigos.

Sucedió a mediados del verano en el que estábamos ocupados con una demolición de un bloque de pisos de veinte plantas. El sol era abrasador y el aire denso, cargado de humedad. Era uno de esos días en los que yo sudaba solo con respirar. Las ventanas estaban abiertas, pero no entraba ni pizca de aire. Bebía agua como un camello y parecía sudarla casi de inmediato.

Estaba irritable, tenía hambre y necesitaba desesperadamente una ducha,

pero seguí golpeando la chimenea de ladrillos con el mazo. Destrozarla me provocaba mucha satisfacción.

—Eh, gilipollas.

Me di la vuelta. Era Caleb, con dos bocadillos gigantescos en las manos. Me puso uno encima de la mochila.

—¿Quieres un bocata? Tengo dos. Te puedes comer este, mi perro no lo ha querido.

Lo ignoré y volví al trabajo. Un par de horas después, el capataz nos llamó para hacer la pausa para comer. Tiré el bocadillo al suelo de una patada antes de coger mi mochila y dirigirme a los ascensores.

—¡Eh!

Era Caleb otra vez. Seguí andando.

—¿Sabe tu mamá que eres un gilipollas?

Me paré en seco. Aquel bocazas era incapaz de cerrar el pico. Estaba a punto de darme la vuelta para callarle la boca cuando sentí que algo me golpeaba un lado de la cara. Y explotaba.

Olí la mostaza, la carne y un aroma a hamburguesa que me hizo la boca agua. Cogí el tomate que se había quedado pegado a mi mejilla y me lo metí en la boca. Mastiqué. Tragué.

Mi ira se esfumó.

Nos miramos a los ojos, evaluándonos, observándonos.

—¿Tienes otro? —le pregunté al cabo de un segundo.

Observé un brillo de sorpresa en sus ojos.

Entonces sonrió.

—Sí. Tengo dos más, pero tú pagas la bebida.

Estudié su rostro y decidí que no parecía esconder nada. Lo pensé durante unos instantes.

—Hecho.

Y así fue como Caleb y yo nos hicimos amigos.

Rick nos dio a ambos la oportunidad de purgar nuestra rabia rompiendo paredes con mazas, destrozando chimeneas y rasgando paredes de cartón yeso. En un momento dado nos ascendió y empezamos a colocar ventanas, sustituir tejas en los tejados, pintar paredes y todo lo que implicaba construir casas.

Me había acostumbrado a ello de forma natural. Al principio iba porque quería concentrarme en algo que no fuese mi miserable vida, pero al final ansiaba el tiempo que pasaba en la obra después de las clases. Era algo que se me daba muy bien y me hacía feliz. Me daba un propósito. Me hacía sentir... menos desgraciado, y me ayudaba a pensar menos en mis problemas.

—Te lo voy a preguntar otra vez. ¿Estás seguro? —Caleb señaló el edificio que había detrás de mí.

—Sí, estoy seguro. Ve tirando para la obra. Yo iré en cuanto termine aquí.

Volvió a bostezar. Yo lo imité.

—Lárgate de aquí, tío. Me está entrando sueño por tu culpa —gruñí.

—Necesito eso antes de irme. —Señaló mi gorro de lana con la cabeza—. Hace un frío de cojones para una demolición.

Lo pensé.

—Me lo debes, por lo de esta mañana —me recordó.

Me pareció razonable. Lo había llamado por teléfono para que me dejara en el taller con la moto y lo había despertado.

—Tienes razón —admití, y se lo tiré—. No te lo pongas debajo de la almohada para dormir.

Lo cogió sin dificultad, se lo puso y me sonrió.

—¿Cómo lo has adivinado? —Me saludó moviendo los dedos con coquetería antes de subir a su camioneta.

Bajó la ventanilla.

—¡Cam! —me llamó.

—¿Qué?

—¿Quieres un bocata?

Lo oí reírse mientras se alejaba.

Cameron

Me volví para estudiar el viejo edificio en cuanto Caleb se marchó.

Se me encogió el estómago al ver lo destartado que estaba. A veces las apariencias engañan, pero no me hacía demasiadas ilusiones. Le di una palmada cariñosa a la moto. «Saldremos de esta, colega», pensé, apesadumbrado.

Aquel lugar me recordaba a los sitios abandonados a los que los asesinos en serie llevan a sus víctimas para torturarlas.

Maldecía a Caleb por haberme obligado a ver todas esas películas de miedo. Ahora las tenía en la cabeza.

«¿Qué haces aquí? —me pregunté, mientras buscaba un lugar seguro para aparcar la moto y esconderla—. Es tu funeral.»

Había al menos diez coches aparcados en la parte delantera, así que tenían clientes.

A no ser que fueran los coches de sus víctimas.

A la derecha del edificio, donde estaba el camino de tierra, un enorme camión articulado bloqueaba el paso para impedir que pasase ningún vehículo.

¿Qué escondían allí?

«Más cadáveres, seguramente», pensé.

Pero al llegar al camino vi que todavía había un buen pedazo de terreno detrás del taller. A unos diez metros del edificio se veía una casita amarilla con ribetes azul claro y, al lado, un cobertizo para herramientas. Estaban en un

estado considerablemente mejor que el taller, y ofrecían una bonita estampa entre los pinos y los álamos que se erigían en los extremos de la propiedad.

¿Era allí donde vivía ella?

Miré a mi alrededor, buscándola, pero no había ni un alma. Eché un vistazo a mi teléfono y me di cuenta de que solo eran las ocho y cuarto de la mañana y de que era un estúpido por llegar tan pronto —demasiado pronto—, antes incluso de que abriera el taller.

«¿Qué haces aquí?», me volví a preguntar.

Metí la moto entre la pared del edificio y el camión, para que no fuese fácil verla. Me parecía que allí estaría a buen recaudo. Entonces levanté la vista.

Y se me paró el corazón al verla.

Acababa de salir de la casita amarilla y parecía tener problemas para cerrar la puerta. La abrió de nuevo de una patada y luego la volvió a cerrar con todas sus fuerzas.

Parecía que acabase de levantarse de la cama, se hubiese puesto la ropa imprescindible y hubiese salido de casa tal cual. Iba todavía en pijama, llevaba unas botas de color rosa chicle y una parka negra con capucha que escondía todo su cuerpo.

Iba sorbiendo por la nariz por el frío. Se recolocó las enormes gafas que no llevaba la noche anterior. Su densa melena despeinada estaba recogida en la parte alta de su cabeza, con algunos mechones rebeldes que se escapaban.

Parecía malhumorada.

«¿Qué haces aquí?»

¿Acaso no era obvio?

Estaba allí por ella.

Había ido por ella.

La cabeza no me debía de funcionar del todo bien.

Necesitaba café. Un café me devolvería a la realidad.

Observé cómo se dirigía a la parte posterior del taller, donde debía de haber otra entrada. Yo no estaba en su campo de visión, aunque si desviaba la mirada ligeramente hacia la izquierda me vería. Pero caminaba con determinación, con la vista al frente.

El día anterior también tenía la misma actitud. El día anterior. No me parecía que hubiese pasado tan poco tiempo. Tenía la impresión de que llevaba mucho, mucho tiempo pensando en ella.

Me resultaba evidente que era una de esas personas que van a piñón fijo. Era como un misil. Una vez identificaba su objetivo, no era capaz de concentrarse en nada más.

La mañana anterior, cuando se dirigía hacia la casa de Pelopolla, había pasado por delante de mí como si yo no existiera. Y por la noche, cuando estaba corriendo para intentar no pensar en ella, debatiéndome entre llamarla o no, había aparecido en la entrada de mi casa. Estaba merodeando por allí como un ladrón y ni siquiera se había dado cuenta de que yo estaba detrás, observándola.

Primero pensé que era un chaval alto y desgarbado que se estaba intentando colar en casa a robar. Estaba a punto de atacarlo. Y entonces se le escapó el pelo por debajo de la gorra.

Y, de algún modo, supe que era ella.

Imaginé que habría hecho algún destrozo en casa de Pelopolla, que quizá alguien la había visto y que había decidido esconderse en mi casa.

Lo que no esperaba era oír las palabras que habían salido de su boca después.

Y ahora estaba en su taller, contemplándola de nuevo.

Intentó abrir la puerta trasera con la llave, pero parecía que no conseguía hacerla girar. Se debía de haber congelado durante la noche. Masculló entre dientes mientras se dirigía al otro lado del edificio, hacia la parte delantera.

«Menos mal», pensé al ver que conseguía girar la llave y abrir la puerta. Al menos esa puerta no le había causado problemas. Justo en el momento en que tiraba de la llave para sacarla, levantó ligeramente la cabeza y nuestras miradas se encontraron.

Se quedó rígida, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Intentó sacar la llave, pero estaba encallada. Observé cómo se peleaba y tiraba de ella, casi presa del pánico. Cuando lo consiguió, agarró la puerta como si le fuese la vida en ello y desapareció en el interior del edificio. El golpetazo del cerrojo de seguridad fue ensordecedor. Me reí en voz baja.

La tía era increíble. Me había visto y me había dejado fuera igualmente.

Me dirigí a la puerta principal y me apoyé en la pared. Llamé con los nudillos.

Nada. Esperé.

¿Estaba fingiendo no haberme visto?

Pasaron un par de minutos hasta que oí que se abría el cerrojo. Entreabrió la puerta.

Avellana.

Sus ojos eran de color avellana. Más verdes —como la hierba por la mañana— que marrones. Y esos ojos me estaban fulminando con la mirada, como si fuesen dos cuchillas afiladas dispuestas a hacerme sangrar. Nos quedamos mirándonos unos segundos.

Bajé la mirada lentamente. Tenía un lunar encima del labio, tan delicado que apenas se veía, a no ser que supieras dónde mirar.

Y yo quería hacer algo más que mirar.

Se tapó la boca con las manos rápidamente.

—¡Atrás!

O eso me pareció entender. Sus manos amortiguaron el sonido.

—Buenos días —dije. Apoyé la mano en el marco de la puerta y le sonreí.

Era una sonrisa amistosa, no amenazante, que mostraba que yo era un tipo de fiar. Solía funcionarme, pero esa vez no fue así.

Me fulminó con la mirada. Se había cerrado la cremallera de la parka y se había puesto la capucha para esconder su pelo despeinado.

—¿Sabes leer? —preguntó con tono exigente, sin quitarse las manos de la boca.

Me aparté de la puerta y entré dentro, al calor. Ella dio un paso atrás.

—Voy a clase todos los miércoles —respondí tras cerrar la puerta y colocarme frente a ella—. Ahora mismo me está costando un poco leer esto.

La puerta estaba empañada por la condensación. Escribí encima con el dedo.

—¿Me puedes hacer el favor de leerlo? —pregunté.

Había escrito: PRIMA DEL SEGURO.

Ella apretó los labios, borró lo que había escrito con el puño y garabateó: 9 DE LA MAÑANA.

—¿Y tú, puedes leer esto? Llegas demasiado pronto. La tarjeta que te di anoche decía claramente que los sábados el taller no abre hasta las nueve.

«Quería verte», pensé.

—¿Dónde tienes la moto?

Me encogí de hombros. Ella se quedó boquiabierta.

—¿No... no la has traído? —Retrocedió un poco—. Quiero decir, ¿has cambiado de opinión? ¿No quieres traerla aquí?

—¿Qué te hizo pensar que había decidido traerla aquí?

—¡Anoche dijiste que sí!

—¿Seguro?

Balbuceó. Quise sonreír, pero me figuré que no era la opción más inteligente, así que me mordí el labio inferior.

—Escucha —dijo—, no sé qué más quieres, pero te he ofrecido un buen

trato. Un muy buen trato. Y si necesitas que lo repita hasta que tu cerebro lo capte, lo haré.

—¿Por qué te tapas la boca?

—¡Todavía no me he lavado los dientes! —gritó—. ¿Vale? ¿Contento?

Parecía a punto de patalear.

—No puedo hablar contigo así. Necesito mis poderes Me voy a casa a lavarme los dientes. Quédate aquí y no robes nada. Vuelvo en cinco minutos.

Cerró con llave la puerta principal y se dirigió a la parte posterior de la tienda. Yo la seguí, observando el suelo limpio, las herramientas y un par de coches suspendidos del techo. Olía a aceite de motor y a disolvente, los típicos olores buenos y fuertes de un taller en funcionamiento.

—Me gusta tu pelo —le dije. Y era verdad.

Me fulminó con la mirada.

—No te burles. Es la antena de mi cerebro. Es lo que me mantiene cuerda, ¿sabes? Por eso no te he asesinado todavía. ¿Lo pillas? ¿Por qué me sigues?

Hablaba mucho, no se podía negar, pero me encantaba el sonido de su voz.

—Necesito un café.

Se echó a reír. Fue una reacción tan inesperada que me tropecé. Deseé que volviera a reírse.

—¿Y quién no? —Había empatía en su voz—. Vuelve a la tienda, ahora te traeré una taza.

Se detuvo frente a la puerta trasera de su casa y sacó la llave.

—Kara —la llamé con suavidad.

Se quedó rígida. Poco a poco, se dio la vuelta para mirarme, sin quitar la mano del pomo de la puerta. Quizá eso la hacía sentir segura. Tener un ancla.

Había algo entre los dos. Y sabía que ella también lo sentía.

—Invítame a entrar —le pedí.

Vi que tragaba saliva.

—Me haces esto todo el tiempo —dijo con voz ronca.

—¿El qué?

—Nada. No pienso estar a solas contigo en mi casa. ¿Sueles ir a casa de otras chicas a espaldas de tu novia?

—No tengo novia.

—Mentiroso.

—No, esta vez no.

Me miró unos segundos directamente a los ojos, con mirada crítica. Debió de gustarle lo que vio, porque, sin decir una palabra, entró en la casa y dejó la puerta abierta.

Me tomé mi tiempo. Cuando entré, la vi cerrando la puerta de lo que supuse que era el cuarto de baño.

Ví que había tirado la parka de cualquier manera sobre el sofá y que se había quitado los zapatos, así que yo hice lo mismo antes de entrar. Había una notita rosa pegada en la puerta que decía: ¡ZAPATOS FUERA! Y otra junto al interruptor de la luz en la que se leía: ¡APAGA LA LUZ ANTES DE SALIR! ¡COMPRUEBA LOS FOGONES! Supuse que las había puesto su madre. Era obvio que no vivía sola; bastaba con ver todos los trastos que había por la estancia, pero ¿dónde estaba su familia?

La casita parecía más grande desde el interior. Era una de las casas más viejas del barrio, y era evidente que en algún momento la habían reformado. Habían derribado las paredes para crear un espacio más grande que incluyese la cocina y el salón, y habían añadido ventanas para que entrase más luz. Me recordaba a las muchas casas en las que yo había vivido de niño.

Tardó quince minutos en salir del baño. Se quedó de pie junto a la puerta de brazos cruzados. Se había recogido el pelo en una pulcra cola de caballo, se había puesto brillo de labios y se había hecho algo muy sutil en los ojos, que ahora parecían más grandes. También se había cambiado de ropa: llevaba unos

vaqueros ajustados y un jersey de color amarillo sol.

Qué ganas de tocarla.

—¿Cómo te gusta el café? —preguntó con sequedad.

—Solo.

—Ya no me queda del bueno, solo tengo instantáneo.

—Me va bien.

Se dirigió a la cocina y puso la tetera eléctrica a hervir. Me levanté del sofá y la seguí. Había otra notita rosa. Esta decía: ¡NO METAS CUCHARAS EN EL MICROONDAS! Solté una risita.

—¿De qué te ríes? —preguntó mientras vertía agua caliente en una taza.

Señalé la nota.

—Soy la única mujer en esta casa; los hombres me superan en número. Tengo que poner recordatorios en todas partes o se olvidan de todo.

Me pregunté dónde estaría su madre, pero no hice ningún comentario al respecto.

Se aclaró la garganta.

—Contéstame a una pregunta. ¿Quién era la chica de...? —Se sonrojó—. ¿Quién era la chica que estaba contigo en el baño?

«Ya estamos otra vez.» Agaché la cabeza para que no me viese sonreír. Cuando la volví a levantar, me estaba dejando la taza de café en la encimera, y entonces se apartó de mí todo lo que le permitía la diminuta cocina.

—Nunca he tenido novia.

—No esperarás que me trague eso.

Pero ya se lo había tragado; de lo contrario no me habría dejado entrar en su casa.

—¿Nunca has salido con una chica durante más de un par de semanas?

—Si es así, nunca ha significado nada.

—¿Cuál es tu récord saliendo con una chica?

Esta vez dejé que me viera sonreír.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Es solo... Un experimento. Eres un experimento —tartamudeó.

—¿Un experimento?

Me acerqué a ella poco a poco. Observaba todos mis movimientos con los ojos abiertos como platos. Vi que el pulso le palpitaba en el cuello.

—¿Quieres que sea tu experimento? —pregunté.

Ella tragó saliva.

—¿Qué tenías pensado? —susurré. Posé la mano en la suave piel de su cuello y le acaricié el lado con el pulgar—. Si me lo dices, tal vez acepte.

Ella cerró los ojos y me percaté de que su cuerpo se quedaba sin fuerzas. Rodeé la cintura con el brazo para sujetarla.

—¿Qué te parece si te propongo un trato? —continué. Olía a melocotones, a melocotones dulces y maduros—. Me dijiste que tu hermano no tiene seguro. ¿Sabes? No deberías habérmelo dicho. Ahora tengo un as en la manga.

Abrió los ojos de golpe. Puso las manos sobre mi pecho y me apartó de un empujón.

—¡Suéltame!

Di un paso atrás.

—Eres demasiado honesta, te convendría serlo un poco menos.

Ella resopló.

—¡Pues a mí me parece que no lo soy lo suficiente!

—Quizá no siempre —concedí—. Pero a menudo.

—¿Qué quieres? —me espetó, con una voz envenenada y una pose desafiante.

Si pensaba que con esa actitud lograría disuadirme, estaba muy equivocada. Todavía quería más.

Me incliné sobre la encimera y cogí la taza de café que me había preparado.

—Si llamo a mi aseguradora me repararán la moto.

—Pero tendrás que pagar la franquicia.

—No me supone ningún problema pagar la franquicia. Y podrá repararla el mismo mecánico que se ha encargado de ella durante años. ¿Por qué tendría que llevarla a un taller que no conozco de nada, sin tener ni idea de si harán un buen trabajo o no?

Si las miradas matasen, ya habría perdido la cabeza.

—¿Has oído hablar de la subrogación? Mi seguro irá a por tu hermano. Además, chocó con mi moto y se dio a la fuga. A la policía quizá le interese saberlo.

Le di unos segundos para que asimilara la información. Luego añadí:

—Ahora que sabemos cuál es la situación de cada uno, hagamos un trato.

Di un trago al café y a punto estuve de atragantarme. Aquello era imbebible. Cuando la miré a la cara, me di cuenta de que lo había cargado demasiado a propósito.

Aquella chica sería capaz de hacer que me postrase a sus pies sin ni siquiera pestañear. ¿Por qué eso me excitaba tanto?

«Joder. Estoy metido en un buen lío», pensé.

—Primero explícame por qué haces esto por tu hermano.

Se cruzó de brazos.

—No tengo por qué contarte una mierda.

Hice una mueca.

—Dime por qué narices tu hermano no se hace responsable de sus actos y paga por ellos.

—Déjale en paz o te castraré.

—Te gusta ir soltando amenazas, ¿no?

—También me gusta cumplirlas. Ponme a prueba y lo comprobarás.

—Pues mira, creo que me apetece. De hecho, lo estoy deseando. —Para

demostrárselo, di otro trago de café sin dejar de mirarla a los ojos—. Dime dónde está tu hermano.

—No pienso permitir que...

—No le voy a hacer ningún daño, pero creo que me debe una disculpa. ¿O te parece que es mucho pedir?

Abrió la boca y la cerró. Luego suspiró.

—No —dijo, tras reflexionar un instante—. No es mucho pedir. Se ha ido a pescar con mi padre.

—Así pues... —Bajé la mirada a sus labios. Tenía el labio inferior más grueso que el superior. Levanté la vista y la miré a los ojos—. Estás a solas conmigo.

Entornó los ojos.

—Sí. Y nadie sabrá quién te ha asesinado después de que escondas tu cadáver en el cobertizo.

Al oírla no pude evitar soltar una carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

—Me gustas —admití.

—Mira, yo no salgo con chicos. Jamás.

Tardé unos instantes en contestar.

—¿Chicas?

—Por desgracia, no.

—¿Nunca has tenido novio?

—Nunca he conocido a nadie que estuviera a la altura.

—¿A la altura de qué?

—De mis estándares.

—Dime cuáles son.

—Estás jugando conmigo.

—¿Estás segura?

Ella resopló y me apartó para poder ir hacia el salón.

—Vamos a hablar sobre el trato que quieres proponerme y luego te vas. Hoy tengo mucho que hacer.

—Claro. —Tiré el café al fregadero y enjuagué la taza antes de seguirla hacia el salón. Me arrellané en el sofá.

—Esa es la cama de mi padre. No te preocupes por ensuciarla ni nada por el estilo.

La casa parecía tener dos habitaciones y un baño. Los dos dormitorios debían de ser para ella y su hermano.

—A mí también me gusta dormir en el sofá —comenté sin pensar. Me quedé quieto un segundo; se me había escapado.

Me dirigió una mirada inexpresiva.

—¿En qué consiste el trato?

La miré directamente a los ojos.

—Tendrás que llevarme en coche.

Parpadeó lentamente.

—¿Cómo dices?

—Hasta que mi moto esté arreglada. Tendrás que llevarme en coche a donde necesite ir. Pero no me llevará tu hermano ni tu mejor amiga. Me tendrás que llevar tú.

—¿Se te va la olla? ¿Te crees que tengo todo el tiempo del mundo?

—Como anoche te vi intentando colarte en mi casa, voy a tener que contestar que sí.

—¿Tienes un BMW de color verde aparcado junto al garaje!

—No es mío.

—¿Puedes alquilarte un coche!

—¿Me lo vas a pagar tú?

—Esto es chantaje.

—Me lo has puesto muy fácil. Regla número uno: no expongas tus

debilidades ante el enemigo.

—¿Eres mi enemigo?

—¿Quieres descubrir si lo soy? —Me puse de pie y caminé hacia ella.

Kara mantuvo el tipo sin inmutarse.

—Si accedo, dejarás que nosotros nos encarguemos de la reparación y no darás parte a tu seguro.

—Vale.

«Quiero saber a qué saben tus labios.»

—Y nada de accesorios extras —añadió.

«Quiero sentirlos.»

—Ni mantenimiento —terminó.

Me llevaría a la bancarrota si pudiera. Y se reiría mientras tanto.

—Eso no es parte del trato. —Y, antes de que pudiera abrir la boca para protestar, añadió—: Pero podrías salirte con la tuya fácilmente.

—Y ¿por qué no me dices cómo, tío listo?

Me froté la barba incipiente de la mandíbula. Empezaba a picar, así que era hora de afeitarse. Me puse los zapatos, abrí la puerta y le lancé las llaves de la moto.

—Ya te lo haré saber.

Kara

Lo más importante que hay en la vida es la salud porque una vez la pierdes ya nada vuelve a ser lo mismo. Sin salud no se podría disfrutar de la comida y eso sería espantoso, terriblemente espantoso, porque la comida es importante. Y la salud también lo es. Tan importante como la comida. Es lo más importante que hay en la vida.

Si es así, ¿por qué narices estaba yo derritiéndome en el suelo y sintiéndome como si se hubiese llevado con él todo lo importante al salir por esa puerta?

Toda mi comida seguía en la nevera.

No había nada fuera de lugar.

Pero sentía que todo había cambiado.

Él era como un agujero negro. Su presencia había absorbido toda la energía y la luz de la habitación de tal modo que cuando se hubo marchado parecía que hubiese demasiada.

La habitación estaba demasiado vacía.

Quise encerrarme en el baño; necesitaba pensar. Estaba estresada, y lo que acababa de pasar hacía que me subiera por las paredes. Quería reproducir todo lo sucedido en mi mente, obsesionarme con cada pequeño detalle, con cada palabra que había dicho, con cada mirada que me había lanzado...

Con cada respuesta que yo le había dado y que podría haber sido mejor.

Me sentía como si acabase de firmar un contrato con el diablo.

Y todo el mundo sabía que siempre volvía a cobrar su deuda.

Siempre podía negarme. Tenía elección, no había firmado nada. Ni siquiera había accedido.

«¿A quién quiero engañar?», pensé.

Ambos sabíamos que yo accedería y eso era lo que más rabia me daba. Él sabía que yo no podría negarme. Me había arrinconado. Me había acorralado como si él fuese un puñetero perro pastor y yo, una oveja.

Aunque había expuesto los hechos y las consecuencias de las acciones de Dylan con la lógica propia de un maldito abogado, cada palabra que había salido de su boca había sonado a amenaza. Y eso me repateaba.

Lo más inquietante de todo era que yo no tenía ni idea de cuáles eran sus intenciones. ¿Por qué hacía todo eso? ¿Estaba aburrido y pensaba que jugar conmigo sería divertido? ¿O solo quería cobrarse los daños de su moto? Pero ¿por qué quería que lo llevase yo en coche y no Dylan?

¿Y si le decía que no había trato? ¿Cumpliría su amenaza y daría parte al seguro?

«Sí», pensé, con la llave de su moto en la mano. Sí que lo haría.

Tenía aspecto de ser una de esas personas que hacen todo lo posible para conseguir lo que quieren.

Y que fuera tan guapo como para lanzarle el sujetador no tenía la más mínima importancia.

Era listo y calculador, manipulador y amenazante. Era difícil saber qué se proponía hasta que él no estaba dispuesto a revelártelo.

Su envergadura ya era amenaza suficiente. Eso, junto a sus eléctricos ojos azules y su lengua afilada, lo convertía en un adversario letal.

Pero yo era capaz de manejarlo.

Si él era peligroso, y lo era, yo era el peligro en persona.

El sonido de unas pisadas tras la puerta me sacó de mi tortura mental.

Levanté la cabeza de golpe.

—¡Tú! —Señalé a Dylan con el dedo—. Tenemos que hablar.

Los sábados siempre había mucho trabajo en el taller. Cuando Dylan y yo salimos hacia la tienda ya había cinco coches haciendo cola frente a la puerta.

En circunstancias normales, ya habría preparado la cafetera y habría comprado donuts en la tienda de enfrente para nuestros clientes del fin de semana, pero por culpa de un golfo que había aparecido demasiado temprano para meterme el miedo en el cuerpo, no había tenido tiempo de hacer nada.

—Vlad le sacará el coche enseguida —informé a la clienta mientras le tendía la factura—. Que tenga un buen día, señora Chung.

—Ay, me habría gustado traer el coche el martes para que tu padre le echase un vistazo. Sin duda, Mike es el mejor mecánico de la ciudad —comentó mientras doblaba el recibo. Abrió el monedero y lo metió dentro—. Los frenos hacían un ruido muy raro. Tenía miedo de que me fallaran cuando fuera a recoger a mis nietos.

La señora Chung era una fiel clienta desde hacía años. Su pelo blanco me recordaba siempre al algodón de azúcar. Oía a cigarrillos y a los caramelos de menta que comía siempre. Sacó uno y me lo ofreció.

—Gracias, señora Chung.

—Están muy buenos, pero no le convienen a mi dentadura.

Le sonreí mientras desenvolvía el caramelo y me lo metía en la boca. Una imagen de Cameron mordiendo la piruleta se me cruzó por la mente. Mordí el caramelo con fuerza, imaginando que era su mano.

—Ten cuidado, cariño. Podrías romperte los dientes. No querrás llevar dentadura postiza.

—No creo que la necesite en una buena temporada, señora Chung. Quizá

para entonces ya hayan inventado unas irrompibles que puedan morder hasta el metal.

—Sí, claro, quizá sí —asintió—. Pero yo ya llevaré tiempo criando malvas. Bueno, como te decía, llevé mi coche al taller que hay al otro lado de la ciudad. Habría preferido traerlo aquí. Tu padre no se inventa otras diez reparaciones necesarias para sacarse un dinero fácil. Mike es honesto. ¡Y muy guapo! —Me guiñó un ojo—. Pero allí tienen un servicio de taxi que a mí me va muy bien. Aquella mañana tenía hora en la peluquería y me llevaron hasta allí. Y también vinieron a recogerme cuando mi coche estuvo listo.

—Eso es fantástico, señora Chung.

—La verdad es que echo de menos aquel servicio de taxi que tenía antes tu padre.

No me molesté ni en suspirar. Para intentar incrementar los beneficios durante los días laborables, habíamos ofrecido el servicio de taxi dos veces por semana durante un tiempo, hasta que lo liquidamos. Ayudó a aumentar el número de clientes durante esos días, pero apenas conseguíamos terminar los encargos a tiempo. Dylan y Ekon, los dos mecánicos encargados del mantenimiento, tenían que posponer su trabajo para llevar a los clientes. Sencillamente, no disponíamos de los recursos necesarios, ni tampoco del presupuesto para contratar a un chófer. Era imposible de mantener, a no ser que yo me desdoblara o empezase a cagar oro.

—Saludarás a tu padre de mi parte, ¿verdad? ¿Dónde está?

—Esta mañana ha ido a Lockport a buscar piezas de coche para un amigo.

—¿Y ha ido también a pescar?

Mi padre y Dylan habían salido a las tres de la madrugada para tener tiempo de pescar antes de ir a por las piezas. Dylan me había dicho que papá se había tenido que quedar allí durante unas horas para ayudar a su amigo a cortar un árbol gigantesco que estaba causándole daños en casa.

—¡La duda ofende!

Ella se rio.

—Dile que me llame si le sobra pescado. Quiero probar el pescado fresco antes de morirme. Ya no se consigue un pescado como ese en las tiendas. Además, ¡está carísimo! —Se metió el monedero bajo el brazo—. Nos vemos la próxima vez que tenga que cambiar el aceite, querida. ¡Hasta pronto!

Volví al escritorio, eché un vistazo al reloj y empecé a cerrar. Ya era casi la hora de mi turno en la cafetería.

Cogí el teléfono, debatiéndome entre mirarlo o no.

¿Me habría escrito ya el hijo de Satán?

La incertidumbre y la espera me estaban matando.

—Hola, Kara Koala. —Mi padre apoyó el codo en el mostrador.

—Hola, papá. No sabía que habías vuelto ya. Se acaba de ir la señora Chung. Me ha dicho que la llames si te sobra pescado.

—¡Claro!

Me señalé la mejilla y dije:

—Tienes algo ahí.

Se sacó un trapo del bolsillo trasero —el que más grasa tenía— y se limpió la mejilla. Solo sirvió para ensuciarla más. Suspiré y cogí las toallitas que guardaba en el cajón del escritorio.

—La mejilla izquierda, papá —dije.

Se frotó los ojos y se inclinó sobre el mostrador, volviendo la mejilla hacia mí. Se la limpié.

—¿Ya estoy guapo?

Parecía cansado, muy cansado.

—Guapísimo, todo un rompecorazones. ¿Cómo ha ido con el árbol?

—Era más fuerte que yo. Esta noche vas a casa de Tala, ¿verdad?

—Ajá. —Mi padre siempre merodeaba por ahí cuando algo le preocupaba y

quería discutirlo conmigo—. ¿Qué pasa?

Se tomó su tiempo. Fue hacia el dispensador de agua y cogió un vaso de papel.

—Empieza a hacer frío. Dentro de nada llegará el invierno.

—Papá, suéltalo ya.

Me sonrió con los ojos colmados de paciencia. Y de preocupación.

—Siempre es la temporada con más trabajo. La gente quiere preparar sus vehículos para el invierno.

—Claro, estoy segura de que no quieren ir a trabajar en un trineo tirado por sus perros.

—Listilla. —Me guiñó un ojo y dio un trago de su vaso—. ¿Quieres un poco?

Negué con la cabeza. Se terminó el agua y tiró el vaso a la papelera antes de volver hacia el mostrador.

—Tu tío cree que deberíamos despedir a Ekon.

—¿Qué? ¿Por qué? ¡Lo necesitamos! —exclamé. Las palabras salieron precipitadamente, llenas de rabia—. Muchos de nuestros clientes vienen para cambiar el aceite, para comprobar el estado de los frenos y para pasar la revisión. Dyl y Ekon son los únicos que se encargan del mantenimiento. Vlad y tú bastante tenéis con encargarnos de las reparaciones más complicadas. ¿Qué vamos a hacer si llegan un montón de clientes pidiendo un cambio de aceite? ¿Rechazarlos?

—Ya le he...

Estaba tan furiosa y frustrada que le di un puñetazo al mostrador.

—¡Andrew se cree que por venir aquí un par de veces por semana puede despedir a gente que es más útil y trabajadora de lo que él lo será nunca! — Visualicé el rostro de mi tío con mucha claridad e imaginé que le atizaba un puñetazo—. Ni siquiera se queda todo el día, papá, se va cuando le da la gana.

Siempre está quejándose de los juanetes. ¡Si Charity dice que no tiene! ¡Se cree que puede comportarse como King Kong, el rey de la jungla, unga, unga, unga, las manos al aire! El rey de la jungla. ¡Ja! —resoplé con desprecio—. Más bien el patán de la jungla.

Mi padre se aguantó la risa. Pero yo no había terminado: acababa de empezar.

—Si despides a Ekon, Dylan no podrá con todo, y Vlad y tú tendréis que ayudarlo. Sabes perfectamente que ya estáis bastante ocupados. Voy a tener que decirle cuatro cosas a ese tío a ver si tiene una epifanía. Más tonto y no nace, papá.

La tontería le salía por todos los orificios, así que se los iba a taponar todos para que no nos infectase.

—No te preocupes, Kar —dijo mi padre con tranquilidad—. Ya le he dicho que no pienso despedirlo. Solo quería contártelo para que estés avisada por si vuelve a sacar el tema.

—Ekon lleva años trabajando para nosotros —insistí, quejumbrosa—. Va a la universidad. Necesita este trabajo.

—Ya lo sé, cariño. No se va a quedar sin él.

Suspiré. Siempre podía contar con mi padre.

Se había ganado una buena reputación en la comunidad, tanto en lo profesional como en lo personal. El negocio iba bien, pero solo cubríamos gastos. Como era propiedad de Andrew y de mi padre, los beneficios se dividían al cincuenta por ciento. Pero mi tío, en lugar de volver a invertir los beneficios en el taller, como hacía mi padre, insistía en cobrarlos. Gran parte de los ahorros que tenía en mi cuenta corriente eran para comprarle su parte a esa sanguijuela, y me negaba a tocar ese dinero hasta tener la cantidad necesaria. No pensaba usarlo ni siquiera para pagar la matrícula de la universidad: era para comprar la parte del negocio de mi tío. Él ya me había

dicho cuál era el precio.

—Lo siento, papá. Ya he terminado de despotricar. Tu hermano no me gusta un pelo. —Saqué mi parka del armario, me la puse y cogí mi bolso—. Tengo que irme a la cafetería. Nos vemos mañana por la mañana.

—¿Te quedas a dormir en casa de Tala?

—No, pero volveré tarde. No me esperes despierto.

—Siempre te espero despierto.

El sofá del salón de casa era la cama de mi padre. Nuestra casita diminuta solo tenía dos habitaciones, y él se negaba a dormir en la misma habitación que Dylan. Mi hermano roncaba como un tren de mercancías.

—No te olvides de apagar la tele. Y ni se te ocurra fregar los platos; le toca a Dylan. Flo tiene que venir a buscar el sofá que he restaurado, me debe doscientos cincuenta dólares por él. Cuéntalo bien, papá, he estado dos meses trabajando en ese sofá durante mi tiempo libre.

—Me lo voy a tatuar para que no se me olvide. ¿Algo más, señorita? Creo que todavía me queda sitio en la espalda.

Me reí.

—No te olvides de llamar a la señora Chung.

—Descuida. Diviértete esta noche. Te quiero, cariño.

—Y yo a ti, papá.

TALA: ¿Te apetece una sesión de Netflix repantingadas en el sofá?

Me reí al leer el mensaje de Tala.

KARA: Mientras no se te vayan las manos, no hay problema.

TALA: ¿Por qué? Sabes que solo te quiero por tu cuerpo, ¿verdad?

KARA: Sí, pero nunca pagas. No es gratis, tía.

KARA: Por cierto, estoy a una manzana de tu casa. ¡Prepara los batidos!

TALA: Eres una cazafortunas. Hasta ahora, besos.

Me metí el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, abrí la puerta y salí de la cafetería. Acababa de terminar una jornada de cuatro horas y estaba considerando muy seriamente la posibilidad de caminar hasta su casa para ahorrarme el dinero de la gasolina. Estaba solo a tres manzanas de allí.

No me gusta ninguna forma de ejercicio que no implique ganar una cantidad de dinero por hora. Bueno, siempre hay excepciones, aunque me hubiera gustado que me pagasen por respirar. ¿No lo haría todo más fácil?

Necesitaba ahorrar todavía más, más que nunca, ahorrar todo lo que pudiera, por si acaso mi chantajista resultaba ser caprichoso como un divo y me pedía que lo llevase hasta el puto Tombuctú. Debíamos hablar sobre sus condiciones —¡y las mías!— y dejarlo todo por escrito. Hoy en día no te puedes fiar de nadie, y menos de alguien tan ladino como él.

Palpé el teléfono en el bolsillo. No me había llamado, ni me había enviado ningún mensaje. Nada, *nothing, rien de rien*. Me había pasado la tarde mirando al teléfono de vez en cuando; mi encargada, Ramandeep, me había mirado mal. No podía reprochárselo, la verdad.

Me estaba volviendo totalmente loca.

¿Cuándo quería que lo recogiese? ¿Con qué frecuencia? ¿Dónde?

«Te lo haré saber.» ¿Qué había querido decir con eso? ¿Ya tenía algo en mente o el ordenador de su cerebro todavía estaba procesando la información? Para él, solo se trataba de tener la sartén por el mango. Pues le iba a enseñar yo quién tenía la sartén por el mango. Pero primero tenía que hacerle creer que estaba respetando las reglas.

Pensar en él me provocaba hambre. Y cuando tengo hambre, me pongo de mal humor.

Vlad había dicho que solo tardarían dos semanas —tres, como mucho— en

recibir e instalar las piezas para terminar la reparación de la moto. Entonces sería libre.

¡No veía la hora! Se había convertido en mi misión principal en la vida.

Doblé la esquina y vi la casa de Tala. Era una maravilla arquitectónica de piedra y madera, con dos altos pilares en el porche delantero. Habría sido más bonita si no la hubieran pintado de color salmón y, definitivamente, podrían haber prescindido del ribete de color verde vómito. «Necesita flores», pensé mientras llamaba al timbre. Unas flores enormes y coloridas en el porche, un par de mecedoras y unas lamparitas clásicas de bronce a cada lado de la puerta. Una mano de pintura blanca y un gris claro para el ribete, y... *voilà!* Sería muchísimo más resultona.

—Kara, pasa, bonita. —La señora Bautista retrocedió con su silla de ruedas para dejarme pasar.

—Son para usted, señora B. —Le tendí una caja con sus donuts preferidos de la cafetería, reparando en sus oscuras ojeras. Llevaba el cabello negro recogido en un moño apretado que acentuaba las facciones de su delgado rostro. La ropa le quedaba ancha—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—El brazo me molesta un poco, pero no es nada que no me haya pasado antes. —Movié la mano de forma despreocupada—. Tala está en la cocina.

—¡Estoy aquí, chula! —me llamó Tala.

—Hoy no le ha dado ningún masaje, ¿verdad? No puede ser más vaga. Dentro de un rato le doy yo uno, para que le circule mejor la sangre, ¿vale? —le dije al verla tan demacrada.

Me dio unos golpecitos en la mano y sonrió.

—Siempre que vienes, me malcrías.

Mi madre me había abandonado, pero muchas otras mujeres habían ocupado su lugar. La señora B era una de ellas.

—Me dedico a esto —respondí, refiriéndome a uno de mis muchos trabajos.

Acababa de dejar mi trabajo a jornada completa en el asilo porque coincidía con mis clases, pero le había dicho a la encargada que quería continuar de forma esporádica, como sustituta.

—Los masajes se me dan de vicio —añadí.

Empujé la silla de ruedas de la señora B hacia la cocina, embriagándome del delicioso aroma de la comida filipina. Tala estaba junto a los fogones, pasando comida de una cazuela a un gran cuenco.

—Ma ha hecho *pancit*.

Lo que Tala quería decir era que su madre le había ido dando órdenes mientras ella cocinaba. La señora B había perdido las dos piernas en un accidente. Podía mover ambos brazos, pero el izquierdo le molestaba bastante.

—Siéntate, Kara. Tal, sírvele un plato.

—No le diré que no. Me muero de hambre.

—He hecho una versión vegetariana especialmente para ti. Tal, antes de que se vaya ponle comida para su padre y su hermano.

—¿Por qué no le damos la nevera y acabamos antes?

—Y la despensa también. —Le hice un gesto a Tala con el tenedor antes de llevarme un buen bocado a la boca. Uf, esos fideos estaban buenísimos.

—¿Quieres un poco de arroz para acompañar?

Eché un vistazo a su plato, que contenía una montaña de fideos encima del arroz.

—Pero, tía, ¿no estás harta de tanto arroz? —exclamé moviendo las manos—. Hasta las ardillas comen otras mierdas. —Miré a la señora B—. Otras cosas; quería decir otras cosas, señora B. Además de bellotas.

—No te metas con mi arroz, guapa. Preferiría morirme a dejar de comer arroz. Mira, ya sé que eres medio asiática, pero tu problema es que tu alma asiática nunca se posó en tu forma corpórea. Eres una asiática de mentira. En fin... Si no eres capaz de comprender mi amor por el arroz, nunca serás

asiática de verdad.

—Eso es porque tengo sangre española, italiana, francesa y también alemana. Soy como un chucho. Mestiza. Un caleidoscopio, un unicornio.

—¿Sabes qué? Me encantaría tener sangre de unicornio. Así podría desplegar mis alas y alejarme volando de tus chorradas.

—Te encantan mis chorradas. Esa es la verdad.

—Te voy a decir cuál es la verdad. El pedazo de carne de mi plato podría ser del tamaño de mi dedo y no me importaría, pero el arroz tiene que ser del tamaño de mi cabeza.

—Por eso no consigue perder peso —intervino su madre—. No hace más que comer arroz. Le dije que tomara solo un vasito en cada comida, y solo una vez al día, hasta que se acostumbre a prescindir de él, pero no me hace caso. Explícaselo tú, Kara.

—Señora B —dije en tono serio. La miré a los ojos y me señalé el culo—. ¿Usted sabe cuánto me gustaría a mí tener las curvas de su hija? Mire estas pequeñuelas —meneé las tetas—, y ahora mire las suyas. No cambiaría ni una sola cosa de su cuerpo.

—Tú pareces una modelo, Kara.

—Vaya, gracias, señora B. La verdad es que no me puedo quejar. Me gusta cómo me queda la ropa. Por eso estoy tan enamorada de la moda. Desnuda ya es otra historia.

Tala se rio y empezó a recoger.

—No recojas la mesa, Kara no ha terminado. Ya sabes lo que dicen que pasa si la recoges mientras hay una mujer soltera comiendo.

—¿Qué dicen, señora B?

Tocó madera.

—Que no te podrás casar.

—¡Mejor! De todos modos, ya he terminado. —Me puse de pie y llevé mi

plato al fregadero. La imagen de Cameron, tan guapo que invitaba a pecar, se me cruzó por la mente, pero me convencí a mí misma de que eso no quería decir nada—. Seré una mariposa y saltaré de flor en flor.

—Hasta que alguien te atrape y te rompa las alas —terció Tala.

—Madre mía, cuánta amargura. ¿Qué te pasa? —Quería hablarle de él, pero esperaba a que nos quedásemos solas.

Antes de encerrarnos en su habitación, ayudé a su madre a usar el baño, la metí en la cama, le di un baño en seco, un masaje y le encendí el televisor para que pudiese ver sus telenovelas filipinas. Después de eso, ya estaba lista para pasar la noche.

Podía hacer todo eso con los ojos cerrados. Cuando trabajaba en el asilo, tenía que lavar y preparar a ocho pacientes antes de desayunar. En otros asilos donde había trabajado o en el hospital eran todavía más. Y en los turnos de noche se podía triplicar ese número tranquilamente.

Pero había sido un día muy largo, y empezaba a acusar el cansancio.

—Gracias por haber venido hoy. Su enfermera llamó para decir que estaba enferma y ella no quería que viniese otra.

—Siempre que haga falta. Parece exhausta.

—Casi siempre está deprimida. Quiere volver a casa.

«Casa» quería decir Filipinas.

—¿Y por qué no la llevas de vacaciones? Para Navidad. Podrías pasar dos semanas enteras allí.

—No, Kar —dijo con voz grave—. Quiere volver a casa. Para siempre.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué?

—Quizá es por la depresión. No lo sé.

Tras unos segundos, añadí:

—Si ella se va, tú también, ¿verdad?

—No hablemos del tema. No tiene sentido que nos estremos ahora.

—Sí que vamos a hablar del tema.

—No, de verdad. Pero... —suspiró—. Ya no sé cómo hacerla feliz. Hago todo lo que está en mi mano. Estoy estudiando Empresariales como ella quería. Está deseando que me gradúe para que luego me encargue de las tiendas que tenemos en Filipinas. Pero...

—Eso no es lo que quieres tú.

Me miró con aire indefenso.

—De eso se trata, Kar. Hace tanto tiempo que sigo el plan de mi madre que ni siquiera sé lo que quiero yo.

No me quedé mucho rato en casa de las Bautista, así que cuando llegué a la mía todavía era temprano. Seguía preocupada por mi conversación con Tala. Desde que su abuela había muerto, hacía un año, la salud de la señora B se había resentido. Mudarse no supondría para ellas un problema económico. La familia de Tal era muy rica.

Lo que no me podía sacar de la cabeza era la angustia desesperada que había visto en los ojos de mi amiga.

La luz del porche trasero se encendió mientras buscaba las llaves en el bolso. Completamente agotada, me preparé para hacer el esfuerzo que requería abrir la puerta, pero esta cedió con facilidad. Mi padre debía de haberla arreglado ya. Nuestra casa era muy vieja y cuando hacía mucho frío la madera se hinchaba a causa de la humedad. Papá habría tenido que lijarla. Deberíamos haber cambiado la puerta, pero no eran precisamente baratas.

Oí el sonido de la televisión antes de entrar.

—Hola, Kara Koala. Qué pronto llegas. ¿Cómo ha ido la noche de chicas? ¿Qué te pasa?

Guardé mis botas en el zapatero, tiré las llaves en el cuenco de la mesita que había junto a la puerta, colgué el bolso en el perchero y me dirigí a la

cocina a buscar algo de beber. La luz del frigorífico dibujó una franja amarilla en el suelo.

—Creo que la madre de Tal quiere volver a Filipinas para quedarse.

Se incorporó para sentarse en el sofá y silenció la televisión.

—Hum...

Mi padre me conocía lo suficiente como para no decir nada y darme tiempo a formular mis pensamientos. Cuanto más me preguntaban lo que estaba pensando o cómo me sentía, más me cerraba yo en banda.

Me tomé mi tiempo: guardé la fiambrrera con *pancit* que Tala me había dado en la nevera, herví agua y corté unos limones en rodajas para preparar un té con miel y limón para mi padre y otro para mí. Le tendí la taza y me senté junto a él. Vimos la tele durante un rato. Yo estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no me di cuenta de que el aparato seguía en silencio hasta que oí a mi padre sorber su té.

—¿Papá?

—¿Sí?

—Tú nunca me has pedido que sea nada —dije en voz baja, mirando fijamente mi taza—. Nunca me has dicho lo que quieres que sea.

Él dio otro trago y suspiró profundamente.

—Eso es porque ya eres lo que quiero que seas.

Sentí la amenaza de las lágrimas.

—¿Sabes cuál era tu frase preferida cuando eras pequeña? —continuó mi padre.

Sorbí por la nariz.

—¿Dame de comer?

Se rio por lo bajo.

—Sí, te gusta comer tanto como a mí, pero por suerte nunca engordamos, ¿verdad? Tengo unos genes privilegiados, te lo digo yo.

Asentí.

—Eso no se puede negar, señor Hawthorne. No se puede negar.

Levanté la vista para mirar a mi padre, cuyas facciones estaban iluminadas por la luz de la televisión.

—Tu frase preferida era «yo puedo». —Se rio, como si pensase en un recuerdo divertido—. No sé si te acordarás, pero un día, cuando tenías cinco años, estabas mirando cómo yo fregaba los platos. De repente me tiraste de la camiseta y dijiste: «Papá, quiero hacerlo yo». Recuerdo lo grande que parecía el plato en tus manitas, y pensé que se te iba a caer. Te lo intenté quitar, pero te enfadaste y dijiste...

—«No, yo puedo».

Sonrió cándidamente y asintió.

—En ese momento me di cuenta de lo fuerte que eras. Para un padre es muy duro dar un paso atrás y ver cómo su hijo lo pasa mal. Pero aprendí que protegerte demasiado no te hacía ningún bien. Algún día yo ya no estaré, y cuando llegue ese momento quiero que seas fuerte. Y hasta entonces, tendrás que aprender a lidiar con el dolor. Cuando estés enferma, cuando estés triste, cuando la gente te haga daño... Si te duele a ti, a mí me duele más. Eres mi vida, ¿cómo no iba a ser así? Cuando tu madre se marchó, estaba aterrorizado. ¿Cómo narices iba a arreglármelas yo solo? Sé que no soy perfecto, tengo muchos defectos. Pero entonces te miro a ti y sé que he hecho algo bueno en este mundo. Y eso es lo único que necesito. Es lo único que necesito, mi niña.

Me quedé con mi padre media hora más después de que me dijera todas aquellas cosas, intentando no llorar y bebiendo mi té con miel y limón, mientras veíamos la tele. Cuando caí redonda en la cama, mi cuerpo estaba exhausto, pero mi mente seguía dándole vueltas a todo lo que me había sucedido durante el día.

Todo el mundo intentaba controlar la vida de los demás de algún modo, con

buenas o con malas intenciones. Andrew, el patán de la jungla, intentaba aprovecharse de todos, como de costumbre. La señora B, en su estado depresivo, intentaba controlar la vida de Tala.

Pensé en la angustia y la desesperación de mi amiga. Quizá se marchase pronto.

Me iba a abandonar. Intenté no pensar en ello.

Y por último, pero no por ello menos importante, pensé en mi chantajista, la mano derecha de Satán, que no me había dejado otra opción que convertirme en su chófer ninja. Preparada para acudir a su llamada como un monito de feria.

¡Y ni siquiera me había dado un premio!

¡Me tenía harta!

«Soy una mujer fuerte que controla su propia vida. No puedo controlar lo que hacen los demás, pero sí puedo controlar mis reacciones. Y lo que me pide el cuerpo es ir ahora mismo a casa del chantajista y preguntarle qué narices quiere. Sus términos y condiciones. Redactar un contrato. Recuperar el control.»

Salté de la cama como un resorte, me crují los nudillos y estiré los músculos del cuello moviéndolo a un lado y otro.

«Estoy preparada.»

Cameron

—Gracias, tío.

Salté de la camioneta de Caleb y cerré la puerta de golpe. Él me saludó con la mano antes de irse.

Cuando terminamos en la obra ya había anochecido. Los chicos que habían hecho horas extras junto a nosotros habían decidido ir a tomar unas cervezas. Caleb se había apuntado a ir con ellos, pero yo no estaba de humor para eso. Le había dicho a Caleb que cogería un taxi, pero él no había querido ni oír hablar de ello. Con ese chaval, era más fácil ceder a lo que él quería que discutir.

Recorrí el camino de entrada mientras pensaba que daría un brazo por una buena ducha, y también por una cerveza bien fría. Me gustaba beberme una después de darme una ducha caliente, y sin que nadie me estuviera comiendo la oreja mientras tanto, especialmente cuando estaba exhausto después de trabajar reformando una casa.

La luz del porche se encendió mientras me acercaba a la puerta.

Había algo frente a la valla.

Era su piedra, la que había usado la noche anterior para impulsarse y trepar.

Caminé hacia ella y me agaché para recogerla, pese a que mis músculos me gritaban que me diese esa ducha caliente.

Pesaba bastante. ¿La había levantado ella sola? ¿De dónde narices la había sacado? ¿La habría traído con ella?

Era su piedra.

Y me la pensaba quedar.

«De todos modos, ¿por qué estaba intentando saltar la valla?», pensé mientras abría la puerta de mi casa. Me quité las botas para no manchar el suelo de barro seco y las guardé en el vestíbulo. Ya las limpiaría al día siguiente.

Dudaba que quisiera robarme. Me quité la ropa sucia, la metí en la lavadora y apreté los botones pertinentes. Luego entré en la ducha de un salto y abrí los grifos para ajustar la temperatura. Cuando el agua caliente se deslizó por mi cuerpo, cerré los ojos y gemí de alivio mientras me deshacía del fango y la suciedad.

La próxima vez que la viera le preguntaría por qué estaba intentando colarse en mi casa. Y ese día sería, sin duda, el lunes. Tenía que pasar un día entero sin verla.

Alcancé una toalla, me sequé y me la anudé a la cintura. Se me pasó por la cabeza la posibilidad de afeitarme, pero la descarté enseguida y fui hacia la cocina. Estaba demasiado cansado, demasiado exhausto como para hacer otra cosa que no fuese tomarme una cerveza y tirarme en el sofá. Quizá pediría una pizza, vería un rato la televisión y me iría a dormir.

Abrí la nevera y fruncí el ceño al ver las porquerías que había dentro. Caleb y Levi siempre traían cosas para picar y las dejaban allí. Cogí una cerveza.

¿Por qué me sentía tan decepcionado ante la perspectiva de no verla en un día entero?

La había conocido el día anterior.

Aparté también ese pensamiento y abrí la lata de cerveza mientras iba hacia el salón.

«¡Ah! Esto sí que es vida», pensé al dar el primer trago.

Los dolores y molestias del trabajo físico me gustaban. Me distraían de mis oscuros pensamientos. Estaba agotado, pero eso era justo lo que quería. Incluso lo que necesitaba. Tenía mucha energía, y canalizarla en algo bueno me hacía sentir bien. Útil.

Me hundí en el sofá y solté un suspiro de alivio al permitir al fin que mi cuerpo se relajase. En el momento en que me llevé la cerveza a la boca, deseando dar otro trago, sonó el timbre.

«No me jodas.»

Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en el sofá, y suspiré. Me tapé los ojos con fuerza con las manos y deseé que aquella irritante interrupción desapareciese.

¿Quién podría ser a esas horas? Era tarde. A no ser que fuese Caleb, para insistir en que saliera con él a dondequiera que le apeteciese esa vez.

Cabreado, dejé la cerveza sobre la mesa de un golpe, me re Coloqué la toalla en la cintura y abrí la puerta.

Y allí estaba ella.

Hecha una furia.

«Vaya, vaya», pensé.

Sonreí.

—Justo estaba pensando en ti —le dije, arrastrando las palabras.

El fuego de sus ojos se evaporó. Recorrió mi cuerpo lentamente con la mirada: empezó por mi cara, se detuvo brevemente en mis hombros y mi abdomen y un rato más en la toalla, para volver inmediatamente a mis ojos.

Se mordió el labio.

Sonreí.

—¿Ya has mirado suficiente? —preguntó.

Parpadeó poco a poco, con los ojos todavía brillantes. No creo que me hubiese oído.

Todavía llevaba la misma ropa que aquella mañana, los pantalones y el jersey amarillo como el sol. Llevaba la cara lavada, sin maquillaje.

Me podría haber pasado toda la noche mirándola.

—¿Quieres pasar? —pregunté, y le miré los labios durante todo el tiempo que se me antojó antes de volver a mirarla a los ojos.

Ella abrió la boca, pero no dijo nada. Me apoyé en el marco de la puerta, disfrutando del momento.

—Kar, ¿te ha hecho una pregunta!

Miré detrás de ella, sorprendido.

—¡Hola! Me llamo Dylan —se presentó un tío que saludó con la mano y esbozó una gran sonrisa, como si fuese un buen amigo al que no veía desde hacía tiempo—. Soy su hermano.

Dejé de sonreír al instante. Así que ese era el gilipollas que le había dado un golpe a mi moto y se había pirado. Me aparté de la pared y me lo quedé mirando fijamente. El recuerdo de la mañana anterior al encontrar mi maltrecha moto volvió de golpe. Me acordé de los arañazos, de las piezas rotas, y sentí el dolor de ver que algo que has cuidado con tanto mimo ha sido destrozado por alguien que ni siquiera tiene las agallas de hacerse responsable del crimen.

Al ver la falta de arrepentimiento de su expresión, como si tuviese derecho a todo, pensé que se merecía un buen puñetazo en la boca. Podría hacer que perdiese unos cuantos dientes; eso sería suficiente castigo.

Entonces la miré a ella. Y me contuve.

Apreté la mandíbula y me di la vuelta, dándoles la espalda, pero dejé la puerta abierta. Exasperado, me froté la cara con las manos mientras me dirigía a mi habitación.

—¡Eh! ¡Te estoy hablando! ¿Adónde te crees que vas?

Oí su voz, que me perseguía. Cerré la puerta del dormitorio de un portazo y

me quité la toalla.

Y ella irrumpió en la habitación.

—¡Hostia! —chilló.

Mierda.

Esperaba que apartase la vista, como haría una persona normal, pero se me había quedado mirando.

Justo cuando yo cogía la toalla para taparme, ella se tapó la cara con las manos y se dio la vuelta tan rápido que casi perdió el equilibrio.

Me había dado un buen repaso, no me cabía duda.

Suspiré, exasperado, me subí los pantalones y me los abroché. Saqué una camiseta del armario y me la puse.

—Tengo que hablar con tu hermano —le dije entre dientes. Ella seguía de espaldas—. A solas.

Pasé junto a ella, cabreado. Lo único que yo quería aquella noche era un poco de paz y tranquilidad.

—No, ni hablar.

—Ya lo creo que sí.

—A solas no, ni lo sueñes.

Me detuve en seco. Ella casi se dio de bruces contra mí, pero apoyó las manos sobre mi espalda antes de chocar.

Me di la vuelta y la miré en silencio, esperando a que se calmase. Tenía la cara muy colorada y le brillaban los ojos, no sabía si por la ira o por la vergüenza. Quizá por ambas cosas.

—¿No te parece que aquí hay algo que no funciona? —pregunté.

Puso los brazos en jarras.

—Lo único que no funciona aquí es que intentes intimidar así a mi hermano. No pienso dejar que ni tú ni nadie le vuelva a hacer eso. ¿Me has oído?

Mi rabia se estaba disipando. ¿Por qué estaba tan guapa cuando me decía lo

que tenía que hacer? Cuando defendía a la gente que le importaba y se anteponía para recibir ella los golpes era irresistible.

Me ablandé.

—¿No te das cuenta de que así solo le pones las cosas más difíciles a él?
—dije, mientras pensaba que me hubiese gustado poder borrarle las ojeras que lucía.

Ella parpadeó.

—Tienes que dejar que luche sus propias batallas —continuó—. Lo estás perjudicando. Lo sobreproteges.

Parecía afectada, así que esperé. Se humedeció los labios y dijo, derrotada:

—Vale. ¿Acaso has hablado con mi padre?

—¿Qué?

—Ten cuidado y ya está, ¿vale? Cuando era niño tuvo... problemas. No te pases, ¿me oyes?

Parecía tan exhausta como yo. En ese momento quise llevarla a la cama y tumbarme junto a ella. Y me di cuenta de que solo pensaba en dormir. Solo pensaba en que ella pudiera descansar.

Eso era nuevo. Nunca me había llevado a ninguna chica a la cama solo para dormir.

Quería cuidar de ella.

Fruncí el ceño. ¿De dónde narices había salido ese impulso?

—¿Has oído lo que he dicho? —insistió.

—¿Qué?

—Da igual. ¿Dónde quieres que espere?

—En la cocina. Está al lado del salón, a tu izquierda.

—Vale.

Se dio la vuelta para salir y la seguí.

—¡Kar! ¿Adónde vas?

—Yo voy a esperar allí. —Señaló la sala de estar y caminó en dirección opuesta a la cocina, que era donde le había pedido que esperase—. Y vosotros os vais a quedar aquí para aclarar algunas cosas.

—Pero... —empezó a decir su hermano, pero se interrumpió cuando me planté delante de él.

Era joven, probablemente todavía iba al instituto. Pero era lo suficientemente mayor como para tener sentido de la responsabilidad. ¿Y ella pretendía que lo tratase como a un niño solo porque de pequeño había tenido problemas? ¿Cuántas veces habría utilizado él eso para eludir sus propias responsabilidades y endilgárselas a ella? Por fuerte y agresiva que fuese, era todo corazón cuando se trataba de sus seres queridos. Seguro que había un pasado que la hacía sentirse culpable, y él sabía cómo utilizarlo. Era una especie de poder para él.

Yo lo sabía porque, de algún modo, de niño había sido igual que él. Yo atacaba y me valía de mis puños. En cambio, él usaba los suyos para esquivar los golpes que iban en su dirección y para ovillarse en una esquina como un ratoncito asustado.

Tenía problemas distintos y formas diferentes de lidiar con ellos, pero el fondo era el mismo. Era egoísta, necesitado y un malcriado.

—Soy Dylan. Hola.

Lo miré sin decir nada.

No se parecía a su hermana. Tenía el pelo rubio y la cara redonda, y era rechoncho como una mascota bien alimentada. Un niño malcriado.

—Bueno, eso ya lo he dicho antes. Te vamos a arreglar la moto, así que no pasa nada, ¿no? Te la vamos a dejar mejor de lo que estaba. ¡Te va a encantar!

Ni una disculpa ni nada parecido. Ni rastro de arrepentimiento. De hecho, se comportaba como si encima yo tuviese que darle las gracias.

En ocasiones el niño egoísta y enojado que aún existía dentro de mí quería

tomar el control, pero yo ya era más fuerte que él y podía mantenerlo a raya. Sin embargo, a veces le permitía tomar las riendas.

—Escúchame bien, niño de mierda.

Retrocedió.

Si hubiese tenido colmillos, se los habría enseñado en aquel preciso instante. Quizá le habría arrancado el cuello con ellos. Por suerte para él, era su hermano.

—Tú eres el que le dio el golpe a mi moto y luego se largó como si nada. —Vi que tragaba saliva y daba otro paso atrás—. ¿O no?

—Pe... pero te la vamos a arreglar y la vamos a dejar como nueva. Soy un buen mecánico y Vlad es el mejor con las motos. Se va a encargar él de la reparación. Acabarás alegrándote de que haya pasado todo esto, ¡ya lo verás!

Apreté la mandíbula.

—¿Alegrándome?

Un puñetazo limpio en esa cara de perro pachón. Era lo único que necesitaba. Solo uno.

—Me ha dicho mi hermana que te llamas Cameron. He oído hablar de ti. Quiero decir, que te he visto jugar. Eres una bestia en la cancha de baloncesto. Quiero decir, que eres una pasada. Eres un monstruo. Igual podemos jugar algún día, cuando tu moto ya esté arreglada. Incluso puedo arreglar tus otros coches. O los de tus amigos. Tengo debilidad por las camionetas clásicas. Solo tienes que decírmelo. ¿Quieres mi número? Puedo...

Debió de verme en la cara lo que estaba pensando, porque se calló y empezó a retroceder de nuevo.

—Escucha, tío, no quería darle a tu moto. Estaba intentando escapar de Tony el Gordo. El tipo es inmenso, es aún más grande que tú. Y mira que tú eres enorme, ¿eh? ¡Mira qué brazacos! Pero con Tony el Gordo no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir.

—¿Y crees que conmigo sí?

—Bueno, no sé, eres amigo de mi hermana, ¿no? ¿No se supone que los amigos cuidan los unos de los otros? Si somos prácticamente familia, ¿no?

Me había equivocado. Ese chaval era penoso. Ni siquiera recurría a la fuerza bruta. Solo parloteaba.

—Mira, había hecho una apuesta con Tony el Gordo, pero yo pensaba que era de cachondeo, ¿sabes? Y resultó que iba en serio. Así que no quiso pagar la factura de su coche cuando vine a cobrarla ayer por la mañana. Pero mi padre dijo que pagó por teléfono por la tarde, así que ya estamos en paz, ¿sabes?

Movió los hombros. Todavía tenía cuerda para rato.

—Bueno, el caso es que me empezó a perseguir cuando le insistí en que me pagase, y probablemente me habría pegado si no hubiera escapado, ¿sabes?... Me entró el pánico, tío. Me entró mucho pánico. Puse marcha atrás y le di a tu moto, pero no estaba seguro de haberle hecho nada porque la levanté y se aguantaba bastante bien, tío.

Apreté los dientes. Su voz me resultaba tan desagradable como si una bruja estuviese rascando una pizarra con las uñas.

—Entonces se lo conté a Kar y decidió venir a ver si le había pasado algo a tu moto, porque ni siquiera le di tan fuerte, tío. Me contó que había hecho un trato contigo y que...

—Cállate.

Cerró el pico.

—Ya es bastante malo que le hayas dado a mi moto, pero es que ni siquiera has tenido la decencia de asumir tu responsabilidad. Y ni siquiera lo sientes. ¿Y encima tiene que ser siempre tu hermana quien te saque las castañas del fuego? —Hice una mueca de desagrado—. Eres un mierda.

Tiró del cuello de su camiseta, nervioso.

—No... No siempre lo hace. —Se interrumpió y me miró con cautela—. Sí —se corrigió de forma casi inaudible—. Siempre lo hace.

—Escúchame bien, cabrón malcriado. Tu hermana no es responsable de tus mierdas. Ya es hora de que crezcas. —¿Se iba a echar a llorar? En mi interior no quedaba ni una gota de compasión. El parloteo incesante de Dylan había acabado con ella.

—A menudo eres una carga para ella, ¿no es así?

Dijo que no con la cabeza, negándose a aceptar la realidad.

El ver que se lo tomaba tan a la ligera y su falta de responsabilidad, como si darle un golpe a mi moto fuese tan insignificante como derramar una bebida, me cabreaba tanto como el hecho de que la hubiese abollado.

—Podrías ir a la cárcel por lo que has hecho. Una llamada a la policía y... —Deslicé un dedo lentamente por la garganta.

—¡No, por favor! —gimió—. No quiero ir a la cárcel. ¡Solo es una moto!

¿Solo una moto? Para él era fácil decirlo, nadie había destrozado algo de su propiedad. Para mí no era solo una moto. Tenía un gran valor sentimental.

—¿Te crees que solo por haber tenido una infancia dura tienes derecho a joderle la vida a otra persona? ¿Te crees que eres tú el único que lo ha pasado mal?

Yo era incapaz de contar cuántas veces me había tocado defenderme cuando era niño. Si permitía que día tras día la rabia llevase las riendas de mi vida era porque así me resultaba todo más fácil. El mundo vería lo infeliz que era y un día, tal vez, solo tal vez, quizá me diese una tregua, ¿no?

Pero no es así como funciona.

El mundo nunca afloja. Solo tienes que aprender a pelear.

Si ella quería a este crío, y yo sabía que así era, tenía que ayudarlo a endurecerse.

—Es que... Ya sé que no valgo nada —empezó a decir con voz gruesa—. Y

es muy duro aceptar que ni siquiera puedo invitar a mis amigos a casa porque es muy pequeña.

¿Cómo era posible que fuesen hermanos? Eran polos opuestos. Ella se había quedado con todas las agallas.

—Ni siquiera puedo pedirle salir a una chica porque soy un mierda — continuó—. Me encanta trabajar en el taller, pero parece que no tenga sentido. Mi padre trabaja como una mula y apenas conseguimos pagar las facturas por culpa de mi tío. En realidad, no tenemos elección, ¿sabes? Mi padre siempre está sin blanca y mi hermana trabaja hasta el agotamiento para intentar mantenernos y yo... Yo no soy más que un perdedor.

El jodido niño me iba a hacer llorar.

Apreté el puño y me mordí los nudillos, esperando que llegase la inspiración.

—Mira, tío. Lo que has hecho está mal, pero no eres un perdedor.

Tendría que ser Rick el que hablara con él y no yo. Yo tenía mis propios problemas. ¿Qué narices le iba a decir yo, que ni siquiera tenía mi propia vida bajo control? Si yo mismo era un crío.

Fruncí el ceño intentando recordar qué había dicho o hecho Rick para calmarme en su día. No se me ocurrió nada más que la sensación de haber encontrado a alguien que por fin se preocupaba por mí.

—Yo he pasado por eso. Tienes que intentarlo. Simplemente, inténtalo. Porque me da la impresión de que no lo estás haciendo. Joder, necesito beber algo.

Fui a la cocina, abrí la nevera, saqué una cerveza y le di un buen trago. Podía sentir su presencia tras de mí, expectante.

—¿Quieres una birra? —pregunté.

Esta vez me sonrió.

—Ojalá —respondió—. Todavía no he cumplido los dieciocho.

Pues vaya. Abrí la nevera de nuevo y busqué entre los restos.

—¡Ah! —Cogí un cartón, le clavé la pajita y se lo pasé—. ¿Zumo?

Debía de ser de Levi.

—No, tío. Dame un refresco o algo parecido. No soy un niño.

—¿Qué tiene de malo el zumo? —Di un trago.

—Prefiero los refrescos.

—Sí, pero con un refresco no consigues esto. —Me levanté la camiseta y le enseñé mi tableta de chocolate.

Él se echó a reír.

—¡Me has convencido! —La felicidad que se dibujó en su rostro reflejaba su inocencia—. Sí —dijo—. Me tomaré el zumo. ¿De qué es?

—No sé, tío. Tiene vitamina C. Bébetelo y ya está.

Dio un sorbo y se quedó en silencio unos instantes. Me pareció todo un milagro.

—Siento lo de tu moto.

Asentí en señal de aceptación.

—Todo bien, ¿no? —preguntó.

Pensé la respuesta durante unos segundos. Aún estaba enfadado, pero seguir insistiendo en ello me parecía cruel. Como darle una patada a un cachorro. Además, me gustaba su hermana. Me gustaba un montón.

—Sí —contesté, mientras volvía al salón—. Todo bien.

—¿Podemos ser colegas?

Unos fuertes pasos que se acercaban me salvaron de responder.

—¡Eh! —Ella entró en el comedor con el ceño fruncido—. ¿Habéis terminado? ¿Es eso cerveza? ¿Le has dado cerveza?

Miró enfadada la cerveza que yo tenía en la mano.

—Cálmate, Kar —dijo Dylan, gesticulando—. No es cerveza.

—¿Qué es?

Él se lo puso delante y ella miró el cartón con los ojos entornados.

—Solo es un zumo.

—Tengo que hablar con tu hermana —le dije mirándola a ella—. A solas.

—¿Kar? —preguntó preocupado.

Ella me miró con los ojos entornados, desconfiada. Yo le dediqué una sonrisita para desafiarla.

«No te atreves a quedarte a solas conmigo, ¿eh?»

Ella esbozó una sonrisa afilada.

«Ya lo creo que sí. Puedo acabar contigo si quiero.»

—Ve tirando. Nos vemos en casa.

—Te espero fuera.

—Voy a tardar un rato. Vete a casa, Dylan.

—¿Estás segura?

Ella asintió y le indicó que se fuese con un gesto.

Yo miré a Dylan.

—No le va a pasar nada.

Debió de ver algo en mi cara que lo tranquilizó. Le dio a su hermana un golpecito en el hombro, le dijo que la vería en casa y se marchó.

Entonces cerró la puerta.

Y me quedé a solas con ella.

Por fin.

Kara

Sus ojos azules, que bajo la luz mortecina de la habitación parecían todavía más profundos e intensos, siguieron a Dylan hasta la puerta principal colmados de paciencia. No, no era paciencia. Era expectación.

Expectación ante lo que iba a pasar.

Oí los pasos de mi hermano y los suyos, y el «clic» del cerrojo. El sonido reverberó en la habitación, alto y cargado de significado, como una declaración de guerra.

Y entonces esos ojos, esos iris de un azul profundo, se clavaron en los míos. «Conquistame —me desafiaban—, antes de que yo te conquiste a ti.»

Era un cebo.

Y quería que yo lo mordiera.

Apreté con fuerza los puños y retrocedí de forma instintiva. Solo me detuve cuando me golpeé con el sofá detrás de las rodillas.

El efecto que tenía sobre mí era innegable, y no me gustaba nada. No me gustaba sentirme indefensa a su lado, ni que solo con mirarme me arrebatase la razón.

Como si pudiese oír mis pensamientos, sus labios, lenta y deliberadamente, esbozaron una sonrisa.

«Te tengo», decía esa sonrisa. «Te tengo exactamente donde quería.»

Cada movimiento de su cuerpo evidenciaba su fuerza y su autocontrol. Cruzó la habitación en dirección a mí, con su cuerpo atlético y elegante, como

un felino sigiloso que deambula por la jungla, hambriento y paciente.

Recorrí con la mirada sus largos brazos, sus protuberantes músculos, las venas que se marcaban en su piel y sus gruesas muñecas. Cada una de las partes de su cuerpo se veía trabajada, dura y viril.

Se detuvo frente a mí.

—Kara —susurró mi nombre. Su voz era profunda e intensa y mi nombre sonaba carnal cuando salía de sus labios—. Dime por qué estás aquí.

Intenté responder, Dios sabe que lo intenté, pero mi cuerpo no cooperaba.

Rendirme parecía tan fácil, tan pecaminoso, como deslizarme entre sedas caras y lujosas, como dejar que otra persona, al fin, tomase el control.

No, cualquier otra persona no. Tenía que ser él.

Cerré los ojos como mecanismo de defensa. Estaba perdiendo y, por sorprendente que fuese, no parecía importarme.

Todavía no. Pronto me importaría, pero aún no.

¿Así se sentía una al desear a alguien? ¿Al necesitar a alguien?

El aire estaba cargado de tensión; sentí cómo se movía un segundo antes de que empezase a acariciarme el interior de la muñeca con los dedos. Una vez, dos. Luego se esfumó.

Separé los labios unos milímetros y dejé escapar una exhalación brusca y silenciosa. Era la forma en que mi cuerpo liberaba la tensión que se había acumulado en su interior tras su caricia.

O quizá, quizá, era una demanda silenciosa para que hubiera más.

—Abre los ojos —me ordenó con gentileza.

Los dejé cerrados.

—Kara. —Su voz era suave como el terciopelo, tentadora—. Mírame.

Pero ¿qué pasaría si lo hacía?

Era algo que nunca había sentido o experimentado antes. Nunca había estado tan cerca de nadie, ni había querido estarlo.

Me balanceaba entre dos mundos. En uno, me alejaría de él en aquel preciso instante, y seguiría siendo la misma. En el otro, todo aquello que conocía llegaría a su fin y se transformaría en algo nuevo.

¿Cuál iba a elegir?

Siempre ponía a los demás por delante de mí. Responsabilidades, compromisos y familia. ¿Cuándo había sido la última vez que había hecho algo solo porque sí?

Abrí los ojos. Y miré directamente el azul de los suyos.

Era despiadadamente guapo. Las cejas oscuras y rectas, los ojos hundidos, la nariz larga y recta, los labios gruesos. Toda esa belleza enmarcada por un suave pelo negro.

La primera vez que lo vi me había parecido un arcángel oscuro. Todavía me lo parecía, incluso más que antes. Había muchas cosas que no sabía de él.

Era tan profundo y oscuro como una caverna, y yo estaba justo en la entrada. ¿Debía entrar o debía marcharme?

Tomé una decisión.

Separó los labios, sorprendido, cuando reseguí la línea de su clavícula con las puntas de los dedos, maravillándome ante el calor de su piel, ante su suavidad. Pensé que me quedaría satisfecha solo con tocarla, pero quería más. Él tensó los músculos cuando mis dedos se desplazaron hacia la larga línea de su cuello. Acaricié la barba incipiente de su mandíbula. Me hacía cosquillas.

Sonreí, pero no dije nada. Normalmente, yo tenía mucho que decir, pero en aquel momento no era yo misma. Cuando estaba con él era distinta. Me sentía más atrevida y más hermosa.

El pulso que le palpitaba en la garganta se disparó cuando llegué a sus labios. Eran gruesos, rosados, con el labio superior perfectamente delineado. De repente, abrió la boca y atrapó mi dedo con los labios, con los dientes, con la lengua.

Y succionó.

Aparté el dedo, mientras ahogaba un grito y lo miraba a los ojos. Me sentía como si todo mi cuerpo estuviese en llamas. Me aparté de él de forma instintiva.

Había muchas emociones haciendo estragos en mi interior, todas ellas concentradas en aquella habitación. Tenía la piel de gallina. Sentía calor, anhelo y necesidad. Quería... más. Simplemente, más.

—Me estás volviendo loco, joder —susurró con voz ronca, con un matiz de frustración.

Todos sus movimientos anteriores habían sido controlados, pero ahora irradiaba una energía inquieta. Como si fuera un gato enorme y salvaje encerrado en una pequeña jaula.

Su mirada se tornó más grave, más ávida.

—Estoy esperando a que salgas corriendo —dijo en voz baja. Al ver que no contestaba, dejó caer sus brazos a los lados, desalentado—. Y no quiero que lo hagas.

Me mordí el labio al oír su confesión. Me hacía sentir deseada. Me hacía sentir que no debía negarme mis deseos, aunque fuese solo durante aquel instante.

La forma en que me miraba me producía un calor que se deslizaba por toda mi piel. Caliente, palpable, atrayente.

Era tan guapo, tan grande, tan descaradamente... viril.

—Kara.

Alcé la vista y lo miré. Me tendió la mano con la palma hacia arriba.

—Ven aquí —me ordenó con voz ronca.

Como si estuviese en trance, fui de nuevo hacia él y puse mi mano sobre la suya. Era ancha, con unos dedos largos y delgados. También era áspera, llena de callos y arañazos. La mano de un hombre trabajador. Un hombre hermoso,

fuerte y capaz.

Lo miré a los ojos. Sentí una sensación deliciosa y caliente en el estómago al ver la aprobación y la avidez que había en ellos.

De repente, me puso las manos en las caderas y me presionó con los dedos de forma íntima, posesiva. Se dejó caer en el sofá, arrastrándome con él, y me colocó sobre su regazo.

Ahogué un grito en cuanto nuestros cuerpos entraron en contacto, al ponerme a horcajadas sobre él. Era ancho y, Dios mío, tan corpulento que tuve que estirar las piernas para acomodarme a él.

De cerca todavía era más guapo. Casi irreal. Sus rasgos eran perfectos; su piel, suave y aterciopelada.

Deslizó las manos bajo mi jersey y me acarició la parte baja de la espalda con los dedos. Me estremecí al notar su tacto áspero.

Cuando sus labios rozaron mi oreja, di un respingo. Y él soltó una carcajada grave y profunda. Al oír aquel sonido, una nube de mariposas se me arremolinó en el estómago. Hasta su risa era sexi.

—No puedo dejar de pensar en ti —murmuró.

Arrastró los labios de mi oreja a mi mandíbula y tomó aire, una bocanada larga y profunda. Me agarré de sus brazos, expectante; quería que continuase, quería sentir qué iba a pasar después.

Sus manos abandonaron mi espalda y se deslizaron por mis brazos, hasta sujetar mi cuello. Me acarició la garganta con los dedos y eché la cabeza atrás para saborear sus caricias. Acariciaba mi cuello, arriba y abajo, arriba y abajo, y el pulso se me disparó.

Se inclinó hacia delante hasta que casi me rozó la boca con los labios. Casi.

—Kara —susurró—. ¿Es que no vas a besarme?

Exhalé el aire que no sabía que estaba conteniendo.

Supuse que simplemente lo haría él, que me arrebataría la decisión y

tomaría la iniciativa, pero había esperado a que estuviese preparada. A que me decidiera.

Quería que lo decidiera yo.

«Oh, qué maravilla de hombre», pensé.

Su cuerpo estaba en tensión, preparándose para mi rechazo o mi rendición. Pero en mi mente no había ninguna duda.

Cerré los ojos y tomé su labio inferior entre los míos. Lo oí gruñir, como si fuese un muerto de hambre a quien acababan de servir un auténtico festín.

Y entonces tomó las riendas.

Con la lengua trazó la línea que separaba mis labios, buscando la entrada a mi boca. La abrí para él y se coló dentro. Me sorprendí al notar la excitación que afloraba en mi interior.

Sabía a naranjas y a menta y a un toque de la cerveza que se había bebido antes. Sabía completamente a hombre.

Una de sus manos subió hasta mi nuca para retenerme allí, y entonces su boca se posó sobre la mía, buscando más, exigiendo más.

Él gimió y me besó con más fuerza. Y yo ya estaba perdida.

Apreté las manos contra su espalda para acercarlo más a mí, froté mi cuerpo contra el suyo. Estaba duro por todas partes; sus protuberantes músculos se tensaron cuando metí las manos bajo su camiseta y las deslicé por su pecho. Le ardía la piel.

Él me puso las manos en los talones y las subió por mis pantorrillas, por detrás de las rodillas, por los muslos, y, finalmente, me acarició el culo.

Entonces levantó las caderas. «Oh, Dios.»

Llevó las manos a la cremallera de mis pantalones y abrí los ojos de golpe.

—Para.

Lo empujé, pero era como empujar una montaña. Era tan grande y pesado que no lo moví ni un ápice. Pero entonces se detuvo y dejó caer las manos.

Me desenredé de él, respirando con dificultad.

Me miró con los ojos nublados de deseo y la boca húmeda y sonrosada.

—Kara.

—No —repetí.

Se pasó los dedos por el pelo con las manos temblorosas.

—No voy a hacer nada que no quieras. —Alargó una de sus manazas y me cogió de la muñeca—. No te vayas —me rogó.

Negué con la cabeza e intenté apartarme, pero él era diez veces más fuerte que yo. De ningún modo podría escapar de él.

—Suél-ta-me —le ordené.

Él me miró unos instantes. En sus ojos azules había una vulnerabilidad que no había visto antes. Sentí que me deshacía por dentro.

Y entonces abrió la mano y me soltó.

Corrí hacia la puerta. Sentía claustrofobia; necesitaba espacio y tiempo para pensar.

Agarré el pomo de la puerta y lo giré.

—Kara.

Volví la cabeza y lo miré una última vez antes de irme.

Kara

«La Nave Nodriza ha sido invadida.»

Salí corriendo por la puerta y seguí a toda prisa por el camino de entrada, con la sangre palpitándome en la cabeza. Tenía tanta prisa por irme que casi tropecé. Continué corriendo hasta que mis pulmones de vaga redomada dieron de sí todo lo posible.

Empezaron a fallarme las piernas, así que tuve que parar. Me agaché en la acera y metí la cabeza entre las rodillas mientras intentaba recuperar el resuello.

¿Qué narices había pasado?

Me palpitaban los labios. ¡Me palpitaban!

Me dolían.

Pero era un dolor delicioso, como si acabase de hacer algo malo y tuviese que guardar el secreto por ser demasiado bueno para compartirlo. Todavía podía sentir la huella de sus labios sobre los míos, notar su sabor en la lengua, oír los sonidos que hacía. Esos gemidos tan sexis que emitía desde el fondo de la garganta. Se me escapó un chillido agudo que sonó como una hiena dando a luz.

¡Dios!

«Exacto —pensé—. Ahora solo puede ayudarte Dios. ¡La fortaleza ha caído! Repito: ¡la fortaleza ha caído! ¡Tus defensas han fracasado! ¡Retirada!»

¡No he fracasado en nada! Solo lo he besado...

«¡Exacto! ¡Has entregado tu primer beso así, como si nada! Y, por cierto, no ha sido solo un beso. Os habéis estado restregando. Tía, pero ¡menuda salvaje estás hecha!»

¡Cállate!

«Has pasado veintiún años protegiendo el castillo y ¿vas a bajar el puente levadizo para que entre un tipo que conociste ayer? Pero ¿qué pasa contigo?»

No me iba a acostar con él. Solo... Solo quería sentirme... deseada. Por una vez.

«Esa no es toda la verdad.»

Sí, sí que lo es.

«Ya ha habido un par de chicos a los que les has gustado, pero nunca les prestaste ninguna atención. Vale, es cierto, uno no se duchaba y el otro nunca parpadeaba. Y ninguno de ellos estaba tan bueno como Cameron, pero ¿quién está tan bueno como Cameron?»

Eso da igual.

«Hay otra razón. ¿Cuál es?»

No hay ninguna otra razón.

«Te gusta.»

Me tapé ambas orejas con las manos, intentando acallar la voz de mi cabeza.

«¡Te gusta! Nunca nadie te había desafiado como Cameron. No se siente intimidado en absoluto, le lances las puyas que le lances.»

¡Lo acabo de conocer! ¡Lo conocí ayer!

«Pronto será medianoche, así que ya hace dos días, para que lo sepas. Pero te estás desviando del tema. ¿Por qué te vas por las ramas, colega? Eso no es lo que te he preguntado.»

Déjalo ya.

«Has estado escuchando su conversación detrás de la puerta cuando estaban

en el comedor.»

Pero ¡no la he oído toda! Solo el final; de verdad que estaba intentando respetar su privacidad, pero...

«¡Menuda abuela cotilla estás hecha! Pero te ha gustado lo que has oído, ¿eh? Has oído cómo trataba bien a Dylan en una situación en la que otros chicos lo habrían despreciado o se habrían reído de él. Ha sido amable con tu hermano. Y eso, amiga, ha sido tu perdición. La amabilidad de Cameron ha sido tu perdición, ¿o no? Y cuando han vuelto de la cocina, te has dado cuenta de cómo lo miraba Dylan.»

Ya lo adora.

«¡Ahora no te enamores de él! Mucho hablar sobre tus estándares, pero dónde están ahora, ¿eh? Has cedido muy fácilmente. Estoy muy decepcionada.»

¡Si no te callas la boca en dos segundos, te voy a aplastar la cabeza!

«Ni siquiera quería preliminares. Iba directamente a por la perla de la concha. A por la yema del huevo. A por el caramelo.»

Para él eres como cualquier otra chica. Estaba cachondo, y tú, casualmente, estabas allí. Se suponía que tenías que hablar con él sobre vuestro trato, no comerle los morros.

«Probablemente ni siquiera besas tan bien. Ha dominado el beso él en unas proporciones épicas.»

—¡Ya basta! —grité en medio de la noche mientras intentaba ignorar el hormigueo inquieto que sentía en la barriga—. Es un experimento. Eso es todo lo que él es para mí. Desaparecerá en cuanto su moto esté arreglada. Fin de la historia.

Me puse de pie y me limpié las manos. Y me estremecí. No había pensado en coger la chaqueta al salir de mi casa porque estaba que me subía por las paredes. Hasta ese momento no me había dado cuenta del frío que hacía.

Crucé los brazos y me los froté para entrar en calor. Y entonces chillé y di un brinco, asustada, al notar que algo caía sobre mis hombros.

Me di la vuelta y adopté una posición de kárate, dispuesta a echar a correr. Y me quedé sin aire al ver que era él. ¡Él!

Recogió la chaqueta de cuero, que se había caído al suelo cuando yo me había dado la vuelta, la sacudió y me la ofreció. En su rostro, demasiado atractivo incluso en la oscuridad, había un gesto severo. Cuando me miró, solo vi indiferencia en sus ojos.

¿Por qué se me formó un nudo en el estómago?

No era la reacción que esperaba después de... De lo que había pasado en su salón. Pero, claro, no había conseguido de mí lo que quería, ¿no?

Así que ¿por qué estaba allí, ofreciéndome una chaqueta?

Todo era muy confuso. Y frustrante.

¿No había algún centro formativo donde pudiera apuntarme para asistir a algún curso sobre él?

Me estaba mirando, pero no era capaz de descifrar lo que pensaba. Sus defensas estaban levantadas. Las defensas que mantenían alejados a los demás. Había creído percibir las a su alrededor con anterioridad, pero hasta ese momento no me había tenido que enfrentar a ellas en toda su gloria.

Me entristeció.

—Estás helada —dijo. No había ni rastro de la calidez que antes envolvía su voz—. ¿Por qué no te la pones?

Pero, por la forma en que lo dijo, no era una sugerencia. Era una orden, y su tono de arrogancia bastaba para sacarme de mis casillas.

—Tú no me mandas.

Parecía una niña de cinco años enfurruñada, pero no podría haberme importado menos. Él me miró un instante antes de decir:

—Le he dicho a tu hermano que te llevaría a casa.

Cerré la boca. Sus palabras, tan prosaicas, me sonaron dulces. Me parecieron amables y consideradas.

El chico era una contradicción con patas. ¿Cómo narices iba a entender yo lo que estaba pasando?

«Sé fuerte, tía. No cedas. No cedas. De verdad, no cedas.»

Mi casa estaba a veinte minutos a pie. Di media vuelta y emprendí el camino hacia allí. En aquel momento, a él le convenía mantenerse muy alejado de mí.

Me estaba confundiendo, y necesitaba todas mis facultades mentales, especialmente entonces. Estaba muy cerca de conseguir mis propósitos, no podía permitir interrupciones. Si quería ahorrar para conseguir el bienestar de mi familia, para darles al menos una vida cómoda y libre de las garras del avaricioso de mi tío, no había espacio para debilidades. No podía perder de vista el premio gordo.

En aquellos momentos, lo único que podía permitirme eran fantasías. ¿No era eso lamentable?

Ralentiqué mis pasos al sentir que me ponía algo cálido sobre los hombros. Algo que olía a cuero y a hombre.

—Para —me advirtió cuando me empecé a quitar la chaqueta—. Te la volveré a poner.

—Te aseguro que no es así como debes hablarme cuando quieres conseguir algo de mí.

Me quité la chaqueta con un movimiento de los hombros y se la tiré. De repente estaba enfadada. No sabía por qué, pero lo estaba. Sentí que estaba sonrojada, que se me aceleraba la respiración y que tenía ganas de pegarle a algo.

—Te puedes meter la chaqueta donde te quepa, guapo, y volver por donde has venido. Llevo toda la vida volviendo a casa andando sola —dije, y la voz

se me quebró.

Esa debilidad en mi voz, el hecho de que él hubiese oído cómo se resquebrajaba mi armadura, hizo que me enfadara todavía más.

—No te necesito para encontrar el camino a casa; nunca necesitaré tu ayuda. ¿Sabes por qué? Porque puedo cuidarme yo solita. ¡Lo hago desde que era una cría y no necesito que ni tú ni nadie me digáis lo que tengo que hacer!

Sabía que no era justo que lo pagase con él, igual que sabía que después me iba a arrepentir de mis palabras. Pero él representaba algo que no podía permitirme ni siquiera desear.

Era una fantasía estupenda, una fantasía con la que me estaban tentando en mis narices. La vida era cruel. Porque yo era lo bastante realista como para entender que nunca podría ser más que eso. Él no estaba hecho para alguien como yo.

Pronto se esfumaría y sería como si nunca nos hubiésemos conocido. Y lo más triste era que yo me quedaría con todos los recuerdos.

La gente siempre me dejaba con sus recuerdos, como si yo fuese una caja en la que dejar toda la mierda que ya no querían.

Solo recuerdos. Siempre recuerdos.

¿Y a mí de qué me servían? No valían para poner un plato de comida sobre la mesa ni para pagar la electricidad o el montón de facturas que se amontonaban en el buzón.

Y si quería olvidar y perderme en los besos de un hombre que era pecaminosamente guapo y, por una vez, convertirme yo en un recuerdo para él, entonces, por todos los cielos, ¡tenía todo el derecho del mundo!

Levanté los brazos al cielo, frustrada, mientras sentía agolparse las lágrimas en mis ojos, y eché a andar hacia mi casa. Me percaté de que me estaba siguiendo.

¿Qué quería? ¿Es que el numerito que había montado no era suficiente como

para que se diera la vuelta? ¿Qué le pasaba a ese chico?

Aceleré, deseando que se marchase, pero había sido un día muy largo y empezaba a acusar el cansancio.

El viento silbó con fuerza y ferocidad en la calle, frío y ruidoso. Contuve el aliento e intenté mantener las manos a ambos lados de mi cuerpo, para que él no se diese cuenta de que me estaba congelando. Lo oí suspirar con fuerza detrás de mí, y luego vi que aceleraba hasta adelantarme.

¿Es que tenía impulsos suicidas?

El viento arreció de nuevo, pero esta vez no sentí su azote en la cara y el cuerpo. Él se llevó la peor parte. Me había adelantado con la intención de protegerme, para evitar que el aire me diera directamente a mí.

Una sensación de calidez empezó a extenderse por mi pecho.

Solo era una reacción a su amabilidad. Eso era todo. No significaba nada más.

Observé cómo sus anchos hombros se movían mientras caminaba, cómo sus fascinantes músculos se le marcaban por debajo de la camiseta y cómo sus rizos oscuros acariciaban el cuello de la prenda.

Había doblado la chaqueta de cuero y se la había echado sobre el hombro izquierdo.

No habló en ningún momento, ni siquiera se volvió para mirarme. Yo no hacía más que esperar a que dijese algo, a que se impacientase o me espetase: «A la mierda. Me largo». Pero no lo hizo.

Caminamos juntos y en silencio hasta que llegamos a la entrada del taller.

El tenso silencio entre ambos era palpable. Se detuvo junto al camión articulado que bloqueaba el camino de tierra que llevaba a mi casa.

Cuando pasé por su lado sentí que su enorme cuerpo se tensaba y sus ojos me seguían mientras me dirigía a mi casa. Pero, igual que él, seguí caminando sin mirar atrás.

La luz del porche se encendió cuando me detuve frente a la puerta, bajo el aullido del viento. Sentí unas ganas casi incontenibles de mirar atrás para ver si seguía allí.

«Olvídate de él. Los ojos en el premio, tía.»

Cogí las llaves de debajo de la maceta, metí una en la cerradura y abrí la puerta. Entré y la cerré con suavidad para no despertar a mi padre.

La casa estaba en silencio. Solo se oían los leves ronquidos de mi padre y el ruido blanco que provenía del ventilador eléctrico.

Sabía que debía irme a la cama y dar el día por terminado, pero apoyé la frente en la puerta. Algo dentro de mí me gritaba que hiciese algo, aunque no estaba segura de qué.

«Maldita sea.»

Respiré hondo y abrí la puerta. Él ya estaba casi en la entrada del taller. Debió de oírme, porque se detuvo. Se dio la vuelta poco a poco y me miró.

Estaba demasiado lejos como para verle los ojos, pero supe que ya no mostraban indiferencia. Deseé verlos de cerca. Deseé saber lo que estaba pensando, lo que estaba sintiendo. Deseé que ese día nunca hubiese sucedido.

Y deseé que él no lo olvidase nunca.

Porque yo sabía que, por mucho que quisiera, no lo olvidaría.

Justo cuando iba a llamarlo, me dio la espalda y se marchó.

Kara

Al día siguiente me sentía como si tuviera resaca.

Los pájaros que cantaban tras la ventana de mi habitación competían para ver cuál de ellos se quedaba antes sin voz y, como de costumbre, les importó un comino despertarme, interrumpiendo así un sueño que ya apenas recordaba.

Empecé a contemplar la posibilidad de lanzarles un cojín para acallarlos y volverme a dormir, pero alguien me destrozó el plan llamando a la puerta.

—¿Kar? —Era Dylan—. Papá dice que es hora de ir a la iglesia. Como no te has levantado aún voy a pasar al baño primero, ¿vale?

Oí las palabras, pero mi cerebro no las procesó. En casa, todos sabían que mi cerebro seguía dormido hasta que me bebía un café.

Me levanté y gruñí al notar un leve mareo. Pero ¿qué narices? La noche anterior no había bebido alcohol, pero tenía un ligero dolor de cabeza y sentía la lengua pastosa y repugnante. Cogí mi toalla con los ojos cerrados y me dirigí a la puerta. Solté un grito al pisar una lata de cerveza vacía. «Mira por dónde», pensé. Resultó que al final sí que había bebido.

«Es curioso cómo a veces elegimos olvidar ciertas cosas», pensé mientras iba hacia la cocina y me servía una taza de café. Como la noche anterior. Casi ni me acordaba de lo que había pasado.

Casi.

Cuando di el primer trago al café me sentí como si acabase de salir de una celda de aislamiento. Cuando me había bebido media taza, ya me había

quitado el uniforme penitenciario. Y, cuando me la terminé, salí de la cárcel. Perfecto. Cerebro activado. Me serví otra taza.

—Buenos días, cariño.

Reparé en mi padre, que estaba junto a los fogones cocinando algo que olía a huevos revueltos. Dylan y él se turnaban para cocinar, ya que yo solía quemarlo todo.

—Buenos días, papá. Voy a ducharme.

—Dylan se te ha adelantado en el baño.

—¡Nooo! —exclamé, y luego suspiré.

Me iba a encontrar con el baño mojado y lleno de vaho. Dylan no parecía capaz de comprender que se tenía que duchar dentro de los límites de la bañera y con la cortina corrida, y no en el suelo del baño.

—¿Quieres tostadas o prefieres cereales? —me preguntó. Estaba muy gracioso con el delantal que le había regalado para Navidad. Tenía una foto de un culturista desnudo con una bola de Navidad llena de purpurina que le tapaba la pilila.

—Cereales, por favor. —Me senté junto a la isla y di otro sorbo de café.

—Anoche no te oí entrar —dijo mientras vertía en un cuenco primero copos de maíz y después leche, y lo ponía frente a mí.

Me llevé una cucharada a la boca antes de responder.

—Llegué tarde. Estabas durmiendo.

—¿Qué tal fue?

Me metí otra cucharada y mastiqué despacio.

—Bien —contesté con cautela—. Tenía que hablar con... alguien.

—¿Tala?

—Pues no.

—¿Quieres decir que tienes otros amigos además de Tala? —me chinchó con una risita.

Puse los ojos en blanco y me concentré en mis cereales. Sabía que me estaba mirando, que esperaba que le diera una respuesta más elaborada. Pero yo no podía. Todavía no. Quizá no podría nunca.

—Ya me lo contarás cuando estés preparada, Kara Koala.

Asentí y terminé de desayunar mientras él fregaba los platos.

«Sí que tengo otros amigos», pensé después, mientras entraba en la ducha. Pero yo era de ese tipo de personas que eligen a la gente con quien pasan tiempo con mucho, mucho cuidado. Porque una vez les dejaba entrar en mi vida les cogía cariño rápidamente.

Tenía una clara preferencia por las relaciones largas y duraderas, aquellas que significaban algo, más allá de «oye, quedemos un rato». Mis días no me dejaban mucho tiempo libre y miraba con lupa en qué lo invertía. Una vez me comprometía en una relación, me aseguraba de dedicarle el tiempo necesario para cultivarla. Así pues, en mi vida no había mucha gente.

Mientras alcanzaba la toalla, llegué a la conclusión de que esa era una de las razones por las que a él no lo podía dejar entrar en ella. Me sequé, me puse crema hidratante y fui a mi habitación a por el secador. Saldría de mi vida en cuanto su moto estuviese arreglada, así que lo mejor era que dejase de pensar en él.

«No puedo dejar de pensar en ti...»

Eso me había dicho la noche anterior. ¿Lo habría dicho en serio?

Cuando me miré en el espejo para maquillarme vi que me había sonrojado.

¿Acaso yo le... le gustaba de verdad? ¿O sería de ese tipo de tíos que sueltan cualquier cosa para meterla en caliente?

Sentí ese cosquilleo inquieto en el estómago que ya me resultaba familiar. No parecía ser de ese tipo de chicos, pero... ¿cómo podía yo saber qué era real y qué no?

¡Lo acababa de conocer!

«Pero eso no te impidió besarle, ¿verdad?»

«No», admití. No me lo había impedido. Me toqué el labio inferior y lo froté. El recuerdo de su lengua probando mis labios era tan fuerte que todavía lo sentía.

De repente, las piernas me fallaron y me tuve que sentar en el suelo.

«De manera que así sabe un beso con lengua.»

Siempre me lo había preguntado, había leído e investigado sobre ello, me lo había imaginado y había soñado con besar al chico del que un día me enamoraría. Pero nada me había preparado para la realidad.

Él era... puro sexo.

Al principio estaba nerviosa. Podía oír cómo me latía el corazón. Y me había sorprendido tanto como él cuando había dado el primer paso para... tocarle. Pero la forma en que me miraba, la forma en que me observaban sus penetrantes ojos azules... Era irresistible. Me hacía sentir... ansiada.

Como si él tuviera hambre de mí.

En él no había vacilación alguna, solo pura seguridad en sí mismo. Sabía lo que quería, sabía cómo conseguirlo y quería mostrármelo. Y eso había hecho.

Recordé cómo sus labios me habían tomado con ganas, cómo su lengua jugaba dentro de mi boca y sus dedos me acariciaban y apretujaban... recordé la forma en que gemía.

Él lo había disfrutado. O al menos eso parecía.

Así que en aquel momento no me había sentido avergonzada por lo que hacía, ni me había arrepentido, porque él me había hecho sentir su presencia, me había hecho sentir que estaba allí conmigo. Me había hecho sentir como si yo fuese la única chica en el mundo. La necesidad apremiante de tocarlo era imparable, no podría haberlo evitado ni aunque hubiese querido.

«Hasta que te intentó desabrochar los pantalones, claro.»

¿Era eso lo único que quería de mí?

«¿Qué más podría querer de ti?»

Me daba miedo que quisiera algo más de mí. Y también me lo daba que no lo quisiera.

Algo me impedía pensar que había algo más. Mi corazón no podía permitirse pensar que había algo más.

Era imposible.

Porque... ¿qué venía después de eso? Tendría que darle algo. Siempre había que dar algo valioso a cambio.

Y yo no estaba preparada para cambiar mi vida. No estaba preparada para renunciar a nada para cambiar mi vida.

Y me daba miedo que ese hombre me hiciera cambiar de idea.

Sentí una opresión en mi pecho, y me di cuenta de que no era decepción. Era... tristeza. Y resignación.

Normalmente me gusta la misa de los domingos y suelo prestar más atención, pero intentar dormir lo suficiente, especialmente aquella semana, había sido más difícil que encontrar a Nemo.

No es que me quejase. Yo misma había elegido el camino que estaba siguiendo, y aunque mi cuerpo y mi mente me pedían a gritos que bajase el ritmo, habría sido un pecado parar en aquel momento. Estaba tan cerca...

Para cuando terminó la primera lectura, yo ya me estaba durmiendo de pie. Dylan estaba a mi lado y me daba codazos o me tiraba del vello del brazo para despertarme, pero nada funcionaba. Los himnos que cantaban eran como nanas para mi cuerpo privado de sueño.

—¡Kar!

Di un brinco y le di una bofetada en la mejilla por despertarme. Cuando me di cuenta de dónde estaba, vi que la gente empezaba a moverse. ¿Había

terminado ya la misa?

—Es hora de comulgar —susurró Dylan, que intentaba aguantarse la risa mientras se frotaba la mejilla.

Mi padre estaba sentado delante de nosotros y, como cualquier padre que intenta que sus hijos se comporten como deben, nos fulminó con la mirada para que nos callásemos. Le guiñé un ojo y suspiró.

Mi padre era un católico devoto. Lloviera o hiciese sol, nos llevaba a misa todos los domingos. Cuando éramos pequeños y rebosábamos energía corríamos por la iglesia como pequeños cabroncetes, hasta que mi padre aprendió que podía sobornarnos con ir a McDonald's para que nos portásemos bien.

La gente de los primeros bancos estaba haciendo cola en medio y a los lados de la nave para recibir la comunión. Supuse que todavía podía cerrar los ojos treinta segundos más antes de que nos tocase. Pero, justo cuando me disponía a cerrarlos, me quedé helada.

Frente a nosotros, cuatro bancos más a la izquierda, estaba sentado un chico muy alto. Tenía el pelo negro y rizado y los hombros anchos, y su espalda me resultaba muy muy familiar.

De repente, me puse totalmente en alerta y el corazón empezó a latirme en el pecho como un tambor. Era el turno de ese banco para ir a la fila a comulgar. Centré la vista en él como si mis ojos fuesen dos rayos láser, pero cuando se dio la vuelta vi que no era quien yo creía.

El chico me descubrió mirándolo y me devolvió la mirada con curiosidad. Aparté la vista y respiré aliviada. Ese día no estaba segura de poder lidiar con el potente magnetismo de mi chantajista.

—Vamos, Kar. Tengo muchos pecados que expiar —murmuró Dylan entre dientes.

Llegamos a la cola y el coro empezó a cantar «Hosanna», mi canción

eclesiástica favorita. De repente mi teléfono comenzó a vibrar.

El corazón me dejó de latir. ¿Sería él? Me pregunté si Dios me perdonaría si le echaba una ojeada rápida al teléfono.

«Pero ¿qué hago? ¿Qué me está pasando?»

Sentía como si no pudiese pasar ni una hora sin pensar en él. Aquello se tenía que acabar. Pero ¡ya! Cogí el teléfono, se lo di a Dylan y le dije que lo apagase.

—Tienes una llamada perdida.

—Que lo apagues, joder.

Me miró con curiosidad, pero no hizo ningún comentario. «Al menos me he despertado», pensé mientras Dylan, mi padre y yo nos dirigíamos a la salida al acabar la misa. A mi padre lo pararon algunas personas para invitarlo a fiestas de cumpleaños y pedirle consejo sobre sus coches. Dylan y yo esperamos detrás a que terminase. Sabía que debería haber llevado mi coche, pero aquel día no me tocaba ir a la cafetería hasta después de comer.

—¡Kara!

—Tita Didi, ¿cómo estás?

En la iglesia todo el mundo la llamaba Tita Didi. Era una voluntaria muy activa que se dedicaba sobre todo a organizar eventos, y también una fiel cliente de nuestro taller.

—¡Estoy bien! Oh, qué maquillaje más bonito llevas. Tienes que conocer a mi sobrino. Es muy guapo y también está soltero. Es ingeniero. No suena mal, ¿no? Yo os arreglo una cita. ¿Qué te parece?

También le encantaba organizarme citas a ciegas con sus sobrinos, primos o compañeros de trabajo. Pensaba que estar soltera era una enfermedad y que su misión en la vida era curar al mundo de ella. Aun así, le tenía cariño.

—No, tita. Todavía estoy intentando superar lo de mi novio muerto, ¿recuerdas? —dije con cara de póquer.

«Estoy mintiendo en la iglesia.» Pero Dios lo entendería, ¿verdad?

Siempre me estaba taladrando con el rollo de los novios, así que tenía que inventarme formas creativas de desalentarla.

—No hace falta, de verdad. Tengo que ir a trabajar. ¡Hasta la semana que viene! —La saludé con la mano y salí pitando de allí. Esperaría a Dylan y a papá en el coche.

No volví a mirar el teléfono hasta más tarde, durante mi descanso en la cafetería. Me había llamado mi supervisora del asilo. Mierda. Le devolví la llamada enseguida y me alegré cuando me dijo que el turno seguía disponible.

Era un turno de cuatro horas de cuidados constantes. La paciente necesitaba una enfermera en exclusiva porque estaba confundida y corría el riesgo de caerse, pero me aseguró que era una paciente fácil.

Una voz en mi interior me dijo que debería irme a casa en lugar de trabajar, pero me sentía mal si rechazaba un turno fácil.

La intuición de una mujer es algo poderoso, y tendría que haberle hecho caso.

Mi paciente resultó estar muy inquieta, y como arrastraba una sobredosis de café para mantenerme en pie toda la semana, mi cuerpo y mi cerebro estaban empezando a apagarse. Le estaba cambiando el pañal cuando empezó a mostrarse muy agitada, intentando evitar que cerrara las bandas adhesivas a los lados de sus caderas. En realidad, debería haberlo visto venir.

—Es el último, señora González, se lo prometo.

Y, como estaba distraída, no vi el puño que se abalanzaba sobre mi cara hasta que fue demasiado tarde.

Después de que mi supervisora me pidiera que escribiera un informe y me sugiriera que fuese a urgencias para que me mirasen el moratón, recogí mis cosas y conduje hasta casa con el piloto automático.

Podía sentir las lágrimas calientes que intentaban asomarse a la superficie,

pero las contuve. Las lágrimas no me servían de nada, pero era consciente de que mis emociones estaban empezando a aflorar. Sabía que estaba a punto de venirme abajo y no estaba segura de cuánto tiempo podría aguantar así. Ni siquiera sabía cómo era posible que no me hubiese derrumbado ya.

«De acero, tía. Estás hecha de acero.»

Pero no me sentía así cuando me arrastré, emocional y físicamente agotada, hasta la cama justo antes de quedarme dormida.

Me desperté a media noche muriéndome de hambre. Busqué mi teléfono a tientas para mirar qué hora era y se me paró el corazón al ver un mensaje de un número desconocido.

Me senté, tecleé la contraseña y comprobé los mensajes. Separé los labios y exhalé rápida y suavemente al leer el mensaje.

Mañana por la mañana en mi casa, a las 8.

Kara

El cielo estaba tan oscuro y lúgubre como se presentaba mi día. Me metí en el coche y me quité la capucha, que estaba mojada por la lluvia. La noche anterior había diluviado, y según la previsión del tiempo iba a llover todo el día. Se diría que era un día perfecto para un asesinato.

La lluvia borraría casi todas las pruebas.

Tiré la mochila en el asiento del copiloto y puse el café en el portavasos. El lodo de mis botas manchó la alfombrilla de plástico del coche. Parecía mierda pisada.

Los diales de mi viejo equipo de radio estaban gastados, ya casi sin color. En el asiento del copiloto había una mancha de café del tamaño de Texas, y el olor del interior del coche no gritaba precisamente «me lavan una vez por semana». Olía más bien a «me lavan una vez al mes... o al año». Quizá.

Unos días antes, Ekon se había ofrecido para hacerle una limpieza a fondo. Debería haber aceptado. Arranqué el motor, puse en marcha los limpiaparabrisas, encendí la calefacción al máximo y me apoyé en el respaldo del asiento.

En breves minutos él estaría ahí. Dentro de mi coche. Conmigo.

«Mierda», pensé.

El corazón me daba saltos mortales dentro del pecho. Respiré hondo una y otra vez para apaciguarlo.

—No pasa nada, no pasa nada. Si no le gusta, que lo zurzan. Me importa

tanto como mi magnífico culo plano.

«El mismo que él estrujó anoche.»

Que te den, subconsciente. Que te den.

Todo lo perteneciente a lo sucedido esa maldita noche era un tabú.

Aparté esos pensamientos y moví el espejo retrovisor para comprobar si me había puesto bien el maquillaje. Había hecho un trabajo estupendo escondiendo el moratón de debajo del ojo. No se veía en absoluto. Mis gafas, enormes y muy modernas, me tapaban la mitad de la cara, y eso también ayudaba.

—Tus cejas son lo más. —Me guiñé un ojo y devolví el retrovisor a su posición original—. Eres guapísima, eres perfecta. Estás preparada. A por ello.

Eran las 7.48 de la mañana.

Con el coche solo tardaba cinco minutos en llegar hasta su casa. ¿Por qué había salido tan temprano?

«¿No será que estás emocionada?»

—Pues claro que no. —Puse los ojos en blanco—. ¿Estás de coña?

Simplemente, no quería llegar tarde. Quería demostrarle que era toda una profesional de la vida adulta, y que me tomaba mi parte del trato muy en serio.

Mientras apretaba el acelerador, recordé que el calor a menudo intensificaba los olores, los hacía más potentes, y pensé que quizá un par de rociadas de perfume lo mejoraría un poco. Sin desviar la vista de la carretera, abrí la cremallera de mi mochila con una sola mano, busqué el perfume a tientas y apreté el vaporizador un par de veces. Cinco segundos más tarde, empecé a toser tanto que a punto estuvieron mis pulmones de salir disparados.

—Madre mía, ¿qué coño es esto?

Hice girar la manivela para abrir la ventanilla —no era automática— y respiré aire fresco. Sin apartar la mirada de la carretera, me incliné

rápidamente para bajar la ventanilla del copiloto, pero sentí el tirón del cinturón, que me impidió llegar y me devolvió a mi sitio, casi ahogándome.

Estaba cabreada. Me acerqué a la cuneta, pisé el freno, me quité el cinturón y al fin, gracias a Dios, conseguí bajar las dos ventanillas.

El culpable estaba tumbado tranquilamente en la alfombrilla del lado del copiloto.

Era un frasco rectangular, igual que el de mi perfume. Pero era el de Dylan. ¿Qué narices hacía en mi mochila?

Las 8.03 de la mañana.

Suspiré, derrotada, y apoyé la frente en el volante.

Llegaba tarde.

Él me estaba esperando fuera.

Se estaba resguardando de la lluvia bajo el pórtico. Estaba apoyado en la pared con sus anchos hombros, sus largas piernas cruzadas y las manos en los bolsillos. Parecía oscuro y taciturno. Y estaba brutalmente guapo.

Llevaba unos pantalones de chándal negros y una gruesa sudadera azul oscuro arremangada hasta los codos, de forma que los fuertes y marcados músculos de sus antebrazos quedaban a la vista. Una mochila le colgaba descuidadamente del hombro.

Se levantó el viento y le azotó los mechones de pelo rizado, tapándole los ojos. No atisbaba a ver el color azul, pero cuando entré en el camino de entrada a su casa levantó la cabeza, como un orgulloso león que hubiera sentido la presencia de su presa. Apreté el volante con fuerza. Podía sentir cómo el pulso me latía salvajemente en el cuello. Despacio y con seguridad, sus ojos azules me encontraron bajo la lluvia.

Me estremecí.

Pero solo era porque llevaba ambas ventanillas bajadas y el viento frío me había calado hasta los huesos.

Se dirigió hacia el coche sin quitarme la vista de encima; con largas y seguras zancadas, recorrió la distancia que nos separaba en cuestión de segundos. Me quedé mirando al frente; me negaba a volver la cabeza para observarlo. El corazón me dio un vuelco cuando oí el chirrido de la puerta del copiloto al abrirse. Alargó una mano, cogió mi mochila y la lanzó al asiento trasero con suavidad, junto a la suya.

Cuando deslizó su enorme cuerpo en mi pequeño coche, sentí que un montón de mariposas revoloteaban en mi estómago. Di un pequeño brinco cuando cerró la puerta de golpe.

Y entonces nos quedamos encerrados juntos. Y el aire a mi alrededor cambió.

Con el rabillo del ojo, lo vi subir la ventanilla y echar el asiento hacia atrás para acomodar sus largas piernas. Emitió un ronco gruñido cuando el asiento paró repentinamente; su cuerpo se balanceó un poco y entonces se apoyó en el respaldo.

Sus anchos hombros casi tocaban los míos. Me habría movido un poco hacia la izquierda si hubiese podido, pero estaba paralizada.

Por Dios, era enorme. Ignorar su presencia era imposible, incluso fingir ignorarla lo era.

Me agarré al volante con más fuerza al sentir que esos ojos azules me observaban.

—¿Puedo? —preguntó en voz baja. Susurrando.

Ni siquiera sabía qué me estaba preguntando, pero asentí. Ahogué un grito cuando alargó una mano con cautela, rozándome el brazo, para cerrar mi ventanilla.

—Estás temblando —dijo, con un leve matiz de frustración en su voz,

mientras ponía la calefacción al máximo.

Cogió su sudadera por la parte de atrás y se la quitó. La camiseta negra que llevaba debajo se le levantó, dejando al descubierto los fuertes músculos de su abdomen.

—Toma —dijo, ofreciéndomela.

Cerré los ojos cuando, sin avisarme, me la colocó en la cabeza y me la puso.

Parpadeé mientras unos mechones de pelo caían por mi cara. Se me empañaron las gafas y él torció los labios en una sonrisa vacilante.

Ví que tragaba saliva. Y, con voz ronca, preguntó:

—¿Puedo tocarte?

Su voz dejaba entrever la misma necesidad que había oído aquella noche. Pero no había arrepentimiento ni dudas en la forma en que me hacía saber sus intenciones. Quería que supiese exactamente lo que él quería.

Me quería a mí.

Sin remordimientos.

Asentí.

Me echó el pelo hacia un lado, con suavidad, acariciándome, y me lo colocó detrás de las orejas. Mientras mi piel absorbía el calor de las puntas de sus dedos, yo temblaba.

—El brazo derecho —dijo con aspereza.

Metí el brazo derecho en la manga correspondiente.

—El izquierdo.

Su sudadera me quedaba enorme, era cinco veces más grande que una de mi talla, por lo menos. Estaba calentita y olía fresco y azul, como si el aire dulce y frío del océano se pudiese empaquetar y comer como un caramelo. Quería saborearlo poco a poco. Era perfecto.

—¿Estás entrando en calor? —murmuró.

—Sí.

Nos quedamos mirando unos instantes; el aire estaba cargado de tensión. Sus ojos eran tan intensos y tan profundamente azules que sentía que podía quedarme mirándolos una eternidad.

Entonces se echó hacia atrás.

—Si estás intentando librarte de este trato matándome de frío... —hablaba en susurros, pero me di cuenta de que me estaba desafiando—. Tendrás que ser un poco más creativa. Esto —movió la mano en dirección a la ventanilla— es un juego de niños. Solo conseguirás ponerte enferma.

«¿Cómo?»

—No vas a conseguir librarte del trato —continuó. Tenía la mandíbula tensa y los ojos brillantes, desafiantes.

Me quedé tan perpleja ante lo que acababa de decir que lo miré boquiabierta. Pensaba que había enfriado el coche deliberadamente para escapar del acuerdo.

—A no ser que tu palabra no signifique nada para ti —terminó.

Quería decir mis principios, mis convicciones.

¿De dónde había salido este chico? ¿Cómo podía resultarle tan sencillo dar con las palabras exactas para conseguir la respuesta que quería de mí? Para encontrar mi punto débil, para usarlo sin remordimientos, para provocarme y salirse con la suya...

Y ¿por qué yo había caído en sus redes? Tenía que encontrar sus flaquezas y utilizarlas contra él para ponerme a su altura. O para darle la vuelta a la tortilla.

«Pienso encontrar su punto débil, aunque sea lo último que haga.»

Fruncí el ceño.

—Mira, colega...

—La otra noche me llamabas «guapo»... —me interrumpió.

—...Si crees que... ¿Qué?

—He dicho que la otra noche...

—¡Chis!

—... me llamaste «guapo».

Sentí que me ardían las mejillas.

Justo cuando me estaba recuperando, me había asestado un golpe maestro.

La había abierto. Había abierto la caja que contenía nuestros oscuros secretos de la noche anterior. Se suponía que no debíamos hablar de ello hasta que hubiesen pasado X días, o lo que fuera que dijese la norma de mierda que se había inventado no sé quién y que yo estaba totalmente dispuesta a seguir si me salvaba de una situación así.

Demasiado tarde.

Estaba inmersa en una competición con un jugador que se saltaba todas las reglas del juego.

—Si te llamé «guapo» la otra noche fue a modo de insulto.

Se llevó el pulgar a la comisura de los labios y los acarició, hacia delante y hacia atrás, como si estuviese reflexionando sobre algo.

—Dime —empezó a decir. Esbozó una leve sonrisa, y siguió tocándose la boca—. ¿También me besaste a modo de insulto?

¡Se había atrevido a decirlo!

Si yo hubiese sido una bomba, habría explotado y me lo habría llevado por delante.

—Porque —continuó, mirándome como si quisiese comerme de un bocado — quiero más.

«Ay, no. No, no, no, no. Que no me haga esto otra vez.»

Parpadeé varias veces y sacudí mentalmente la cabeza para resetearla.

«Concéntrate. Invoca a tu Jedi interior. Tiene que estar ahí, en alguna parte.»

—¿Por eso echaste mano de mi cremallera en cuanto tuviste ocasión? —le

espeté—. Quiero decir... ¡Fue mi primer beso!

Abrió los ojos azules, sorprendido.

¡Aja! ¡Por fin!

Pero ¿qué había dado yo a cambio de su sorpresa? No tenía intención de soltarle eso. Le acababa de dar otra arma de oro que usar en mí contra.

—Yo no me arrepiento de lo que pasó la otra noche. Quería que estuvieras ahí.

¿Cómo?

Me empezaron a doler los brazos. Reparé en que seguía agarrada al volante, llevaba así todo el rato. Dejé caer los brazos a los lados y me apoyé en el respaldo.

—Pero sí que siento... haber ido demasiado rápido. —Bajó la vista, ocultándome su rostro—. Normalmente no pierdo el control de esa manera. — Cuando volvió a mirarme, el poder de su mirada penetró todos mis escudos—. La próxima vez me aseguraré de que te guste, nena.

Dijo la última palabra con una voz tan ronca que me hizo estremecer. Sonaba a promesa.

Ay, Dios. Volví a sentir el rubor en el rostro. Y se me estaba extendiendo rápida y peligrosamente por todo el cuerpo. Quise morderme el labio, pero me dio miedo que se diese cuenta de que era porque estaba... Excitada.

¡No! «Tía, ¿estás loca o qué?» No estaba excitada.

Me aparté todo lo que pude, cerré los ojos y respiré hondo.

Su olor había impregnado todo el aire del coche. Me estaba ahogando. Bajé la ventanilla hasta dejar una rendija abierta. Mejor.

—Tenemos que... —me aclaré la garganta—. Tenemos que hablar de este trato. No puedo estar a tu entera disposición solo porque necesites que alguien te lleve. Tengo muchas responsabilidades.

—Dame tu horario de clases.

—No te voy a dar mi horario. ¿Quién te crees que eres, mi guardián?

—Si tú quieres...

—No, no quiero —respondí—. Te diré a qué horas estoy disponible y entonces puedes llamarme si necesitas que te lleve.

—No.

Mira que era desagradable. ¡Y cuánto le gustaba discutir!

—Me vas a dar tu horario de clases. Y el de tu trabajo. Si no me lo das, encontraré la manera de conseguirlo por mi cuenta —me aseguró, confiado—. ¿A qué hora tienes clase?

—Bla, bla, bla. Cállate ya. Me duelen los oídos de escucharte.

De repente se me acercó. Su rostro quedó a centímetros del mío y, con una voz suave y seductora, dijo:

—Kara.

—¿Sí?

Aire. Necesitaba aire.

—¿A qué hora tienes clase?

—A las once.

—Te he hecho madrugar demasiado —dijo en voz baja.

—Iba... Iba a repasar y a hacer deberes de todos modos.

Alargó una mano para acariciarme la mejilla. Quise acercarme a él, restregar la cara contra su manaza como un gato, pero me aparté y reuní todas las fuerzas que me quedaban para no sucumbir a él.

—No va a volver a pasar —dije—. Lo de anoche. Fue un error. Un error que no pienso volver a cometer.

Él se apartó.

—Conduzco yo —dijo con voz fría—. Sal del coche.

—No vas a conducir tú.

—Sí voy a conducir yo.

—¡Ni siquiera es tu coche!

—Es mi coche hasta que terminéis con mi moto.

¿Cómo había llegado la conversación hasta ese punto? Si acabábamos de...

De repente, salió del coche y me abrió la puerta.

—No nos vamos hasta que no te sientes en el lado del copiloto.

De repente, me sentí muy cansada. Me pesaban los ojos. Me sentí como si me hubiese quedado sin gasolina. Como si fuese un refresco al que se le ha evaporado todo el gas: me había quedado floja y deshinchada. Estaba demasiado exhausta para discutir con él.

El coche se estaba calentando bastante, y, gracias a Dios, apenas quedaba nada de la colonia tóxica de Dylan. Bostecé, tapándome la boca con la mano.

Esa noche solo había dormido tres horas, apenas un poco más que el resto de las noches de la semana. Intentar cumplir con mi trabajo y las obligaciones de la universidad al mismo tiempo empezaba a afectarme, y rendirme y dejar de intentar controlarlo todo durante un rato era tan tentador... Aunque fuese solo un ratito.

En lugar de salir por la puerta, me arrastré hacia el lado del copiloto a velocidad de tortuga, tomándome mi tiempo. Lo oí suspirar, y de repente apareció al otro lado del coche y cerró la puerta.

¿Cómo narices había llegado allí tan rápido?

—¿Te has teletransportado? —le pregunté con voz soñolienta cuando se sentó en el asiento del conductor.

—¿Qué?

—Nada...

—Cinturón —ordenó.

Iba a ponérmelo, pero ahora que lo había dicho él, ya no quería.

—Kara... —gruñó.

Le di la espalda y recliné el asiento para quedar en un ángulo cómodo. Se

estaba tan calentito, y su sudadera olía tan bien y era tan cómoda... Si tuviese mi propia casa, querría que ese aroma se propagara por todos los rincones. Solté un suspiro contenido, cerré los ojos y me quedé dormida.

Cameron

En mi infancia había un laberinto que no olvidaría jamás.

Había sido un refugio para mí cuando era un niño, el lugar donde intentaba escapar de lo que todo el mundo esperaba de mí. Donde intentaba, simplemente, ser.

Había sido un lugar seguro hasta aquella noche atroz en la que la vida me había clavado sus crueles garras hasta hacerme sangrar. Antes de que todo se desmoronara por culpa de un solo error. Pero ya había dejado de recordarlo.

Encontrar el laberinto había sido una agradable sorpresa. Mi madre y yo acabábamos de mudarnos a un barrio nuevo, por sexta vez aquel año. Yo tenía ocho años, pero Raven me había obligado a hacer mis maletas y las suyas tantas veces que todos los lugares y todas las caras empezaban a parecerme iguales.

Cuando mi padre se divorció de ella para volverse a casar, todo empeoró. Si bien antes su atención se dividía entre mi padre y yo, a partir de entonces la concentró únicamente en mí. Y era tóxica.

Mi niño interior anhelaba un adulto en el que apoyarse, o un amigo, pero la realidad, la naturaleza de mi madre, aplastaba aquel deseo. Las exigencias de Raven y su inestabilidad emocional evitaban que yo intentase acercarme a nadie.

La gente dejó de importarme, del mismo modo que yo dejé de importarles a ellos. Era más fácil no preocuparse más.

Pero, por las noches, cuando estaba solo en una casa enorme mientras mi madre salía de fiesta o a hacer lo que le diese la real gana, los confines de aquella casa empezaron a representar todo aquello que faltaba en mi vida. Era algo que un niño de ocho años no podía comprender y el laberinto se convirtió en mi santuario.

Ella me encerraba en casa, pero cualquier niño con medio cerebro y las suficientes agallas podría haber escapado de una casa como la mía.

Es curioso lo mucho que odiaba aquellas noches de encierro. Es curioso lo infeliz que me sentía... Porque lo peor todavía estaba por llegar.

Aquella noche lo había destrozado todo. Pero yo había encerrado aquellos recuerdos en lo más profundo de mi ser, los había enterrado.

No tardé mucho en encontrar el laberinto. Los niños de mi clase a menudo hablaban de una casa encantada que había en mi calle. Decían que estaba maldita, y que todo aquel que entrase también lo estaría, así que no había mucha gente en el barrio que tuviese las pelotas de atreverse a entrar.

La mansión estaba en un terreno de ocho hectáreas. Perteneecía a una escritora que jamás salía de casa. Los rumores decían que habían tardado un año en encontrar su cadáver dentro de la mansión, y que su fantasma vagaba por allí desde entonces, especialmente en el intricado laberinto que había construido tras ella para su amante.

Para un muchacho solitario y enfadado como yo, ese lugar era tan atractivo como el canto de una sirena. Yo no tenía miedo de un estúpido fantasma, ni de una estúpida maldición. Yo no le tenía miedo a nada.

Un día, armado con nada más que una linterna, me colé en la mansión. La única puerta era un tablón endeble, como si no necesitase ninguna protección, como si estuviese desafiando a cualquiera que pasase a romper el tablón en pedazos y entrar. Todas las ventanas estaban rotas y reparadas con paredes de yeso cubiertas de grafitis.

Aquella primera noche no pasé del vestíbulo antes de que mi imaginación me ganase la partida y volviese corriendo a mi casa, haciendo todo lo posible por no mearme en los pantalones. Aquella habitación oscura, fría y húmeda me heló la sangre, tanto como un payaso malévolo que se dispusiera a devorarme las tripas.

Tardé una semana entera en volver a intentarlo. Me salté las clases e hice novillos, así que disponía de la luz del día para guiarme. Subí por la larga y serpenteante escalera, cubierta de escombros cuya procedencia desconocía y me detuve al llegar al descansillo. Había unos impresionantes ventanales que empezaban en el suelo y terminaban en el techo, cubriendo la totalidad de la pared. Caminé hacia ellos, limpié la gruesa capa de polvo del cristal y me quedé mirando embobado lo que había tras la mansión.

El laberinto se extendía ante mis ojos. Contemplé el majestuoso verde, las curvas y vueltas fascinantes. Estaba maravillado. La mansión dejó de importarme lo más mínimo, y me fui directo hacia él.

El laberinto era enorme. Densos arbustos y árboles altos como casas ejercían de paredes. Algunos eran verdes, otros estaban muertos y habían adquirido un color marrón. Algunas de las particiones estaban hechas de acero y madera, y estaban enterradas en vides tan gruesas que apenas se podía ver lo que había detrás. Sin embargo, si me esforzaba —y lo hice—, veía que lo que se escondía bajo ellas eran pasadizos y puertas secretas.

Aquellos secretos escondían todavía más misterios. Se enrollaban en curvas cerradas y dobleces y caminos sin salida que me confundirían y en los que podría perderme con facilidad. Cada vez que pensaba que lo había resuelto, el patrón cambiaba.

No me habría costado nada subir al tejado y desentrañar todos sus secretos de un solo vistazo, pero me parecía que era hacer trampas. Además, ¿dónde quedaría el desafío?

Kara me recordaba a aquel laberinto.

Miré su espalda, el movimiento de sus hombros mientras dormía inquieta. Su mente no se relajaba por completo ni siquiera en sueños.

Había algo en mi interior que anhelaba reconfortarla. Quería envolverla entre mis brazos y decirle que todo saldría bien, que yo me encargaría de aliviar sus problemas si me lo permitía.

Casi me eché a reír ante lo ridículo de mis pensamientos. Yo no podía cuidar de nadie. Y, de todos modos, ella se reiría en mi cara si le dijese algo así.

Me dije que debía de ser culpa de lo reducido del espacio y volví a mirar el parabrisas para observar la lluvia, que se deslizaba perezosamente por el cristal. Me concentré en el sonido rítmico de las gotas al caer sobre el techo. Estaba solo en un coche junto a la chica más atractiva que había conocido nunca. Una chica en la que no había dejado de pensar desde que la había visto por primera vez, y que luchaba contra la fuerte atracción que había entre los dos. Todo aquello era como una nana que me hacía soñar con tonterías.

No tenía ningún sentido que, de todas las chicas con las que había estado, ella fuera la única con la que quisiera estar. Esa chica me arrancaría la cabeza de un mordisco si tuviera la oportunidad. Nunca escuchaba, era terca como una mula, y jamás estaba de acuerdo conmigo. Excepto cuando nos besábamos. Eso ya era otra historia.

Se dio la vuelta y se puso de cara a mí. Gimoteaba en sueños. Su largo cabello se deslizó, tapándole media cara. Contuve el aliento, esperando que no se despertase.

Parecía tan tierna, tan mansa como una gatita, pero sería peligroso suponer eso de ella. Era tan inofensiva como una bomba de relojería.

Entonces ¿por qué no podía dejar de pensar en ella?

Exhalé de nuevo cuando su respiración se volvió a acompasar. Sentía la

necesidad de tocarla, de deslizar mis dedos por su piel y colocarle aquel mechón de pelo tras la oreja para poder contemplar su rostro.

No podía quitarme su imagen de la cabeza. Su pelo. Sus ojos. Sus labios.

Su cuerpo.

Su fuego.

Debería estar contento de que pensase en mí como en un experimento. Pero, joder, me había puesto como una furia cuando la había oído decirlo el sábado por la noche. Al día siguiente había decidido olvidarme de ella, pero más tarde, cuando estaba trabajando en la obra, no conseguía pensar en otra cosa.

Tenía un arañazo en la espalda que lo demostraba. Estaba distraído y no había visto un fragmento cortante que sobresalía de una pared. Me había roto la camiseta y desgarrado la piel.

El color de los ladrillos me recordaba a su pelo. Marrón oscuro y dorado. Pero me había dado cuenta de que no era el tono correcto. El color de su pelo era más intenso y profundo.

Hasta la puta hoja de lechuga de mi hamburguesa me recordaba a las motitas verdes de sus ojos avellana. Me tenía de los nervios. Era como un picor en la espalda que no alcanzas a rascar.

Me removí en el asiento cuando vi que separaba los labios. Roncaba con suavidad, y no conseguía explicarme por qué narices me parecía tan adorable.

¿Habría cambiado de opinión respecto a nuestro trato? Tenía la sensación de que se echaría atrás por lo que había pasado en mi sofá hacía dos noches. Especialmente después de que hubiese venido a buscarme con las ventanillas bajadas, congelada hasta los huesos, y con los restos de un olor apestoso no identificado en el coche. Olía a una especie de veneno para matar cucarachas.

Era impredecible. Cada vez que pensaba que la había descifrado, ella cambiaba el patrón.

Yo quería más. Quería conocerla, memorizar cada retazo de ella.

Quería saborear cada parte de ella.

Quizá, cuando ya lo hubiese hecho hasta quedarme satisfecho, ese deseo constante que sentía por ella desaparecería.

Cerró la boca y volvió a separar ligeramente los labios.

Y entonces abrió los ojos.

Y me perdí.

Me di cuenta de varias cosas al mismo tiempo. En el laberinto de mi infancia, me asustaba y a la vez me excitaba no poder encontrar la salida si seguía explorando los rincones cada vez más escondidos. Pero siempre acababa encontrándola. De alguna manera, siempre me daba pistas, mantenía las puertas abiertas para mí, para que entrase y saliese a mi antojo.

Kara era como aquel laberinto. La única diferencia entre ambos era que quizá esa vez no encontrase la salida.

Y, al mirarla a los ojos, pensé que quizá no querría encontrarla.

Kara

Cuando me desperté, me sentía como si mi alma se hubiese separado de mi cuerpo. Parpadeé e intenté centrarme, pero mi cerebro no respondía. En mi mente solo sonaba una palabra: «café, café, café».

Alguien hermoso me estaba mirando. Me resultaba terriblemente familiar, como si de algún modo debiera importarme, pero, como todo lo demás, parecía irreal.

Me incorporé en el asiento —aunque en realidad debería decir que me desplomé— y vi que me hallaba en mi coche, que estaba aparcado en la entrada de la casa de alguien. Me quedé mirando el parabrisas, por el que se deslizaban riachuelos de lluvia.

Tenía algo húmedo en un lado de la boca. Baba, probablemente. Pensé que debería limpiármela, pero me parecía demasiado trabajo. Además, me pesaban los brazos.

Oí una risita profunda que venía de algún lugar del interior del coche. Moví la cabeza para buscar de dónde procedía, pero mis ojos se detuvieron en una taza de café que había en el portavasos. Un sonido anhelante se escapó de mi garganta y la cogí de forma posesiva. Lo engullí como si fuese un medicamento. Estaba frío, pero me dio igual. Esa mierda fría me iba a hacer humana de nuevo.

Tras unos minutos, empecé a recobrar los sentidos. De repente, tomé conciencia de todo lo que me rodeaba: el calorcito del coche, el relajante

tamborileo de la lluvia, el olor —algo desagradable mezclado con un azul fresco que mi nariz ansiaba inhalar—. Pero, sobre todo, tomé conciencia de una presencia cautivadora que había junto a mí. El corazón, que hasta ese momento me latía con normalidad, se me paró.

—¿Mejor? —preguntó una voz profunda y masculina. Con una pizca de diversión.

Di un brinco.

Cameron.

¿En qué momento había dejado de ser el chantajista, o el vástago de Satán, para convertirse en Cameron? Debía de haberme bebido un café mágico.

—Te puedo preparar un café recién hecho. —Me quedé con la vista fija en el parabrisas. Me negaba a mirarlo, pero vi que señalaba su casa con el rabillo del ojo—. Pero tendrías que entrar.

Algo me decía que no era una buena idea. Sonaba como un hechicero oscuro que venía a ofrecerme el mejor trato de mi vida... a cambio de mi cuerpo.

Vale, de mi alma.

—¿Te apetece? —preguntó con suavidad.

«No debo mirarlo. No debo.»

—No, gracias —grazné. Tenía calor—. Escucha —empecé a decir, mientras bajaba la ventanilla lo suficiente para refrescarme un poco. Teníamos que hablar de cosas importantes y era el momento idóneo. ¡El momento! ¡La hora! —. ¡Hostia! ¿Qué hora es?

No pude evitarlo. Giré la cabeza en dirección a él de repente. Él ladeó la suya levemente hacia el reloj del salpicadero.

Su pelo, tan negro como las alas de un cuervo, estaba alborotado como el de un niño, como si hubiese estado durmiendo. Sus ojos azules y claros brillaban divertidos. Y la forma en que estaba sentado... Se había adueñado completamente del espacio.

—Son las diez y cuarto —contestó—. Has dormido dos horas.

—¡Pensaba que tenías clase por la mañana!

—Y la tenía.

—¿Por qué no me has despertado?

—Parecía que necesitabas dormir un poco.

No supe qué contestar. Ni siquiera sabía cómo me sentía al respecto. Me parecía... dulce.

«En realidad no es dulce. Recuerda lo que quiere de ti. No dejes que te engañe. Ya sabes lo que pasó en aquella película por culpa de una cara bonita.»

—Ya. No me he olvidado de por qué estoy aquí —respondí mientras me ponía el cinturón—. Se supone que tengo que llevarte. No quiero que luego vengas y me digas que no he cumplido con mi parte del trato.

Cuando lo volví a mirar, la calidez de sus ojos había desaparecido.

—¿Eres así con todo el mundo o solo conmigo?

¿Estaba enfadado?

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—¿Qué hace falta para que aceptes un gesto amable? ¿O es que no confías en mí en absoluto? —Su voz se había enfriado—. ¿Es eso?

¿Un gesto amable? ¿Habían sido gestos amables los que me había dedicado todo ese tiempo? Se debía de haber perdido el aviso por el camino.

—Bueno, tampoco has hecho nada para ganarte mi confianza, ¿no?

De repente, se apartó de mí tanto como le permitía el reducido espacio del coche, y me percaté de lo cerca que estábamos el uno del otro. Como defensa, imité su gesto y me crucé de brazos.

—Cinturón —ladró.

«Ya lo llevo puesto, Óscar el Gruñón», pensé.

—Debería contratarte la CIA. Tu capacidad de observación es increíble.

Arrancó el coche. Miré por la ventanilla y contemplé la lluvia. Ya solo lloviznaba, pero el cielo gris prometía más.

—Esta mañana ya has llegado tarde —dijo—. ¿A eso te referías cuando hablabas de cumplir con tu parte?

Tenía muy mal genio, pero yo también. Me enfrenté a él.

—¿Por qué no te vas un rato a freír espárragos? No te mereces una explicación. Arranca el puto coche y vámonos.

—¿Sabes qué? —dijo, con voz grave. Y peligrosa—. ¿Por qué no conduces tú?

—¿Por qué no? —le espeté.

«¿Amable? Por eso no acepto tus gestos amables, estúpido babuino musculitos con cabeza de cerdo.»

Salió del coche de golpe, enfadado, y lo cerró de un portazo. Y, mientras lo rodeaba para sentarse en el lado del copiloto, puse el cerrojo.

En un frenesí de movimientos, me quité el cinturón de seguridad y salté al asiento del conductor. Lo ajusté para llegar a los pedales y metí marcha atrás. Esperé a que estuviese a punto de llegar a la puerta. Y entonces pisé el acelerador.

No me desplazé ni medio metro. Lo justo para lanzarle un mensaje: a mí no podía intimidarme. Mi temperamento estaba a la altura del suyo.

Me echó una mirada que habría incendiado pueblos enteros. Yo le contesté con una sonrisa.

La lluvia iba calando en su pelo negro. Se le rizaba bajo la fuerte mandíbula y sobre la frente y goteaba sobre su rostro.

Nos miramos el uno al otro durante unos segundos. Éramos dos luchadores que no pensaban recular. Sentí el electrizante hormigueo en la piel que me despertaba su mirada desafiante, la invitación silenciosa que escondía.

Y entonces negó con la cabeza, la agachó y se mordió los nudillos. Sus

hombros subían y bajaban. ¿Se estaba riendo de mí?

«Una de cal y otra de arena», pensé.

Suspiré. Recorrió la distancia que lo separaba del coche contoneándose y abrió la puerta. Oí el ruido metálico del cerrojo, que no lo dejaba entrar. Llamó a la ventanilla con los nudillos y se inclinó para que pudiese verle la cara.

Sonreía.

—Los accesorios que quiero cuestan dos mil pavos —dijo a través de la rendija de la ventanilla que yo me había dejado abierta.

«Maldita sea.» Le lancé la mirada más hostil que pude y quité el cerrojo. Entró con una expresión petulante en su irritantemente hermoso rostro.

Apreté los dientes y pensé en lo que costaría pagar a su aseguradora, en las primas del seguro de Dylan y en las consecuencias que podría tener para él. ¿Tan malo sería que mi hermano pasase una temporada en la cárcel? Quizá podía aprovechar ese tiempo para reflexionar.

El hijo de Satán ajustó el asiento para acomodar sus piernas largas como troncos de árbol y cerró la ventanilla. Reclinó el respaldo del coche como si fuese suyo, más incluso de lo que lo había reclinado yo, y se relajó, cerrando los ojos.

—Como te dije la otra noche —dijo con aire perezoso—. Me vuelves loco.

No parecía que le molestase mucho.

—No quiero volverte de ninguna manera —dije. Lo último que quería recordar era aquella noche—. Lo único que quiero es llevarte a tu puto destino, ¿vale?

Torció los labios. Le resbalaba todo.

Lo único que podía cabrearme todavía cuando ya estaba cabreada era que la persona que me había cabreado no lo estuviese tanto como yo.

—Puedes sacarme una foto si quieres —dijo tranquilamente al abrir esos

ojos azules y pillarme mirándolo—. O puedes llevarme a mi destino.

—Te voy a llevar a tu destino final, ¿te enteras?

Replicó cerrando los ojos y riéndose en voz baja. Apreté los dientes y pisé el acelerador.

No era capaz de dejar de pensar en que estaba ahí, medio dormido a mi lado. Cruzó los brazos sobre su musculoso pecho. Probablemente quería proteger su corazón duro y frío como una piedra de mí, que tenía ganas de encontrar una vieja daga maldita y clavársela.

Pero no me podía resistir: tenía que mirarlo. Era como una pantera negra salvaje en la jungla, demasiado bello para ser ignorado. Elegante y peligroso. Incluso cuando estaba relajado, tenía algo que hacía que mi mirada se desviase todo el tiempo hacia él.

Suspiré aliviada al ver la señal que indicaba que llegábamos al campus.

—Voy a aparcar en la calle —le dije—. No me puedo permitir el aparcamiento de la universidad.

Movió su robusto cuerpo y ajustó el asiento para sentarse recto. Su cabeza rozaba el techo del coche.

—Yo me encargo —contestó—. Conduce hasta la universidad y ya está.

—¿Qué quiere decir que tú te encargas? ¿Vas a pagar tú el aparcamiento?

Se encogió de hombros.

—Pero ¿tú sabes lo que vale dejar el coche todo el día en esta universidad? —pregunté. Costaba una fortuna.

—No me apetece caminar dos manzanas solo para ir a clase —respondió arrastrando las palabras.

Lo recorrí con la mirada de la cabeza a los pies. Si era así de vago, ¿de dónde había sacado todos esos músculos? Debían de ser de silicona. Por eso eran tan duros y fuertes. Pero... No parecían de silicona. Eran reales, y acogedores, y... fantásticos.

—Vale —grazné, mientras borraba los recuerdos que habían empezado a bombardear mi mente—. Es tu dinero.

Si quería malgastar todo ese dinero en un aparcamiento no era mi problema. Por mí, que pagase también la gasolina.

—También pagaré la gasolina —dijo.

Me paré frente al semáforo en rojo. ¿Ahora también me podía leer la mente?

—Pero debes saber que tendrás que pagar un precio —añadió.

Lo miré con los ojos entornados.

—¿Qué precio?

—Tu horario.

No daba su brazo a torcer.

—Ya te he dicho que no te voy a dar mi horario.

—¿Quieres que busque otra alternativa? —ronroneó. Sentí que se removía en el asiento, volviendo el cuerpo hacia mí—. Tengo alguna que otra idea.

Sentí que me ardía la cara. Notaba cómo sus ojos azules recorrían todos los rincones de mi cuerpo. ¿Por qué con él todo era siempre tan sexual? Algunos chicos eran lamentables y asquerosos cuando lo intentaban, pero con él... Era como estar jugando contra un experto. Y lo peor de todo era que me afectaba... para bien.

Lo ignoré y puse el intermitente para girar a la izquierda en otro semáforo y enfilar la calle de la universidad. La neblina y la lluvia lo cubrían todo, y parecía desierta.

—A ver si lo he entendido bien —dijo—. He llevado mi moto a tu taller, como tú me pediste. No voy a conseguir mis accesorios. A cambio de tus servicios —continuó, remarcando la palabra «servicios»—, tengo que apechugar con el aparcamiento y la gasolina, pero tú no me vas a dar tu horario. ¿Te parece justo?

¿Por qué tenía que ser razonable? Exhalé un suspiro.

—Está bien —acepté, y le dije cuál era mi horario los días laborables, que me sabía de memoria—. Los fines de semana son más complicados. Trabajo en una cafetería de la una a las cinco de la tarde, pero siempre estoy de guardia para los turnos nocturnos en un asilo. Los días laborables también, pero no suelen llamarme.

Como no dijo nada, lo miré. Suspiré.

—Mira, puedo llevarte igual. Y si no puedo yo, te llevará Dylan.

—El trato era que me llevaras tú, no tu hermano.

Antes de que yo pudiese responder, añadió:

—Mi horario es más flexible, me organizaré en función del tuyo. Si necesito ir a algún sitio, cogeré tu coche prestado y luego iré a buscarte al trabajo.

Me revolví en el asiento. Aquello me parecía demasiado... personal.

—¿Cuánto te pagan? —preguntó, sin rodeos.

No me parecía que tuviésemos la confianza suficiente como para que me preguntase eso. Lo fulminé con la mirada.

—¿Para qué quieres saberlo?

—No creo que en la cafetería cobres mucho. ¿Me equivoco?

—Al menos trabajo. ¿Trabajas tú?

—Sí, solo dedico media jornada a estudiar, así que necesito que me recojas y me lleves al trabajo.

Me reí por lo bajo.

—¿Trabajas?

—Tengo mi propio negocio. Reformo casas para venderlas, y de vez en cuando ayudo a un amigo con el suyo.

Eso no me lo esperaba.

—Ah. —De ahí el cuerpo digno de un dios y las manos curtidas.

Lo miré fugazmente mientras él desviaba la vista hacia otro lado. ¿Tenía su propio negocio? Puse marcha atrás para aparcar y luego apagué el motor.

—Deberías cuidarte más —dijo con suavidad—. Trabajas demasiado, te vas a poner enferma. Ni siquiera tienes días libres.

—No necesito que...

—Solo era una observación. Esta mañana se te veían los ojos muy cansados.

Contuve el aliento al ver que se acercaba a mí. Podía ver mundos enteros en sus ojos, cientos de galaxias en distintos tonos de azul.

—Ahora te voy a besar —susurró.

Y eso hizo. Cerré los ojos y me quedé sin respiración cuando su boca rozó la mía. Nuestros labios apenas se encontraron, fue un beso tan suave, tan fugaz, que terminó en un abrir y cerrar de ojos.

—Nos vemos luego —murmuró, acariciándome el labio inferior con el pulgar—, Kara.

Cuando llegué al aula el corazón todavía me latía desbocado. Elegí un asiento hacia el final, detrás de un chico alto, para poder esconderme. Por si acaso necesitaba echarme una siestecita. Aunque, con el ritmo al que latía mi corazón, no volvería a dormir hasta Navidad.

Me descubrí acariciándome el labio inferior, y me di cuenta de que era un experto manipulador de mis sentidos. Intenté recrear la forma en que me lo había acariciado con el pulgar y traté de recordar las sensaciones que me había provocado el beso que me acababa de dar en el coche. Ese beso que no había sido un beso en realidad.

Había sido tan diferente del primero que nos habíamos dado... Pero no menos poderoso. En absoluto.

Miré a mi alrededor para comprobar que nadie pudiese leerme la mente o la expresión de la cara. La mayoría de los estudiantes estaban escuchando al

profesor, que estaba de pie en la tarima y movía animadamente las manos mientras explicaba algo.

«¿Qué hace falta para que aceptes un gesto amable? ¿O es que no confías en mí en absoluto?»

Tal vez tenía razón. Era demasiado dura con él. No debería haberle contestado así. Había algo en él que activaba mi lado más borde.

Quizá era porque sabía que él podía soportarlo, que eso no lo desalentaría. ¿O acaso yo estaba intentando desalentarlo? ¿Estaba poniéndolo a prueba para ver cuánto tardaba en rendirse y marcharse?

Porque lo cierto era que me gustaba.

Me gustaba.

Y no quería que me gustase.

«Ese es mi problema», pensé mientras el profesor daba por terminada la clase. Ser tan borde con alguien que solo intentaba ser amable conmigo, como él había dicho, era mezquino. Y mi padre no me había educado así.

Aunque el chico tampoco me lo ponía fácil cuando empezaba a darme órdenes. Yo estaba acostumbrada a dar órdenes a los demás, y no al revés. Supuse que éramos parecidos en ese aspecto, así que era normal que chocásemos. Sin embargo, llegué a la conclusión de que me había pasado de la raya y suspiré, resignada a reconocerlo.

Me saqué el teléfono del bolsillo, arrepentida. Busqué su nombre, mordiéndome el labio, y leí el único mensaje suyo que tenía, el que me había mandado la noche anterior.

CAMERON: Mañana por la mañana en mi casa, a las 8.

Un hombre de pocas palabras. ¿Qué debía escribirle para hacerle saber que quería una tregua? ¿Quería de verdad una tregua?

Las clases ya habían terminado y los pasillos estaban repletos de

estudiantes: algunos se dirigían a su siguiente clase mientras otros merodeaban por allí charlando e impidiendo el paso a los demás. Como no quería tener que pasar entre ellos, me apoyé en la pared y empecé a escribirle un mensaje.

KARA: ¿Te apetece comer algo?

Borrar.

KARA: ¿Necesitas que te lleve después de clase?

Borrar.

KARA: ¿Se te han pasado ya los dolores menstruales?

Borrar. Con ese último mensaje quizá pensaría que tenía ganas de discutir otra vez.

¡Qué difícil! Ahora que tenía que lidiar con un hombre de carne y hueso, se me habían olvidado por completo todos los trucos y consejos sobre ellos que había leído en las revistas. Tendría que refrescarme la memoria.

Frustrada, me pasé los dedos por el pelo y levanté la vista. El pasillo ya estaba vacío, como si hubiese sonado la alarma de incendios y todo el mundo hubiese salido por patas, excepto por unos cuantos rebeldes que habían pensado que era un simulacro.

Escudriñé el pasillo.

Y me quedé helada.

Allí estaba él, sentado en un banco junto a la puerta del aula de la esquina. Se sentaba como un inconformista. Estaba despatarrado, inclinado hacia atrás con aire perezoso, las largas piernas estiradas y los musculosos brazos extendidos en el respaldo del banco.

Había dejado de llover y el sol había salido al fin de su escondite. Sus rayos traspasaban el tragaluz y le daban directamente en el pelo, otorgándole a su color negro toda una gama de matices azulados.

Ahí era donde lo había visto por primera vez, cuatro días atrás.

Dos chicos se dirigieron hacia él, uno bajito y musculoso con el pelo rubio de punta y el guapísimo Caleb Lockhart, un popular jugador de baloncesto y todo un calavera, ya que se rumoreaba que se había tirado a todas las rubias buenorras del campus.

Estaban bromeando; se pegaban en el brazo, el clásico saludo de los chicos. Movi6 un poco la boca, esbozando una ligera sonrisa, pero se qued6 como estaba. Un poco distante, como si fuese muy celoso de su espacio personal, y muy sexi.

—¡Hola, Cam!

Una guapa pelirroja bajita se le acerc6 contoneándose. Se inclin6, poniéndole en la cara ese pedazo de escote, le rode6 el cuello con los brazos... Y le plant6 un beso en los labios.

Y entonces él levant6 la vista y me mir6 a los ojos.

«Qué hijo de puta.»

Cameron

—¡Eh, St. Lauren!

La pelota venía de frente y casi se me escapa. La cogí justo antes de que me golpease en la cara, me di la vuelta y lancé.

—¡Deja de soñar despierto, tío! —gritó Caleb entre risas. Le hice una peineta. Por nuestra amistad.

Pasó otra hora, y otra, y los pulmones y las piernas me gritaban que me tomase un respiro, pero yo seguí. Me encantaba esa sensación de ardor que

lograba distraerme de mis oscuros pensamientos. Y de mi estado de ánimo, todavía más oscuro.

Me ayudaba a dejar de pensar en esa llamada perdida que había recibido al apartar a la pelirroja. Iba a ir tras Kara, pero aquella llamada había detenido todo mi mundo durante un instante. Era de una persona que esperaba que no contactase conmigo en una larga temporada. O nunca más. Pero eso era demasiado pedir.

El entrenador hizo sonar el silbato, lo que indicaba el final del entrenamiento. Me levanté la camiseta para secarme el sudor de la cara. Estaba sin aliento; me incliné y me apoyé en las piernas para recuperar el resuello y ralentizar mi respiración.

—¡Has jugado genial, tío! —Levi me dio una palmada en la espalda mientras se dirigía hacia las duchas.

Me quité la camiseta y me la eché sobre el hombro.

—¡Cam!

Cogí la botella de agua que Caleb me tiró. Me hizo un gesto para que me fuese sin él. Estaba hablando con un par de chicas que había en el lateral. Parecía que le iba a llevar un buen rato.

Desenrosqué el tapón, di un buen trago y, solo por placer, me tiré un poco sobre la cabeza para refrescarme.

—¡Eh, eh! —Sentí la fuerza de unos pies que me pateaban el culo, pero me aparté antes de que me empujase. Justin se rio con disimulo—. Estás montando el espectáculo delante de mis chicas. Deja alguna para mí, cabrón.

Entorné los ojos, sentía el calor que se disparaba por mis venas.

—Haz eso otra vez. Atrévete.

Parecía sorprendido. Levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—¿Qué pasa?, ¿se te han metido las bragas por el culo?

Cerré los puños y me encaré con él.

—¿Qué coño has dicho?

Justin retrocedió y miró atrás en busca de ayuda.

—¡Era una broma! Cálmate, tío.

—Cam —intervino Caleb—, tranquilo.

Bajé la vista y relajé las manos. Pero ¿qué narices me pasaba?

Los chicos me estaban mirando como si me faltase un tornillo. No estaban acostumbrados a mi mal carácter. Normalmente, con ellos solía mantener la cabeza fría, y sus provocaciones me resbalaban.

Pero esos eran los días en los que ella no estaba. Me metí en la ducha y abrí el grifo del agua fría. Aunque hacía años que no la veía, todavía tenía el poder de encogerme el estómago con una simple llamada perdida. ¿Qué querría esta vez?

Yo había cambiado de número varias veces, pero ella siempre encontraba la manera de conseguirlo. Probablemente se lo había dado mi padre solo para quitársela de encima.

—Eh, tío. —Justin me tiró una toalla justo mientras yo me ataba otra a la cintura—. No sabía que te iba a molestar la patada en el culo. Perdona. Por lo de antes, quiero decir. —En su voz todavía había cierto resentimiento por lo sucedido, pero no se lo reprochaba.

—Ya, tranquilo —respondí, y decidí no darle más importancia. Fui hacia mi taquilla mientras me secaba el pelo con la toalla que me había dado. Una señal de paz.

Estaba exhausto, pero no me sentía mejor. Ya sabía lo que me esperaba en los próximos días. El terror ya se me había instalado en el estómago.

—¿Necesitas que te lleve? —me preguntó Caleb mientras yo me ponía los pantalones.

—No, no hace falta, gracias.

Abrí la taquilla. Al ver que el teléfono estaba iluminado me quedé sin

aliento, pero vi la pantalla antes de guardarlo.

VOLCÁN: Estoy en el gimnasio, enfermo.

En cuanto vi su mensaje, el nudo de mi estómago empezó a aflojarse y la tensión de mis hombros, que ni siquiera había advertido, se atenuó.

—¿Alguna tía buena? —preguntó Caleb. Me había visto sonreír.

—Sí —contesté—. Buenísima.

Y cuando la vi esperando en las gradas, sonreí.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

—No. —Bajó de un salto en cuanto me vio y se echó la mochila a la espalda—. Quiero dejarte en tu casa para hacer el montón de recados que tengo pendientes.

Me pregunté si se habría dado cuenta de que todavía llevaba puesta mi sudadera. Le había doblado las mangas varias veces, pero todavía le llegaban hasta las muñecas. Verla con mi ropa puesta me provocaba una cálida sensación en el estómago.

Ya no llevaba las gafas, pero se había vuelto a recoger el pelo en una cola de caballo. Iba delante de mí y se le balanceaba hacia los lados mientras caminaba. Joder, ¿cómo podía ser tan mona?

Quise cogerle el pelo y sentir su suavidad entre mis dedos. ¿Olería también a melocotones?

—Es tarde —observé mientras me colocaba junto a ella—. ¿Qué tienes que hacer?

—Tengo que encontrar la cura para el cáncer.

—¿Y para la cabezonería?

—Eso es lo siguiente.

Hice una mueca. Siempre tenía una réplica para todo. Quise pensar en alguna estupidez con que fastidiarla solo para ver qué me contestaba.

—Espera —le dije al ver que se dirigía hacia la salida—. Necesito beber algo.

Fui hacia la máquina expendedora. Dos dólares y medio por una bebida. Justo antes de meter el último dólar, lo escondí en la palma de mi mano y me lo metí en el bolsillo.

—¿Tienes un dólar?

Resopló con impaciencia.

—¿Por qué no me has escrito un mensaje para decirme que querías algo de beber? Me podría haber ahorrado un dólar. Toma. —Me lo lanzó.

Lo atrapé sin dificultad, pero no parecía impresionada.

—Cuidado, no te atragantes —añadió, aunque parecía querer justo lo contrario. Estaba de mal humor, se notaba en la contundencia de sus movimientos.

Abrí la botella, oí el burbujeo del gas y di un trago.

—La próxima vez puedes traerme una tú.

—¿Y eso quién lo dice?

Abrí la puerta que llevaba al aparcamiento y le cedí el paso.

—Bueno, empieza a traer un dólar o dos para mí cada vez que vengas a buscarme.

Me echó una mirada que podría haberme prendido fuego antes de abrir el coche con la llave. No era automático. Cuando entró, tuvo que inclinarse para abrir el lado del copiloto.

—Ni me hables —me ordenó, y puso la radio a todo volumen antes de arrancar el coche y salir zumbando del campus.

Yo, simplemente, sonreí. No me importaba. Me bastaba con estar cerca de ella.

El coche parecía más limpio y olía mejor. Quizá había conseguido que el inútil de su hermano le hiciese una limpieza en profundidad aquella tarde. Los

asientos todavía estaban un poco húmedos, pero no me importó. Me habría dado igual sentarme en una piedra, mientras ella estuviese a mi lado.

Abrí un poco la ventanilla para dejar que entrase un poco de aire y ver cómo jugueteaba con su cola de caballo. ¿Qué haría si tirase de ella, si se la soltara para que su pelo cayese en cascada por sus hombros y su espalda?

Probablemente, abrir la puerta y empujarme.

Solté una risita y ella me miró preocupada. Observé sus manos unos instantes. Tenía los dedos largos y las uñas pintadas de rosa chillón. Me pregunté si se habría pintado las de los pies del mismo color.

No se le daba mal estar frente al volante. Conducía un poco por encima del límite de velocidad y con la música muy alta. Cantaba muy bajito, y deseé poder oírla.

Pero por ahora yo tenía suficiente. Más que suficiente.

Cuando aparqué junto a mi casa me pareció que el viaje se me había hecho muy corto.

—*Sayonara* —dijo—. Hala, ahí te quedas. De vuelta a las puertas del infierno.

Bajé el volumen de la radio.

—¿Quieres entrar?

—¿Quieres vivir?

La miré, desafiándola a entrar.

—Dime por qué estás de mal humor, Kara.

Tamborileó con los dedos sobre el volante, impaciente.

—Estoy de mal humor siempre que estoy cerca del vástago de Satán.

—No será porque antes has visto a una chica besándome, ¿no?

Balbuceó. La forma en que todas sus emociones afloraban en su rostro era una delicia.

—Perdona que te lo diga, pero me parece que te toca la medicación, titi.

Las voces de tu cabeza vuelven a estar fuera de control.

—Yo no la he besado a ella.

Entornó los ojos. Fuego color avellana.

—No me acuerdo ni de su nombre —insistí.

—¿Y eso qué dice de ti? —preguntó.

—Que soy un cabrón.

—Exacto. Hale. Ahora vete. —Me hizo un gesto con la mano.

—Nunca he dicho lo contrario, pero... —Me acerqué a ella, y cuando se apartó me acerqué todavía más, hasta que solo unos centímetros separaban nuestros rostros—. Tú haces que quiera ser diferente.

Se le pusieron los ojos vidriosos, y me di cuenta de que estaba intentando no respirar.

—¿Seguro que no quieres entrar? —susurré—. ¿Y recrear tu primer beso?

Se puso roja. Joder, era adorable. Sin embargo, se recuperó rápidamente y resopló con desdén.

—¿A eso lo llamas tú beso?

Sonreí. Me estaba desafiando.

—¿Por qué no dejas que te lo demuestre?

—No me toques, asqueroso.

—No te he tocado. Todavía —apostillé—. Y no decías lo mismo la última vez, cuando estabas encima de mí. —Sabía que me estaba comportando como un imbécil, pero era demasiado adorable, me resultaba imposible dejar de chincharla.

Esperaba una réplica cortante, pero no dijo nada. Podía sentir cómo su genio crecía en oleadas, pero solo me fulminó con la mirada desde su asiento, enfurecida. Casi me eché a reír en voz alta al salir del coche.

—Nos vemos mañana —le dije con aire despreocupado, casi engreído—. A la misma hora.

Retrocedió unos metros con el coche en cuanto cerré la puerta. Me detuve y la observé con curiosidad. ¿Qué pretendía? Nos miramos a los ojos durante unos cinco segundos. Luego, ella se señaló los suyos con dos dedos, haciendo una «V», antes de señalar los míos. El gesto universal para decir «te estoy vigilando».

Para cuando me di cuenta de lo que pretendía, ya era demasiado tarde.

Giró las ruedas, derrapó y aceleró para salpicarme con el charco que tenía delante, con el agua de lluvia sucia y fangosa del chaparrón de la noche anterior. Podía sentir la mugre que me goteaba por la cara y el cuello.

Me sequé la cara y la boca, maldiciéndola. Ella me hizo una peineta antes de marcharse.

Y entonces me eché a reír.

Ya la echaba de menos.

Joder, tío. Estaba metido en un buen lío.

Cameron

Me desperté hambriento.

Pero eso no era nada inusual. Siempre me despertaba muerto de hambre.

Me incorporé con un gruñido y me senté en el sofá, donde había dormido. Me incliné hacia delante y apoyé los codos en las rodillas para frotarme la cara.

Todavía no había salido el sol, pero eso tampoco era raro. Siempre me despertaba antes del amanecer, sin importar si me iba a dormir tarde o estaba exhausto. Podía dormir un rato más, pero mi mente no me lo permitía.

Como trabajaba para Rick desde que iba al instituto, tenía el cerebro programado para despertarse a la misma hora cada día. Ya ni siquiera me ponía el despertador.

Me levanté y doblé la manta. Intenté rascarme la espalda, pero no llegaba.

—Mierda.

Normalmente, lo primero que hacía era ejercicio: era más fácil levantar pesas con el estómago vacío. Sin embargo, a veces me rendía a necesidades más básicas.

Encendí la luz y fui a la cocina dando grandes zancadas, todavía soñoliento, todavía intentando rascarme la espalda. Entonces me rugió el estómago.

Abrí la nevera y cogí una de las cajas de cartón con comida para llevar de aquella semana... O eso esperaba. La olí. Parecía estar bien. Abrí el cajón, saqué un tenedor y lo usé para rascarme. «Uf, menos mal», pensé. Después me

zampé la comida.

Como no me quedé satisfecho, cogí un cuenco, eché leche con cereales y engullí eso también. Seguía hambriento. Cogí un par de plátanos. Me comí una manzana. Anoté mentalmente que tenía que ir a la tienda a por melocotones.

«¿Seguirá dormida?»

«Probablemente todavía está durmiendo», pensé mientras meaba. Me metí en la ducha y cerré los ojos dejando que el agua caliente me borrara los últimos restos de sueño.

Y me la imaginé. Una vez se levantase, iría directa a por una taza de café, chocando con las paredes de camino a la cocina. Despeinada, con la ropa arrugada y la piel caliente. Los labios suaves. ¿Qué se pondría para dormir? ¿Se pondría algo?

Salí de la ducha, cogí una toalla y me la enrollé en la cintura. Me cepillé los dientes y cogí la cuchilla para afeitarme. Me pregunté cómo sería despertarme a su lado, a qué olería por las mañanas. Estaría ausente, ajena a todo lo que la rodeaba, y yo podría despertarla con un beso en el cuello, acariciándole la piel sensible de esa zona. Estaría caliente, y todo su aroma estaría allí concentrado. Mis manos recorrerían su...

—¡Mierda!

Torcí el gesto al fallarme el pulso y cortarme con la cuchilla.

«Hasta pensar en ella está acabando conmigo», me lamenté en silencio, mientras me lavaba el corte con agua helada. Cogí un pañuelo y presioné sobre la herida.

Al recordar lo sucedido con el charco la noche anterior no pude evitar echarme a reír. Qué mal genio. Ella era... más grande que la vida misma. Y más grande que el mundo que yo había elegido para mí, o eso me parecía.

Me puse unos vaqueros y volví a la cocina a por una taza de café. Miré por la ventana y me lo bebí de pie junto al fregadero mientras contemplaba el

amanecer. Sonreí al recordar la basura de café que me había dado en su casa.

«Qué mujer», pensé al entrar en el despacho.

Me resultaba más fácil esconder mi verdadero yo a los demás. Mi interior siempre albergaba oscuridad. Estaba allí, escondida cerca de la superficie, expectante. La sentía incluso en ese momento.

No estaba seguro de si la gente podría soportar o aceptar mi verdadero yo.

No, eso era mentira. Sabía que no podrían.

Pero con ella... Mi verdadero yo salía a la superficie. Ella me lo exigía, y yo parecía incapaz de resistirme.

Me asustaba un poco. No estaba acostumbrado, y tampoco estaba seguro de si me gustaba o no, pero debía de ser así porque quería... quería que ella se quedase. Al menos, durante un tiempo más.

Nunca antes había querido retener a una mujer. Pensar en ello era perturbador. Aparté esa idea, la deseché por el momento.

Me senté frente al escritorio y encendí el ordenador portátil. Miré mi correo del trabajo y contesté los mensajes urgentes. No había acabado de decidir si quería expandir mi negocio, aunque de vez en cuando consideraba la posibilidad. Con mucha ayuda de Rick, había conseguido contactos y clientes, y tras años trabajando a su lado había engrosado mi cuenta corriente.

Mi empresa era de una sola persona, pero ya me iba bien así. Podía aceptar o rechazar proyectos cuando quería. Contrataba a gente para trabajar en algún proyecto cuando lo necesitaba y en el momento en que se terminaba cada uno seguía su camino. No tenía que dar explicaciones ni me ataba a nadie cuando terminábamos con una casa. Era justo lo que quería.

Me arrellané en la silla, cogí el teléfono y llamé a Rick.

—Buenos días, hijo —me saludó—. ¿Vas a trabajar para mí hoy?

—No, hoy no.

—¿Tienes una reforma entre manos?

—Aún no. —Tenía una en el horizonte. Tras todas las mejoras que tenía planeadas me reportaría un beneficio potencial de unos doscientos mil dólares, pero era un proyecto de gran envergadura y me quitaría mucho tiempo —. Lo estoy pensando.

—Tengo una casa para ti, si la quieres. Ni siquiera ha salido al mercado todavía. Le diré a Deb que te envíe la información.

—Suena bien. Hablando de Deb, ¿cuándo coge la baja por maternidad?

—Dentro de poco, ¿por qué? ¿Vas a ayudarla en el parto? —Se rio. Lo oía moverse por ahí. Probablemente ya estaba en alguna obra.

—Me dijeron que le rompió los dedos a Logan cuando tuvo a la niña. Creo que prefiero que los míos sigan intactos.

Se rio de buena gana con una carcajada seca. Los años de fumador le habían tornado la voz áspera. Me había contado que había empezado a fumar a los nueve años por aburrimiento.

Había crecido en un barrio pobre, donde la gente vivía en caravanas, en una ciudad donde no había nada que hacer. Y fumaba mucho, pero nunca había tomado drogas. Había visto cómo sus hermanos tiraban su vida a la basura por culpa de ellas, los había visto terminar en la cárcel. Al final, se marchó de su ciudad y se hizo a sí mismo a base de trabajar en la construcción. Conoció a un hombre que vio el potencial que tenía y le enseñó todo lo que sabía sobre construir casas.

Rick había conseguido los certificados y licencias necesarios y ahora tenía su propio negocio. Como todo el mundo que se dedicaba a la construcción, había pasado por una mala racha cuando el mercado se había desplomado, y había perdido un montón de propiedades. Había tenido que pedir préstamos a todos sus conocidos para mantener su negocio a flote, pero al final lo había conseguido. Ahora era uno de los constructores de más éxito de Manitoba.

Yo le debía mucho. Supongo que se había visto reflejado en mí. Me había

acogido bajo su protección y me había tratado como a un hijo y como a un aprendiz. Era una de las pocas personas importantes en mi vida, y yo habría dado un brazo por él si me lo hubiera pedido.

—Las mujeres son criaturas fuertes y poderosas —dijo. Oí que se rascaba la barba. A menudo nos olvidábamos de afeitarnos cuando estábamos ocupados con un proyecto—. ¿Qué pasa, hijo? Suéltalo.

Me conocía bien.

—Tengo que pedirte un favor.

—Adelante.

«Adelante.» Lo dijo con sencillez, sin pensarlo dos veces. Me había hecho de padre cuando el verdadero había dejado de preocuparse por mí.

—Conozco a alguien que podría ocupar el puesto de Deb. Yo respondo por ella. —Me aclaré la garganta—. La necesitarías en la oficina dos días laborables y los fines de semana, ¿verdad?

Se quedó en silencio unos instantes y luego contestó:

—Claro, el no tener que hacer entrevistas me facilita la tarea. Una chica, ¿eh? ¿Tu chica?

—Esto... —«Creo que... Me gustaría que lo fuese», pensé—. Una amiga.

Se rio por lo bajo.

—¿Nos tomamos una cerveza esta semana? Pásate por casa, hijo.

—Vale.

—¿Te va bien en los estudios?

—Solo tengo un par de clases, pero sí, me va bien.

—Me alegro. Nos vemos pronto, hijo.

Después de colgar mandé un mensaje relacionado con otro asunto para ir poniéndolo en marcha. Cuando faltaba media hora para las ocho, me llegó un mensaje.

VOLCÁN: ¿Qué hay, Bigfoot? ¿Te gustó el bañito de anoche?

Me reí y seguí leyendo.

VOLCÁN: Esta mañana no puedo ir a buscarte. Lo siento. Mi sustituta en el trabajo ha llamado para decir que está enferma. No puedo dejar a mis pacientes hasta que no llegue alguien. Esta noche te llevaré a casa después del entrenamiento.

Me senté al ver que aparecían unos puntos suspensivos en la pantalla. Me estaba escribiendo otro mensaje. Esperé y esperé, pero desaparecieron sin que me llegasen más noticias tuyas.

Pero ¿tanto necesitaba el dinero? ¿Tenía que trabajar tanto? Debía de haber hecho el turno nocturno, y eso significaba que iría a la universidad sin dormir. ¿Cómo se lo montaba?

Me apoyé en el asiento y cogí una piruleta del montón. La desenvolví y me la puse sobre la lengua. Y entonces empecé a pensar.

Aquel día llevaba una cola de caballo.

Me apoyé en la taquilla y la observé salir del aula. Las clases acababan de terminar y los estudiantes salían en tropel de las aulas y se arracimaban en los pasillos. Ella se quedó donde estaba, contra la pared, mientras esperaba a que la multitud se dispersase.

No sabía si llevaba ropa de enfermera para trabajar, pero si era así, debía de haber pasado por su casa a cambiarse. Parecía cansada, pero estaba muy guapa con un jersey de lana azul que le llegaba por encima de las rodillas, tan grande que parecía un vestido. Llevaba un par de mallas oscuras de esas que las chicas se ponen siempre, unas botas y su habitual mochila colgada del hombro. Como de costumbre, llevaba una botella de agua en la mano.

Ignoraba a todos los que la rodeaban. Parecía estar en su mundo, esperando a que desapareciesen de su vista para poder continuar su camino.

Desvié la mirada hacia un chico que había a un par de metros de ella. La recorrió con los ojos de arriba abajo, interesado, y se le acercó, intentando llamar su atención. Sin embargo, ella ni siquiera lo miró, ni siquiera era consciente de que existía, no le importaba que él intentase respirar el aire que ella exhalaba.

Se movió, dispuesta a marcharse. El tipo le bloqueó el paso, pero fingió que no había sido a propósito. Se le plantó delante, sonriente.

Ella se movió hacia la izquierda y él se movió hacia la izquierda. Ella se movió hacia la derecha y él se movió hacia la derecha.

Apreté la mandíbula.

Cuando me di cuenta de que ella lo miraba con ojos inexpresivos, casi me eché a reír. Se detuvo y esperó a que él se apartase, pero no había manera.

La miraba como si la estuviese desnudando, como por encima del hombro. Qué hijo de puta. Estaba a punto de interrumpir, cuando oí que ella decía:

—¿Funciona con el aire? —Su voz sonaba dulce.

Entorné los ojos y la observé con toda mi atención. Ella solo hablaba con dulzura cuando estaba a punto de asestar un golpe.

El chico, que no se estaba enterando de nada, se lo tomó como una invitación. Sonrió y dio un paso hacia ella.

—Si funciona con el aire, ¿el qué? —preguntó.

—Tu cerebro. No quiero pasarme el día mirándote. ¿Te puedes apartar?

El chico la fulminó con la mirada, pero se hizo a un lado.

«Cobarde. Eso es, apártate —pensé mientras él se escabullía avergonzado —. Tú no le convienes.»

—¿Y tú sí? —oí decir a Levi. Lo miré con el ceño fruncido, pero estaba tonteando con una chica. Por un momento había pensado que la pregunta iba dirigida a mí.

«¿Y tú sí?»

«¿Le convengo?»

La observé llenar la botella de agua en la fuente.

Arrollaba a cualquiera que no fuese capaz de enfrentarse a ella. Podía ser descaradamente maleducada, y la mordacidad de su carácter cortaba como una sierra cortaría la madera. No querría un hombre gentil ni débil que claudicase ante todas sus quejas. Se aburriría de él enseguida. Necesitaba a alguien con un temperamento como el suyo, que pudiese encajar sus golpes y ver lo que en realidad escondían. Era su mecanismo de defensa. Sus espinas. Sus muros.

Yo sabía de primera mano lo altos y gruesos que eran esos muros, pero también sabía que si continuaba golpeándolos acabaría bajando sus defensas y dejándome entrar. Ya lo había hecho unas cuantas veces. Volvía a levantarlos enseguida, pero me dejaba echar un vistazo.

Al mundo solo le mostraba un grueso caparazón. Tenía que ser así, porque yo sabía lo que escondía, sabía que lo que protegía con tanta fiereza era su tierno corazón.

La vi echar una ojeada al banco donde me había sentado yo el día anterior. Estiró el cuello para mirar dentro de las otras aulas y casi chocó con una papelera que tenía delante.

Me dirigí hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Me buscas a mí? —pregunté.

—¡Ay, joder!

Dio un brinco y retrocedió, llevándose una mano al pecho. Tenía cara de culpable, como si fuese una niña a la que han pillado intentando colar un gatito en su habitación.

—¿Y por qué habría de buscarte? Ni siquiera sé si tienes clase por aquí. Estoy buscando a mi amiga.

—Sí, ya. —No se me borraba la sonrisa de la cara—. Seguro que me estabas buscando a mí.

Me ignoró y aceleró el paso. Yo la seguí. Mis compañeros del equipo de baloncesto nos miraban con cara rara. Nunca me habían visto seguir a una chica como un perrito faldero.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—¿Por? ¿También quieres que te lleve en coche a tu siguiente clase?

—Bueno, esta mañana no me has llevado.

—Ya te he dicho que...

—Y me debes una camiseta y unos pantalones.

Ella siguió adelante, ignorándome. Si seguía a ese ritmo, se esfumaría antes de que yo consiguiese llamar su atención. Agarré el coletero que le recogía la cola de caballo y se la deshice. Ella soltó un gritito y se dio la vuelta para fulminarme con la mirada.

—¿Qué mosca te ha picado?

Estaba roja.

—Me lo quedo —dije, meneando el coletero azul—. Nos vemos luego en el gimnasio.

Me puse a silbar y me fui. Y me eché a reír.

Cuando terminó el entrenamiento me di una ducha rápida, me vestí y salí sin quedarme a charlar con los chicos. Estaba... emocionado. Hacía mucho tiempo que no me sentía así, y era una sensación estupenda. Me sentía como si fuese Navidad.

Volví al gimnasio y me reí en voz baja al verla allí.

Estaba dormida.

Sin que le importase nada. Se había tumbado en la última fila de las gradas, como si fuese una niña demasiado cansada que necesitaba una siesta. Se había tapado la cara con el brazo y el pelo le caía alrededor de la cabeza, como un

halo. Tenía la mochila frente a ella, bien agarrada con el otro brazo, y la botella de agua junto a sus pies.

Con cuidado de no despertarla, me senté en la fila de encima. Ya la había observado dormir antes y me sentía igual que la primera vez.

Solo se le veía media cara. Una parte de su naricita y de su boca. Tenía los labios pálidos y un poco secos. Por alguna razón, sentí una punzada en el pecho.

Siempre llevaba una botella de agua, pero estaba seguro de que lo que bebía todo el tiempo era café, para intentar mantenerse despierta y cumplir con todas sus responsabilidades.

Era muy fuerte, de eso no cabía duda, pero hasta los más fuertes necesitan descansar. Debería haberle dicho que se fuese a casa y durmiese un poco. Pero estaba casi seguro de que habría aceptado otro turno si yo no le hubiese pedido que me recogiera.

Me quité la chaqueta y la tapé. Un mechón de su pelo tocaba el suelo. Lo cogí y lo acaricié, sintiendo su tacto. Era suave y sedoso. El color, entre dorado y marrón, me recordaba al caramelo quemado. Me incliné y me lo llevé a la nariz.

Melocotones.

Pasaron treinta minutos y luego, una hora. Después entró el conserje y ella se despertó. Se quitó el brazo de la cara y sus ojos avellana me encontraron.

Parecía confusa, y tan adorable que quise rodearla con mis brazos.

—Es hora de irse —dije. Recordé que la mañana anterior había necesitado café para despertarse. Cogí su botella y la abrí. Olía a café—. Toma.

Se sentó despacio y bebió, obediente. No se quejó ni una vez. Unos segundos después la cafeína ya le había hecho efecto. Parecía exhausta, pero un poco más despierta.

—¿Lista? —pregunté.

Ella asintió. Caminaba de forma mecánica, abrazada a su mochila como si fuese un escudo. El pelo le escondía el rostro.

La única vez que había caminado junto a ella sin hablar había sido la noche que la había besado por primera vez. Y, aun así, había sentido su impaciencia, una energía que desprendía a oleadas.

Esta vez esa energía no estaba. Se mostraba apagada, como si se estuviese ocultando del mundo.

—Puedes apoyarte en mí —susurré—, si quieres.

Negó con la cabeza y siguió andando. Cuando llegamos al coche y nos sentamos, se recostó en el asiento y cerró los ojos.

Respiré hondo cuando sentí que me apoyaba la cabeza en el brazo.

—Cinco minutos —dijo en voz baja. Se le rompía la voz—. Cinco malditos minutos, solo es...

—Puedes tomarte más de cinco minutos. Puedes... —Me detuve antes de decir alguna estupidez—. Cierra los ojos, Kara. Yo estoy aquí.

—Estoy muy cansada.

—Ya lo sé, nena.

Respiraba de forma irregular, su pecho subía y bajaba con rapidez. Pensé que se iba a echar a llorar, pero no hubo lágrimas. Simplemente cerró los ojos.

Nos quedamos en el aparcamiento durante otro cuarto de hora. No me atrevía a moverme por si había vuelto a dormirse. No quería despertarla. Sin embargo, pronto me di cuenta de que estaba despierta, solo que en silencio.

—¿Cuál es tu apellido? —preguntó de repente. En ese momento me entraron ganas de acariciarle el pelo.

Yo sabía que el suyo era Hawthorne.

—St. Laurent —respondí.

—Pero no eres ningún santo. —Se rio con suavidad, provocándome. El sonido era tan femenino que quise besarla en la punta de la nariz.

—A veces me siento como si lo fuera —respondí.

Me dio la sensación de que había puesto los ojos en blanco.

—¿Segundo nombre?

—Jeremiah.

—Jeremiah —repitió—. Es uno de los profetas de la Biblia. Es un tío genial.

Se apartó. Todavía podía sentir su cuerpo sobre mi brazo.

Aún le temblaba un poco la voz, pero me di cuenta de que ya se había calmado. Aun así, siguió hablando con suavidad, en susurros. Como si estuviésemos charlando a la luz de las velas.

—Tienes cara de Jeremiah —añadió—. Pero de Jerry no, de Jeremiah.

Quise sonreír.

—¿Cuál es el tuyo?

—Cammilla.

Dije su nombre en mi mente un centenar de veces.

—Sé que suena a nombre de estríper, pero tampoco te emociones mucho.

Esta vez sí que sonreí.

—Todavía estamos esperando que lleguen algunas piezas para tu moto. Solo te aviso, por si te lo estabas preguntando.

Me encogí de hombros. Mientras no estuviese reparada, ella seguiría ligada a mí. Me parecía perfecto que se la quedase una temporada más.

Parecía que se estaba poniendo nerviosa; llenaba el silencio con cháchara. Me pregunté si estaría pensando en lo mismo que yo. En el momento en que me había apoyado la cabeza en el brazo.

—Dime qué te gusta —dije.

Se quedó quieta. La oí contener el aire un instante, una fracción de segundo, antes de soltarlo. Fruncí el ceño.

—Tienes una manera de... —dijo.

—¿Una manera de qué?

—Como si me sedujeras con tus palabras.

Relajé el rostro en una sonrisa perezosa.

—¿Eso hago?

—¿Ves? —Exhaló un suspiro—. Puedes parar, ¿vale? Ya lo he pillado.

Solté una risita.

—Contéstame —insistí.

Ella miró al techo y respiró hondo. Murmuró algo por lo bajo. Creí oír «Señor, dame paciencia», pero no estaba seguro.

—Espera. —Bajó un poco más la ventanilla—. Hum, déjame pensar... —empezó a decir, mordiéndose el labio—. Me gusta decorar. Y diseñar.

Tenía la esperanza de que respondiese a mi otra pregunta. Quería saber si estaba consiguiendo seducirla con mis palabras, pero esta respuesta también me interesaba.

—¿Casas?

Asintió.

—Seguramente habría estudiado interiorismo si hubiese tenido dinero, pero bueno, para algo está internet, ¿no? Veo vídeos sobre el tema y aprendo un montón.

Recordé la vez que había estado en su casa y deduje que prefería un estilo ecléctico.

—¿Qué más? —insistí.

—Cuando era pequeña, tenía un columpio enorme en la casa en la que vivíamos antes. Cada vez que me sentía triste, enfadada o incomprendida, me iba allí y me columpiaba todo el día. Si tenía algo de dinero de sobra, me compraba caramelos o un batido para no tener hambre mientras estaba allí. No tenía muchos amigos, así que... —Se encogió de hombros—. Supongo que era demasiado para las niñas de mi edad. —Puso las manos sobre el volante y lo

acarició con el pulgar—. A veces Dylan venía conmigo, pero él iba sobre todo a la casa del árbol. La construyeron mi padre y él y yo la decoré. Creo que fue entonces cuando me di cuenta de que me encantaba la decoración.

Echó el asiento hacia atrás y se sentó sobre sus largas piernas. Se apoyó en la puerta para ponerse de cara a mí. Eso me gustaba. Me gustaba mucho.

—También me gustan los fuegos artificiales. Cuando éramos pequeños, mi padre solía llevarnos al mercado de Forks de Winnipeg. Bebíamos batidos y comíamos espaguetis y dábamos de comer a los patos en el río.

Esbozó una tierna sonrisa. Sus recuerdos de infancia eran felices. Deseé poder decirle lo mismo.

—Recuerdo que un día Dylan quiso subir en el barco, pero mi padre no tenía dinero. Creo que nunca tuvimos suficiente dinero. —Frunció el ceño—. Yo cada año le pedía a mi padre que me comprara zapatos nuevos cuando empezaba el colegio. Era una niña y no lo entendía, hasta que oí a mi tío Andrew echándole bronca y diciéndole no sé qué mierda sobre pagar sus deudas, o algo así. Entonces pensé que era demasiado pequeña para entender de qué estaban hablando, pero ahora me doy cuenta de que sí lo entendí. Porque nunca más le volví a pedir a mi padre que me comprase nada.

—Cuéntame más.

—Hum.. Me gusta el maquillaje. Me siento guapa con maquillaje.

—También estás guapa sin él.

Ella resopló. No pensaba aceptar ningún cumplido de mi parte. Me pregunté si sabría que lo decía totalmente en serio.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿A ti qué te gusta?

—Me gustas tú.

Se sonrojó y luego preguntó:

—¿Te acuestas con muchas chicas?

Pensé la respuesta unos segundos.

—¿De verdad quieres saberlo? —contesté.

Me miró a los ojos.

—Supongo que ahora ya lo sé.

Me sorprendió lo mucho que me dolió su respuesta.

—Para mí no significa nada —le aclaré—. Y me siento como una mierda hablando de eso contigo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque eres tú. —Y, como tenía la sensación de que me iba a hacer más preguntas sobre mí que no estaba preparado para responder, le pregunté—: ¿Por qué tienes un moratón en la cara?

Intenté suavizar mi voz, esconder la ira que sentía. No había sentido tanta rabia desde que era niño, pero esta se estaba filtrando poco a poco en mi interior, áspera y ardiente. La necesidad de destruir algo debido a una ira incontenible.

Había visto el moratón antes, cuando se había levantado de las gradas. Sabía que era una chica beligerante. ¿Habría discutido con alguien y le habría pegado?

Ella resopló.

—Creía que lo había escondido bastante bien con el maquillaje.

—Sí —respondí con calma—, pero creo que te lo has quitado mientras dormías.

—Una paciente estaba confusa y nerviosa y me pegó. —Ella susurraba, y yo también.

—¿Sucede a menudo?

—Sí. Algunas compañeras me habían contado historias parecidas, pero ha sido la primera vez que me ha pasado a mí.

Exhaló con suavidad y cerró en un puño la mano que reposaba sobre su regazo. Quise cogérsela. No, quería hacer algo más que cogerla de la mano.

Poco a poco, me volví hacia ella. Ya estaba oscureciendo. Las farolas del aparcamiento estaban encendidas y ya solo quedaban un par de vehículos.

El coche era como nuestro pequeño mundo particular.

Sus ojos parecían vulnerables. Tomé su cara entre mis manos y le acaricié el labio con el pulgar. Quería besarla, saborearlo. Pero, en cambio, me incliné hacia ella y besé el moratón. Sentí que su cuerpo se relajaba y se acercaba a mí.

«Quiero cuidar de ti», pensé.

Sentía avidez por ella, más fuerte de lo que había sentido nunca por nadie. Pero también sentía que besarla entonces habría sido como aprovecharme de su vulnerabilidad.

—Ya conduzco yo —propuse. Mierda, mi voz sonó brusca. La llevaría a casa, aparcaría su coche y volvería a la mía caminando.

—No, yo puedo. —Se apartó de mí y se pasó los dedos por el pelo—. Solo necesitaba un momento. Gracias... —dijo en voz baja—, Cameron.

Era la primera vez que decía mi nombre. Me gustó oírlo de sus labios.

¿Le parecería bien que la cogiera de la mano en ese momento? Nunca había querido darle la mano a nadie. Me pregunté cómo se verían sus diminutas manos sobre las mías. Seguro que las mías las cubrirían por completo.

—Te he traído algo de beber —dijo.

¿Qué quería decir que el corazón me diese un vuelco al oír aquello? ¿Que una sensación cálida se abriese paso por mi pecho sin invitación?

—Te he traído una lata porque no quería darte un dólar —añadió.

—¿Dónde está?

—En casa. —Se rio—. Es broma. Está en mi mochila.

La cogió, la abrió y rebuscó dentro.

Cuando se comportaba así, emanaba un aura muy suave y dulce. Debí de quedarme mirándola más rato de lo habitual, porque me dio un golpecito con

la lata de refresco. Era un ginger-ale.

Me aclaré la garganta.

—Gracias —dije.

—De nada —respondió, y arrancó el coche.

Me sonrió, una sonrisa de verdad. Creí ver afecto en la forma en que me miraba, pero quizá fuera mi imaginación. Quizá, pero me iba a quedar con eso de todos modos.

Esa vez no encendió la radio. Bajó la ventanilla un poco más para que el aire entrase en el coche. Me había dado cuenta de que le gustaba hacer eso cuando conducía.

Estábamos callados, pero era un silencio cómodo. Me sorprendía. Nunca me había sentido a gusto con ninguna chica. No así. Normalmente, cuando estaba con una chica había cierta expectación... ante el momento de meternos entre las sábanas. Yo nunca había querido otra cosa.

Allí, sentado junto a ella, me daba cuenta de que todo aquello era vacío y superficial. Me pasé los dedos por el pelo. Me sentía inquieto. Pero entonces ella volvió a mirarme, volvió a sonreír y todos mis pensamientos se apaciguaron.

Y... me relajé.

Cuando llegamos a mi calle, disminuyó la velocidad. De repente, se rio con suavidad y me volví para mirarla. Durante todo el camino había intentado evitarlo, por si acaso la ponía demasiado nerviosa. Esa noche habíamos firmado una especie de tregua y no quería estropearla.

—¿De qué te ríes? —pregunté.

—Tienes razón. Te debo una camiseta y unos pantalones. Me enfadé mucho cuando...

No escuché el resto de la frase. Dejé de escuchar en cuanto giró por el camino de entrada y vi el Ferrari negro.

Se me fue todo el color del rostro. Tenía las manos frías y sudadas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada. —Apreté los puños para que no me temblasen las manos—. Vete.

Ya no te necesito.

Ella se rio.

Un nudo de terror se me había instalado en la boca del estómago.

—Déjate de coñas. Ya te he dado las gracias por lo de hoy. No te preocupes, iremos de compras y te compraré una camiseta y...

—Vete —susurré.

Ella me miró confundida. Luego miró al coche aparcado, y de nuevo a mí.

Tuve que aunar todas mis fuerzas para salir de aquel coche. Ella abrió la boca para decir algo, pero la interrumpí.

—¡Que te vayas! —repetí de forma más contundente.

Cerré de un portazo y me dirigí a la entrada del garaje.

El corazón me latía como si fuese un tambor. Ella no se había movido aún. Oí el ruido del coche y sentí como si sus ojos me estuviesen clavando puñales en la espalda. Y entonces oí las ruedas que derrapaban y el coche que se iba zumbando.

Me volví y observé cómo su coche se perdía en la distancia.

Sabía que se acabaría, que todo terminaría así. Pero no sabía que iba a ser tan pronto. Creía que tendríamos más tiempo. Me había equivocado.

Apreté los puños, intentando contener mi ira, y me volví hacia mi casa. Era hora de enfrentarse a la realidad.

Kara

Mientras conducía hacia mi casa, desconecté.

Porque, si no lo hacía, volvería a la suya y mi rabia haría que la ira de Voldemort pareciese un paseo por el parque en un domingo soleado.

Sentía una opresión en el pecho que hacía que respirarse muy rápido, y que el corazón me latiera aún más rápido.

¿Era el coche de su novia?

«No, no. No pienses.»

¿Cómo había sido capaz?

Me temblaban las manos sobre el volante. Sentía un hormigueo en las puntas de los dedos, como si toda la sangre de mi cuerpo se hubiese concentrado ahí.

«Para de pensar. Ya casi estás.»

No tenía ni idea de cómo había llegado a casa. En cuanto entré, me quité los zapatos y los hice a un lado de una patada. No me molesté en dejar mis cosas bien colocadas; las tiré junto a la puerta. Lancé las llaves en la mesita y cayeron con un tintineo.

Oí el sonido de la televisión y un aroma fuerte y dulce me inundó la nariz mientras me dirigía al baño. Necesitaba tranquilizarme.

—Hola, Kara Koala —me saludó mi padre alegremente.

Dylan y él estaban sentados en la isla de la cocina, cenando.

—Código rojo —dije.

«Código rojo» significaba que mejor que se guardasen mucho de hablarme.

Me di cuenta de que me dolía la mandíbula. Había estado apretando los dientes durante todo el camino a casa.

Cerré la puerta del baño tras de mí, abrí la ducha y me metí en la bañera con la ropa puesta. Tres minutos después me acerqué las piernas al cuerpo. Cerré los ojos y dejé que la rabia que sentía se deslizase a través de mí, en la intimidad del baño, mientras la ducha fría apaciguaba mi piel caliente.

Era su novia, ¿verdad? La dueña del Ferrari negro.

¿Por qué si no me habría ordenado con tanta furia, incluso desesperación, que me largase de allí? Como si no quisiera que me viese quienquiera que estuviese en su casa.

Como si yo fuese un sucio secretito que tenía que esconder.

Me dolía el corazón.

«¡Vete!», había dicho, en voz baja primero y después con más fuerza, como si ya no pudiese soportar estar cerca de mí. «¡Que te vayas!» Su voz fría e impersonal me había golpeado con la fuerza de una bofetada. Apreté los puños, deseando poder atizarle a algo. Su nariz, preferiblemente, solo para poder verlo sangrar.

Igual que él me estaba haciendo sangrar a mí.

Estaba jugando conmigo.

No era más que eso para él, ¿verdad?

¿Era su venganza por lo que le había hecho la noche anterior, por haberle salpicado con el charco? O quizá era por todo el asunto de la moto. Quizá realmente lo había puesto así de furioso.

Pero ¿de verdad era tan mezquino y cruel como para hacerme creer que estaba de verdad interesado en mí, cuando todo ese tiempo había estado dándome falsas esperanzas?

Se le daba muy bien. Joder, se le daba de lujo. Como para ganar un puto Oscar.

Porque... Estaba empezando a creerle. Pensaba que era distinto.

Había usado todos los gestos maleducados de mi colección para alejarlo de mí, pero él volvía una y otra vez. Y yo pensé... pensé...

Las lágrimas amenazaban con salir, pero me las aguanté.

Había confundido su tenacidad con sinceridad.

Me había dicho que le gustaba. Dos veces. Recordaba cada momento.

La primera vez había sido cuando se había presentado en el taller y me había seguido hasta casa. «Me gustas», había dicho con esa sonrisa divertida y peligrosa. Con esos labios embaucadores.

Yo me lo había quitado de encima, y le había dicho que no salía con chicos. Entonces no lo había creído, había pensado que les decía lo mismo a todas las chicas que se quería tirar. Debería haber seguido sin creerle.

Pero la noche pasada había hecho desaparecer mi determinación.

No había dormido nada en más de veinticuatro horas. Me habían llamado del asilo la noche antes y había aceptado el turno de trabajo. Había sido una noche ajetreada y mi sustituta se había puesto enferma, así que me había tenido que quedar hasta que encontraron a otra persona. Había tenido el tiempo justo para ir a casa, ducharme, cambiarme y conducir hasta la universidad para llegar a clase. Su entrenamiento había terminado media hora después de mi última clase de la tarde.

Estaba exhausta, y me sentía sola y vulnerable. Y cuando nos fuimos del gimnasio en dirección al coche y vi qué hora era, me di cuenta de lo que había hecho por mí. Me había quedado dormida esperándole, y él me había esperado a mí. Debía de estar cansado y hambriento después de entrenar, pero no me había despertado ni se había quejado.

Y eso... Eso me había tocado el corazón. Me había hecho sentir que yo le importaba.

Y me había abierto a él.

«Me gustas», había vuelto a decir. Y yo me lo había creído.

Había sentido que iba en serio. Que quizá yo le gustaba más que las otras chicas con las que había salido. Que, de alguna manera, yo era un poco más especial para él.

Creía haber sentido su sinceridad. Pero ahora me daba cuenta de que solo había querido creer que era verdad. Porque para él no lo era. Había una gran diferencia.

Yo tenía gran parte de culpa, y eso me molestaba más que todo lo demás.

Porque tendría que haberlo sabido.

Había caído en su trampa. Me enorgullecía de mi fortaleza, pero en el fondo era débil. Era un golpe duro de encajar. Si no era fuerte... ¿qué era?

Había habido otros chicos con los que podría haberme comportado como una tonta, pero no lo había hecho. Entonces... ¿por qué me pasaba con él?

Me daba vergüenza. Era patético. Pero lo suyo era peor.

Porque él era cruel.

Quizá su objetivo era llevarme a la cama, y ahora que se había dado cuenta de que no lo iba a conseguir, había decidido humillarme o devolvérmela de otra manera. Conseguir que me gustase y darme la patada después. Pues se había salido con la suya. Y ahora ya no quería saber nada más de mí.

Tal vez no hubiera ninguna novia. Tal vez el Ferrari que había allí aparcado era suyo, y solo quería que me fuese porque no había conseguido lo que quería.

Quizá había hecho una apuesta con otros chicos. No era la primera vez que me pasaba. Otros chicos ya habían apostado sobre mí. Apuestas mezquinas, asquerosas y vengativas.

¿Estarían implicados sus compañeros del equipo de baloncesto? ¿Todo el equipo?

¿Por qué tenía tantas ganas de llorar?

Me habían pasado cosas peores y no había llorado por ellas. De ninguna manera iba a llorar ahora. Ni de coña.

Sabía que existía la posibilidad de que estuviese sacando las cosas de quicio, y de que mi pasado me estuviese nublando el juicio.

Cerré el grifo de la ducha y salí de la bañera. Mi ropa mojada goteó por todo el suelo. Miré al techo y rogué por tener paciencia. Un suelo mojado era una chorrada. Una cosa más que añadir a la lista negra.

Me quité la ropa y la escurrí. Usar la lavadora era caro. Tendría que lavarla a mano u olería al día siguiente. Eso también lo pensaba añadir a su lista negra.

Y cuando busqué una toalla y caí en la cuenta de que no la había cogido antes de meterme en la ducha, la rabia volvió. Siempre volvía. Era solo cuestión de tiempo.

Le pedí a Dylan a gritos que me trajera una toalla. Me envolví en ella y corrí a mi habitación.

Su sudadera estaba encima de mi cama.

Y la rabia me nubló la vista.

Abrí el armario de golpe y me puse unas bragas, una camiseta y unos vaqueros.

«Pero, tía, ¿y el sujetador qué?»

Que le dieran al sujetador. De todos modos, no me hacía falta.

Todavía tenía el pelo mojado, pero me dio igual. Pasé por delante de mi padre y de Dylan en el comedor, me puse la parka, cogí las llaves y me fui hacia el coche.

Estaba preparada para la batalla.

Empezó a llover en cuanto entré en el coche. Pequeños restos de odio del

cielo que mis limpiaparabrisas no conseguían eliminar del todo, igual que la furia ardiente que sentía por él. La diferencia era que en mí se estaba gestando una tormenta.

Sentía que me quemaba, que ardía. Bajé un poco la ventanilla para refrescarme con el aire nocturno. Las luces del tráfico que venía en la otra dirección me cegaron al poner el intermitente para girar a la derecha y enfilarse su calle. Y yo que albergaba la esperanza de calmarme un poco de camino a su casa... No me había calmado en absoluto.

Mi cuerpo ansiaba pelea. El subidón de adrenalina y la ira me impedían pensar en nada que no fuera la perspectiva de enfrentarme a él. Mi respiración se agitó cuando atisé su casa y aparqué en la entrada. El Ferrari ya no estaba.

Me quedé allí sentada unos instantes mientras intentaba convencerme de que era mejor dejarlo correr. Él no merecía la pena. «Olvídate de él y pasa página», me dije. Sin duda, yo no le importaba nada.

Me aferré al volante y me concentré en su textura, en la sensación de tenerlo entre las manos. En el sonido de la lluvia al golpetear contra el techo del vehículo. En cualquier cosa menos en todo lo que quería tirarle a la cara para hacerle tanto daño como él me había hecho a mí.

«¡Que te vayas!» Su voz sonaba fuerte y clara en mi recuerdo.

Me di otro minuto para tranquilizarme. Inhalar, cagarse en todo, exhalar. Inhalar, cagarse en todo, exhalar.

«Que le den.»

Salí del coche y cerré de un portazo. La luz resplandeciente de los faros iluminaba la puerta del garaje.

Me dirigí a la entrada con paso firme y los puños apretados. La luz del porche se encendió cuando llamé al timbre. Una vez, dos veces, diez veces. Y como no abría con la suficiente rapidez, empecé a aporrearla con los puños.

«Abre la puerta, cabrón.»

Y entonces la abrió.

Ocupaba todo el espacio que dejaba el marco. Estaba allí de pie, tan alto y tan despiadadamente guapo. Yo era alta, pero él lo era todavía más. A tan poca distancia, tenía que agachar la cabeza para mirarme.

Sus ojos, profundamente azules a la luz del día, se habían tornado fríos y oscuros. Me recordaba a un león sigiloso antes de atacar. Me sentía como si estuviese mirando a otra persona.

Quería arremeter contra él.

«¡Que te vayas!» Su voz martilleaba en mi mente.

—¡Eres un cabrón! —le espeté, en voz baja y gruesa—. ¿Cómo has podido?

Esperé a que dijera algo, cualquier cosa. Su silencio me hacía más daño del que podrían hacerme sus palabras.

—¿Es que no vas a decir nada? —insistí.

Nada. El hombre que había dicho que yo le gustaba se había esfumado. Su boca mostraba un gesto duro. En su rostro masculino no había nada gentil, no mostraba arrepentimiento alguno por lo que había sucedido un par de horas antes.

Le clavé un dedo en el pecho, llena de odio.

—¿Cómo te atreves?! ¿Qué derecho tienes a jugar con mis sentimientos? ¿O con los de nadie? ¿Crees que está bien hacer que me gustes y luego darme la patada cuando estás aburrido de mí? ¡Que te follen!

Y su rostro seguía sin mostrar ninguna emoción. Me enfurecía, me hacía sentir rechazada.

—¿Te crees especial? —le espeté—. No lo eres. No eres el primer imbécil que intenta hacerme esto. Hay uno igual que tú en cada puta esquina de cada puta calle. ¿Has apostado con tus colegas del equipo que podrías hacer que te fuese detrás? Venga, voy a divertirme con la virgen y de paso ganarme unas perras. Cuánto has ganado, ¿eh? ¿Lo bastante para pagar la gasolina?

Algo asomó a sus ojos, pero lo escondió tan rápido que no supe si había pasado de verdad.

—¿Era tu novia la que ha venido a verte? Te ha pillado, ¿verdad? Qué hijo de puta. Te mereces estar solo. —Levanté la barbilla, desafiándole a que me respondiera—. Te mereces estar con chicas como tú, a las que no les importas un pimiento. Me da igual tu puta moto, me dan igual tus mierdas y me das igual tú.

Me di la vuelta rápidamente y lo dejé allí plantado. Di un paso, di otro y me detuve, apretando los puños. Quería darle un puñetazo, hacerle sentir algo, cualquier cosa. Sacarle una maldita respuesta. Me di la vuelta para mirarlo de nuevo.

No se había movido del sitio. Su rostro seguía siendo un muro impenetrable que me gritaba que yo le daba exactamente igual.

—Eres igual que todos los demás —dije en voz baja.

De forma tajante.

Quizá tenía algo que decir, pero no me esperé. Me fui corriendo hacia el coche.

Tenía los pulmones hinchados, el corazón me latía tan rápido como un tambor. Sentía cómo la sangre me palpitaba en la cabeza. Cerré los ojos y la bajé, intentando tranquilizarme.

Ya le había dicho lo que le tenía que decir. Eso era lo único que quería. ¿O no?

Entonces... ¿por qué me sentía tan vacía? Tan incompleta. Me faltaba algo, no estaba satisfecha.

Tras unos segundos levanté la vista. Se había ido.

Sentí que se me cerraba la garganta. Se me tensó todo el cuerpo al ver la puerta cerrada. Estaba esperando y esperando.

¿Para qué?

Esperando ¿para qué?

Y entonces la luz del porche se apagó.

Ya tenía mi respuesta.

La ira que albergaba se disipó, sencillamente se disipó. Pero la sensación que la reemplazó era peor.

Rechazo.

Sentía como si una gruesa capa de su desdén me hubiese cubierto por completo; un peso se me había alojado en el pecho.

—Que lo follen —susurré en la oscuridad—. Que lo follen.

Metí marcha atrás y salí rápidamente del camino de entrada. Sabía que tenía que salir pitando de allí, pero me temblaban las manos. Detuve el coche un instante, agaché la cabeza y respiré hondo. Varias veces.

—Está bien —asentí—. Está bien.

Pisé el acelerador. Y grité:

—¡Mierda!

Pisé el freno con fuerza y el coche se detuvo derrapando. Y allí estaba él, de pie delante de mi coche.

La luz de la farola iluminaba su rostro angelical. Se le veía fuerte y robusto, con la espalda ancha, las piernas largas y gruesas. Había dejado de llover, pero hacía frío, y él llevaba solo una camiseta.

—¿Qué coño haces? —grité.

Me lo quedé mirando y él me devolvió la mirada. La luz reveló el cambio que habían sufrido sus ojos. Desde la distancia no distinguía el azul, pero supe que ya no había frialdad en ellos. Su mirada era salvaje, intensa, llena de una emoción que mi corazón se negaba a reconocer.

Durante un instante pensé en atropellarlo. Me sentí muy muy tentada. Eso le enseñaría a no jugar con los sentimientos de nadie, o, al menos, le haría saber lo mucho que me había herido.

Él se apartó y se irguió. Despacio, con cautela, se acercó al lado del vehículo. Me pitaban los oídos. Se detuvo junto a mi ventanilla y esperó.

Podría haber abierto la puerta; no estaba cerrada. Pero sabía que él era consciente de que había perdido el privilegio de hacer eso. Ya no tenía mi permiso.

Le miré con gesto acusador cuando se inclinó para mirarme.

—Kara.

Su rostro todavía me afectaba, incluso después de todo lo que me había hecho. ¡Qué injusto! O quizá lo que me afectaba era su voz profunda y oscura, que sonaba tan arrepentida. O sus inquisitivos ojos azules, que me decían que había bajado los muros de protección, aunque no del todo. Seguían ahí, preparados para volver a erigirse en el momento en el que se sintiese amenazado.

—Déjame hablar contigo —imploró.

¡Increíble!

—Por favor —añadió, con tanta suavidad, tanta sinceridad, que se me paró el corazón durante un segundo.

En su voz había un dolor inconfundible que me encogió el estómago.

Cuando lo conocí, supe que no era del tipo de personas que piden las cosas por favor. Y tenía razón. ¿Por qué lo hacía ahora?

No confiaba en él. Mi mente rechazaba cualquier cosa que tuviera que ver con él. Me decía que me marchase, que lo olvidase. Que tomase la decisión más lógica.

Pero mi corazón gritaba algo distinto.

—Yo... —Levantó una mano, como si quisiera tendérmela, pero la dejó caer—. Puedes marcharte, y lo entendería, pero... —Tragó saliva. Se frotó la cara con una mano temblorosa—. No te vayas, por favor.

Lo miré directamente a los ojos.

—Eres un cabrón —dije.

—Lo sé.

—¿Por qué debería escucharte?

—No deberías.

—Está bien. Me largo de aquí.

—Kara.

Respiré hondo, aunque temblaba. Me lamí los labios. Estaban secos.

—Baja la ventanilla.

La bajé un poco.

—Un poco más —insistió. ¿Era aquello una sombra de sonrisa?

¿Cómo se atrevía a sonreír en aquel momento?

—¿Te importaría salir del coche para hablar conmigo?

—Depende.

Esperó.

Oh, yo ya sabía que podía ser exasperantemente paciente. Éramos polos opuestos. Yo no tenía nada de paciencia, pero eso no importaba en aquel momento. ¿Por qué debería darle una oportunidad? ¿Por qué debería escucharlo?

No había ninguna explicación. Mi cuerpo respondió antes de que mi mente hubiese tomado la decisión. Se hizo a un lado para que abriese la puerta y saliera, pero yo me aparté de él y me fui lejos, muy lejos de su alcance.

—Habla —ordené tan fríamente como pude.

—¿Me puedes mirar?

—No —respondí, cruzándome de brazos—. No te pienso mirar.

Pero él esperó, tan pacientemente como un gato.

Exhalé con fuerza y le dirigí una mirada asesina.

—¿Qué?

—Lo siento —susurró—. Lo siento, Kara.

Mi traicionero corazón me dio un vuelco en el pecho y se liberó poco a poco de la pesadez que lo envolvía. Luché con todas mis fuerzas contra aquella sensación.

—¿Crees que basta con un «lo siento»?

Bajó la vista un instante, y entonces volvió a levantarla y me miró a los ojos. Parecía un hombre que luchara contra sí mismo. Desde que lo conocía, siempre se había mostrado confiado, seguro de sí mismo. Pero entonces, de pie frente a mí, parecía inseguro por primera vez.

Abrió la boca para decir algo, pero enseguida la cerró. Levantó la vista hacia el cielo y exhaló, frustrado. Se frotó la cara.

Quería decirle que soltase de una maldita vez lo que me quería decir, pero me daba miedo que volviese a cerrarse en banda. No debía estar con él. No debía darle otra oportunidad, pero la cruda necesidad que asomaba a su rostro, la necesidad de que yo me quedase a escucharle, era evidente. Y me encogía el corazón.

«No puedes confiar en tu corazón», pensé.

—Nunca había sentido por nadie lo que siento por ti. Y... —Se pasó los dedos por el pelo negro y sedoso—. Y me está matando. No quiero estropearlo, pero... No sé cómo manejar todo esto.

Sentí mariposas en el estómago. Y se estaban peleando.

—Hay cosas que no sabes sobre mí y que ahora mismo no puedo contarte —continuó—. Tengo que protegerte de ellas.

—Puedo cuidar de mí misma.

—Eso ya lo sé. Sé que puedes. Pero ¿puedes protegerte de mí?

—¿Qué quieres decir?

—No quiero que todo lo que me rodea... te rodee a ti. Todo lo que hay a mi alrededor se convierte en una mierda. —Tragó saliva.

¿Qué me escondía? Era tan cerrado... Tan celoso de su intimidad. Tan

cuidadoso con lo que revelaba sobre sí mismo. Todo él estaba envuelto en un halo de misterio. Yo no sabía prácticamente nada sobre él.

—No hay ninguna apuesta —dijo con voz dura, mirándome fijamente con sus ojos azules.

Le aguanté la mirada, confundida. Tardé unos segundos en comprender de qué estaba hablando.

«Oh.» Se refería a lo que yo había dicho antes, cuando estaba en medio de mi diatriba. Cuando había sugerido que había apostado sobre mí con sus compañeros del equipo.

—Nunca te haría algo así.

Me lo creí. Estaba jodida.

—No voy por ahí aireando mis asuntos, ni siquiera con mis amigos —continuó—. Te lo dije antes y te lo vuelvo a decir ahora. No tengo novia.

—Entonces ¿quién era? ¿De quién era el Ferrari?

Se me acercó. Era imponente. Solo por su envergadura debería haberme sentido intimidada, pero, por extraño que pareciera, me sentía segura con él. Sabía que no dejaría que nada me pasase. Al menos, físicamente. Y, en aquel momento, él solo buscaba mi perdón. Y sabía que mi corazón también estaba a salvo, al menos por el momento, pero también sabía que eso podía cambiar. Ya no era tan inocente, o me gustaba pensar que así era.

—Da igual, no es nadie por quien tengas que preocuparte. No dejaré que nada te haga daño —me aseguró.

¿Era eso lo que pretendía antes, cuando me había dicho que me fuese? ¿De verdad el propietario de aquel coche querría hacerme daño? ¿Por qué?

«No dejaré que nada te haga daño», había dicho. Pero él ya me lo había hecho. Y me di cuenta, perpleja, que el único que podía hacerme daño era él. El estómago me dio un vuelco. ¿Por qué tenía ese poder sobre mí? ¿Por qué se lo había dado? Y, además, en tan poco tiempo.

—Eso no me basta —respondí—. Necesito saber más.

—Tendrá que bastar por ahora. Lo único que sé es que no quiero mezclarte en todo lo malo que hay en mi vida. No puedo permitirlo. Eres... —dijo con voz más profunda. Hizo una pausa, y sus ojos azules buscaron los míos—. Eres importante para mí.

Sus palabras, que había pronunciado con seguridad, fueron como un bálsamo para mi corazón. No tenía ni idea de qué estaba pasando con su vida, pero no parecía estar preparado para contármelo. «Hay cosas que no sabes sobre mí y que ahora mismo no puedo contarte», había dicho. Así que quizá algún día lo haría.

¿Algún día? ¿Ya estaba pensando en que estaríamos juntos en el futuro? Mierda, ¿por qué?

—¿Y ahora qué? —pregunté.

Cruzó los brazos por delante de su musculoso pecho.

—No lo sé. —Parecía estar a la defensiva.

—Si no me lo puedes explicar ahora, cuéntame algo sobre ti. Apenas te conozco.

Abrió la boca para decir algo, pero se detuvo al mirar tras de mí, a un punto en la distancia. Abrió mucho los ojos. Me iba a dar la vuelta para ver qué había visto, pero entonces dijo:

—Deberías mantenerte alejada de mí.

Lo fulminé con la mirada, exasperada.

—No deberías haber venido —añadió.

—¿Qué?

Lo estaba haciendo otra vez. Me estaba apartando.

—¿Me vas a volver a decir que me vaya? —pregunté con tono exigente.

Me miró sin decir nada. Pero la respuesta estaba en sus ojos.

«Sí. Te estoy volviendo a decir que te vayas.»

Pensaba que después de nuestra conversación habíamos progresado de alguna manera. Que habíamos progresado en esa... relación, o lo que coño fuera. Pero resultaba que nada había cambiado.

—¡Menuda pieza estás hecho! —le grité.

—Vete a casa, Kara.

—¿Sabes qué? ¡Sí que me voy!

Porque tenía la sensación de que, si no me iba, acabaría por propinarle un puñetazo. ¡Era tan testarudo! Me metí en el coche y me di cuenta de que el motor seguía encendido.

«Maldita sea. La gasolina.»

También pensaba añadir eso a su lista negra. Al final iba a tener que hacer una nueva.

Pisé el acelerador. Todavía lo veía, bañado en la luz de los faros traseros de mi coche. Un ángel expulsado del cielo tratando de encontrar el camino de vuelta. Tan solo. Tan solitario. Rechazando el amor de todos. Sus ojos mostraban lo necesitado que estaba, pero no iba más allá. No estaba dispuesto a verbalizarlo.

Suspiré y pisé el freno.

«Ya basta. Es ahora o nunca.»

Di marcha atrás. Vi que se sobresaltaba y daba un brinco hacia atrás con los ojos muy abiertos. Algo en mi cerebro me dijo que eso me resultaba familiar, como si ya le hubiese visto hacer eso antes.

Recorrí demasiada distancia antes de pisar el freno, pero tenía prisa. Abrí la puerta del coche, salté afuera y fui hacia él. Caminé cada vez más rápido hasta que empecé a correr.

Tenía los ojos clavados en mí. Concentrados en mí. Como si yo fuese lo único que existía en el mundo.

Lo oí tomar aire con brusquedad cuando lo agarré del cuello de la camiseta

y tiré de él hacia mí. Y lo besé.

Lo besé porque se sentía solo, y quería borrarle la tristeza de los ojos.

Lo besé porque tenía que hacerlo. Porque quería.

Lo besé porque... Maldita sea. «Me estoy enamorando de él.»

No esperé a que reaccionase. Volví a meterme dentro del coche y pisé el acelerador.

«Joder —pensé—. Soy feliz.»

Conduje hasta casa con lo que parecía ser una sonrisa permanente en los labios. Todavía la llevaba puesta cuando entré y me acerqué a mi padre, que estaba en el sofá viendo la televisión.

Era tarde, pero sabía que me estaría esperando. Probablemente estaba preocupado porque me había ido enfadadísima y sin dar ninguna explicación. Parecía cansado y soñoliento, pero sabía que estaba intentando mantenerse despierto para hablar conmigo y ver si todo iba bien. Cuando me senté a su lado me estudió con la mirada, que era del mismo color que la mía.

Puso el televisor en silencio, como solía hacer cuando teníamos que hablar de algo. Yo sonreía como una boba. Nos miramos durante cinco segundos, diez, quince. Y entonces él también sonrió.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Todo bien, papá.

Él asintió.

—Me alegro. Llevas el pelo mojado.

—Está lloviendo —dije mientras bostezaba.

—Deberías comer algo. ¿Quieres que te caliente algo de cena?

—Estoy cansada, me voy a la cama. —Me puse de pie.

—Un día de estos te voy a sentar y voy a hacer que la CIA te interrogue para

ver qué está pasando.

Me reí, nerviosa.

—Ya lo sé. Te lo contaré, te lo prometo. Pero todavía no.

Asintió.

—Está bien. Que no se te olvide. Te quiero, cariño.

En cuanto entré en mi habitación y cerré la puerta tras de mí, exclamé un «¡Uuuh!» con alegría y salté sobre la cama. Cogí mi almohada y la abracé con fuerza. ¿Así era estar enamorada? Como si nada pudiese ir mal, como si nada pudiese molestarme. Todo era condenadamente bueno.

Pero ¿no había sido todo demasiado rápido? Aunque sentía como si hiciese mucho que nos conocíamos, lo cierto era que hacía apenas unos días. No podía ser real todavía, ¿verdad?

¿Existía el amor a primera vista?

Pensé en el primer día que lo había visto, al salir de clase. Y, de algún modo, supe... no, sentí que él iba a formar parte de mi vida.

Me puse de lado, cerré los ojos y abracé la almohada con los brazos y las piernas. Entonces ¿ahora qué? ¿Estábamos saliendo?

Me mordí el labio para no chillar como una foca sobreexcitada.

Cameron Jeremiah St. Laurent.

Uf. Hasta su nombre me gustaba. Tremendo.

Quería conocerlo mejor. Quería que se abriese a mí sin pensarlo dos veces. Iba a quitarle la piel como a un plátano sexi, hasta que lo supiese todo sobre él. ¡Qué raro era sentirse así!

Pero si él no estaba preparado, no pasaba nada. Sabía lo mucho que costaba hacer que hablase de sí mismo. Yo podía ser paciente. Sin embargo, sabía que él también quería conocerme mejor. Lo que él entendía por «conocerme mejor». No pasaba nada. Yo también quería eso. Pero no enseguida. Quizá dentro de unos años.

Enrollarse estaba bien. Quizá incluso... ¿Algunos toqueteos?

—¡Uuuh! —Rodé por la cama. Me ardía la cara. ¡Uf!

«Pero es un chico. A los chicos de hoy no les interesa una relación sin sexo. ¿Hola? ¿En qué siglo vives?»

Me senté de golpe y el pelo me dio en la cara. Me lo aparté.

«Además, te acordarás de la sesión de besuqueos que te pegaste con él, ¿no? No tuvo ningún reparo en hacerte saber lo que quería.»

Bueno, simplemente tendría que tener una conversación con él. En estas cosas, la comunicación es clave. Él sabía que yo era virgen. Sabía lo que pensaba respecto al sexo. Y si no lo sabía, se lo haría saber.

Yo no jugaba cuando se trataba de tener una relación. Si fuese así, ya habría salido con bastantes chicos. No salía con nadie solo porque me lo pidiera el cuerpo. O solo para divertirme. Si decidía estar con un chico, era porque iba en serio. En mi cabeza estaba el «para siempre».

¿De qué me servía salir con él si ya sabía que no iba a ser el definitivo?

Quizá lo era, y quizá no. Pero yo pensaba meterme en esa relación con la certeza —o la esperanza— de que quizá... quizá lo fuese.

«De momento tómatelo con calma. Date tiempo para que os conozcáis. No te precipites y digas que es el definitivo. Por Dios, ¡si lo acabas de conocer!»

—Pero es el definitivo. Puedo sentirlo.

Quizá estaba un poco asustada. Vale, muy asustada. Pero si hiciese una lista de mis sentimientos, el miedo no estaría en primer lugar. Esa posición la ocuparían la felicidad y la emoción.

Cogí el teléfono con la esperanza de que me hubiese enviado un mensaje. Al ver que no era así me sentí un poco decepcionada.

Pero no pasaba nada. Él no era muy dado a mandar mensajes. Pero ¿debería mandarle uno yo? Quizá necesitaba un empujoncito. Quizá si yo tomaba la iniciativa, él empezaba a hacer lo mismo.

Abrí la aplicación y me reí en silencio al ver el nombre con el que había guardado su contacto.

«HDS», por «Hijo de Satán». Debería cambiarlo.

Fui a mis contactos y lo cambié por «Cameron». Y luego lo cambié por «Cameron Jeremiah». Luego lo cambié por «St. Lauren». Y luego, por «Bigfoot». Luego, «Mi chico». Al final, me decidí por «Cameron». Y le escribí un mensaje:

KARA: Nos vemos mañana, Rascacielos. A la misma hora. Buenas noches.

Mierda, me había olvidado de añadir un *emoji*.

Le envié una carita sonriente después.

Me abracé al teléfono y esperé a que contestara hasta que me quedé dormida.

El día siguiente se presentó como un regalo. Era un día más claro, más feliz. Sí, llovía un poco, pero ¿qué importaba eso?

Lo vería pronto. Mi corazón estaba feliz.

Ni siquiera necesitaba café.

De acuerdo, sí lo necesitaba, pero no se trataba de eso. No lo decía literalmente. Después del café, me metí en la ducha y cumplí con mi ritual mañanero. Me maquillé cuidadosamente sin dejar de sonreír. Pensé que debería añadir otra capa de máscara de pestañas, ya que pensaba ponerme las gafas.

Todavía tenía el pelo húmedo, igual que la noche anterior, cuando lo había besado bajo la lluvia.

Oí un chillido. Y había salido de mi garganta. ¿Ese ruido lo había hecho yo?

Ese beso había sido tan romántico... Quería otro.

Tardé un poco más de lo habitual en elegir qué ropa ponerme. Mientras iba hacia el armario decidí ponerme un top azul, solo porque me recordaba a sus

ojos.

—¡Ay!

Bajé la vista y vi que había pisado el teléfono. Lo cogí enseguida, esperando que no se hubiese roto. Seguía intacto.

¿Me había contestado la noche anterior? Me había dormido y todavía no lo había mirado. Apreté el botón de inicio.

Ahogué un grito al ver que tenía un mensaje suyo. Abrí la aplicación y contuve el aliento mientras leía el mensaje:

CAMERON: No necesito que me lleves.

Kara

CAMERON: No necesito que me lleves.

Se me cayó el alma a los pies.

«¿Qué narices está pasando?»

Me lo había enviado la noche anterior, probablemente justo después de que me durmiera.

¿Quería decir que no necesitaba que lo recogiera ese día?

Acallé la voz de mi cabeza antes de que empezase a llegar a conclusiones precipitadas y a sacarlo todo de quicio, como había hecho la noche anterior. Simplemente tenía que preguntarle qué había querido decir.

Aunque tampoco es que me diese respuestas muy claras. Estas solían provocar más preguntas, además de las que ya tenía.

Me senté en la cama y leí su mensaje una y otra vez, mientras esperaba a que me llegase otro. Como si acabase de mandármelo y fuese a escribirme otro de inmediato. Necesitaba que me lo aclarase. ¿Acaso tenía como afición ser lo menos claro posible?

Por supuesto, no llegó ningún otro mensaje. Empecé a escribir, furiosa.

KARA: Vale. ¿Necesitas que te recoja esta noche?

Me quedé mirando la pantalla y esperé, pidiéndole mentalmente que me contestase. Seguía marcado como no leído. Nada. No sabía qué era peor: que

leyera mi mensaje y lo ignorase o tener que esperar a que lo viera.

Tenía una desagradable y constante sensación de que algo iba mal. Mi intuición me decía que su mensaje escondía algo más. Y la última vez que había ignorado mi intuición me había costado un mamporro de una paciente.

Pero, aun así... Quizá mis sentidos estaban adormecidos porque lo veía todo a través de mis emociones. ¿Podía seguir confiando en mis presentimientos? ¿Cómo sabía que esa sensación en el pecho estaba causada por mi intuición, y que no eran mis sentimientos por él los que me nublaban el juicio?

Me mordí el labio, debatiéndome entre llamarlo o no. No quería molestarlo ni ser una pesada.

¡Un momento, un momento! ¿Qué?

¿Por qué dudaba entre llamarlo o no? Solo era una llamada de teléfono. No había para tanto. No es que estuviese en un programa de televisión en el que solo pudiera llamar a un amigo una sola vez. Podía llamarlo tantas veces como quisiera. Aunque tampoco lo iba a hacer. Tenía demasiado orgullo para eso. De todos modos, él me hacía sentir insegura. Qué cabrón. ¿O es que mis inseguridades se estaban adueñando de mí?

«Déjate de hostias, chica. Enamórate, si eso es lo que quieres, pero no pierdas la cabeza. Sé pragmática.»

¿Qué narices me estaba pasando? No se me quitaban los corazoncitos de los ojos. Sacudí la cabeza para aclararme las ideas y lo llamé, ignorando a mi corazón, que había empezado a latir desbocado. Pero tenía el móvil apagado.

Una sensación lúgubre empezaba a adueñarse de mi cabeza. No hacía más que intentar convencerme de que no significaba nada. No había cambiado nada. Lo vería más tarde en la universidad. Probablemente me escribiría luego para decirme que lo recogiera por la noche después del entrenamiento.

Pero no lo hizo.

Me descubrí buscándolo junto a las aulas, pero solo vi a sus compañeros

del equipo. Él no estaba por ninguna parte. ¿Y si le había pasado algo? La noche anterior me había dicho que había cosas de las que quería protegerme.

¿Sería la mafia? ¿Era un agente secreto? ¿Un asesino? ¿Un superhéroe con un pasado oscuro? ¿Un ángel caído? O igual era más simple que todo eso, y el único problema eran sus propias complicaciones.

¿Qué narices? ¿Y si le pasaba algo malo?

«Relaja la raja, chica», me dije.

Salí de mi última clase y me dirigí a la fuente, aunque no necesitaba rellenarme la botella. Probablemente tendría planes con el equipo o alguna reunión. O cualquier otra cosa entre un millón de posibilidades. Después de todo, llevaba su propio negocio. Quizá tenía una reunión con Iron Man y el Capitán América. ¡A saber!

Pero... ¿por qué había apagado el móvil? Y ¿por qué no había contestado a mi mensaje? Y ¿por qué me estaba obsesionando con esto?

Molesta conmigo misma, me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo. Me vi a mí misma como una espía deambulando con aspecto sospechoso, pululando por el fondo y espionando al gato.

«Te veo un pelín ansiosa, ¿eh?»

Pero ni siquiera era eso lo que me impulsó a ir al gimnasio del campus para ver si estaba allí. Estaba preocupada.

El gimnasio estaba vacío.

Me quedé allí un rato, frustrada e inquieta, discutiendo conmigo misma qué hacer. Me lo imaginé tirado en el suelo de su apartamento desangrándose y salí pitando de la universidad. Hice caso a mi intuición y conduje hasta su casa.

Cuando aparqué en la entrada, me di cuenta de que su casa parecía estar desierta, y tenía la sensación de que así era. De todos modos, salí del coche, me dirigí a la puerta principal y llamé al timbre.

Quería demostrarle que podía ser madura, especialmente después de la

noche anterior, así que esperé otros treinta segundos antes de volver a llamar.

«Se ha ido», pensé.

El corazón empezó a latirme desbocado; sonaba como un tambor dentro de mi pecho. Sí, la noche anterior habíamos hablado. Y él me había confesado lo intenso que era lo que sentía por mí. Y yo lo había besado.

Pero no había habido promesas.

«Cálmate ya, joder. Madre mía. Ni siquiera sois todavía una pareja, no te contesta a un mensaje y ¿ya te pones así? Si yo fuese él, también me escondería de ti. Estás pirada.»

Vale, vale. Estaba exagerando. Seguramente estaba en el baño cagando.

De repente sentí un cosquilleo en la nuca. Me sentía inquieta, como si alguien me estuviera observando, así que me di la vuelta.

Y vi el Ferrari negro aparcado dos casas más allá.

Estaba parado. Entre que era de noche y que tenía las lunas tintadas, no podía ver quién se sentaba detrás del volante.

Observándome.

Tenía frío y el cuerpo entumecido, una respuesta instintiva cuando había algún peligro cerca. Me sentí... asustada. Y cuando estaba asustada me enfadaba. Y cuando me enfadaba, luchaba.

Me obligué a caminar por la entrada, preparada para enfrentarme a quienquiera que estuviera escondido detrás de aquella luna tintada. Pero, entonces, el coche se movió, despacio y en silencio, como si quisiera decirme que yo no le intimidaba y que no le preocupaba que me acercase.

Se detuvo durante un segundo o dos frente a mí, como si quisiera enviarme un mensaje.

«Te he visto la cara, ahora sé quién eres. Ten mucho cuidado.»

Y entonces aceleró. Observé cómo desaparecía por la esquina.

Se me puso todo el vello de punta.

¿Quién puñetas era?

Di un brinco al oír un golpetazo al otro lado de la calle. Casi se me salió el corazón por la boca. Respiré aliviada al ver que era Pelopolla, que estaba tirando la basura en el contenedor del reciclaje. Me lanzó una mirada asesina.

«Te has equivocado de contenedor, lumbreras», pensé.

—¡Eh! —lo llamé mientras iba hacia él.

Se cruzó de brazos y me miró con recelo. Parecía una cucaracha gigantesca y malhumorada.

—¿Qué pasa, psicópata? —Me miró con lascivia—. ¿Qué haces en casa de mi vecino?

—¿Lo conoces?

—Pues claro que lo conozco. ¿Por qué? ¿Has venido a succionarle el alma? Me dijo que ya había pagado su factura. Y yo también he pagado la mía, así que mantente alejada de mi propiedad, ¿estamos?

¿Qué factura?

—¿Dijo que ya había pagado su factura?

—Bueno, sí. Aquella mañana, cuando estuviste acosándome para que pagase, me explicó lo que eras capaz de hacer para recuperar tu dinero, y que más me valía pagar la factura si no quería que me pasara lo mismo. Maldita loca... —murmuró entre dientes.

Me apetecía propinarle una patada en los minúsculos huevecillos, pero necesitaba que me diera más información. Traté de sonreír con dulzura:

—Y ¿cómo sabía él que me debías dinero?

—Porque estuvo aquí detrás todo el tiempo. ¿Qué pasa contigo?

¿Estaba detrás?

—¿Y qué te explicó exactamente? —pregunté.

—Como si no lo supieras.

—Cuando era pequeña me di muchos golpes en la cabeza, ya sabes, así que

tengo tendencia a olvidar las cosas. ¿Qué tal si me lo recuerdas?

Resopló.

—Dijo que conoce a un tipo que te debe dinero y que no paraste de acosarlo, que llamaste a todos sus conocidos, hasta a su dentista y la chica que le hace las pedicuras.

Entorné los ojos.

—¿Eso dijo?

—No finjas que no lo sabes. Vino a advertirme porque se preocupa por mí. Es un buen vecino. Aunque tú no sabrás ni lo que quiere decir eso.

«Imbécil. Vino a advertirte porque me estaba ayudando a mí.» Pero eso quería decir... Sabía quién era yo incluso antes de que lo conociese aquel día... Era todo muy confuso.

Pelopolla retrocedió algunos pasos.

—No me digas que ahora has venido a acosarme a mí. Ya he pagado mi factura. —Me recorrió de arriba abajo con la mirada y sonrió con desdén—. No te vendría mal un poco más de carne por aquí —se señaló el pecho—, pero eres bastante guapa cuando te maquillas. ¿Quieres un consejo de un vecino amable? ¡No te olvides de maquillarte cada día!

Menudo cerdo. Me entraron ganas de darle una patada en toda la frente y que se cayera de culo, pero aún necesitaba sonsacarle más información. Hice aletear las pestañas.

—Gracias. No me viene nada mal el consejo, muchas gracias.

Parecía gratamente sorprendido.

—¿Sí?

—¡Claro! Escucha, se supone que había quedado con él. —Señalé la casa de Cameron—. Teníamos que vernos en su casa hace cinco minutos. Quería que le arreglásemos el vehículo en mi taller, pero ahora no abre la puerta. ¿Lo has visto esta mañana?

Se rascó la cabeza.

—Sí. En realidad lo vi anoche, metiendo una mochila enorme en el maletero. Y algunas herramientas. Le pregunté adónde iba, pero ya sabes cómo es. El muy cabrón no puede ser más hermético. Se largó sin decirme ni mu.

—Y ¿has visto un Ferrari negro aparcado en la entrada de su casa, o por aquí cerca?

—No, la verdad es que no. Oye, ¿haces algo mañana por la noche, o alguna noche de esta semana? ¿Te apetece? —Levantó las cejas con aire sugerente.

Esta vez fui yo quien lo miró con desdén.

—¿Qué quieres decir con eso exactamente?

—Oh, venga ya. Ya lo sabes. Que nos divirtamos un rato. ¿Qué me dices? Me apetecía vomitarle en la cara.

—Estás casado, ¿no?

—Bueno, sí, pero mi mujer está preñada y... —se interrumpió, probablemente al ver mi expresión de asco absoluto. Se le juntaban las cejas. Parecía una patata podrida y malvada—. Ni siquiera eres tan guapa —me soltó—. ¿Vas a decirme que te puedes permitir ser quisquillosa? ¿Sabes qué? —continuó, irritado esta vez—. Esos gnomos de jardín que te llevaste por delante y destrozaste los había heredado de mi madre.

Hice una mueca y empecé a caminar hacia el coche.

—¡A mí me preocuparía más el careto que heredaste de tu mamaíta! —grité.

Me metí en el coche, me alejé del garaje de Cameron y dejé a Pelopolla allí, observándome boquiabierto.

Estaba enfadada. Volví a casa plagada de pensamientos sombríos sobre ese Ferrari negro. Sobre dónde habría ido Cameron. Sobre por qué me había dejado así, sin decir nada. ¿Qué pasaba con el trato que teníamos? No se había cansado de manipularme para conseguir que lo aceptara, y de repente ¿desaparecía así sin más?

Pelopolla había dicho que se había llevado herramientas. Que lo había visto meter una mochila y unas herramientas en el maletero. O tenía una casa que reformar o estaba huyendo. Y, además, ahora sabía que tenía otro vehículo además de la moto. Pero ¿no me había dicho que solo tenía la moto? ¿Para qué quería que yo lo llevase a todas partes?

Cuando llegué a casa volví a mirar el teléfono antes de irme a la cama. Seguía sin tener ningún mensaje.

«Joder, colega. Quizá solo se haya ido hoy. Tiene una vida y un negocio, ¿sabes? Quizá vuelva mañana, o incluso te mande un mensaje esta noche.»

Pero no lo hizo.

El orgullo me ayudó a sobrevivir esa semana. Se había ido. Se había ido sin más. Su teléfono seguía apagado, así que ni siquiera podía hablar con él. Le dejé dos mensajes en el buzón de voz. Después de eso, me retiré. No pensaba perseguirlo. ¡Menudo capullo hermético y arrogante!

Me hacía daño tanto como me confundía.

«¿Dónde coño está?

»¿Estará bien?

»¿Quién conduce el Ferrari negro?

»¿Por qué se ha ido?

»¿Volverá?»

Debería volver, aunque fuese solo por la universidad. Por lo que yo sabía, según la política de la universidad, el profesor podía echar a un estudiante de clase después de tres ausencias consecutivas, siempre y cuando el profesor comprobara la asistencia. Si Cameron tenía dos asignaturas una vez a la semana, eso significaba que podía estar fuera durante otras dos semanas antes de verse obligado a volver.

Eso si todavía no había dejado la universidad. Y ¿qué pasaba con su negocio? Había dicho que tenía uno propio. Compraba casas y las reformaba

para venderlas a un precio más alto. ¿Por qué narices no le había preguntado cómo se llamaba? Eso no podía dejarlo sin más, así que tendría que volver en algún momento.

La noche anterior había vuelto a pasar por su casa con el coche, temerosa de ver un cartel de EN VENTA en el patio. Esa noche pensaba terminar con ese asunto. Ya era ridículo. Y me sentía como una repugnante acosadora.

Durante una temporada había trabajado en el casino como encargada. Una vez vi a una mujer jugando en las máquinas tragaperras. Insertaba una moneda detrás de otra con los ojos pegados a la pantalla, esperando ganar el bote. Pero nunca lo consiguió. Las ganancias no llegaron nunca. Yo me sentía como aquella mujer. Esperaba ganar en algún momento si seguía insertando monedas, pero lo que estaba haciendo me estaba arruinando y dejándome con los bolsillos vacíos. Podía seguir alentando mis sentimientos por él, pero lo único que iba a conseguir a cambio era una negativa. Si pensaba marcharse ¿por qué había tenido que confesármelo todo aquella noche? Podría haber dejado las cosas como estaban y marcharse. Había sido cruel decirme todo aquello, darme esperanzas y hacerme desear lo que podría haber pasado entre los dos. Ni siquiera hacía tanto tiempo que lo conocía. ¿Por qué me comportaba como si hubiese perdido a mi marido después de sesenta años, con el que pensaba estar hasta que la muerte nos separase?

Eso era algo que odiaba de mí misma. Una vez dejaba que alguien se me acercase, le cogía cariño y me costaba muchísimo olvidarlo. Pero lo intentaba. Al fin y al cabo, ya tenía mucha práctica olvidando a personas que habían formado parte de mi vida.

Estaba en la cafetería de la universidad con Tala, mirando la pizarra con el menú, cuando me di cuenta de que me había perdido la lasaña vegetariana. No la servían ningún día fijo, simplemente la ofrecían una vez a la semana, así que tenías que mirar el menú todos los días.

Y la habían hecho dos días antes.

—¡Será cabrón! Esto es culpa suya. Me he perdido la lasaña vegetariana — masculé entre dientes.

La chica que había detrás del mostrador sonrió con timidez y un gesto de comprensión. Me fijé en lo guapa que era, con ojos oscuros de gato y el pelo negro recogido en un gorro blanco de chef. Lucía el delantal blanco que llevan los estudiantes de cocina. Le devolví la sonrisa y continué.

—Mis poderes paranormales me dicen que algo te pasa. —Tala me miró con el ceño fruncido cuando puse mi bandeja sobre la mesa. Había comprado patatas fritas, un triste sándwich de pepino y una taza de café.

Me senté frente a ella. Negué con la cabeza y cogí el sándwich. Al cabo de un rato, cuando me di cuenta de que ella llevaba un rato en silencio, levanté la vista. Me estaba mirando con ojos tristes.

—Me siento como si ya no fuese tu mejor amiga —dijo en voz baja.

—¿Qué? —Ahogué un grito, sorprendida al oírla decir eso.

—Sé que eres muy fuerte, Kar. Pero nunca me cuentas nada.

Volví a colocar el sándwich en el plato.

—Eso no es justo, Tal. Sí que te cuento mis cosas.

—Sí, pero tardas una eternidad en contarme lo que te preocupa, y cuando lo haces, la crisis ya ha pasado y no tengo forma de ayudarte. Tú no quieres que yo te ayude. ¿Para qué somos amigas si no puedes apoyarte en mí?

Exhalé un suspiro, exhausta.

—Ya veo que esto te cansa. *Nagbago ka na* —dijo en tagalo, que, si no recordaba mal, significaba «has cambiado»—. Tengo que irme a clase.

—Tala...

Pero ella ya estaba saliendo de la cafetería a grandes zancadas.

Suspiré y me masajé la nuca. Me sentía frustrada e indefensa. Me dolía que pensase eso de mí, pero todavía me dolía más que se sintiese triste y molesta

por mi culpa.

¿Por qué todas las desgracias sucedían al mismo tiempo? Si no era una cosa, era la otra. No podía permitir que Tala se sintiese así todo el día, tenía que aclarar las cosas con ella. Sin embargo, cuando le envié un mensaje para intentar quedar para tomar un café después de la última clase de la tarde, no contestó enseguida tal y como solía hacer.

Me fui hacia el aula de mi siguiente clase. Me sentía como una zombi triste y deprimida. Tala tenía razón y ni siquiera me había dado cuenta.

Mierda. Sentía que mi vida se estaba desmoronando, y quería culparlo a él por todo. Sabía que eso no era verdad, pero lo culpé de todos modos.

Una viril carcajada llamó mi atención al pasar por las taquillas en dirección al aula. Se me paró el corazón un segundo cuando vi los cuerpos altos y atléticos de los jugadores de baloncesto. Tenía la esperanza de verlo a él, pero, igual que la semana anterior, no estaba allí. Sentí una opresión en el pecho.

Pero su amigo, el Romeo de la universidad, Caleb Lockhart, sí que estaba. Fui hacia él.

—Hola —dije—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Todos los chicos volvieron sus ojos hacia mí, Lockhart incluido. El guapísimo donjuán canadiense. Cabello castaño grueso y brillante, ojos verdes, un cuerpazo perfecto. Solo con verlo allí de pie me di cuenta de lo carismático que era.

Pero no me impactó tanto como el rostro de Cameron.

—Sí, claro —contestó.

Nos apartamos un poco del resto del equipo, pero nos estaban observando. Él les hizo un gesto con la mano para decirles que se fueran sin él.

—¡Guau! ¿Control mental? —dije señalando al equipo al ver que seguían sus órdenes igual que los Inmaculados siguen a Daenerys.

—También puedo volverme invisible, pero ahora no está funcionando —
sonrió.

Sí, definitivamente, era guapísimo. Lucía una sonrisa encantadora que
podría haber cautivado fácilmente a cualquier chica. Pero a mí no me afectaba.

Mi corazón ya le pertenecía a alguien que no lo quería.

—Ya he visto el carro, pero ¿dónde te has dejado al burro? —pregunté.

Parpadeó, confundido. Me pregunté si sus pestañas serían postizas. Eran
larguísimas.

—¿El burro?

—Sí, ya sabes. El de pelo negro y rizado, alto como el Yeti y musculoso
como un toro. El idiota.

Le brillaron los ojos.

—¿Cam?

—¡Caleb! Se acabó la pausa. ¡Vamos, tío! —lo llamó uno de sus
compañeros del equipo al pasar por nuestro lado. Él le hizo un gesto con la
mano.

—Solo quiero saber... ¿Está bien? —pregunté.

Su mirada verde se suavizó.

—Está bien. No te preocupes, Kara.

Enarqué las cejas. Me sorprendió que supiese mi nombre. Asentí y le
sonreí. Era majo.

—Gracias —le dije—. Eres bastante majo.

—Tú también.

Ambos nos preocupábamos por la misma persona. Eso bastaba para que me
cayera bien. Me di la vuelta para marcharme.

—¡Kara! —me llamó.

—¿Sí?

Ladeó la cabeza, estudiándome. Tras unos instantes, preguntó:

—¿Puedo decirte una cosa?

—Adelante.

—De vez en cuando se pone así, de un humor raro, y se va de la ciudad un par de semanas, más o menos, para aclarar las ideas. No te preocupes, volverá.

—¡Hola, Cal!

—¡Hola, B!

Le dije adiós mientras una rubia menuda lo abrazaba por la cintura con ademán posesivo y me fui a clase.

Ahora que sabía que estaba bien y que no lo estaban torturando ni se estaba desangrando en el suelo de su casa, y que simplemente estaba «de un humor raro», me sentía estúpida. Y enfadada. ¿Cuál era su maldito problema? Me había obsesionado y preocupado por él por nada. ¿No podía ni siquiera enviarme un mensaje de cortesía? Ni siquiera necesitaba que me dijera dónde estaba. «*Sayonara*. No ha estado mal, pero ya no quiero que me lleves a ningún lado», habría sido suficiente para no dejarme esperando. Apreté los puños.

Mientras el profesor parloteaba sin cesar sobre marketing sentí que me vibraba el teléfono en el bolsillo. Se me aceleró el pulso, pero era un mensaje de Tala.

TALA: ¿Y si cenamos juntas? En mi casa.

KARA: Vale. Si te portas bien, igual hoy ni esperamos al postre.

TALA: O te abres de piernas o nada, amiga mía.

Y, mientras sonreía como una boba, me di cuenta de que eso era lo único que necesitaba oír de ella para sentirme mejor.

—A ver, o *El diario de Noah* o cualquier cosa de Keanu Reeves. ¿*John Wick*? O ¿qué tal *Gru, mi villano favorito*? ¡Date prisa! Elige una de una vez —dijo Tala, que llevaba puesto un cómodo pijama de cuerpo entero que parecía un disfraz de unicornio.

A mí me había prestado uno parecido, pero parecía un mono y me recordaba a Bigfoot. Sin embargo, me negaba a dejar que me pusiera de mal humor. Pronto lo superaría. Para mí, ya formaba parte del pasado.

Estábamos tumbadas en la cama de Tala devorando pizza y unos batidos de fruta sanos que había hecho. Había dicho que era para compensar. Yo quería un batido con nata montada, de los de verdad, pero como aquella noche quería comportarme como una amiga comprensiva y estupenda, dejé que se saliera con la suya. Luego la convencí para que nos pasásemos a la cerveza y me bebí la mía alegremente, disfrutando de la calma que me proporcionaba. Me di un plazo de un par de horas para ir a bendecir su baño.

Se estaba haciendo tarde, pero al día siguiente ninguna de las dos tenía clase hasta después de comer, así que acordamos que era el mejor momento para una noche de chicas. Solo tenía que asegurarme de despertarme lo suficientemente temprano para hacer un trabajo y repasar para un examen.

La señora B se había quedado a dormir en casa de su hermana. Era inusual, porque no le gustaba salir de casa. Cuando le pregunté a Tala al respecto, solo me dijo que su madre quería pasar más tiempo con su familia.

—¿Y si hacemos una maratón de *Juego de tronos*? —sugirió esperanzada.

Normalmente tardábamos media hora en elegir una película o una serie de televisión que nos gustase a las dos. Cogí otro trozo de pizza. Me sentía como una ballena hinchada, pero no podía parar de comer.

—Me obligaste a hacer una maratón de *Juego de tronos* hace un par de semanas —le recordé.

Empezó a cantar «Look What You Made Me Do» de Taylor Swift. Luego la

reprodujo en su teléfono, que había conectado a los altavoces. Salté de la cama al suelo y empecé a cantar la canción a pleno pulmón. Tala se unió a mí. Nos la cargamos, pero creo que lo compensamos moviendo el culo con unos pasos de baile que no estaban nada mal, y que nos dejaron a las dos sin aliento. La música cambió y nosotras seguimos bailando.

—¡Eh! ¡Kara y Tala han venido a explicaros de qué va la cosa, colegas! ¿Estáis preparados? —Se rio.

—Por Dios, qué lamentable, ¡me encanta! Te quiero, amiga. Vale, mira esto, Tal. Adivina qué paso de baile épico es este —dije, respirando con dificultad, mientras meneaba las caderas a la izquierda y a la derecha y hacía el helicóptero con los brazos.

—¡Es el ritual de cortejo de un pulpo! No te olvides de hacerlo cuando pase el chico que te gusta. ¡Adivina tú este!

Nos estábamos partiendo de risa. Las dos éramos jóvenes y felices, no nos importaban nuestras responsabilidades y nada podría haber reventado nuestra burbuja. Y justo entonces, mientras se reía, aulló de dolor al caer al suelo y empezó a acunar su entrepierna.

—¡Me ha dado un retortijón! Creo que me he desgarrado algo. La vagina. Mierda, mierda. Espera, tengo que tumbarme —dijo, riendo, resoplando y sollozando a la vez.

—No te la rompas antes de usarla, tía —respondí, riendo con ella.

Eso la hizo reír más. Cuando dejamos de carcajearnos, nos quedamos allí despatarradas en el suelo, juntas, felices en un cómodo silencio.

—Me gusta un chico —solté.

«Así que ya estaba en el pasado, ¿eh?»

Suspiré y me di la vuelta para poder ver su reacción.

—En realidad, creo que es más que eso —añadí.

Ella parpadeó poco a poco.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás enamorada?

Asentí.

—Vamos por partes. ¿Sabe que existes?

Lo preguntó como lo preguntan las amigas, como cuando tienes tanta confianza que cualquier pregunta está bien, y no hay nada mezquino o ruin en ella. La honestidad era lo más importante.

—He conocido a un chico... No, a un hombre. —Me parecía ridículo decir que Cameron era un chico—. Y nos hemos besado. Dos veces. No, tres.

Se sentó de golpe y me miró boquiabierta.

—Pero ¿qué dices? Dime que he estado en coma y que por eso es la primera noticia que tengo. ¿Qué está pasando aquí?

—Relaja la raja, lo acabo de conocer.

Se quedó en silencio un momento. Sabía que le estaba dando vueltas al tema. Y, entonces, dijo:

—¿Por eso te empezaste a alejar de mí? —preguntó en voz baja—. Sabía que algo pasaba. Normalmente, no me escribes ni me propones que quedemos cuando te está pasando algo.

—¿De verdad hago eso? —Ella asintió—. Lo siento, Tal.

—No pasa nada. Ya sé que eres superfuerte, y que yo... No soy tan fuerte como tú. Pero quiero que sepas que siempre puedes hablar conmigo, y que haré todo lo posible por escucharte y por apoyarte. Oh, Kara, ¿qué pasa?

No estaba llorando, pero tenía un nudo en la garganta. Me senté mientras me frotaba el cuello con las manos.

—Se ha ido.

—¿Qué? Pero, tía, ¿ya lo has asustado?

Le arrojé un champiñón mientras ella se reía, como reprochándose a sí misma el comentario.

—Quizá sí. Creo que sí que lo asusté, como hago con todos los que me

rodean —dije la última parte de la frase entre dientes. No quería decirlo, pero ella me oyó.

—Oh, Kara, eso no es verdad. —Parecía enfadada—. Cuidas mucho de la gente que quieres tener cerca. Los haces sonreír y los animas solo con estar con ellos. Es tu aura. Es tan poderosa que la gente no puede evitar querer estar cerca de ti. —Se movió de forma que quedó frente a mí—. Es como si... A todo el mundo le preocupa lo que los demás digan sobre ellos. Pero a ti no. Tú vas a la tuya, porque tienes claro lo que importa. Dices lo que piensas o lo que sientes sin importarte lo que digan los demás y te esfuerzas por conseguir lo que quieres. Sin remordimientos. Sin que te importen un pimiento las expectativas de los demás... No como yo. Y ¿sabes qué? La gente percibe eso, y se sienten atraídos por ti porque... no le tienes miedo a nada. Y eso mola un montón. ¿Qué?, ¿quieres que continúe lamiéndote el culo con más verdades?

Me abalancé sobre ella y la abracé, y ella se echó a reír. Era tan diminuta que podía apretujarla entera con mis largos brazos.

—Venga, ahora cuéntamelo todo.

Y eso hice. Me escuchó en silencio, sin interrumpirme, pero su expresivo rostro reaccionaba al oír mis comentarios y algunas de sus muecas me hicieron reír. Omití algunas partes porque necesitaba guardármelas para mí. Yo siempre había sido así, incluso de niña. Dejaba detalles fuera, no revelaba todo, aunque creía haber mejorado con el tiempo.

—Bueno —dijo cuando terminé—. ¿Pitón?

Negué con la cabeza.

—Oh. —Frunció el ceño—. ¿Culebra?

—Ni de lejos.

—¿Jabalí? ¿Estrella de mar? ¿Cocodrilo? ¡Dímelo ya! ¡Me estoy quedando sin animales!

Me mordí el labio.

—Dímelo —insistió en voz baja.

—Anaconda.

Ambas nos miramos un instante, con los ojos brillantes por la risa contenida. Y entonces empezamos a reír como niñas pequeñas.

—¡Ay, ay, ay! —Se enjugó los ojos—. ¿De verdad?

Asentí, con una sonrisa enigmática en la cara.

Ella dibujó una «O» con los labios.

—¡Guau! —Exhaló una larga bocanada de aire y se abanicó con las manos—. ¿Se la tocaste? —preguntó en un susurro.

Estallé en carcajadas. Era muy graciosa.

—No.

—¿Y no te acostaste con él? En realidad, puedes acostarte con él y no tocársela. —Arrugó la nariz—. Estoy segura. A ver, aún voy a la universidad y sigo siendo virgen, pero sé bastante sobre estas cosas. Hemos investigado mucho tú y yo. Así que... —Tomó aire—. ¿Vosotros no...?

Negué con la cabeza. Sentía que el rostro me empezaba a arder.

—Es curioso, porque siempre hablamos sobre sexo y sobre dejar al chico alucinado porque, ya sabes, estamos buenísimas, pero cuando te enfrentas a ello en la vida real... Da bastante miedo.

—¿Cómo voy a saberlo yo? Cuéntamelo, cuéntamelo, cuéntamelo... —insistió dando saltitos—. Espera. Quieres decir que su pene gigantesco te dio miedo, ¿no? ¿Es eso lo que quieres decir?

—¡No, Tal! No seas boba —me reí—. Aunque, bueno... Supongo que sí. Es que, ¡vamos a ver! Era para irme corriendo... No va con segundas. —La miré levantando las cejas y ella soltó una carcajada—. Pero no me refiero a eso. Es que... —Exhalé mientras intentaba organizar mis pensamientos—. Compartir tu cuerpo con alguien... No sientes que solo le estás dando tu cuerpo. Es tu corazón, tu cuerpo y tu alma; tus vulnerabilidades, tu confianza, la totalidad de

la persona que eres. Le estás dando todo eso. Le estás confiando todo eso y esperas que lo valore y que no lo utilice para destruirte. Y una vez se lo has dado, no puedes recuperar esa parte de ti nunca más. Y es aterrador.

—Qué profundo. Me encanta. Y sí, entiendo lo que quieres decir —afirmó—. ¿De verdad te estás enamorando de don Complicado y Misterioso?

Me levanté para coger otra cerveza. Tenía la garganta seca. Me acabé media botella de un trago, me limpié con la manga y confesé:

—Creo que no quiero estar enamorada de él.

—Pero ¿por qué?

La fulminé con la mirada. Ya se había puesto de parte de Cameron, podía verlo en sus ojos.

—Quizá me quedé atrapada en el momento. La lluvia, su confesión, el beso, el chico... Fue perfecto. Quizá solo estoy encaprichada.

—Te asusta, ¿verdad? Porque ya te ha calado hasta los huesos y no puedes olvidarlo, aunque quieras. El chico es como una garrapata. Cuanto más tratas de sacarte a esas cabronas, más se te hunden.

Me reí de buena gana y di otro trago de cerveza.

—Quiere que confíe en él, que no le haga preguntas y que confíe en él sin más, pero se ha ido. Sin decir una palabra. ¿Cómo narices encaja eso con «eres importante para mí»? No le estoy pidiendo que me cuente toda la historia de su vida, aunque la verdad es que me encantaría que lo hiciera, sí. Simplemente, necesito que... que él también confíe en mí. Esto es cosa de dos. Me está pidiendo que confíe en él cuando él no es capaz de hacer lo mismo por mí.

Suspiré, exasperada, fui hacia su cama y me senté. La manta que la cubría era azul, de un tono muy muy parecido al azul de sus ojos. Sentí ganas de quemarla. Y de abrazarla.

—Es culpa mía, por sufrir así. Pensé... Después de que me dijera todo

aquello de que quería protegerme, pensé que era importante para él y que no dejaría que me pasase nada malo y que nunca había sentido esto por nadie y que tenía miedo de estropearlo... ¿Qué se supone que tenía que pensar? ¿Qué significa todo eso? Pero es culpa mía, porque me lo creí, y esperaba mucho, me creé un montón de expectativas.

Ella negó con la cabeza.

—No seas tonta, Kar. Yo ya vivo en una mansión gigantesca con el chico que me gusta, tengo tres hijos suyos y estoy embarazada del cuarto. Y él ni siquiera sabe que existo. Y don Complicado, básicamente, te ha confesado sus sentimientos. Yo, en tu lugar, ya habría elegido dónde celebrar la boda y dónde ir de luna de miel. Pero esa soy yo. —Me guiñó un ojo—. No puedes culparte por pensar todas esas cosas después de lo que te dijo.

Solté una carcajada.

—Te quiero.

—Y yo a ti, amiga. Creo que tiendes a reaccionar de forma un poco exagerada, pero tú eres así. Y si ya le has enseñado lo peor de ti y vuelve, sabrás que es el definitivo.

—¿De dónde sacas todos estos buenos consejos? ¿Te casaste en secreto y no me lo habías contado?

—Todas esas telenovelas asiáticas que veo me han convertido en una experta. No tengo vida amorosa, así que indirectamente vivo a través de ellas —respondió arqueando las cejas—. ¿Sabes lo que pienso? —continuó mientras se sentaba en la cama junto a mí—. Tiene algunos problemas de los que ocuparse antes de poder estar contigo. ¿Quién sabe? Creo que has encontrado la horma de tu zapato, Kar. Pues claro que no va a ser fácil. ¿Qué esperabas? No lo valorarías si fuera así. Has trabajado tan duro toda tu vida que no creo que aceptases de buen grado algo fácil.

Fruncí el ceño mientras asimilaba sus palabras.

—Creo que... Creo que, si me entrego más a él, me romperá el corazón.

—Pues deja que lo repare luego. ¿No forma parte eso de estar enamorada?

Si así era, yo no quería saber nada al respecto. Y estaba segura de ello porque habían pasado casi tres semanas sin que tuviera noticias tuyas.

Y entonces lo volví a ver. No tenía ni idea de lo que se le venía encima. Lo único de lo que estaba segura era de que más le valía empezar a rezar.

Kara

Hasta que llegó el momento en el que nos volvimos a ver, viví dos semanas de extremo cansancio. Me volqué en el trabajo: aceptaba todos los turnos que me ofrecían y preguntaba a mis compañeras si necesitaban que las sustituyese en el asilo. Hacía todos los trabajos para la universidad e incluso había bordado un par de exámenes. ¡Bien por mí! Pronto sería candidata para graduarme *summa cum laude*.

Él era prácticamente inexistente para mí. Como podían serlo mis deportivas. Era consciente de que las llevaba puestas todo el día, pero nunca reparaba en ellas. Eran como una parte más de mi cuerpo, y ni siquiera me acordaba de ellas hasta que me las quitaba por la noche.

En la universidad, Caleb y yo nos hablábamos por señas. Yo pasaba junto al aula donde estaba y él miraba y negaba con la cabeza, lo que significaba que su amigo todavía no había vuelto. Yo ya no le preguntaba, pero, por alguna razón, él pensaba que a mí todavía me interesaba saberlo. No era así.

Aún tenía su sudadera azul. No la había lavado durante los primeros dos días —bueno, vale, habían sido más de dos días— porque quería conservar su aroma, pero había decidido que eso no era asunto de nadie excepto mío. Al final, la había metido debajo de la cama, deseosa de que los ácaros la convirtieran en su paraíso personal. Ahí era donde él se merecía estar.

La habría donado si hubiera podido, o quemado, pero él volvería después y la añadiría a la factura.

La pieza que faltaba para su moto tenía que haber llegado a principios de la semana anterior, pero Dylan se había equivocado al encargarla y ahora teníamos que esperar otra vez a que llegase la pieza correcta. Le había enviado un mensaje a modo de cortesía profesional. Pero ya no me importaba lo más mínimo.

No pensaba seguir sintiéndome insegura, preguntándome qué había hecho mal y obsesionándome por si había huido por mi culpa. Toda la culpa la tenían sus problemas.

Yo no tenía nada de malo. Era más que suficiente. Me consideraba una mujer fuerte e independiente que no tenía miedo de esforzarse para cumplir sus sueños. Y si él no sabía valorar eso... Bueno, «*Sayonara, baby*». Había más peces en el mar que estarían encantados de que los pescara una mujer como yo. Había terminado con él. Terminado, con T mayúscula. A otra cosa, *ciao*.

Pero mi determinación fue puesta a prueba cuando salí de trabajar ese fin de semana de la cafetería. Era por la tarde pero el sol todavía brillaba en el cielo. El tiempo era inusualmente bueno. Ya me había acostumbrado a los fines de semana lluviosos, como si la madre naturaleza me estuviese jugando una mala pasada. Nos provocaba con buen tiempo durante los días laborables y luego nos regalaba fines de semana pasados por agua. Podía ser una auténtica cabrona. Pero ese día, la madre naturaleza se había convertido en mi resplandeciente hada madrina particular.

Así que decidí hacer una locura e irme de compras. Bueno, vale, ir a mirar escaparates. Mientras cruzaba la calle hacia el centro comercial al aire libre, pensé que si Tala estaba libre podía ir a recogerla para colarnos en alguna fiesta. Los estudiantes de nuestra facultad celebraban fiestas todos los fines de semana. Eran fáciles de encontrar en las redes sociales.

Antes solía ir, cuando el taller iba bien y no tenía que trabajar tanto. Damon, mi amigo de la infancia, tenía una banda y me arrastraba hasta todos los

locales donde actuaba. También había trabajado en un bar donde él tocaba los viernes por la noche. Las propinas eran una pasada, pero ahora la vida nocturna no era para mí. Sin embargo, pensé que no estaría mal soltarme un poco la melena y experimentarlo al menos una vez.

Pensaba que había olvidado esa parte de mí, pero...

Me detuve en seco. ¡Madre mía! Hacía mucho tiempo que no me sentía así, pero... De verdad quería quitarme mi traje de abuela y divertirme sin más.

«¿Y qué crees que te ha hecho reencontrarte con esta parte de ti misma? ¿Esa a la que le gusta divertirse y olvidarse de sus responsabilidades durante un rato? O quizá debería preguntar... ¿Quién?»

Nadie. Simplemente, me había dado cuenta de que gustar era agradable, y de que también lo era que te gustase alguien de verdad. Pero no cualquiera, era importante elegir a la persona adecuada, porque acabar con la equivocada podía destruirte con facilidad.

¿Cómo sería salir con alguien que fuese de verdad amable, dulce y comprensivo? ¿Alguien que no me decepcionase y saliese corriendo, que no fuese complicado sino abierto, y que quisiese que nos conociésemos de verdad?

—¿Sueles quedarte plantada en medio del aparcamiento soñando despierta?

Parpadeé y vi un torso corpulento envuelto en una camisa azul claro. Levanté la vista y observé un cuello marrón, una mandíbula cuadrada recién afeitada y un hermoso rostro con unos ojos marrones llenos de ternura, coronado con una suave mata de pelo negro y rizado.

—Porque estás muy mona —terminó. Sonrió y le apareció un hoyuelo en la mejilla derecha.

Le devolví la sonrisa, mientras me preguntaba por qué estaba coqueteando conmigo cuando probablemente yo parecía Coco el teleñeco después de haber pasado la tarde trabajando en la cafetería. Pensé que tendría que haberme

retocado el pintalabios antes de irme y limpiarme la grasa de la frente y la nariz —mi piel estaba empañada en que la necesitaba—, pero después de mi jornada no tenía planeado ir a ningún sitio que no fuese mi casa.

—¿Kara? ¡Kara!

Aparté la vista del chico de mala gana y la dirigí detrás de él para ver quién me llamaba. Era Tita Didi, de la iglesia, la adorable pero desvergonzada celestina que no hacía más que presionarme para que saliese con sus primos y sobrinos.

—Tita —dijo él. Volví a mirar al chico cuando habló. ¡Oh, no! ¿Sería uno de sus sobrinos?

—Te he dicho que ya venía yo a buscar el coche. No tenías por qué venir andando hasta aquí —le dijo, mirando a la mujer con una mezcla de exasperación y ternura.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Me viene bien el ejercicio. —Luego se volvió hacia mí, sonriendo como el gato que se acaba de zampar al canario—. ¿Conoces a mi sobrino Thomas? ¡Tiene que ser cosa del destino! ¡Es perfecto! Hace tiempo que quería presentaros. Kara, cariño, ¿trabajas esta noche?

—No, pero...

—Qué bien. Vámonos a cenar los tres juntos, chicos. Vamos, vamos.

Me rodeó la cintura con su bracito y me empujó hacia uno de los restaurantes de sushi del centro comercial. Miré a Thomas con aire indefenso, pero él sonrió, complacido ante la situación.

—Kara, este es mi sobrino Thomas. Es enfermero y el año que viene empezará a estudiar Medicina. Y es guapísimo y está soltero, Kara.

«Está bien, Tita Didi. Relaja la raja. Por favor, no me hagas sentir incómoda.»

Me pregunté si pensaba que yo estaba ansiosa por encontrar un hombre o si

solo quería emparejarme con alguien porque tenía buen corazón.

—Ya te he hablado de Kara, ¿verdad, Thomas? ¡Es estupenda! Los dos tenéis mucho en común, así que ¿por qué no os conocéis un poco mejor mientras disfrutáis de la cena? —preguntó mientras se ponía de pie y se colgaba el bolso de marca del brazo—. Los dos solos esta vez, ¿de acuerdo? Me acabo de acordar de que he quedado con una amiga en la peluquería dentro de cinco minutos. Está aquí al lado, así que no te preocupes porque no tienes que llevarme, cariño —le dijo a Thomas—. Mi amiga me llevará luego a casa. Pasadlo bien y divertíos, ¿eh? ¡Hasta luego, chicos! —Lanzó unos besos al aire y se marchó.

Cuando se hubo ido, lancé a Thomas una mirada cómplice y le dije:

—Sabes que es mentira, ¿no?

Me miró un instante con los labios apretados y los ojos marrones brillantes y divertidos. Entonces se echó a reír, con unas carcajadas profundas que resonaron en su pecho.

—Lo siento. Siempre hace lo mismo. —Parecía avergonzado. Era adorable.

—Ya lo sé. No es la primera emboscada que me tiende.

Le brillaron los ojos, divertidos.

—Nadie está a salvo de Tita Didi.

—La última vez me organizó una cita con un tío que no parpadeaba.

Me miró unos instantes, sin decir nada ni parpadear. Ah, ¡maldita sea! Me había vuelto a emparejar con un rarito. Y entonces le volvieron a brillar los ojos y parpadeó tantas veces que no pude evitar echarme a reír.

—Hola, chicos. —El camarero vino y dejó el menú sobre la mesa, junto con unas tarjetas y un bolígrafo para que apuntásemos qué clase de sushi queríamos—. ¿Os puedo traer algo de beber? —preguntó.

Thomas me miró.

—Las damas primero —dijo.

—Un batido, por favor. Con doble de nata montada.

Aquel día lo necesitaba. Porque me lo merecía. Cuando terminase esa cita-emboscada solo tendría que correr hasta el coche e ir directa al baño al llegar a casa.

—Buena elección. Y ¿para ti?

—Un té verde, por favor —dijo Thomas.

Té verde. Caí en la cuenta de que nunca había quedado con un chico que pidiese té verde. ¿Sería un obseso de la vida sana? Era bastante delgado, pero tenía los hombros anchos y la camisa que llevaba puesta le marcaba los brazos.

—Perfecto. Os lo traigo enseguida.

—Gracias —respondimos ambos.

—¿De qué conoces a Tita Didi? —le pregunté cuando el camarero se hubo marchado. Cogí la tarjeta y el rotulador y escribí el número uno junto al *maki* vegetariano recubierto de aguacate, el de ñame en tempura y el de setas *shiitake*.

—Es la hermana de mi madre —contestó.

—Parece que os lleváis muy bien.

—Ella no tiene hijos.

Enarqué las cejas.

—Así que vas con tu tía al centro comercial. Qué buen chico. No sabía que todavía quedaban de esos.

Me miró con ojos divertidos.

—Sí, sí que quedan. Solo que algunos se quedaron dormidos y se perdieron el seminario de «Introducción a ser un buen tío».

También era ingenioso. Le tendí el bolígrafo. Cuando agachó la cabeza para escribir su pedido, le cayó un mechón de pelo en la frente. Se lo echó hacia atrás con los dedos. Era negro y rizado, así que era totalmente normal que me

recordase a cierta persona de la que ya me había olvidado por completo. Pero no era exactamente del mismo color. El pelo de Cameron era más oscuro, casi negro azulado, especialmente cuando le daba el sol. Y no tenía unos rizos tan pequeños como Thomas. Los de Cameron eran más sueltos y angelicales.

Maldito Cameron. «¡Sal de mi cabeza de una vez, Bigfoot!»

—¿Ya os habéis decidido, chicos? —preguntó el camarero al dejar las bebidas sobre la mesa.

—Creo que no te acuerdas de mí —dijo Thomas cuando se fue.

Fruncí el ceño.

—¿Ya nos conocemos?

—Eso duele. Vamos a la misma iglesia. Te vi darle un bofetón a tu hermano una vez.

Me quedé en blanco un momento y luego me eché a reír al recordar aquel día que tenía tanto sueño (aunque, la verdad, ¿cuándo no tenía yo sueño?). Dylan me había despertado y yo le había dado un bofetón automáticamente. No sabía que alguien se había dado cuenta.

—Ah, sí, nos divertimos así —bromeé con rostro inexpresivo—. A mi hermano le gusta.

Sonrió.

—Tienes una vena malvada.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

Asintió.

—Cinco hermanas y cinco hermanos. Soy el pequeño.

—No me lo puedo creer. ¿Sois once?

—Mi infancia fue toda una aventura.

Cuando el camarero trajo nuestra cena descubrimos que ambos éramos vegetarianos. Me contó anécdotas divertidas sobre las bromas que le gastaban sus hermanos. Le hacían fregar los platos y barrer el suelo porque era el

pequeño, nunca conseguía hacerse con el mando a distancia... También me contó lo mucho que los echó de menos cuando se hicieron mayores y se fueron de casa de sus padres. Y, al final, él también se fue. Hablamos de cómo era crecer en Canadá como mestizos. Su madre era filipina y su padre, afrocanadiense.

Era abierto y simpático, y teníamos muchas cosas en común. Nos contamos historias sobre pacientes difíciles y los pacientes dulces y amables que hacían que trabajar en los servicios sanitarios mereciera la pena. Parecía que, por una vez, el universo me había hecho caso cuando había pedido alguien como él. Era completamente opuesto a cierta persona cuyo nombre ni recordaba. A esa cierta persona ni siquiera se le pasaría por la cabeza hablarme de su infancia.

—¿Te estoy aburriendo?

Parpadeé.

—Mierda. No, perdona, es que...

Tenía el rostro aniñado, el típico rostro que todo un ejército de familiares, amigos y chicas adorarían ciegamente. Sus cálidos ojos marrones me invitaban a contarle cualquier cosa que quisiera.

—Soy una capulla, ¿verdad?

—¿Por qué no me cuentas lo que te preocupa? No se lo diré a nadie. Palabra de boy scout. —Hizo el saludo correspondiente, levantando tres dedos.

Ensarté un pedazo de *maki* con los palillos y me lo metí en la boca. ¿Qué daño podía hacer? Era un desconocido y parecía bastante digno de confianza, aunque...

—Tengo... una amiga —empecé a decir.

Asintió, sonriente y con ojos astutos.

—Me gustan estos asuntos hipotéticos de «tengo una amiga que...».

Le lancé una mirada penetrante.

—Es de verdad una amiga.

—Ajá. Así que una amiga.

—Sí, y ha conocido a alguien.

—Parece un tema del que soy experto.

—¿Experto? Tú eres un poco pagafantas, ¿no?

Soltó una risita.

—¡Eso me ha dolido! Ya hablaremos de mí la próxima vez. Es tu momento. Sube al escenario, por favor.

«Por favor.» Cierta persona que yo conocía nunca decía «por favor», excepto aquella noche.

—¿Alguna vez te ha importado alguien a quien odias de verdad? ¿Y que cuanto más lo odias más lo deseas? Y finges que estás bien, pero en el fondo sabes que no lo estás. ¿Alguna vez te ha importado tanto alguien que te apetece empujarlo por un acantilado?

—Hum... No puedo decir con certeza que haya experimentado ese fenómeno. —Bajó los palillos—. ¿Debería preocuparme? ¿Necesitas ayuda?

—Yo no. Mi amiga.

—Ah, sí. Parece que a tu amiga le importa mucho ese tipo.

—Tal vez. Ahora mismo quiere matarlo, pero ni siquiera puede decírselo, porque no está. Se fue sin más.

—¿Dónde está?

—Ella ni siquiera lo sabe. Se marchó sin decírselo.

—Ponme un poco en situación. Entonces ¿rompieron?

—En realidad no. Ni siquiera estaban juntos de verdad.

—Ah. Creo que ya lo pillo. Pasaron mucho tiempo juntos, pero nunca como pareja, porque nunca hablaron de ello. Pero es evidente que ambos se gustan. Entonces, de repente, él deja de escribir y de llamar y desaparece sin más. ¿Lo

estoy entendiendo bien hasta ahora?

—Joder. Eres bueno. Tenías razón, eres un experto.

Se dio un golpecito en el pecho con el puño.

—Gracias. Mira, creo que tú ya sabes...

—Yo no. Mi amiga —le recordé.

Me miró con aire cómplice.

—Está bien. Tu amiga. Dile que se merece algo mejor. Cualquier chica se merece algo mejor.

Ay.

—Pero ¿por qué crees que se ha ido?

Suspiró y se apoyó en el asiento.

—En realidad podría ser por cualquier cosa. ¿Quieres que intente adivinarlo?

Asentí.

—Quizá se asustó —sugirió.

—¿Qué quieres decir?

—Quizá se estaba enamorando de tu amiga, se asustó y se fue. No quiere un compromiso, no está preparado para sentar la cabeza, todas esas cosas que una mente inmadura no es capaz de comprender. Pero...

—¿Pero?

—También podría ser que tu amiga no le guste de verdad. O que, si este chico es un gilipollas integral, se haya aburrido y haya pasado página porque no es un desafío lo suficientemente emocionante. O porque precisamente es un desafío tan grande y difícil que no cree que merezca la pena el dolor de cabeza. O...

Ay. Había dado en el clavo.

—¿O? —lo apremié.

Se rascó la barbilla.

—O porque cree que ella no se va a acostar con él.

—Oh...

—No sabría decirte —continuó—. Pero hay algo de lo que sí estoy seguro. Dile a tu amiga que no debería enfadarse consigo misma por haberse enamorado de ese chico. Todo el mundo tiene sentimientos y si son de verdad es difícil no hacerles caso. Es difícil superarlo, pero lo conseguiré. No me cabe duda.

Parecía saber de lo que hablaba. Intercambiamos nuestros números de teléfono y prometimos quedar pronto para tomar un café. Estaba contenta de haber encontrado otro chico de quien hacerme amiga. Había echado mucho de menos a mi amigo Damon y contar con la compañía y los consejos masculinos. Me gustaba recibir consejos desde el punto de vista de un chico.

Al llegar a casa y meterme en el baño, pensé en todo lo que Thomas me había dicho. Yo también lo había pensado, pero oírlo de otra persona lo hacía más real.

Thomas tenía razón. Yo ya sabía que me merecía algo mejor, y que mis sentimientos eran verdaderos y quizá tardaría en librarme de ellos. No pasaba nada. Lo único que sentía por Cameron llegados a aquel punto era rabia. Había jugado conmigo. Aunque hubiese sido sincero respecto a lo que sentía por mí en el momento, no debería habérmelo dicho si no pensaba hacer nada al respecto. La próxima vez que lo viera, o le daría un puñetazo en la cara o lo ignoraría por completo, como si no existiese.

Miré el reloj del baño. Lo había puesto allí para controlar mis tiempos. A veces podía pasarme horas allí encerrada, sentada en la bañera, en el inodoro, maquillándome...

Eran las diez de la noche y quería dormir un poco. Al día siguiente tenía una entrevista en una empresa de construcción. Dylan me había dicho que un amigo de un amigo le había informado de que había una vacante. Y ofrecían más del

doble de lo que cobraba en la cafetería.

La oficina de la empresa estaba a quince minutos de la ciudad. Programé el GPS de mi teléfono para no perderme y seguí las instrucciones hasta que me dijo: «Ha llegado a su destino».

—Pero, tía, ¿cómo que he llegado a mi destino? ¿Aquí?

Fulminé el teléfono con la mirada, como si me fuese a responder. Me desvié por un camino de tierra y seguí hasta llegar a una verja abierta gigantesca.

Era un terreno de unas seis hectáreas en el que había tres edificios y un barracón. No parecía una empresa de construcción, sino una empresa proveedora de arena y grava.

—¿Habré puesto mal la dirección? —Lo comprobé, pero esa era la dirección correcta—. O estoy colocada yo o lo estás tú —le dije al teléfono.

Se oía ruido de maquinaria pesada y olía a polvo seco, a barro y a grasa. Montículos de piedras de diferentes colores estaban meticulosamente organizados en largas filas por delante y por detrás del terreno. Había enormes camiones que entraban y salían, desde tráileres hasta camiones articulados, cargados con tierra o piedras.

Era como una colonia de abejas obreras. Había actividad por todas partes y todo el mundo tenía una misión. No había nadie parado.

Miré los tres edificios y decidí entrar en el primero. Era una especie de choza moderna y cuadrada, grande, con un techo de hojalata y paneles de madera en las paredes exteriores de colores tierra, marrones y rojos. Era un edificio precioso, una muestra de la calidad de su trabajo. Las otras dos estructuras eran más o menos iguales, pero con tejados y paredes exteriores distintas.

Llamé. Como nadie respondió, empujé la puerta para abrirla.

Había gente por todas partes. Olí el café, los papeles, el polvo y el sudor. Se oía el rumor de las conversaciones, el sonido de los teléfonos, los pitidos de las impresoras y los faxes. Era un lugar rebosante de energía.

Era un espacio grande y moderno, con una sala de actos enorme con cristales opacos a modo de paredes y dos habitaciones en el fondo. Una escalera de acero negro llevaba a un loft encima de las habitaciones. Las paredes y el suelo eran de cemento de color gris claro, y las vigas quedaban expuestas. Todo tenía un aspecto muy industrial, pero los muebles elegidos y los detalles lo convertían en un lugar acogedor.

Enfrente a la izquierda había una habitación cerrada con las paredes también de cristal opaco. Parecía una sala de espera para los clientes, ya que tenía sillas y un televisor. En el lado derecho del espacio destacaban cuatro escritorios enormes en fila.

—¿Te puedo ayudar en algo? —Se me acercó una chica que parecía de mi edad. Llevaba un casco, como la mayoría de la gente que había visto fuera, una chaqueta reflectante naranja fosforito y unos vaqueros sucios.

—Sí, me llamo Kara Hawthorne. Tengo una entrevista dentro de... —Miré el reloj enorme que había en medio de la habitación— cinco minutos.

—Ah, sí, Deb te está esperando. Allí, al fondo. ¿Ves el último escritorio? Ese es el suyo.

—De acuerdo, gracias.

—¡De nada!

Hasta ese momento no me había sentido nerviosa, pero ahora sí lo estaba, aunque sería capaz de hacer una entrevista de trabajo con los ojos cerrados. Ya había ido a muchas y era toda una experta respondiendo a las preguntas típicas. Sin embargo, mientras me acercaba a una pelirroja muy embarazada que había al fondo, el corazón me empezó a latir desbocado.

«Lo tienes controlado», me dije.

Nunca había trabajado en una empresa de construcción, pero no tenía por qué ser más difícil que otros trabajos que sí había hecho.

«Es más del doble de lo que cobras por hora. Tienes que conseguir este trabajo. Además, quizá trabajes con diseñadores, arquitectos e ingenieros, y quién sabe lo que te deparará el futuro. Siempre te ha encantado diseñar. Quizá puedas aprender un par de cosas.»

Deb me vio antes de que llegase hasta ella.

—¿Eres Kara? —Me evaluó con sus astutos ojos verdes. Era muy guapa, probablemente tenía unos treinta y muchos años y tenía pinta de no tener tiempo para tonterías. «Trabajo, trabajo y trabajo», parecían decir sus gafas, el lápiz detrás de la oreja, el pelo corto y rojo y la chaqueta marrón chocolate. Ya me caía bien.

—Sí, señora.

Ella sonrió.

—Puntual. Normalmente no hay tanto jaleo por aquí. Nos has pillado en un buen día.

Quise decirle que a mí no me importaba el jaleo, pero ya se había llevado el teléfono a la oreja.

—Ve arriba. Le diré a Rick que has llegado —dijo mientras pulsaba los botones—. Él es el dueño.

Asentí y subí. Me sentía un poco como si estuviese yendo al despacho del director. La habitación tenía el mismo aspecto que el resto del edificio, moderna pero acogedora. Había una chimenea en el centro y unos ventanales polvorientos desde los que se veía toda la actividad que tenía lugar en el exterior.

En medio del despacho había otro escritorio de gran tamaño, igual que los de la planta inferior. Encima había un enorme montón de archivadores, uno encima de otro en una pila tan alta que estaba a punto de venirse abajo,

muchos recibos y notas adhesivas y una taza de café. Frente al escritorio había dos sillas, y unas chaquetas colgaban de unos percheros de metal que había en la pared. Era un espacio de trabajo bien aprovechado y me dio buenas sensaciones.

¿Y si no conseguía el puesto?

«Pues claro que lo vas a conseguir. Estarían locos si no te contratasen. Tienes un amplio repertorio de habilidades competentes. Incluso te puedes zampar un bote de helado en una sentada. ¡Tú puedes!»

Se abrió la puerta y entró un hombre alto. Se detuvo y me miró sorprendido con sus brillantes ojos verdes.

Era un hombre guapo de aspecto responsable. Probablemente acababa de entrar en la cincuentena. Tenía una barba canosa pulcramente recortada y una vieja cicatriz que bajaba desde su ceja izquierda hasta la mejilla, justo por encima de la fuerte mandíbula. Era desgarrado pero musculoso. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, y lo tenía de un sorprendente color gris plateado. Me pareció un madurito muy atractivo.

—Vaya, hola.

Me puse de pie.

—Buenos días, soy Kara Hawthorne —dije, justo cuando oía a Deb gritar «¡Es Kara!» desde la planta de abajo.

Se le encendió la mirada, complacido. Me ofreció la mano.

—Soy Rick. Es un placer conocerte al fin, Kara. Siéntate. ¿Quieres algo de beber?

Se comportaba de un modo muy tranquilizador. Me relajé automáticamente.

—No, muchas gracias.

—Bueno —empezó a decir mientras se sentaba en la silla frente a mí, en lugar de tras su enorme escritorio—. Vienes muy recomendada.

¿Sí? Tenía que preguntarle a Dylan quién era ese amigo que me había

recomendado. Quizá le podía ofrecer un cambio de aceite gratis en el taller. O un batido.

—Solo tengo un par de preguntas.

«Allá vamos», pensé.

—¿Sabes cómo responder al teléfono?

Me puse rígida. ¿Estaba siendo sarcástico? Lo miré con los ojos entornados, rogándole a Dios que eso no fuese una broma pesada, o me pondría como una energúmena con alguien que yo sabía por hacerme perder el tiempo.

—Nací respondiendo al teléfono —contesté, con el semblante serio.

Él se echó hacia atrás en la silla, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Sabes usar un ordenador?

—Hasta con los ojos cerrados.

—No se lo digas a Deb, pero este trabajo no es muy difícil.

—¡Te he oído! —gritó Deb.

—A veces, aquí necesitas tener una voz potente para que te oigan, especialmente cuando hablas con los chicos. ¿Sabes gritar muy fuerte?

Sonreí.

—Como una energúmena.

—Perfecto —señaló. Cuando me dijo lo que cobraría por hora, casi se me salieron los ojos de las órbitas—. Ya te habrás dado cuenta —continuó, sonriendo al ver mi reacción—, pero no nos dedicamos solo a la construcción, sino que también somos un proveedor de arena y grava. Nos facilita la tarea y nos ahorra mucho dinero en paisajismo. —Tenía la voz ronca, como si llevase muchos años fumando—. Técnicamente, mi empresa de construcción está en la ciudad, allí tenemos otra oficina un poco más elegante que esta. Pero es sobre todo para recibir a clientes. Yo suelo estar aquí, así que te necesitaré en esta oficina. Deb te contará todo lo que necesitas saber. No estoy seguro de cuánto

tiempo estará fuera exactamente, pero ella te lo dirá. ¿Tienes alguna pregunta?

«Cuánto tiempo estará fuera», repetí para mí. Se trataba de un trabajo temporal, pero me pagarían más del doble de lo que cobraba en la cafetería, y tendría el trabajo durante al menos unos meses. Con suerte, durante un año si Deb cogía toda la baja de maternidad. En Canadá había más de un año de baja para las madres que cumplían los requisitos, cosa que a mí me parecía fantástica. También podía compartirla con su marido, si querían, o podía elegir volver al trabajo.

Me mordí el labio mientras pensaba en ello.

—¿Qué me dices, Kara? ¿Te gustaría trabajar con nosotros? —preguntó Rick.

De repente, oí que alguien subía por las escaleras. Me volví y todo lo que me rodeaba dejó de existir. Solo tenía ojos para el hombre que se erigía frente a mí.

Sentí como si me golpeasen con una maza en el corazón y lo rompiesen en mil pedazos antes de que empezase a latir de nuevo. Apreté los puños con fuerza, mientras todo se volvió borroso a mi alrededor durante un instante que luego dio paso a una nitidez dolorosa.

Cameron entró en el despacho y se detuvo en seco. Sus ojos, del profundo azul del océano, se clavaron en mí.

—¿Kara? —preguntó Rick—. ¿Quieres el trabajo? —repitió.

Despegué los ojos de Cameron y miré a Rick.

—Sí.

Kara

—Sí —le dije a Rick.

El corazón me martilleaba contra el pecho. No podía dejar de pensar en que Cameron estaba detrás de mí.

La expresión de sorpresa al verme que había asomado a su rostro, tan salvajemente hermoso, solo había durado un instante antes de transformarse en anhelo, en necesidad, mientras su mirada azul me recorría. Y entonces levantó sus muros y todo aquello desapareció.

Rick me dio un apretón de manos con una sonrisa de oreja a oreja. Parecía muy satisfecho.

—Volveré luego —dijo Cameron.

Su voz, profunda, rica, oscura y viril, hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Habían pasado poco más de dos semanas desde la última vez que la había oído... Pero parecía que había pasado mucho más tiempo.

—Ya hemos terminado con la entrevista, chico, puedes...

Pero Cameron ya estaba bajando las escaleras. Rick suspiró y me miró. Yo todavía temblaba, y me di cuenta de que estaba apretando los puños. Abrí las manos lenta y deliberadamente.

«Estoy bien. Estoy bien. ¡Estoy de puta madre!, al 101 %».

—Kara, ¿podrías ir a buscarlo?

«¡¿Qué?!»

Lo miré de repente. Le brillaban los ojos, pero no supe distinguir si era

porque se estaba divirtiendo con la situación o porque me estaba desafiando.

—Necesito que haga algo por mí. Ese chaval se mueve rápido cuando quiere, ¿verdad?

Sin duda. Y también podía moverse muy despacio cuando quería. Aunque no es que yo supiese nada de eso. Al menos, ya no.

Había estado pensando en qué le diría o cómo me comportaría cuando volviese a verlo. O si repararía siquiera en su presencia. Siempre llegaba a la conclusión de que lo castigaría con mi fría indiferencia o lo haría arder en llamas.

«Supongo que ahora lo vamos a ver», me dije.

Me di la vuelta, dispuesta a echar a correr tras él, pero entonces me vino la inspiración.

Fui hasta las escaleras y me apoyé en el pasamanos. Tomé aire y, gritando a pleno pulmón, le dije:

—¡Eh, Bigfoot!

Todos los que estaban en la oficina se detuvieron para mirarme. Interrumpieron todas las conversaciones y las retomaron cuando les saludé con la mano y les dediqué una amplia sonrisa.

Cameron ya había llegado casi hasta la puerta cuando se detuvo. Se dio la vuelta poco a poco, y entonces nuestros ojos se encontraron. Sentí la atracción de su mirada, pero la deseché mentalmente.

—¡Mueve tu culo hasta aquí arriba! —grité. Al ver que no se movía, añadí —: ¡Te llama el jefe!

Lo dejé ahí.

Cuando me volví hacia Rick, vi que estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Madre mía. Estás contratadísima —dijo—. Vas a encajar a la perfección.

—En casa tenemos un taller mecánico. He trabajado con hombres toda mi vida, así que no tiene que preocuparse por si encaja.

—¿De verdad? Si no te importa que te lo pregunte, ¿por qué necesitas este trabajo?

Ni siquiera pestañeé. Me extrañaba que no me hubiese hecho preguntas relevantes como esa durante la entrevista. En realidad, no me había preguntado nada. Había sido casi como si hubiese conseguido el puesto en cuanto me había dado el apretón de manos. O estaba desesperado para encontrar a alguien o quien me había recomendado era de plena confianza.

—Apenas cubrimos gastos —le respondí con sinceridad.

Sentí una presencia detrás de mí, pero no me volví. Cameron. Pero ¿qué narices? Ni siquiera lo había oído subir las escaleras. ¿Cómo lo hacía?

Con su gigantesca envergadura, se podría pensar que sería torpe o que caminaría con pasos desgarrados o pesados, pero no era así en absoluto. Se movía con un sigilo y una gracilidad felinos; aparecía a mi lado sin avisar. La próxima vez tendría que ponerle la zancadilla.

—Cam —dijo Rick.

Cameron no contestó, solo se quedó allí detrás, esperando.

—Hijo, ¿por qué no le enseñas todo esto a Kara?

Levanté la cabeza de golpe. «Pero ¿qué pretende este hombre? —pensé—. ¿Sabrá lo mío con Cameron?»

No me imaginaba a Cameron teniendo una charla íntima y sincera con nadie, pero ¿qué sabía yo? No lo conocía lo suficiente como para asegurarlo. De hecho, no lo conocía en absoluto. Quizá con Rick era más abierto. Me pregunté qué papel tendría en la vida de Cameron.

«Ya no quieres tener nada que ver con él, ¿recuerdas? Supéralo, tía.»

—Preséntasela a los chicos. Y dale un casco —le indicó, y cogió el suyo del escritorio para ponérselo—. ¿Ya has decidido algo sobre ese gran proyecto del que me hablaste?

—Todavía lo estoy pensando. Si lo acepto necesitaré tu ayuda.

—Siempre puedes contar conmigo, hijo. Házmelo saber.

«¿Hijo?»

¿Era el padre de Cameron? No tenían el mismo apellido, aunque eso no indicaba necesariamente que no estuvieran emparentados. Sin embargo, no se parecían, excepto en la altura y, aun así, Cameron era un poco más alto. Igual a Rick solo le gustaba llamarlo así. Pero ¿qué más me daba? ¡Uf!

¿Qué clase de pésima suerte tenía para acabar trabajando en el mismo sitio que él? Y entonces recordé que, aquella vez que no se había mostrado tan reservado, me había dicho que tenía su propio negocio y que también trabajaba para un amigo. Quizá ese era Rick. Otra vez, ¿qué más me daba? Doble uf.

—Bienvenida a la familia, Kara. Vuelve aquí después de la visita y habla con Deb, ella te explicará lo que necesitas saber. —Rick me guiñó un ojo con aire cómplice, como si ambos compartiésemos un secreto que Cameron no sabía y lo fuésemos a meter en algún lío. Rodeó el escritorio, cogió su chaqueta de la silla y se la puso—. Tengo que irme corriendo a la obra. Que lo paséis bien, chicos.

Se marchó. Y me quedé a solas con Cameron.

Podía sentirlo detrás de mí. El aire vibraba con su presencia. Había gente bajo nosotros, oía el rumor de las conversaciones y el movimiento, pero parecían estar muy lejos. Cerré los ojos y respiré hondo.

«De acero, tía. Estás hecha de acero.»

Abrí los ojos y me volví para mirarlo.

El azul de su mirada fue como recibir un puñetazo en el estómago.

Yo ya había decidido que no me afectaría, y estaba convencida de que sería así, pero había subestimado su poder. Así que, cuando me miró, cuando sentí esa mirada azul fija sobre mí, me impactó de forma inesperada.

Su pelo negro y rizado estaba recogido en un moñete despeinado. Era la

primera vez que lo veía con el pelo así. Tenía una sombra de barba en la mandíbula, como si hubiese dejado de afeitarse, y una mancha de grasa en la mejilla, como si acabase de reparar un vehículo. Parecía totalmente despreocupado, como si no le importase nada. Un hombre con un lado oscuro y un rostro angelical.

Llevaba un casco blanco bajo el brazo y una mochila colgada del hombro, y vestía una camiseta ajustada negra que marcaba sus anchos hombros y los tonificados músculos de sus brazos. También estaba manchada de grasa. Los vaqueros y las botas con puntera de protección que llevaba no estaban en mucho mejor estado. Parecía un albañil sexi a punto de posar para una revista picante. Uno que saldría en todos los meses del calendario.

Esa mirada azul y atractiva estaba fija sobre mí. Como siempre.

Era la primera vez que lo veía con ropa de trabajo. Nunca lo había visto trabajar, y ahora me estaba mostrando un aspecto distinto de él que yo no quería ver.

No quería conocer más facetas de él, especialmente las buenas. Sabía que por mucho que me dijera a mí misma que ya no me gustaba sería muy fácil volver a caer en sus redes.

—Kara —pronunció mi nombre de esa manera tan suya. Con suavidad, con amabilidad. Paladeó mi nombre como si fuera chocolate líquido, oscuro y exquisito.

Luché contra el delicioso escalofrío que me recorría la espalda.

«No. Otra vez no. Nunca más, joder.»

Era fácil volver a caer, pero no era imposible evitarlo.

Movió el brazo e intentó ponerme el casco. Di un paso atrás y lo fulminé con la mirada.

—No me toques. De hecho, te vas a mantener alejado de mí. A un metro — le ordené, señalando el espacio que había entre los dos—. Un metro. ¿Lo has

entendido?

El brillo divertido en sus ojos azules me ponía furiosa. Como si no hubiese pasado nada entre los dos. Como si no hubiese desaparecido durante más de dos semanas sin ni siquiera decir adiós.

¿Por qué eso me hacía daño?

Quizá esperaba una explicación o una disculpa, pero me di cuenta de que no la iba a obtener.

Se cruzó de brazos y se irguió, con los pies separados.

—Eso no va a ser posible.

—Ya lo creo que sí. Tú repítetelo cada pocos segundos. Como un mantra. Debería bastar para que tu cerebro lo recuerde.

Esbozó una sonrisa torcida y aparté la vista.

—Toma —dijo, tendiéndome el casco.

—Quiero uno nuevo. Uno que no hayas infectado.

Mi forma de reaccionar, tan a la defensiva, era infantil. No me gustaba. Si de verdad lo había superado, tenía que demostrarle que su cercanía no me afectaba. Ni siquiera un poquito.

Pero me dolía.

Lo oí suspirar.

—Sígueme —ordenó.

Mientras lo seguía por las escaleras, miré con el ceño fruncido cómo se movían los músculos de su espalda, tan sexis. Casi tropecé al reparar en qué había usado para recogerse el pelo.

Era mi coletero azul.

El que me recordaba a sus ojos. El que llevaba puesto casi un mes antes, cuando él me lo había quitado.

Me sentí totalmente confundida.

«No pienses que significa algo. Seguramente lo haya cogido por

conveniencia. Seguro que ni siquiera sabe que era tuyo. Por lo que a ti respecta, es un ladrón de coleteros. Uno por cada chica que se ha tirado. Como las muestras de sangre de Dexter. ¿Lo pillas?»

Bueno, pues conmigo no lo había conseguido, y no se lo permitiría nunca, así que no le iba a servir de nada.

Abrió una de las habitaciones de debajo del loft y me dejó pasar primero. Era un almacén sin ventanas, con las paredes grises, lleno de cascos, chaquetas, botas sucias, grandes taquillas de metal y estanterías con archivadores. También había una ducha en el fondo. Él no pareció oír el amenazador «clic» que hizo la puerta al cerrarse, pero mi cuerpo sí lo oyó.

Me paré junto a la puerta. Sentí el sensual y salvaje peligro que lo envolvía.

Lo observé detenerse frente a una taquilla. Había olvidado lo alto que era, todo el espacio que llenaba en cada habitación en la que entraba. Tenía el torso largo y esbelto; los fuertes músculos de los antebrazos se le marcaron al abrir las puertas de la taquilla. Entonces se volvió hacia mí e hizo un gesto con la mano.

—Coge uno tú misma si quieres —dijo.

Arqueó una ceja al ver que no me movía.

«¿Puedes conmigo?», parecía decir. Un desafío.

Lo miré con los ojos entornados. Me puse frente a él para demostrarle que sí podía, pero me arrepentí al instante. En esa habitación donde estaba a solas con él, su aroma era más fuerte. Ese olor azul, fresco y seductor me envolvía por completo.

«¡Resiste! No te rindas, tía. No te rindas.»

La habitación estaba en silencio y hacía un poco de frío. Por eso temblaba. Porque hacía frío. No tenía nada que ver con que él estuviese detrás de mí.

Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos y busqué en las estanterías del interior de la taquilla. Los cascos estaban en la parte de arriba, casi

tocando al techo. Yo era alta, pero no tan inhumanamente alta como él.

—¿Quieres ayuda? —susurró.

Me sentía mareada. Pero era porque todavía no había comido nada. No tenía absolutamente nada que ver con su cercanía. Absolutamente nada que ver con el calor que emanaba de su cuerpo. Y todavía menos con el delicioso timbre de su oscura voz.

—No necesito tu ayuda.

Me puse de puntillas y tanteé la estantería superior a ciegas. Cuando noté que cogía uno, levanté la vista, pero grité al ver que se me caía encima.

Él se acercó de inmediato y cogió el casco rápidamente, antes de que pudiese hacerme ningún daño. Salté hacia atrás y contuve el aliento cuando nuestros cuerpos entraron en contacto.

Estaba atrapada. Las puertas de la taquilla quedaban a ambos lados de mi cuerpo, y detrás tenía ese muro inamovible de músculos viriles.

Su olor era inconfundible, ese olor atractivo que siempre me recordaba a la más pura masculinidad. Podía sentir el calor de su cuerpo y también su fuerza, que él controlaba con meticulosidad.

Nos quedamos quietos. Uno, dos, tres condenados segundos de debilidad. Me permití eso únicamente.

—Aparta —dije al cabo de un segundo, con voz gruesa.

Al principio no se movió. Uno, dos, tres, cuatro segundos. Y entonces se hizo a un lado y yo me alejé de él todo lo que pude.

—Te he dicho que no me tocases —le espeté.

Él apretó los dientes y bajó la vista. Su boca dibujaba una sonrisilla, pero cuando levantó la vista, vi que su mirada era dura.

—Tú me has tocado primero.

Lo fulminé con la mirada. Vale, eso era cierto. Mi cerebro necesitaba oxígeno para respirar y él estaba acaparando todo el que había en la

habitación.

—Toma —dijo, ofreciéndome el casco—. Pero lo he tocado. Ahora está infectado. ¿Quieres coger otro?

Le arranqué el casco de esas manazas de idiota y salí de la maldita habitación.

Tenía calor. Y estaba enfadada conmigo misma por permitir que me afectase tanto estar a su lado, que tuviese tanto poder sobre mí como para que yo me hubiese regodeado en su tacto durante esos valiosos segundos. No importaba cuántos hubiesen sido. Había ocurrido. Yo había dejado que pasara, y eso me reconcomía. Porque ceder, aunque fuese solo durante un instante fugaz, podía ser mi perdición. Era como dar un golpe en una superficie que ya está agrietada: no importaba el grosor de la pared, un golpe es lo único que hace falta para derrumbarla.

—Ponte esto. —Me tendió una mascarilla blanca con una cuerda amarilla—. Vamos a conducir por el aparcamiento y hay mucho polvo. Te irá bien.

—No la necesito.

—Póntela —insistió.

—Que no.

Suspiró con fuerza y se fue a abrir la puerta. Me la aguantó para que saliera y entorné los ojos para protegerme de la luz. De repente, todo a mi alrededor se ensombreció y parpadeé, confundida. Entonces me di cuenta de que había sido él, que había colocado la palma de su mano frente a mí para protegerme del resplandor del sol.

Mis ojos se desviaron hacia su rostro. Me estaba mirando con esos ojos azules, tan jodidamente azules que sentí que se me cerraba la garganta.

—¿Por qué? —se me escapó.

Otro signo de debilidad. Hacerle una estúpida pregunta sobre sus actos. Sobre sus sentimientos.

Tragó saliva, y justo antes de que pudiera responder, eché a andar.

«¿Por qué te vas? ¿Tienes miedo de que te conteste o de que no lo haga?»

Ignoré la voz de mi cabeza.

—No tengo todo el día —le espeté—. Vamos.

—No es por ahí.

Me paré y me di la vuelta. Señaló una camioneta de la empresa llena de polvo que había aparcada al otro lado del edificio. Me mordí la lengua y me dirigí al vehículo. Me abrió la puerta, esperó a que entrase y la cerró.

¿Por qué no podía comportarse como un capullo y dejar de ser un caballero? ¿No podía darme lo que quería y dejarme en paz, aunque solo fuera por una vez?

Alguien lo llamó antes de que entrase en la camioneta. Un tipo mayor le dio una palmada en la espalda, el típico saludo entre hombres. No pude oír su conversación porque las ventanillas estaban cerradas.

Su teléfono, que estaba en el portavasos, se iluminó y vi un mensaje.

PAPÁ: Ha vuelto a Toronto. Se quedará allí una temporada, al menos.

Ya había visto su móvil en otra ocasión y no era como ese. Este era un modelo diferente y parecía nuevo. Quizá no fuese el suyo.

Miré hacia el otro lado, por la ventanilla, cuando abrió la puerta del lado del conductor. Entró en silencio. Su envergadura no era un problema en esa espaciosa camioneta. Sus largas piernas entraban cómodamente. Encendió el motor y pisó el acelerador.

Me pregunté si recordaría las veces que habíamos estado juntos en mi coche, igual que las recordaba yo. Si es que alguna vez habían significado algo para él.

«¡Para! Deja de pensar en vosotros dos. Ya sabes adónde te llevará eso.»

Cuando estaba cerca de él no confiaba en mí misma. Quería soltarle un

montón de acusaciones, acribillarle con preguntas para las que necesitaba desesperadamente una respuesta. Pero no lo hice.

«Eso es una novedad», pensé.

Él me lanzó una mirada, pero aparté la vista y miré por la ventanilla. Detuvo la camioneta.

—Dame unos minutos. Los chicos llevan todo el día esperándome —dijo, y salió del vehículo.

Varios hombres de distintas edades y complejiones, todos con su casco, se le acercaron. Esta vez bajé la ventanilla para poder oír la conversación. Ví que la gente lo respetaba, que se dirigían a él para confirmar ciertas cosas, para preguntarle qué debían hacer. Él parecía tener respuestas para la mayoría de sus dudas. Y, cuando no era así, les prometía que las averiguaría. Sacó una libretita del bolsillo de atrás y un bolígrafo del de delante y lo anotó todo.

No me gustó descubrir lo competente que era. Lo responsable que era, al menos en lo referente al trabajo. Al parecer, no era igual en los otros aspectos de su vida.

—¿Cómo ha ido con ese proyecto en el que estabas trabajando fuera de la ciudad? Rick nos dijo que se suponía que solo te llevaría un par de días —preguntó uno de los hombres. Llevaba una gorra sucia en lugar de un casco.

—Hubo algunas complicaciones —respondió Cameron—. Con las cañerías, la electricidad... Faltaban algunos materiales.

—¿Los habían robado?

Cameron se encogió de hombros.

—Ya está arreglado.

El hombre se acarició la barba.

—Me han dicho que llevó bastante tiempo.

Cameron asintió.

—Unos cuantos días.

—Pero lo has terminado. Buen trabajo, jefe. —Le dio una palmada en la espalda—. ¿Vas a venir a tomar una cerveza con nosotros?

Cameron negó con la cabeza, pero le sonrió.

—Hoy vais a tener que tomárosela sin mí, Mack.

—Como siempre. Tienes que ir a ver a alguna chica, ¿eh?

De repente, Cameron se volvió y me pilló mirándolo. En lugar de apartar la vista, lo miré a los ojos.

—Si ella quiere —contestó.

—Bueno, pues ¡haz que quiera! Venga, lárgate de aquí. Algunos tenemos que trabajar.

Cameron entró en la camioneta en silencio, arrancó el motor y pisó nuevamente el acelerador. Yo miré al frente, fingiendo interés por lo que veía, pero lo cierto era que... no podía dejar de pensar en que estaba a mi lado, tanto que su presencia me dolía.

—A este lugar lo llamamos El Patio. —Di un brinco al oír su voz, pero él continuó sin hacer ningún comentario—: La oficina de la ciudad se llama La Corbata.

Me habría reído de no haber sentido una opresión en el corazón. Pero, si él era capaz de comportarse de forma despreocupada, yo también lo era.

—¿Y eso? —pregunté.

—Allí es donde nos reunimos con los clientes y tenemos reuniones y presentaciones, sobre todo.

Rick ya me lo había dicho.

—¿Y?

—Y tienes que ponerte una corbata —respondí. Pude oír su sonrisa en su voz—. Son las normas de Rick.

Sonreí.

—Recibirás llamadas de clientes para acordar reuniones con Rick o, si él

no está disponible, conmigo o con Elijah. Es uno de los capataces, ya lo conocerás.

Me explicó que los tres edificios tenían funciones diferentes. El primero en el que había entrado era la oficina. El segundo era para los trabajadores. Tenía un comedor, un baño y un lugar donde podían refrescarse cuando hacía demasiado calor durante el verano, básicamente, unos vestuarios enormes. El tercero era un almacén.

Mientras nos desplazábamos por El Patio, fue señalando los distintos lugares y máquinas y explicándome para qué servían. Me habló del proceso de criba de escombros y de los tipos de tierra y de piedras que solían encargarse los clientes.

—Pero tú no tendrás que responder a las llamadas de los clientes que quieren hacer los pedidos de arena y grava —explicó—. Ese es el trabajo de las otras tres chicas. Tú te ocuparás sobre todo de la parte de la construcción. Deb te lo explicaré.

—¿Rick es tu padre?

Pero ¿es que me había dado un golpe en la cabeza?

—Ojalá —respondió al cabo de un momento.

Después de eso, no me dijo nada más. Tenía una gran habilidad para eludir las preguntas o responderlas sin revelar nada. Yo sabía que era así con todo el mundo, y no solo conmigo, pero me resultaba frustrante de todos modos. Y si dejaba que la reina del drama que había en mí se hiciera con el control, me sentiría dolida por estar en el mismo saco que todos los demás. Yo no era nadie especial, ¿por qué, entonces, tendría que confesarme algo que tampoco contaría a nadie más?

«¿Dónde narices estabas? ¿Qué hiciste? ¿Por qué no me escribiste?

»¿Sigo siendo importante para ti?

»¿Lo fui alguna vez?»

Pero no le pregunté nada de todo eso. Todas esas preguntas me parecían patéticas y desesperadas, y yo no quería ser así. El orgullo me mantuvo en mi sitio.

Cuando aparcó el vehículo en el mismo sitio donde estaba antes, salí pitando en dirección a mi coche. Necesitaba salir de allí cuanto antes. Estar con él me trastocaba todas las emociones. Y entonces caí en la cuenta de que todavía tenía que hablar con Deb.

—Mierda.

Caminé hacia la oficina, con sus ojos azules clavados en mí. Luego me siguió. Esperé a que Deb terminase de hablar por teléfono. Se disculpó porque ese día estaba demasiado ocupada para poder explicarme cómo funcionaba todo, pero me dio una carpeta y me pidió que volviese al cabo de un par de días. Me dijo que me llamaría para decirme en qué momento no estaría tan abrumada de trabajo y podríamos decidir qué día empezaría mi formación. La carpeta que me había dado contenía la mayor parte de la información que necesitaba.

—Deja que adivine. Rick no te ha preguntado gran cosa —dijo Deb. Sonó el teléfono, pero lo ignoró.

—Tampoco me ha contado gran cosa.

Puso los ojos en blanco sin mala intención.

—¡Lo sabía! —exclamó. Luego me dijo lo que cobraría por hora, aunque Rick ya me había informado sobre eso, al menos—. ¿Te parece bien? —preguntó, sonriente.

—¡Sí, Dios mío!

Ella se echó a reír y luego nos despedimos. Salí de la oficina sintiéndome mejor de lo que me había sentido en días. No, semanas. Tenía que celebrarlo con un buen batido. Compraría pizza para los chicos del taller, y cena para llevar para papá y para Dylan. Y tenía que llamar a Tala e invitarla a ver una

película. Madre mía, ¿cuándo era la última vez que había ido al cine? Ni siquiera me acordaba.

Con ese dinero, podría ahorrar más y podría comprar antes la parte del negocio de Andrew. Nos libraríamos del parásito para siempre. ¡No podía esperar!

Cuando vi a Cameron, que estaba fuera charlando con otro hombre, se me borró la sonrisa. Me fui a toda prisa hacia mi coche, mascullando no sé qué sobre espíritus malvados.

—Kara —me llamó Cameron—. ¡Espera!

Me volví y lo miré con impaciencia.

«¿Cómo puedes plantarte delante de mí como si no hubiese pasado nada?», pensé.

—¿Qué? —le espeté.

«¿Cómo puede ser que todavía me afecte tu condenada sonrisa? Te odio.»

—Necesito que me lleves a casa —dijo—. Todavía me lo debes.

Me quedé boquiabierta.

—Pero antes tengo que fichar. Vuelvo enseguida.

Lo observé correr hacia el segundo edificio.

Debía de haberme dañado los tímpanos la última vez que me había limpiado los oídos. Internet me había advertido contra los bastoncillos, porque solo servían para empujar la cera más al fondo, pero yo, por supuesto, nunca hacía caso. Debía de ser eso.

No podía ser que me hubiese pedido que le llevara a su casa, ¿no?

Me fui hacia el coche a toda prisa y arranqué.

«A tus oídos no les pasa nada. ¡Lo has oído perfectamente, tía!»

¡Qué huevos! Sería capaz de estrangularlo con mis propias manos.

Justo cuando iba a largarme pitando del aparcamiento, un camión gigantesco decidió bloquearme el paso. Cerré los ojos, derrotada, y empecé a dar

cabezazos contra el volante.

—Tiene que ser una puta broma.

Y entonces oí unos golpecitos en la ventanilla del copiloto. Era él, cómo no.

Parecía haberse lavado un poco. Tenía la cara más limpia y la mancha de grasa había desaparecido. Ya no llevaba el pelo recogido, y sus rizos oscuros estaban despeinados de una forma adorable. Se había cambiado de ropa; ahora vestía unos vaqueros oscuros y una camisa gris.

—Si me dejas entrar, le pido que aparte el camión —se ofreció.

Su voz me llegaba amortiguada porque la ventanilla estaba cerrada, pero lo oí bien. Y también oí que se estaba divirtiendo.

—Se va a quedar aquí media hora más —me advirtió.

Lo miré con el ceño fruncido y él sonrió.

«Es tu oportunidad para demostrarle que no te afecta. Hazlo. Enséñale quién tiene la sartén por el mango. Si puedes controlarte, claro. O puedes seguir poniéndote en ridículo explotando contra él otra vez. A ver si esta vez no te ignora y se marcha.»

«Cállate de una vez. Y sal de mi cabeza», contesté a la voz para mis adentros.

«En realidad, entre vosotros dos no ha pasado nada. No hubo promesas. ¿Por qué estás tan dolida?»

Porque lo había dejado entrar. Le había abierto mi corazón, y no lo habría hecho si él no me hubiese ido detrás, si no me hubiese dicho todas esas mentiras. No había sido un sueño. No me lo había inventado yo.

Esta vez, mi voz interior se quedó en silencio. Quizá debía dejar que Cameron entrase en el coche. Le demostraría que no me afectaba en absoluto.

Abrí la puerta y salí del coche.

—Conduces tú, Bigfoot.

—Así que Bigfoot, ¿eh?

—Si no quieres, olvídate de...

—Vale, vale —respondió al instante, sorprendido y complacido porque hubiese accedido.

Primero fue a hablar con el conductor del camión y, por descontado, el vehículo se apartó. Parecía acostumbrado a salirse con la suya en aquel lugar. Era el príncipe de la melena negra, el taciturno chico de oro.

Con sus hombres se mostraba dispuesto a ayudar y, de algún modo, cercano. Cuando quería, claro. Tras las conversaciones que había presenciado, me había dado cuenta de que mantenía una cierta distancia con todos. Tampoco parecía pasar tiempo con ellos fuera del horario laboral. Recordé que uno de los hombres había dicho que nunca iba con ellos a tomar una cerveza. ¿Qué narices hacía cuando no estaba en la universidad ni trabajando?

Se sentó en el lado del conductor. Me negué a reconocer la punzada que sentí cuando ajustó el asiento para acomodar sus largas piernas. Todo me resultaba muy familiar. La reacción que yo había tenido al verlo hacer eso mismo la primera semana había sido muy distinta a la de ahora. Ahora me sentía... triste.

Bajó un poco la ventanilla, arrancó y metió la marcha atrás. Unos segundos después ya estábamos en la carretera. Conducía con una sola mano.

Me fijé en él, en su prominente mandíbula, su manaza sobre el volante, y los arañazos de sus nudillos. En sus largos dedos. Un mechón de pelo negro sobre su piel. El movimiento de su pierna al pisar el acelerador.

Aparté la vista apretando los dientes.

Encendí la radio, miré la hora y subí el volumen. No sirvió para disipar la tensión que se respiraba en el coche, pero la hizo más fácil de soportar.

Igual que cuando me había llevado por El Patio, no aparté los ojos de la ventanilla para no tener que mirarlo a él. Apagué la radio y volví a mirar la hora. Habían pasado ocho minutos.

—Me mentiste —le solté.

Percibí que su cuerpazo se ponía en estado de alerta.

—¿En qué te mentí? —preguntó en voz baja.

—En lo del coche, capullo. Me dijiste que no tenías otro vehículo.

Su cuerpo se relajó visiblemente. Una tímida sonrisa empezaba a asomar a sus hermosos labios.

—Nunca dije tal cosa.

—Sí, sí que lo dijiste.

—Me preguntaste si el BMW era mío, y yo te dije que no.

¿De verdad era eso lo que había dicho?

—¿Cómo puede ser que te acuerdes de esa conversación?

Yo no me acordaba ni de lo que había comido el día anterior.

—Me acuerdo —respondió en voz baja— porque me acuerdo de todas nuestras conversaciones.

«Oh, no. No, no, no.»

Mi corazón traicionero se detuvo un instante. Yo no quería eso. Quería librarme de la maldición que me había lanzado. De su magia negra, que había afectado a mi corazón. Necesitaba un exorcismo, un sacerdote.

—¿Por qué?

¿En serio le había preguntado eso? Pero ¿por qué?

«Porque quieres oír lo importante que eres para él. Lo que significas para él. Si es que significas algo.»

—Ya sabes por qué —dijo con dulzura. Entonces se volvió para mirarme y sus ojos volvieron a ejercer una atracción sobre mí que ya había sentido antes —. Lo sabes.

De repente, sentí que estaba enfadada. Estaba tan furiosa que me costaba respirar; inhalaba y exhalaba tan deprisa que no podía evitar jadear.

—Para en un lado de la carretera. ¡Ahora!

En cuanto lo hizo, salí corriendo del coche. No podía estar cerca de él. Simplemente, no era capaz. Estaba perdiendo los papeles y de ningún modo iba a estallar como lo había hecho la noche antes de que se marchase.

Eché a andar. Oí que cerraba la puerta del coche.

—¿Adónde coño vas? —me gritó.

Apreté con fuerza los puños. Se estaba haciendo tarde y el sol estaba a punto de ponerse. Todavía estábamos fuera de la ciudad, y los vehículos que circulaban iban por encima del límite de velocidad. Los oía pasar zumbando junto a mí, a tal velocidad que el suelo temblaba a su paso.

No me importó. Si tenía que ir andando hasta casa, lo haría. Ya no podía estar cerca de él. Pero no era estúpida y de ninguna manera quería morir: me mantuve lejos de la carretera, pero seguí caminando tan rápido como pude.

—¡No es asunto tuyo, joder! —grité yo.

De repente apareció a mi lado, cerca de la carretera. Sabía que me estaba protegiendo de los coches, pero solo sirvió para enfurecerme más.

Quería que dejase de gustarme. Quería librarme de él. Y cada vez que tenía un gesto amable o dulce, mi corazón traicionero cedía un poco más.

—¿Vas a ir andando hasta tu casa? ¿Ese es el plan? —preguntó en tono exigente.

—¿Qué más te da? No tienes por qué saber nada sobre mí cuando tú ni siquiera eres capaz de... Ni siquiera eres capaz de...

—¿Ni siquiera soy capaz de qué?

Estaba a punto de arrearle un puñetazo en su cara bonita. Aceleré, pero él me siguió el ritmo.

—Perdí el móvil —dijo de repente.

Me detuve en seco y le lancé una mirada asesina.

—No pensaba que caerías tan bajo como para mentirme de esta manera.

—No te estoy mintiendo.

Quizá fuera verdad... por eso había visto un teléfono nuevo en su camioneta.

—¿Quieres decir que perdiste el móvil justo después de que yo te escribiera un mensaje esa noche?

—No —respondió al cabo de un instante—. Lo perdí más tarde.

—Entonces, simplemente, no quisiste responder.

Se pasó los dedos por el pelo.

—No se trata de querer.

—Entonces ¿de qué se trata?

—Era mejor así —contestó—. En aquel momento.

Se había acabado. Se había acabado del todo.

—Que te den, Cameron. Déjame en paz de una puta vez.

Eché a andar de nuevo mientras intentaba calmarme. Odiaba la rapidez con la que él era capaz de enfurecerme. Sabía que tenía un carácter fuerte, pero nadie podía encenderme tan rápido como él.

Él caminó junto a mí, pero se quedó a una cierta distancia. Los pensamientos se sucedían en mi mente como un remolino, uno tras otro.

La conclusión era que ir con él en el mismo vehículo no iba a funcionar. Teníamos que repararle la moto, y rápido. En el trabajo sí que podría lidiar con él. Solo tendría que asegurarme de que hubiese más gente a nuestro alrededor todo el tiempo, y lo trataría igual que al resto de los compañeros de trabajo. Ese era un buen plan.

—Oye, escucha —dije. Me sentía considerablemente más tranquila.

Él estudió mi rostro y debió de comprender que la tormenta había pasado ya. Se acercó para poder oírme bien.

—Vale. Si de verdad perdiste el teléfono...

—Lo perdí de verdad.

—... eso significa que no recibiste mi mensaje. Dylan se equivocó al pedir la pieza para tu moto. Lo siento —dije, casi atragantándome con la disculpa—.

Ya me he encargado de arreglarlo, pero tardará otras tres semanas. Por desgracia.

—Pues nada, tendrás que seguir llevándome a los sitios.

Sentí que me palpitaba un ojo.

—No, ni hablar.

—Sí.

—¡Ese trato se rompió cuando te fuiste! —dije.

—No se ha roto nada.

¿Que no se había roto nada? ¿De verdad creía eso?

—Tienes otro vehículo. No te pienso llevar.

Su falta de respuesta me enfureció. Como si mi argumento fuese nulo. Aunque técnicamente lo era. Lo que habíamos acordado era que lo llevaría hasta que su motocicleta estuviese arreglada, pero entonces no tenía ni idea de que disponía de otro vehículo.

«Y si lo hubieses sabido, ¿habría cambiado algo?»

Me detuve de nuevo y lo miré.

—¿Cuánto tiempo piensas usar esta excusa? —le espeté—. Ya me estoy cansando.

No contestó.

—¿Cuánto tiempo? —repetí.

Él me miró a los ojos.

—El que haga falta.

—¿El que haga falta?

—El que haga falta para volver a gustarte.

Me llevé la mano al estómago al sentir un cosquilleo.

—Eso no va a pasar. Nunca.

—Ya —respondió en voz baja—, porque soy igual que todos los demás.

En su voz había un deje de amargura que nunca había escuchado antes.

Tampoco se me pasó por alto el dolor que se escondía tras él.

«Eres igual que todos los demás.»

Le había dicho eso la noche antes de que se marchase. Ahora me daba cuenta de lo hiriente que sonaba, pero en aquel momento era mi verdad. Él también me había hecho daño a mí. Peor aún, se había marchado sin decir una palabra.

—¿Estás enfadado conmigo? ¡Joder! ¿Me tomas el pelo? —grité. Eché a andar a pasos rápidos, y antes de darme cuenta estaba corriendo.

Miré atrás y vi a Cameron a unos metros de distancia. Me estaba dando espacio, pero no era suficiente. Necesitaba no verlo. Necesitaba otro mundo en el que vivir sin él.

De repente, atisbé un coche que ralentizaba la velocidad cerca de mí. Corrí cerca de la carretera, saludando con la mano. El coche se detuvo y entré.

Con el rabillo del ojo vi que Cameron corría hacia mí; lo oí gritar mi nombre. Cerré la puerta del coche y me olvidé de su existencia.

—Gracias por llevarme, señora Chung.

—De nada, Kara, cariño. ¿Seguro que no sabías quién era ese chico? Te estaba siguiendo.

—Igual quería venderme algo.

—¿Fruta, quizá? —sugirió—. Pero era muy guapo, ¿verdad?

Le dije adiós con la mano y la miré mientras se marchaba. Estaba a punto de volverme para entrar en casa cuando vi mi propio coche, que se acercaba por la calle a toda velocidad.

Cameron me dirigió una mirada asesina mientras lo aparcaba. Cerró la puerta de golpe y se me acercó con aire decidido. Los ojos le ardían de furia.

—Dime ahora mismo qué cojones estás intentando demostrar —exigió en voz baja. Peligrosa.

—No necesito demostrarte nada. Tú, en cambio, tienes mucho que

demostrar.

—¿Podría haber sido un asesino!

—Podría. Pero obviamente no lo era, porque sigo viva.

—Y le has pedido que te deje en tu casa. ¡En tu casa! ¡Ahora sabe dónde vives! ¿Es que no tienes puto instinto de supervivencia?

Caminaba de un lado a otro delante de mí. Sus profundos ojos azules tenían un aire salvaje, le brillaban de ira. Sentí una especie de satisfacción enfermiza al verlo perder el control. Por una vez.

—En primer lugar —le espeté—, ¿quién eres tú para darme sermones sobre el instinto de supervivencia? Te recuerdo que saltaste delante de mi coche. ¡Podría haberte atropellado y entonces habría acabado en la cárcel!

Me fulminó con la mirada.

—En segundo lugar, no soy tan estúpida como para meterme en el coche de cualquiera. Conocía a la conductora. Y, en tercer lugar, no tienes ningún derecho a decirme lo que debo hacer.

Se detuvo y me miró.

—Te fuiste sin decirme una puta palabra —le reproché por fin.

Le costaba respirar. Su mirada se había oscurecido y había levantado de nuevo sus muros.

—Dime por qué narices te fuiste, Cameron.

Respiró hondo. Fijó su profunda mirada azul y clara en mi rostro.

—Kara... —dijo en voz baja.

Cuando se comportaba así, parecía tan vulnerable y necesitado... Sentí que mi determinación se quebraba. Se acercó y sostuvo mi cara entre sus grandes manos; me acarició la mejilla con el pulgar y descendió hasta mi labio inferior, en una caricia llena de anhelo que hizo que se me formara un nudo en la garganta.

—Kara... —repitió.

«No.» Pero cerré los ojos, mientras mi cuerpo luchaba con todas sus fuerzas para no inclinarse hacia él, para no ceder.

—No hay otra mujer en el puto mundo que sea capaz de hacer que me postre ante ella. Solo tú.

Sentí que sus labios rozaban los míos, tan suavemente, tan fugazmente, que se despertó un anhelo en mi corazón.

Y cuando abrí los ojos ya no estaba.

Kara

Eran muchas las veces que no quería levantarme cuando me despertaba por la mañana.

Normalmente, mantenía apagado el cerebro e iba realizando una a una las acciones que mi rutina requería. Me ayudaba no pensar en todo lo que tenía que hacer durante el día y a concentrarme en una tarea cada vez.

Despertarme, tomar café, desayunar, prepararme. Ir a clase, tomar café, comer de camino, ir al trabajo, hacer recados, tomar café, preocuparme, hacer los deberes, repasar. Comer, ducharme, preocuparme, irme a la cama. Repetir.

Pero ese día era distinto.

Ese día no me dolía solo el cuerpo. También me dolía el corazón.

Deseé tener suficiente dinero para mudarme a otra provincia, a otro país o a otro planeta. Quizá, a lo largo de mi vida, alguien inventaría una máquina del tiempo. En ese caso, esperaba poder permitirme comprar o alquilar una. ¡Cuánto me divertiría!

Oía ruidos en la cocina que indicaban que mi padre estaba preparando el desayuno. Pensar en lo mucho que trabajaba fue la razón por la que finalmente me obligué a moverme. Sabía que, incluso después de su jornada en el taller, aceptaba los trabajos puntuales que podía para ganar un dinero extra. Esa noche tenía que pintar el gimnasio municipal. Si mi supervisora en el asilo no me llamaba, yo iría a ayudarle.

Salí de la cama, no sin esfuerzo, y miré el teléfono. Sin embargo, mi cerebro

no sería capaz de comprender ningún mensaje si no me tomaba antes un café, así que finalmente lo ignoré y fui hacia la cocina.

—Buenos días, cariño —me saludó mi padre mientras me sentaba frente a la isla—. Aquí tienes.

Cogí la taza de café que me tendía, di un trago, inhalé su aroma y di otro.

—¿Cereales o tostadas? —preguntó como cada mañana, porque era lo único que mi estómago aceptaba cuando estaba recién levantada.

—Tostadas, por favor —murmuré, con la cara casi metida en el café.

—¡Marchando unas tostadas! Bueno —empezó a decir en cuanto me puso la tostada delante y me rellenó la taza—. ¿Cómo está mi hija preferida?

—Soy tu única hija.

—Creo que en otra dimensión debo de tener unas diez hijas —respondió mientras limpiaba la encimera—. Pero tú serías mi favorita.

«No se puede negar que soy hija de mi padre», pensé.

—Estaba pensando en comprar una máquina del tiempo.

A mi padre le brillaron los ojos, divertido.

—Si tú vas antes, échale un vistazo a mi futuro yo y dime si sigo estando bueno, ¿vale?

Le guiñé un ojo y me obligué a ponerme de mejor humor.

—Cuenta con ello. —Lo observé mientras iba al fregadero, lavaba la bayeta y la colgaba sobre el largo grifo para que se secase—. Oye, papá —dije, y esperé a que se diese la vuelta para mirarme—. He conseguido el trabajo.

Cuando mi padre sonreía, cuando sonreía de verdad, se le iluminaba toda la cara. Era difícil no devolverle la sonrisa.

—Oh, cariño, ¡lo sabía! ¡Felicidades! ¿Quieres que lo celebremos esta noche con una pizza?

Asentí, contenta.

Él frunció el ceño.

—¡Ay! Perdona, me acabo de acordar de que esta noche tengo un trabajo extra. ¿Qué tal mañana por la noche?

Era verdad. El gimnasio municipal.

—Suena bien. Después de clase, si no tengo que trabajar, iré al gimnasio a echarle una mano.

—No hace falta. Dylan me ayudará durante un par de horas y Erwin también va a venir. Sobre este nuevo trabajo...

—Buenos días —masculló mi hermano, soñoliento, mientras entraba en la cocina.

Mi padre le sirvió beicon y tortitas de la sartén y le tendió el plato. Dylan cogió algo de beber de la nevera y se sentó junto a mí. Engulló la comida en cinco segundos. Yo era incapaz de entender cómo podía comer tanto por las mañanas.

—Bueno, chicos, tengo que irme a abrir el taller. Nos vemos esta noche. ¡No os metáis en líos! —Nos acarició la cabeza a los dos, se dirigió a la puerta, se puso la chaqueta, los zapatos y la gorra y se marchó.

—Eh, Dyl —le dije—. He conseguido el trabajo.

Él asintió, medio dormido, y dio un trago de zumo de manzana.

—Sabía que lo conseguirías.

—Bueno, ¿quién es tu amigo, el que me recomendó?

Clavó el tenedor en las tortitas y se las metió en la boca, con los ojos medio cerrados. Siempre me preocupaba que muriese ahogado cuando comía medio dormido, pero no había tenido ningún problema desde que había empezado a comer sólido. Di un sorbo de café.

—Cameron.

Me atraganté, escupí el café en la taza y empecé a toser.

—¿Qué?

Abrió los ojos, alarmado.

—¡Mierda! Se supone que no te lo tenía que decir.

—¿Cameron? —Me ardía la garganta—. ¿Cameron St. Laurent? ¿El de la moto con la que chocaste y te diste a la fuga?

Asintió con aire sombrío.

—No le digas que te lo he dicho.

—Pero... pero ¿cómo narices ha pasado eso? —balbuceé—. Quiero decir... ¿Es que hablas con él?

—No pasa nada. Encontré su número de teléfono y empecé a escribirle. Bueno, no creo que él sea mucho de escribir mensajes. La mayoría de las veces ni siquiera contesta, y cuando lo hace es con monosílabos, pero nos las arreglamos. Ahora siento que somos íntimos, ¿sabes? Como si fuésemos mejores amigos, o algo así.

—Ay, Dios —gemí. Colapsé sobre la isla de la cocina, con la mejilla sobre la fría superficie—. No, no, ¡no!

—En realidad es muy buen tío, Kar...

Se interrumpió cuando me levanté de la silla y lo miré con el ceño fruncido.

Ví una loncha de beicon que había en un lado de su plato. Sabía que siempre se lo guardaba para el final. Le gruñí, y algo de mi expresión debió de asustarle porque abrió mucho los ojos, aterrorizado. Sin piedad alguna, le arrebaté el beicon del plato y me lo metí en la boca.

—¡Nooo! —lloriqueó—. ¿Por qué?

—¡No vuelvas a hablar con él! —le ordené. Me fui al baño con paso firme, escupí el beicon en el inodoro y tiré de la cadena. Fui a mi habitación y miré el teléfono.

Se me paró el corazón al ver que tenía un mensaje. Era de un número desconocido. Miré el reloj y vi que ya eran más de las ocho.

¿Dónde estás? Soy Cameron.

¿Tenía un número nuevo? Ignoré su mensaje y guardé el número como «Hijo de Satán», pero luego lo cambié por Cameron el Capullo. Sonaba mejor. Después apagué el teléfono y me preparé para ir a la universidad.

Mi estado de ánimo continuó igual toda aquella mañana. Si alguien me hubiese preguntado de qué había hablado el profesor, habría contestado que ni siquiera recordaba haber ido a la universidad. En mi mente, seguía en la cama y le estaban hablando a mi aura.

Cuando la clase terminó, recogí mis cosas y salí al pasillo. Como de costumbre, me apoyé en la pared a esperar a que todo el mundo se quitase de en medio, para no tener que ir abriéndome paso a codazos y oler a gente que no tenía por qué oler nunca en mi vida. Diez segundos, veinte, treinta. Busqué el teléfono en la mochila. Me mordí el labio y lo volví a encender.

Vibró de inmediato al recibir varios mensajes. Me mordí el labio con más fuerza.

Eran de Tala y de Thomas.

Tal vez me sintiera decepcionada porque Cameron no me hubiese escrito, pero no hice caso.

«Tú no le has respondido antes. ¿Por qué esperabas que te volviera a escribir?»

Porque quería ver si era cierto lo que había dicho ayer.

«¿Y lo sabrás con un mensaje?»

Habría sido un buen comienzo.

«De todos modos, tampoco le habrías contestado.»

Quería que hiciese algo más que enviarme un mensaje.

«Pues ¡atención!»

Levanté la vista y el corazón, que hasta entonces parecía marchito, me dio un vuelco. Allí, en el mismo banco donde lo había visto en otra ocasión, estaba Cameron. En la misma posición, cómodo y despatarrado.

Su cuerpazo parecía relajado. Las musculosas piernas estaban estiradas, los codos flexionados y apoyados en el respaldo del banco. Parecía tranquilo, pero cuando mis ojos se encontraron con el azul de los suyos, vi que se avecinaba tormenta.

Nos miramos. Simplemente, nos miramos, captando todos los detalles.

Miré detrás de él. Estaba rodeado por el equipo de baloncesto, pero ignoraba a todo el mundo. Reparé en Caleb, que señaló a Cameron sonriéndome.

—¡Ha vuelto! —dijo solo moviendo los labios, mientras me hacía gestos para que me acercase a ellos.

Lo fulminé con la mirada y negué con la cabeza. Tenía ganas de embutirle un calcetín sucio en la boca. «¡Cállate!», quise gritarle. Era como un niño pequeño, y habría sido adorable de no haber sido porque yo no quería que Cameron se enterase de que lo había estado buscando. Cuando Cameron miró hacia atrás, Caleb dejó de moverse y apretó los labios con aspecto culpable. Me fui pitando de allí.

—Mierdamierdamierda —gemí mientras iba hacia la cafetería y buscaba una mesa donde sentarme.

Me pregunté si Caleb le habría contado ya que lo había estado buscando todo el tiempo, más de dos semanas, que había estado ausente. Probablemente sí.

Gemí, compadeciéndome de mí misma por ser tan estúpida. No debería haberle preguntado a Caleb por él.

Qué curioso que ahora, cuando ya estaba preparada para hablar sobre mis sentimientos, Tala no estuviese por ningún lado. En su mensaje me había dicho que tendría que faltar a clase porque tenía que ocuparse de un asunto familiar. Parecía estar muy ocupada, así que le había contestado que quedásemos en algún momento esa semana.

¡Qué frustrante era que la vida me sorprendiera con esos giros tan inesperados!

Excepto por los tres estudiantes que había en una esquina y los estudiantes de cocina que preparaban el bufet para la hora de comer, la cafetería estaba desierta. No sabía a ciencia cierta si servir los menús en la cafetería era parte de las prácticas de los estudiantes de cocina, pero lo que sí sabía es que cuando ellos estaban por allí la comida siempre estaba buena. Sin embargo, ese día no tenía entusiasmo ni para comer.

Dejé caer la mochila y el teléfono sobre la mesa y recosté la cabeza encima.

—¿Dónde estabas esta mañana?

—¡Joder! —Di un brinco cuando Cameron ocupó el asiento que había frente al mío.

Se apoyó en el respaldo, observándome con los ojos azules colmados de furia.

Me erguí y le lancé una mirada asesina.

—Te dije que no pensaba ir a recogerte más —le recordé, recelosa.

—Eso va a ser un problema.

—El único problema que hay es que sigues estando aquí, y...

«No hay otra mujer en el puto mundo que pueda hacer que me postre ante ella. Solo tú.»

—¿Y? —me apremió. Parecía cansado, como si no hubiese podido dormir esa noche, igual que yo. Pero, madre mía, qué guapo estaba.

—Y... y...

Mi teléfono se iluminó. Él bajó su mirada azul y leyó el mensaje.

—¿Quién es Thomas? —preguntó en tono cortante.

Durante un instante, pensé en mentirle y decirle que Thomas era mi novio. Me sentí muy tentada. Pero, al final, decidí no hacerlo. Mentir solo me causaría más sufrimiento.

—Es ese chaval que dudaba de que Jesucristo hubiese regresado de entre los muertos.

—¿Qué?

Cogí el teléfono y respondí a Thomas.

—¿Te falta el tiempo para enviarle un mensaje a él y al mío no has sido capaz de responder? —me reprochó, furioso.

Resoplé por la nariz, mostrando mi incredulidad.

—¿Acaso respondiste tú al mío? —le espeté—. Me pides muchas cosas, pero tú no das nada a cambio.

Apretó la mandíbula.

—Lo mejor es que me dejes en paz —dije en voz baja.

Agachó la vista y apretó con fuerza los puños. Cuando volvió a mirarme, en sus ojos había tal intensidad que se me formó un nudo en la garganta.

—Dime por qué te fuiste —añadí.

Se frotó la boca con la mano, sin que sus ojos azules se despegasen de mi rostro, como si estuviese memorizando todos y cada uno de mis rasgos. Sin embargo, continuó en silencio. Yo cogí mi mochila y mi teléfono y me marché.

—¡Mierda! —lo oí decir entre dientes, frustrado.

Pero lo ignoré, pese a que mi corazón me gritaba que me volviese y hablase con él.

Sabía que esa noche Cameron tenía entrenamiento. Tardé diez minutos en dar la vuelta al aparcamiento del campus antes de llegar al coche, e incluso entonces seguía dándole vueltas. ¿Debía quedarme a esperarle o marcharme sin más? Miré el teléfono por enésima vez aquel día. No tenía ningún mensaje suyo.

Eran las ocho y media y caí en la cuenta de que todavía faltaba media hora para que terminase de entrenar. Ya había anochecido, pero el aparcamiento estaba iluminado por la luz de las farolas. Solo quedaban unos quince coches,

la mayoría, probablemente, de los miembros del equipo de baloncesto. ¿Habría traído Cameron su propio vehículo?

—Me voy. No pienso esperar —murmuré entre dientes mientras metía el teléfono en la mochila.

Al levantar la vista, ahogué un grito.

Cameron estaba apoyado en un lado de mi coche, esperándome. Tenía la capucha puesta y su rostro angelical quedaba oculto, pero sabía que era él. Era imposible no reconocer el aire temerario y despreocupado de su postura o la confianza que impregnaba sus movimientos al apartarse del coche.

Levantó la vista y la necesidad que vi en su mirada azul me dijo más que sus palabras. Sin embargo, la enmascaró de inmediato, escondiéndose de mí una vez más.

«Esto no va a funcionar», pensé.

—No esperaba que lo hicieras —dijo en voz baja—, pero era lo que quería de todos modos.

Tragué saliva pese al nudo que tenía en la garganta. Me había oído.

—Pensaba que hoy tenías entrenamiento.

—Lo tenía.

—¿No has ido? —pregunté.

Él no contestó. Cerré los ojos y le rogué a Dios que me diera paciencia.

—Si no piensas hablar, vete —le pedí entre dientes—. Quiero irme a casa.

—No sé por qué coño no puedo olvidarme de ti —dijo de repente.

Sentí una opresión en el pecho.

—Yo...

Me sonó el teléfono y él interrumpió lo que iba a decir. Entornó los ojos.

—¿Es el mismo chico que te ha escrito esta mañana? —Su voz se había enfriado de nuevo. Su humor cambiaba muy rápidamente—. Me he ido un par de semanas y ya has pasado página. —Era una afirmación. Estaba convencido

de ello—. No sé qué cojones hago aquí.

Se apartó más del coche, bajó la cabeza y se pasó las manos por el pelo. Cuando volvió a levantarla, sus ojos azules me miraron con aire acusador.

Eso bastó para prender la mecha.

—¡Vete al infierno! —le grité.

No tenía ni idea de qué se había pensado. «¿No sé qué cojones hago aquí?» Y esa mirada que me había echado me había puesto furiosa. Como si yo no tuviera derecho a pasar página, como si yo lo hubiese engañado con otro, cuando era él quien se había marchado. Ni siquiera teníamos una relación.

«¿No sé qué cojones hago aquí?» Para eso, bien podría haberme dicho que yo no merecía la pena. Dolía muchísimo. No podía seguir así. Esto tenía que terminar de una puta vez.

—Ojalá no te hubiera conocido —confesé en voz baja.

Durante unos instantes se quedó perplejo, pero cualquier emoción que estuviese sintiendo fue ensombrecida cuando bajó la vista.

—Antes de conocerte me iba bien. Me estás confundiendo, pero lo peor es que me estás haciendo daño. Y me siento patética, porque he tenido mucho cuidado, muchísimo cuidado, para protegerme de gente como tú. Pero eres tan bueno, tan convincente, que, aunque había pasado muy poco tiempo, te dejé entrar en mi vida. Me pediste que confiase en ti, pero tú no confías en mí. Me das una de cal y otra de arena. Dices algo que me toca el corazón, pero luego me lo rompes no diciendo nada en absoluto. Desapareciste sin decir una puta palabra. Ojalá no me hubieses dicho ninguna de esas mentiras aquella noche antes de marcharte —continué—. Ojalá te hubieses ido sin más, así me habría resultado más sencillo olvidarte. Así no habría tenido que preocuparme ni sentir que había hecho algo para que te alejaras de mí. No habría tenido que echarte de menos ni esperar constantemente que me llamasen o me escribieses.

Le estaba abriendo mi corazón de nuevo, se lo estaba entregando, para que

volviera a hacerlo pedazos. ¿Por qué yo no aprendía nunca? Pero tenía que saberlo, y quizá después todo acabaría. Y pensar en que quizá se acabaría me asustaba, así que me enfadé más para enmascarar el miedo y luché con más fuerza.

—Si esto es un juego para ti —continué, con la voz rota—, para de una vez. Ya sé que tú no sientes lo mismo por mí, y no te estoy echando la culpa a ti. También es culpa mía. Me monté una película contigo, esperé cosas que no debía haber esperado. Y soy responsable de mis propios sentimientos. Pero ahora solo quiero que todo esto acabe. Quiero que dejes de importarme. Me parte el corazón que me importes tanto. Me lo pones muy difícil. Así que deja de jugar de una puta vez y aléjate de mí.

Me metí en el coche y cerré de un portazo. Me alejé del aparcamiento derrapando y, esta vez, no miré atrás.

Cuando aparqué frente al gimnasio municipal, toda mi ira se había apaciguado y había sido reemplazada por el cansancio y una sensación de tristeza y hastío. Había sido un día muy largo, como de costumbre, pero la tormenta emocional que Cameron me había provocado era lo que más exhausta me dejaba.

Ví a mi padre, que estaba cubriendo de blanco las paredes de color marrón caca.

—Hola, papá.

Dio tal brinco al oírme que casi se le cayó el rodillo de la mano. Yo me eché a reír. En nuestra familia nos sobresaltábamos con facilidad, incluso Dylan. Sobre todo Dylan.

—¡Me has dado un susto de muerte!

—Perdona. —Me reí, y al oír mi risa áspera me estremecí. Tiré la mochila al suelo y me dirigí hacia él.

El gimnasio debía de tener unos mil quinientos metros cuadrados. Era viejo,

oscuro y sombrío. No había duda de que las paredes blancas lo iluminarían. Era una pena que hubiesen construido unas habitaciones cerca de la entrada, ya que limitaban mucho la distribución del espacio. Si tirasen esas paredes y construyeran las habitaciones en la parte posterior, quedaría mucho más abierto. Era enorme. Me pregunté cuánto tiempo tardaría en terminar mi padre, y lo cansado que estaría después.

—¿Dónde está tu ayudante, papá?

Mojó el rodillo en el cubo de pintura.

—Se acaba de ir. Jamie lo ha llamado por teléfono para decirle que su hijo estaba enfermo.

—Espero que Junior esté bien —dije—. La última vez que lo vi, estaba en la ciudad tomándose un helado con su padre.

—Junior se pondrá bien. El chico está más sano que una manzana. Ha salido a su padre. —Deslizó el rodillo por la pared con manos expertas. Arriba y abajo, arriba y abajo. Me miró por encima del hombro y me sonrió—. Hace mucho tiempo que no vamos nosotros a tomar un helado, ¿verdad, Kara Koala?

Asentí. Me arremangué el suéter y me recogí el pelo en un moño sobre la cabeza. Cogí el otro rodillo, lo mojé en la pintura y le arreé un buen golpetazo a la pared con él.

Trabajamos durante un rato. Mi padre me contaba chistes malos y yo me reía a carcajadas. Me dolían los hombros y las piernas de trabajar, pero sabía que los músculos de mi padre estaban en peores condiciones. La última vez que le había dado un masaje, estaban duros como piedras.

—Te estás riendo, pero tienes los ojos tristes —observó mi padre de repente, sin mirarme—. ¿Me vas a contar de una vez qué te pasa?

Respiré hondo y seguí pintando.

—¿Qué querías ser de mayor cuando eras niño, papá?

—Oh, bueno. Veamos... —Exhaló un suspiro—. Creo que quería ser piloto

de coches de carreras.

Lo miré.

—Habrías sido un piloto estupendo, papá.

Se sonrojó.

—Gracias, cariño.

—No lo intentaste porque ella se quedó embarazada de mí —dije en voz baja—. ¿Verdad?

Me sentía muy triste.

—Te quería a ti más de lo que quería conducir coches veloces —respondió con sencillez. Dejó de pintar un momento y me miró—. Las decisiones que he tomado en esta vida, buenas o malas, han sido más y solo más. Y si no me he decidido por algo, fuera lo que fuese, ha sido porque no lo quería lo suficiente. Y os elegí a ti y a tu madre.

—Pero ella te dejó de todos modos.

Se encogió de hombros.

—También te dejó a ti. Y a Dyl. Esa fue su decisión. ¿Lo ves? Quería a ese hombre lo suficiente como para dejarnos. Y fue a por ello. Lo único que me enfureció en aquel momento fue que os hizo daño a Dylan y a ti.

—Y a ti. Pero ella se lo pierde.

Él asintió.

—Exacto.

—¿Te arrepientes de haberte quedado? Quiero decir... Podrías haber sido cualquier cosa que quisieras si no fuese por nosotros, que fuimos un lastre para ti. Charity me contó que habías estado entrenando para pilotar coches de carreras, que tenías patrocinadores... Y que entonces apareció mi madre.

Negó con la cabeza.

—Pero, Kara ¿tú me estás escuchando? —Estudió mi rostro unos instantes—. Cuéntame qué te preocupa.

Inspiré con fuerza y exhalé. Respiré hondo otra vez.

—Estoy confundida. Hay algo que quiero con mucha fuerza, pero... No sé si es lo más adecuado para mí, papá. En realidad, no hago más que decirme que es un error, y quizá sea cierto, pero entonces ¿por qué mi corazón sigue buscándolo pese a estar tan cansado? La verdad es que quizá sea un error y simplemente yo no quiera que lo sea. —Me reí sin ganas—. Lo que digo no tiene sentido, ¿verdad?

Dejó el rodillo sobre al plástico que cubría el suelo y me tendió la mano para que se la tomase. Me la cogió con ambas manos.

—Vamos a sentarnos un rato en las gradas —propuso, señalando el otro lado del gimnasio—. Quiero contarte una cosa.

—Está bien.

Nos sentamos el uno junto al otro y él se quedó en silencio unos instantes. Podía sentir que estaba intentando ordenar sus pensamientos para envolverlos en un pulcro lazo antes de presentármelos. Mi padre siempre tenía mucho cuidado con sus palabras.

—Kara... —empezó a decir—. Debes luchar para conseguir aquello que quieres en esta vida. Lucha por ello con todas tus fuerzas porque habrá mucha gente que intentará detenerte. Tu peor enemigo eres tú. No es malo querer una buena vida —continuó—. Para tu familia, para ti. No es malo querer realizar tus sueños y hacer todo lo que puedas para alcanzarlos. Pero hazlo con buen corazón y la conciencia limpia.

Exhaló un suspiro largo y profundo, dejándolo escapar poco a poco, en una larga corriente de aire.

—Piensa en las malas experiencias que has sufrido en tu vida. Hacerle a los demás lo mismo que otros te han hecho a ti es lo más despreciable que puedas imaginar. Porque tú ya sabes cómo te sentiste, conoces el sufrimiento mejor que nadie... y sabes lo mal que se sentirán los otros. La vida puede darte

muchos palos, cariño, pero no dejes que eso te endurezca el alma. Para mí, eso es vergonzoso y me partiría el corazón.

Me pregunté si se refería a mamá. Sabía que cuando se había marchado le había roto el corazón.

—Debes aprender a perdonar para poder continuar luchando por las grandes cosas que te están esperando, que están ahí para que tú las cojas con las dos manos. Una vez estén en tu poder, aférrate a ellas con toda la fuerza que tengas. No importa lo duro que sea o lo mucho que te confundan. Si tu mente y tu corazón están enfrentados, toma una decisión. Elige lo que más quieres. Lo que más te arrepentirías de dejar pasar.

—Lo haré —respondí con voz ronca.

—Lo sé. Yo perdoné a tu madre hace mucho tiempo. ¿Cómo podría seguir enfadado con ella, cuando me dio a Dylan y a ti? Lo único que no quiero es que estés triste. Sea lo que sea, quiero que seas feliz. La última persona que te impedirá que hagas lo que quieras seré yo. Ve a por ello, sea lo que sea. Dylan y yo sobreviviremos. Sé que te preocupas por el taller, pero lo que tenga que ser, será. ¿Estás preocupada por haber aceptado este otro trabajo? Ya sabes que a Charity le gusta ayudarnos. Cuando tú no estés, ella te sustituirá y, si no puede, ya nos apañaremos nosotros solos. No te preocupes demasiado. Sé niña, sé adulta, sé mujer, pero, sobre todo, sé tú misma. Simplemente, sé tú misma. Sea lo que sea lo que quieres... eso es lo que yo quiero que seas.

Cuando mi padre y yo llegamos a casa, estaba exhausta. Dylan había preparado pollo, arroz y patatas, pero apenas me mantenía en pie. Me salté la cena, me duché, me lavé los dientes y me fui directa a la cama. Antes de cerrar los ojos, no pude resistirme y cogí el teléfono. Tenía diez mensajes, todos ellos de Tala y Thomas.

Pero ninguno de Cameron.

Me sentía agotada y consumida.

A la mañana siguiente no fui a buscarlo. Que no me hubiese enviado ningún mensaje decía mucho y, a la vez, no decía nada. Cuando pasé junto a las aulas, en la universidad, no lo vi.

Por la noche me llamaron para trabajar y acepté sin dudarlo un segundo. Al día siguiente tenía que empezar en El Patio, pero el turno que me habían ofrecido en el asilo era solo de cuatro horas. Podría volver a casa a dormir unas cinco horas e ir a mis clases de por la mañana antes de ir a trabajar a El Patio. Saldría bien. Siempre salía bien.

Cuando llegó el día siguiente me obligué a sentirme emocionada, a concentrarme en que hacía sol y me convencí a mí misma de que todo saldría bien. Era mi primer día oficial en El Patio. Asistí a las clases matinales con la esperanza de ver a Tala, pero me escribió para decirme que ese día tampoco podría ir a la universidad. Quería telefonarla para ver qué estaba pasando, pero me dijo que estaría fuera toda la jornada y que pronto me pondría al día.

Intenté convencerme para no buscar a Cameron, pero lo hice de todos modos. Como había dicho Thomas, debía aceptar que lo que sentía por él era real y confiar en que, aunque me llevaría tiempo, acabaría por superarlo. Tenía que creer que lo conseguiría.

Me vibró el teléfono.

THOMAS: ¡Suerte en tu primer día! ¡Rómpete una pierna!

Le respondí rápidamente para darle las gracias y me fui al trabajo. Últimamente nos habíamos escrito mucho. Había sido un buen amigo y me sentía agradecida, especialmente en aquellos momentos.

Al llegar a la oficina, me di cuenta de que El Patio estaba bastante menos concurrido. Los empleados tenían un espacio asignado para aparcar detrás del edificio que me vino muy bien. Me imaginé saliendo del coche justo cuando un tráiler gigantesco pasaba zumbando y me salpicaba de barro. O de comida

para pájaros. Qué maravilla.

Esta vez, Deb no estaba tan ocupada. Me presentó a todo el mundo y me enseñó dónde estaba todo. Sin embargo, cuando entré en el almacén al que Cameron me había llevado para darme el casco, me entristecí de repente. No lo había visto ni había sabido nada de él desde la escena del aparcamiento. Sabía que tarde o temprano me encontraría con él en El Patio. O quizá no. Quizá volvería a desaparecer. Debería unirse a un circo. Tal vez entonces podría desaparecer para siempre en uno de esos trucos de magia.

«Lo echas de menos.»

¿De qué me servía negarlo? De todos modos, lo nuestro no podía funcionar. Necesitaba más de lo que él podía darme, y no quería obligarlo a darme más de lo que estaba preparado para dar porque quizá acabaría resentido conmigo.

Y no quería estar con él si no podía confiar en mí, porque quizá entonces sería yo quien acabaría resentida con él.

Me dolía el corazón de tanto pensar en él. Estaba cansada de tenerlo en la cabeza a todas horas.

—Lo has hecho fatal, ¿eh? —dijo Deb con cara de póquer mientras me daba unos golpecitos en la espalda—. No te olvides de volver este fin de semana, ¿me oyes? No pienso aceptar que nadie más ocupe mi puesto.

Me eché a reír.

—Sí, señora.

Era casi el final de mi primer día y había sido fantástico. Deb me caía muy bien. Era una mujer inteligente, con un sentido del humor irónico que yo apreciaba mucho. Aquel día tenía que marcharse un cuarto de hora antes para ir al médico y su marido ya la estaba esperando fuera.

—Lo captas todo enseguida. Eso me gusta. Bueno, escucha, puedes quedarte a archivar papeles o puedes irte ya, como prefieras. No te olvides de fichar al salir. Nos vemos el sábado.

—A primera hora —asentí—. Muchas gracias, Deb.

Se acarició la barriga y se levantó de la silla con un gruñido. Cogió el bolso y saludó con la mano a todos los que seguíamos en la oficina a modo de despedida. Solo estábamos Jerika y yo en las mesas y dos muchachos más en la sala de reuniones. Observé a Deb caminar con esos andares de pato tan graciosos de las embarazadas.

Abrió la puerta principal y alguien entró justo antes de que la cerrara.

Los profundos ojos azules de Cameron se encontraron con los míos.

Había secuestrado mi mirada. En los tres segundos que nos miramos, se me cruzaron por la mente un pensamiento tras otro a toda velocidad.

Un segundo.

«Te echo de menos.»

Dos segundos.

«Te odio.»

Tres segundos.

«Te echo de menos, joder.»

Entonces aparté la vista y miré los archivos que tenía delante. No veía nada más que su rostro en mi mente. El corazón me latía desbocado.

Dios, estaba tan guapo... Llevaba otra vez esa camiseta negra que le marcaba el contorno del pecho y los brazos, los vaqueros oscuros sucios, el casco y las botas con puntera de protección. La ropa de un trabajador y el rostro de un hermoso arcángel.

Pues claro que estaba allí. También era su lugar de trabajo, pero no lo había visto en todo el día, ni en la universidad ni en El Patio. Verlo ahora me pilló desprevenida.

Sentí que mi teléfono vibraba.

THOMAS: En diez minutos estoy ahí, estoy terminando unas gráficas. Hay una cafetería cerca de allí. Vamos y me cuentas cómo va el problema de tu amiga.

Centré mi atención en el mensaje de Thomas, pero mi cerebro no lo asimilaba. Lo volví a leer. Su trabajo estaba a unos tres minutos en coche de El Patio. Tenía una hora de descanso y, como yo ya había terminado, habíamos quedado para tomar un café.

Volví a levantar la vista, pero no vi a Cameron por ninguna parte. Cuando llegó la hora de irse, recogí mis cosas y fiché. Salí del edificio y se me paró el corazón al recordar el momento en el que Cameron me había tapado los ojos porque el sol brillaba demasiado.

Esta vez no había sol. Ni tampoco estaba Cameron.

Thomas detuvo el coche frente a la oficina y me saludó con la mano, sonriente. Le devolví el saludo. Estaba a punto de dirigirme hacia su coche cuando una mano firme me agarró de la muñeca. Levanté la vista y me encontré con un Cameron muy enfadado.

—¿Te vas a meter en el coche de ese tío? —preguntó, con voz gélida y mirada dura.

Alcé la barbilla.

—¡Pues sí!

—¿Quién es?

—No es asunto...

—Kara —dijo con suavidad. ¿Era mi imaginación o lo que oía en su voz era un ruego?—. No vayas.

«Mi corazón. Mi corazón. Por favor, no cedas ahora.»

—¿Por qué?

—Porque no quiero que te vayas con él.

Me pitaban los oídos. La esperanza y el deleite que me provocaban sus palabras solo me enfurecían más. Esta vez, más conmigo que con él.

—Lo siento, jefe. Ya he terminado mi jornada. Ahora deja que me vaya de

una vez.

Sacudí la mano y me soltó. Fui hacia el coche de Thomas con las piernas temblorosas, entré y me senté en el asiento del copiloto. Podía sentir los ojos de Cameron clavados en mi espalda.

—Kara —dijo Thomas con cautela—. ¿Es ese tu novio? Quiero decir, ¿el novio de tu «amiga»?

—Sí. —Me puse el cinturón, decidida a no mirar si Cameron seguía allí o se había ido. Todavía me temblaban las manos—. Ese es.

—Creo que he cometido un terrible error —susurró Thomas.

—¿Qué quieres decir?

—Me gustas como amiga, pero no sé si quiero que «eso» me dé una paliza. Es un monstruo. Tiene pinta de querer machacarme todos los huesos del cuerpo y darle los restos a los perros.

—Por eso mismo tienes que pisar el acelerador y salir pitando de aquí.

Se rio, nervioso.

—Buena idea.

Quise mirar atrás; quise saber si seguía allí, observando cómo nos marchábamos. Quise saber por qué me había parado, por qué había dicho todas esas cosas. Y por qué no había dicho todo lo que yo quería que dijera.

—Vuelve —dije de repente.

—¿Qué? —preguntó Thomas, mirándome extrañado.

—Lo siento, Thomas. Vuelve. Tengo que preguntarle algo.

—Está bien, pero ten cuidado. Parecía enfadado.

Volvió a El Patio y el corazón me dio un vuelco al ver que Cameron seguía plantado en el mismo sitio, como si supiese que iba a regresar.

«Toma una decisión», había dicho mi padre.

«Eso es lo que voy a hacer», pensé.

Cameron

Iba a volver. Tenía que hacerlo porque, de lo contrario, iría yo tras ella.

De ningún modo iba a dejarla marchar. No con ese tío. Con ningún tío.

Todavía no.

¡Nunca!

¿Acaso ella esperaba que la dejase escapar?

Probablemente sí. Probablemente pensaba que la había olvidado cuando me había marchado de la ciudad. Y, durante un tiempo, me había engañado a mí mismo convenciéndome de que podría olvidarla. De que lo había hecho.

Pero me había bastado con verla una sola vez en el despacho de Rick para que mis intenciones de olvidarla se fuesen al garete. Estar conmigo quizá le complicaría la vida más de lo que ya la tenía. Lo estaba pasando mal, lo veía con tanta claridad como la luz del día. Pero yo era egoísta. Era avaricioso. Y la deseaba.

Quería que volviese conmigo. Quería su ira, su enfado, sus malos modos. Cualquier cosa que pudiera conseguir.

Yo era débil cuando se trataba de ella. Ya me había dado cuenta. Luchar contra eso solo me convertía en un hijo de puta desgraciado.

No tenía ninguna razón para pensar que volvería conmigo. Le había dado todas las razones del mundo para mantenerse alejada de mí, pero había algo en mi interior que todavía albergaba esperanzas. Y que seguía deseándola.

Me quedé plantado en medio del patio, como un cabrón estúpido, esperando. Esperándola a ella.

Y, joder... Había dicho que nunca salía con chicos. ¿Quién era ese tipo que había venido a buscarla? ¿Qué le pasaba a su coche? Tenía un taller mecánico, por el amor de Dios. Además, ¿para qué necesitaba que nadie la viniese a buscar? Podía pedírmelo a mí.

Apreté los puños y sentí que las uñas se me clavaban contra las palmas de las manos.

Ella tenía que volver.

Me había jurado a mí mismo que nunca más esperaría a nadie, pero ella me había hecho romper esa promesa.

Podía sentir el azote del viento sobre la piel, pero me ardía de todos modos. Si no volvía, iría yo tras ella.

Cuando estaba a punto de meterme en la camioneta e ir en su busca, vi que el jeep blanco entraba en El Patio.

Sentí una opresión en el pecho al verla salir del vehículo y dirigirse hacia mí.

Kara.

Mi Kara.

La opresión se relajó un poco.

Estaba hecha una furia. Tenía el rostro sonrojado y su boca dibujaba una línea recta y tensa. El fuego que había en sus ojos avellana —esos ojos que protagonizaban mis sueños cada noche— me provocó una sacudida en todo el cuerpo, como si me hubiesen electrocutado.

Había vuelto por mí.

Nunca había visto una mujer tan hermosa como ella me lo pareció en aquel instante. No podía quitarle la vista de encima.

Lo que se estaba gestando entre los dos se había roto cuando me había

marchado. Pero ahora yo estaba allí, y había vuelto para recuperarla costara lo que costase.

Se detuvo frente a mí. Respiraba con dificultad, y no era por la distancia que había recorrido. Era por la rabia que sentía contra mí. La aceptaría. Aceptaría cualquier cosa que ella me diese.

Alzó la barbilla en un gesto desafiante y me miró con desdén. No podría esconder sus emociones ni aunque lo intentase. De algún modo, siempre acababa aflorando todo a la superficie: lo que sentía, lo que pensaba. Y, joder, yo nunca tenía suficiente.

—Dame una razón por la que deba quedarme aquí conmigo —exigió.

La miré. Y le dije la verdad.

—Te echo de menos —susurré—. Te echo tanto de menos que estoy perdiendo la puta razón.

Su mirada se suavizó, pero ella apenas se movió del sitio. Sabía que iba a ser difícil convencerla de que volviese a estar conmigo. Ya me lo esperaba, pero no estaba dispuesto a rendirme fácilmente. Esta vez no.

—Déjame arreglarlo —dije, pero en realidad era un ruego. Mi voz sonó hosca incluso para mis oídos.

Ella simplemente me miró sin decir nada. Empezaba a asustarme. ¿Iba a volver a irse con aquel chico? ¿Era el mismo que le había estado escribiendo y llamando?

Por encima de mi puto cadáver.

—¿Me acompañas a un sitio? —le pregunté en voz baja al tiempo que le tendía la mano—. ¿Kara?

La vi respirar hondo y cerrar los ojos unos instantes. Y, cuando los abrió, puso su mano sobre la mía.

Poco después estábamos en la carretera. Insistí en que fuésemos con el vehículo de la empresa. Hacía un poco de frío, así que llevábamos las

ventanillas subidas. Conducía a más de cien kilómetros por hora hacia un lugar que nadie sabía que era de mi propiedad. Si había alguien a quien quería enseñárselo, era a ella.

Miraba por la ventanilla, ocultándome así su hermoso rostro. Todavía estaba enfadada conmigo. No podía culparla. No había contestado a ninguna de sus preguntas.

—¿Adónde vamos? —preguntó al cabo de un rato, aún sin mirarme.

—Has dicho que apenas me conoces —empecé a decir.

Entonces sí que me miró. Deseé poder aparcar en alguna parte para poder acunar su rostro entre mis manos, sentir su piel y simplemente mirarla. Tocarla. Besarla. Saborearla.

—Así que te voy a llevar a un lugar que es importante para mí —terminé.

Parecía intrigada. Bien. Sin embargo, se volvió nuevamente hacia la ventanilla, apartando la mirada de mí.

Sentí una opresión en el pecho, pero la ignoré. Estaba allí conmigo y eso era lo único que importaba.

—¿Quién era ese chico? —pregunté.

—No pienso responder a ninguna de tus preguntas hasta que tú no respondas a las mías —contestó sin apartar la vista de la ventanilla.

—Me parece justo.

Tamborileé con los dedos sobre el volante. Estaba inquieto, tenía ganas de bronca. Preferiblemente, con ese tipo del que no quería contarme nada.

—Kara... —Joder, podía oír la impaciencia en mi voz.

—¿Sí?

—¿Quién era ese chico?

Se echó a reír, una carcajada cómplice y provocadora que solo podría emitir una mujer. Me echó una miradita.

—Te gustaría saberlo, ¿eh?

Maldita sea, sabía ser malvada cuando quería. Y yo no podía negar que me encantaba. Había echado de menos esa vena malévola todo el tiempo que había estado alejado de ella, pero en aquel momento me estaba volviendo loco.

—Bueno, pues pregúntame tú algo que quieras saber —concedí.

Volvió a mirar por la ventanilla, rechazándome.

Eso me dolió. Ya no quería saber nada sobre mí. ¿Habría roto con mi marcha todo lo que había entre nosotros? ¿Acaso ya no me deseaba?

—Dime por qué te fuiste —dijo al cabo de un momento.

Lo preguntó muy suavemente, en voz tan baja que me dolió el corazón.

—Te lo contaré cuando lleguemos. ¿Podrás esperar hasta entonces? —pregunté.

Asintió, pero siguió sin decir nada. ¿Quería eso decir que no me iba a contar quién era ese tipo hasta que no llegásemos?

Suspiré audiblemente, apartándome el pelo de la frente.

—Solo es un amigo de la iglesia —confesó en un tono desenfadado.

—¿No es... no es tu chico?

—Bueno...

La miré de repente. Sus ojos avellana estaban colmados de malicia, tal y como a mí me gustaba, aunque no cuando me torturaba de esta manera. No cuando se trataba de otro tío.

—¿Te das cuenta ahora de que te puede volver loco el no saber qué estoy pensando? ¿El que no te cuente nada?

Mantuve la boca cerrada. Tenía razón. Lo sabía. Ahora lo sabía.

—Es frustrante, ¿verdad? Hace que des ciertas cosas por hecho cuando en realidad no sabes si son verdad. ¿No te hace sentir fatal el mero hecho de estar dándole vueltas?

—Sí —admití.

—No puedo saber lo que estás pensando si no me lo dices.

—Está bien —murmuré—. Lo comprendo.

Eso pareció apaciguarla, porque finalmente contestó a mi pregunta:

—Solo es un chico.

—¿Qué?

—Un amigo. Me gusta.

—¿Te gusta?!

—Sí —dijo con descaro—. Me gusta. Me cae bien.

Su tono de voz me decía: «¿Qué piensas hacer al respecto, campeón?».

—Podría aplastarlo sin despeinarme —gruñí.

Ella se rio. Una carcajada femenina que tuvo un cierto efecto bajo mi abdomen.

—Pareces un novio celoso.

—Es que soy tu novio.

—No, no lo eres.

Tenía razón, pero de todos modos me dolió un poco que lo dijera. Sin embargo, tampoco parecía que la idea le repugnara, así que todavía albergaba la esperanza de que quisiera que fuese su novio. Ya me encargaría yo de convencerla.

—No tienes novio.

—No... Todavía —repuso, enfatizando la palabra «todavía».

Me estaba provocando, me estaba tendiendo una trampa para que yo reaccionase. Sabía que era celoso y que esto me estaba volviendo loco, pero no mostraba piedad alguna.

Supuse que me lo merecía, pero fui lo bastante inteligente como para mantener la boca cerrada.

Aquel día también llevaba puesto un vestido. Era de color rosa pálido y lo había combinado con unas medias negras... De las finas. De las que podían

hacer que un hombre se dejase llevar por su lado más salvaje.

Le recorrí las piernas con la mirada. Tenía unas piernas larguísimas y bien torneadas. La falda del vestido quedaba muy arriba de sus muslos, mostrando ese triángulo tan dulce donde acababan sus piernas. Mis manos ansiaban tocarlo.

—Tengo hambre —soltó de repente.

Me mordí el labio inferior. Yo también tenía hambre...

—Tengo algo de comida en la neverita. —Por Dios, mi voz sonó muy ronca—. Está detrás.

—¿Te llevas una neverita al trabajo? —preguntó con curiosidad. No me había dado cuenta de lo mucho que significaba para mí que quisiera conocerme hasta que no me había dicho lo contrario antes.

—Tengo que comer cada hora, más o menos —respondí—. Siempre tengo hambre.

Sentí que sus ojos recorrían mi cuerpo.

—No me extraña. —Masculló algo entre dientes que sonó más o menos como «¿por eso eres enorme?», pero no la oí bien.

Se desabrochó el cinturón y se dio la vuelta para alcanzar la nevera de detrás del asiento. Su brazo rozó el mío accidentalmente y apreté los dientes.

Volvió a sentarse y se puso la neverita en el regazo. Ese leve contacto no parecía haberla afectado en absoluto.

—El cinturón —gruñí.

Ella me ignoró y abrió la neverita.

—¡Madre mía! ¿Has metido la nevera de tu casa entera o qué?

—Si no te pones el cinturón voy a tener que parar.

—Vale. —Pero tardó otro minuto en hacerlo—. Madre de Dios. Estos bocadillos son gigantescos. ¿De qué son?

Yo no sabía cocinar. Normalmente, cogía un poco de pan, algo de fiambre y

queso y con eso me apañaba. En la neverita debía de haber unos cinco bocadillos grandes. No bromeaba cuando le había dicho que me entraba hambre más o menos cada hora.

—De jamón, de pollo... No sé. Comida —dije.

—Soy vegetariana.

—¿Qué es una vegetariana?

Me miró fijamente a la cara un momento y se echó a reír.

—Lo digo en serio. ¡Y tengo hambre! —refunfuñó.

—Un poco más adelante hay una estación de servicio. Allí podemos comprar algo de comer —le aseguré.

Cogió algo del bolso, se echó un poco de líquido en las manos y las frotó. Olía a alcohol y a melocotones; debía de ser un desinfectante.

—Bueno, ¿qué quieres que compre? —pregunté. Quería que siguiese hablando. La tristeza que había en su voz estaba desapareciendo, y yo quería volver a verla feliz, como antes. Conmigo—. No sé si sirven brotes de alfalfa salvaje ahumados a la carta, pero haré lo que pueda.

Me pellizcó un brazo.

—¡Ay!

Me había hecho daño, mucho daño. No se cortaba ni un pelo. Me froté el brazo rápidamente y volví a agarrar el volante enseguida.

—Cuando tengo hambre me convierto en el Increíble Hulk. No me tomes el pelo. Te lo digo en serio.

La miré y vi que había puesto morritos. Joder, era monísima. La echaba de menos. La echaba muchísimo de menos.

Estaba abriendo los bocadillos para ver de qué eran.

—¿Hay alguno de huevo?

—Pensaba que los vegetarianos no comían huevo.

—Esos son los veganos, que no comen ningún producto de origen animal.

Yo soy vegetariana. Hay distintas categorías. Los que pertenecemos a la mía comemos huevos, leche y queso.

Me encogí de hombros.

—De acuerdo. —Lo anoté mentalmente.

—Entonces ¿qué? ¿Hay alguno de huevo? —repitió, rebuscando en la neverita.

—Eso me obligaría a hervir los huevos, así que no.

Suspiró.

—Pero hay melocotones —dije en voz baja. Me pregunté si deduciría que había empezado a comerlos por ella, pero entonces me di cuenta de que no tenía forma de saberlo—. Búscalos. Están debajo de los bocadillos.

—¿En serio? ¡Qué bien!

La oí morder uno, y gimió.

Se me hizo la boca agua.

—Madre mía, qué maduros están. ¡Qué buenos! —exclamó, feliz.

—Dame uno. Me ha entrado hambre a mí también.

Le di un buen bocado, rozándole el dedo con la lengua. Se apartó, y vi que ponía unos ojos como platos. Fingí no haberme dado cuenta. Mastiqué y tragué.

—Más —pedí.

—No.

Se apartó. Todavía no me había perdonado. Lo entendía, pero... me entristecía. Y ensombrecía el buen humor que reinaba entre nosotros.

Pero no pasaba nada. Pronto lo arreglaría del todo.

—Tengo las manos pegajosas. Necesito un pañuelo —dijo, y abrió la guantera. La oí coger aire con brusquedad. Metió la mano y sacó algo que había dentro—. El lunes vi que llevabas esto puesto —dijo en voz baja—. ¿Tanto me echabas de menos?

Tenía en la mano el coiletero azul que le había robado. Había pasado un mes, pero parecía más tiempo. La miré a los ojos. Los suyos, avellanados, brillaban. «Son más verde hierba que marrones», pensé, y sentí una punzada en el corazón.

—Sí —respondí bruscamente.

—Entonces ¿por qué...? —se interrumpió.

—Porque fui un idiota. Lo siento, Kara —susurré.

Tragué saliva, pese a tener la garganta cerrada. Quería parar a un lado de la carretera, aparcar allí para poder estrecharla entre mis brazos, y así poner fin a todo lo malo que había sucedido entre los dos.

—Estaba preocupada por ti —confesó en voz baja.

—Lo siento. —Me sonó intrascendente. Lo que yo quería era demostrarle cómo me sentía, no decírselo.

—No quiero tus disculpas —repuso—. Quiero una explicación.

Me contuve para no frotarme la cara con las manos.

—Te contaré lo que pueda contarte cuando lleguemos a nuestro destino.

Enmudeció, satisfecha por el momento. Aunque no lo estaría durante mucho tiempo.

Al pensar en abrirme a ella se me encogió el corazón.

De niño había visto a algunos psiquiatras. Mi padre había insistido en que Raven me llevase a ver a un profesional después del incidente que había tenido lugar cuando tenía ocho años. Cuando ella se negó, él la amenazó con quitarle la custodia. Eso la asustó y la hizo decidirse.

Todos los médicos que había visto habían intentado por todos los medios hacerme hablar sobre lo sucedido, pero yo me había negado. De hecho, no había hablado durante un par de años después del incidente.

Seguía sin querer hablar de ello, pero por Kara lo intentaría.

Me hacía daño revivirlo. Cada vez que pensaba en ello o que intentaba

contarlo, me sentía como si en mi estómago hubiese un pozo lleno de la nada más absoluta, pero que poco a poco se iba llenando de ácido.

Ella se irguió en el asiento cuando puse el intermitente, reduje la velocidad y giré hacia una estación de servicio.

—¿Qué quieres comer? —Me desabroché el cinturón y cogí la cartera de la bandeja del reposabrazos que había entre los dos asientos—. Ya voy yo, tú quédate aquí.

—Voy contigo —repuso, y saltó del vehículo sin más.

Sonreí. No le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, y si se lo decían, hacía justo lo contrario. Parecía exhausta. Me pregunté si habría vuelto a aceptar turnos en el asilo y si habría dejado su trabajo en la cafetería. Esperaba que ahora que trabajaba para Rick todo fuese más fácil.

—¿Cuánto falta para llegar a ese sitio? —preguntó mientras se dirigía directa al pequeño restaurante que había junto a la gasolinera.

—Una hora, más o menos.

Abrió los ojos, alarmada.

—¿Qué? ¿A qué hora tienes pensado que volvamos a casa esta noche?

—Yo te llevaré a casa.

—Pensaba que faltaba media hora o algo así. Y ¿qué pasa con mi coche?

—Seguirá ahí mañana por la mañana. Yo te llevaré, no te preocupes. Coge lo que quieras para comer y vámonos.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—Vale. —Sonreí a escondidas.

Pensaba seguir diciéndole lo que tenía que hacer. No sería capaz de evitarlo, del mismo modo que ella no sería capaz de evitar reprochármelo. Era perfecto.

—Vale —dijo ella, solo porque sí.

Siempre quería tener la última palabra, al menos, conmigo.

Se tomó su tiempo, porque era evidente que seguía enfadada. Podía ser exasperante, pero hasta eso me gustaba. Me gustaba todo de ella.

Compré unas cuantas cosas en la tienda y las dejé en el asiento trasero. Nos volvimos a poner en marcha, mientras ella comía perritos calientes de tofu y boniato frito.

—Está bien que tengan ese restaurantito junto a la gasolinera.

—Es sobre todo para los camioneros.

Ella asintió y dio un buen mordisco a su perrito caliente.

—La dueña, una señora mayor, me ha dicho que su marido era camionero y que sabía lo mucho que costaba encontrar un plato caliente en la carretera, así que montó el restaurante. ¿No es bonito?

—¿Te has enterado de todo eso mientras comprabas un perrito caliente y boniato frito?

Dio un sorbo a su bebida.

—Te sorprendería lo mucho que te cuenta la gente cuando les preguntas.

Me quedé en silencio.

—¿Ya estamos? —preguntó.

—No.

—¿Cuánto falta?

—Lo que falte.

—Venga, dímelo.

Me tiró de la camiseta y la miré. Sonreía como una niña pequeña. Estaba jugando conmigo.

—Espero que esta noche no termine nunca —susurré.

—Perdona, ¿qué has dicho?

No me había oído.

—Poco —dije, en lugar de repetirlo.

—Tengo sueño, Cameron...

Sentí un nudo en la garganta. Había dicho mi nombre. Debía de estar realmente cansada y soñolienta, porque no la había oído pronunciar mi nombre en lo que parecía mucho tiempo.

—Échate una siesta si quieres. Te despertaré cuando lleguemos.

Creí que se había quedado dormida, pero entonces murmuró algo. Quizá estaba soñando. Había hablado en voz demasiado baja y no la había oído. Pero entonces lo volvió a decir:

—Yo también te he echado de menos.

Parecía que, a medida que nos alejábamos de la ciudad, la pesada nube negra que me acechaba se disipaba. No me había sentido tan bien desde que me había marchado.

Miré a la mujer que tenía a mi lado. Estaba dormida y roncaba con suavidad. Y me di cuenta de por qué todo lo malo parecía estar desapareciendo en ese momento. No era porque nos estuviésemos alejando de la ciudad, sino porque ella estaba junto a mí.

Ella había sido la razón desde el principio.

Cuando entré en la calle de mi infancia el corazón me dio un vuelco en el pecho. Había sido una etapa muy corta de mi infancia, pero siempre formaría parte de mí. Era la etapa que me había cambiado.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó.

Hacía diez minutos que se había despertado e iba dando sorbitos al café que le había comprado en la estación de servicio, que ya estaba frío. Eran las seis y diez, pero todavía había un poco de luz.

Asentí y apreté el pequeño mando a distancia cuadrado de mi coche para que se abriera la verja, evaluando su reacción. Las puertas se abrieron con suavidad, sin hacer ruido. Habían sido lo primero que había instalado en ese lugar. Quería que estuviese protegido, que hubiera un símbolo que le hiciera entender a todo el mundo que ahora yo era el propietario.

Entré en el camino de entrada, largo y lleno de curvas, y volví a pulsar el botón para cerrar la verja. Había plantado unos pinos enormes a ambos lados de la entrada hacía años, y también por todo el terreno de la propiedad. Habían crecido y eran altos y gruesos, y su propósito no era solo proteger la casa como si de muros se tratasen, sino esconderla de los que pasaban por su lado. En la vieja verja de hierro negro había colgado carteles que decían PROPIEDAD PRIVADA Y NO PASAR.

—Guau. Parece que vayamos a visitar a un vampiro —dijo emocionada.

—También podría haber hombres lobo.

—¿De verdad? —se rio—. Es muy... recóndito. ¿Qué es este lugar? ¿De quién es?

—Es mío.

—¿Qué?

—Lo compré hace algunos años, en cuanto ahorré suficiente dinero.

—¿De verdad? A mí también me gustaría comprar uno algún día. ¿Cuánto...? Oh, Dios mío, ¿es eso...? ¡Guau! —Se le salieron los ojos de las órbitas al ver la casa y me pregunté qué le parecería—. Creo que nunca he estado dentro de una mansión. ¿Vamos a entrar? Está encantada, ¿verdad? Deberíamos entrar, sin duda. Date prisa.

Me reí. Parecía una niña emocionada a punto de abrir sus regalos. No sabía cómo reaccionaría, pero nunca imaginé que mostraría tanto entusiasmo al verla.

Era un palacete en ruinas. Apenas había empezado a restaurarlo. Hacía mucho que lo tenía, pero siempre posponía el momento de arreglarlo.

Pero el día después de abandonarla me había puesto a ello como un loco.

—¿Te importa si la vemos más tarde? —pregunté—. Antes quiero enseñarte otra cosa.

—¿Quieres decir que hay algo más interesante que esto?

—Sí —afirmé—. Te lo enseñaré.

—Más vale que merezca la pena, Bigfoot.

Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

Seguí conduciendo a lo largo de la carretera pavimentada que llevaba detrás de la mansión. Allí los árboles eran más gruesos y viejos. La carretera se convirtió en un caminito de gravilla hasta que pasamos por un claro, justo antes de llegar a un enorme campo abierto.

Allí, en el medio, había una cabaña pequeña y pintoresca. La había ido renovando a lo largo de los años. Había sido la cabaña del guardabosques y no estaba en tan malas condiciones como la mansión.

Antes, las paredes eran de ladrillos de un color naranja chillón espantoso, pero las había limpiado y las había pintado de un blanco cremoso. Las tejas de color gris claro eran nuevas, así como la gran puerta principal y las ventanas con molduras verde bosque.

—Me encanta —dijo en voz baja, recorriendo con su mirada cálida el edificio y las vistas. El lugar donde quería llevarla—. Es un sitio maravilloso. Me encanta el porche. ¿Qué hay detrás?

Aparqué el vehículo frente a la cabaña y las luces del porche se encendieron.

Todavía no había contestado a su pregunta cuando me hizo otra:

—¿Es aquí donde... estabas cuando desapareciste?

—Sí —respondí en voz baja—. Es aquí donde pensé en ti. Mucho.

Se quedó pensativa. Fuera lo que fuese lo que estaba sintiendo, era tan intenso que parecía proyectarlo hacia fuera, en oleadas de emociones.

—Pero no te he traído hasta aquí para que veas esto, sino otra cosa.

—Está bien —respondió—. Enséñamelo.

Salió del vehículo antes de que me diese tiempo a desabrocharme el cinturón de seguridad. La observé venir a mi lado del coche a esperarme.

Estaba temblando y se abrazó a sí misma, frotándose los brazos. El viento le azotaba el cabello, que le tapaba ligeramente el rostro.

Me dolía el corazón al verla.

Dio unos golpecitos a la ventanilla, impaciente. Me reí y cogí la manta que tenía en el asiento trasero antes de salir del coche.

Ella ya había echado a andar.

—Kara —la llamé.

Me miró por encima del hombro y me di cuenta de que estaba triste.

—Ven aquí —le dije.

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Por qué?

—Por favor.

Odiaba pedir las cosas por favor, pero no me importaba hacerlo por ella.

Eso pareció tranquilizarla. Primero dudó, pero se acercó a mí, un paso, dos, hasta que se decidió a caminar y se detuvo a medio metro de distancia.

Yo di un paso al frente. La vi retroceder, y me di cuenta de que había vuelto a esconderse tras su escudo.

Nuestra tregua había llegado a su fin, y ella esperaba desquitarse.

Le envolví los hombros con la manta y suspiró, aliviada.

—Gracias —musitó mientras apretaba la manta contra ella.

Asentí. No tenía por qué dármelas.

—Ven conmigo —le dije.

Le iba a enseñar el laberinto. Y lo que había sucedido justo detrás y que había cambiado el curso de mi vida.

Cameron

—Ven conmigo —le dije.

Quería pedirle que me diese la mano y sentir sus dedos buscando los míos una vez más, pero por la forma en que se arropaba con la manta supe que en ese momento no aceptaría de buen grado mis caricias.

Me provocaba ansiedad. ¿Saldría huyendo si le contaba lo que había pasado tras ese laberinto?

¿Debía siquiera contárselo?

Quizá eso no había sido buena idea.

«Demasiado tarde, cabrón.»

Exacto. Ya estábamos allí, y le había prometido que se lo contaría.

El corazón me latía desbocado. El aire nocturno era fresco, pero sentí el sudor en mi frente y noté cómo se deslizaba por los lados de mi cara.

—¿Qué es este lugar? —preguntó mientras caminaba junto a mí. La llevé detrás de la cabaña.

—Es un laberinto.

Primero se quedó boquiabierta y luego sonrió.

—¡Guau! ¿Tienes un mapa del tesoro?

—Puedo dibujarte uno —respondí.

Habría sonreído y disfrutado al enseñarle aquel lugar si las circunstancias hubiesen sido distintas.

Me detuve justo a la entrada del laberinto, donde había instalado una

espaldera. Hacía demasiado frío y todavía no habían salido las flores, pero había gruesas vides marrones enrolladas en la estructura.

El laberinto estaba tal y como siempre había estado: enorme, hermoso y plagado de secretos. La vegetación era alta y densa, tanto que era casi imposible pasar a la fuerza. Cuando era niño podía meterme fácilmente por ciertos lugares, pero ahora era impensable. Lo había intentado.

—Se dice que este lugar está maldito —le dije.

La miré para ver cómo reaccionaba. Me pregunté si la asustaría, pero tenía una sonrisa malévola pintada en la cara.

—¿A qué estamos esperando? —me apremió con ojos brillantes—. ¡Entremos!

«Joder. Esta chica es una puta pasada», pensé.

—¿Quién más conoce este lugar? —preguntó.

—Solo tú.

Di un paso al frente y me detuve en seco al sentir que me cogía de la mano. Bajé la vista hacia nuestras manos unidas, y luego la miré a ella. Era la primera vez que me había tocado por voluntad propia desde que me había marchado.

—Estoy contenta, Cameron —confesó en voz baja—. Si no estás preparado para contármelo lo entenderé.

Una sensación cálida empezaba a formarse en mi pecho, a oprimírmelo. La miré. ¿Qué me estaba haciendo?

A medida que crecía, había tenido mucho cuidado de no mostrarle a nadie aquello que era importante para mí. Necesitaba tenerlo todo a buen recaudo, encerrado dentro de mí, porque una vez le enseñabas al mundo lo que más valorabas te tenían pillado por los huevos. El mundo sabría de tu debilidad, y la usaría en tu contra. Eso era lo que sucedía siempre. Te convertirías en un lisiado y ¿qué sería de ti entonces?

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

—Así, ¿cómo? —pregunté a mi vez, con voz ronca.

—Como si... Como si no supieras qué hacer conmigo.

Caí en la cuenta de que era porque algo estaba cambiando, y no era un cambio pequeño. Y no tenía ni idea de qué hacer al respecto. Porque cuando miraba el rostro de Kara, a sus ojos, tan honestos, tan condenadamente reales y fuertes, y buenos, creía que el mundo había creado un lugar especialmente para mí. Y esta vez era algo bueno.

—Me pregunto si eres real.

Ella enmudeció unos instantes y luego sonrió.

—Me ha costado mucho conseguir que te abras conmigo. ¡Ha sido casi imposible! —continuó—. Estoy contenta de que me hayas traído aquí. Es un comienzo.

Intenté no mostrarlo, pero me pregunté si se habría dado cuenta, por mi expresión, de lo difícil que era aquello para mí. Cerré los ojos, me llevé su mano a los labios y le di un beso en la palma. Estaba muy cálida.

Me pregunté por qué nunca había hablado de lo que había sucedido tras el laberinto en todos estos años y por qué estaba dispuesto a hacerlo ahora.

—No tienes por qué contármelo ahora, sea lo que sea. Me lo puedes contar cuando estés preparado —dijo en voz baja y tono amable.

La miré a la cara, a los ojos color avellana colmados de fuerza y comprensión. Y lo supe.

Estaba esperando a que ella llegase a mi vida.

No sabía por qué se me habían formado esos pensamientos en la mente, y en aquel instante el porqué no importaba. Ella estaba junto a mí. Eso era lo importante.

—A ti quiero contártelo —dije con voz ronca.

—Está bien.

Entramos en el laberinto y emprendimos nuestro camino. Cuando llegamos a la parte en que los árboles habían formado un manto de hojas, protegiendo el suelo de los elementos, se detuvo.

—Es hermoso —observó, mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos mientras giraba lentamente—. Da un poco de miedo si me fijo en las partes más oscuras que hay más adelante, pero es realmente bonito. ¿Es este laberinto la razón por la que compraste este terreno?

Que me hiciera preguntas me ayudaba, porque yo no sabía por dónde empezar.

—En gran parte sí —respondí—. ¿Kara?

—¿Sí?

—Me alegro de que estés aquí conmigo.

¿Era demasiado decirle algo así? ¿Iba demasiado rápido?

Ella me apretó la mano y se le dibujó una sonrisa en sus preciosos labios, una sonrisa que era toda dulzura y suavidad.

—Tomé una decisión —dijo—. Y decidí luchar por ti.

No tenía ni idea, absolutamente ni idea de lo mucho que eso significaba para mí.

«No es demasiado rápido. Es lo correcto. Es perfecto.»

Me detuve y tiré suavemente de su mano para evitar que se apartase de mí. Me volví para mirarla. Quería acariciarle el rostro y me pregunté si me lo permitiría.

—Si te hice daño... —susurré, mientras reparaba en lo rápido que podría perderme en sus ojos—. Lo siento muchísimo.

Se mordió el labio inferior. Me la quedé mirando. Había pasado mucho tiempo desde que había sentido su cuerpo por última vez, desde que la había saboreado. La última vez que la había besado solo había intensificado mis ansias de ella.

No pude contenerme y la acerqué más a mí. La oí inhalar con brusquedad cuando le rodeé la estrecha cintura con el brazo y la atraje contra mí.

—Tengo hambre de ti, Kara —confesé con voz áspera.

Ella tragó saliva. Su mirada vidriosa descendió hasta mis labios.

—¿Puedo? —murmuré.

Ella me miró a los ojos.

—Sí.

Me mordí el labio inferior al contemplar todas las emociones que afloraban a su rostro. Me estaba anticipando a todas las cosas que podría hacerle, al placer que podría darle. La última vez que la había tenido encima de mí no había ido muy bien. Estaba demasiado ávido de ella, casi desesperado por estar en su interior, por sentir el abrazo de sus estrechas paredes, y había dejado que mi deseo tomase el control, olvidando que ella nunca lo había hecho antes.

No cometería el mismo error dos veces.

Esta vez, la protagonista sería ella.

Y, joder, no podía negar que el hecho de que me permitiese ser el primero en tocarla me hacía sentir como un hombre de las cavernas.

Conocía ese laberinto como la palma de mi mano. Detrás de ella había un pequeño pasadizo secreto. Era un espacio estrecho, como una cápsula rodeada de árboles y arbustos altos y densos. Allí haría más calor, y había un banco donde podría tumbarla y besarla hasta que se retorciese de placer. Y hasta que yo tuviera bastante.

Aunque tenía la sensación de que ese día tardaría en llegar. Quizá no llegaría nunca.

Le puse las manos bajo el culo y lo estrujé; mis dedos anhelaban subir más, encontrar su calor húmedo y jugar con él, pero esperaría a que estuviese preparada.

La agarré por detrás de las caderas con más fuerza y la cogí en volandas. Me rodeó la cintura con sus largas piernas y, en esa posición, entré en el pasadizo. Recostó la barbilla sobre mi hombro, escondiendo su rostro de mi vista.

¿Estaría avergonzada?

El vestido que llevaba puesto le dejaba los muslos al descubierto. Joder, me encantaba que llevase falda o vestido. Hacía que acceder a ella fuese más fácil y me llevaba a imaginar cómo reaccionaría, qué aspecto tendría su atractivo rostro cuando la tocase donde nadie la había tocado antes.

—Solo un beso —musitó.

Me recosté sobre el banco y gemí cuando ella se sentó encima de mí. Podía sentir su calor, y deseaba sentirlo en mi boca, en mi lengua.

Me lamí el labio inferior.

—Solo un beso —le prometí.

Puse las manos a los lados de sus caderas y le levanté el vestido para poder ver la tela de encaje que le cubría la entrepierna. Me temblaban las manos. Era de encaje blanco. «Joder, joder, joder.» Ella no podía saber el efecto que eso tendría en mí.

—¿Kara? —le murmuré al oído.

—¿Sí?

—¿Dónde quieres que te bese?

Ella dejó escapar un suave gemido cuando levanté las caderas contra ella.

—Cam —dijo con voz ronca—, ¿qué me estás haciendo?

—Todavía nada. —La besé en el cuello, restregando los labios sobre su piel con suavidad, con ligereza, para que apenas pudiera sentirlo—. Pronto.

Restregó las caderas contra mí y me quedé sin aliento. «¡Joder!»

—¿Quieres que te bese aquí? —pregunté, acariciando la larga línea de su cuello y bajando hasta sus pechos. Cerró los ojos y entreabrió ligeramente los

labios—. ¿O aquí? —Deslicé el dedo por su barriga y me detuve justo debajo del ombligo. Ella abrió los ojos de golpe—. Solo un beso, Kara —murmuré—. Donde tú quieras.

Apretó las piernas alrededor de mi cintura, señal de su excitación. No me cabía duda de que ella podía sentir la mía, que empujaba contra mis vaqueros. Pronto empezaría a ser más que incómodo, pero en aquel momento, el dolor era bienvenido.

—Espera —jadeó. Me agarró de los hombros y enterró la cara en mi cuello. Le costaba respirar—. Joder, Cameron. Eres demasiado para mí.

—No —respondí—, nada de eso.

—Estoy muy alterada y tengo mucho calor. No creo que...

—En los labios, pues.

Antes de que pudiese cambiar de opinión, hundí los dedos en su pelo para sostenerla por la cabeza y pegué su boca a la mía.

Sabía a mujer. Mi mujer. Sabía a melocotones, blandos, dulces y jugosos. Besé su labio inferior y lo succioné entre los míos, lo mordí suavemente y lo lamí. Ella exhaló suavemente y separó los labios para mí. Le metí la lengua en la boca para descubrir sus sabores y busqué más y más jugando con la suya. Ella, al principio, se mostró vacilante, tímida, y no tenía ni idea de por qué, pero eso me excitaba todavía más. Dejé escapar un gemido.

Hizo un ruidito desde lo más profundo de la garganta y enredó los dedos en mi pelo mientras me lamía la boca y la lengua, igual que había hecho yo con la suya, y entonces me dejó llevar.

Era una pasada.

«Cálmate.» Me obligué a ir más despacio, a concentrarme en sus necesidades y no en las mías. Si hubiese dependido de mí, su vestido ya estaría hecho jirones y sus piernas descansarían sobre mis hombros.

Le acaricié el cuello y los hombros y me detuve justo bajo sus clavículas.

Despacio, para no asustarla, acaricié con los pulgares los deliciosos montículos que eran sus pechos. Ella gimió y yo me lancé a devorarla, acercando mi boca hacia la suya y moviendo la lengua en su interior una y otra vez. Sabía a fruta madura, lista para ser comida. Moví los pulgares arriba y atrapé sus pezones por encima de la tela, los froté y los pellizqué. Quería chuparlos.

Ella apartó su boca de la mía.

—¡Cam!

Ambos respirábamos con dificultad, pero no se apartó, sino que descansó la cabeza sobre mi hombro.

Mi dulce, dulcísima mujer.

—Pararé si es lo que quieres —dije, con la voz gruesa por el deseo que sentía.

—Creo que sí —respondió sin aliento—. Paremos por ahora. Yo... nunca había hecho esto antes. Es... Yo no...

Le di un suave beso en el hombro y sonreí sobre su piel, exhalando un largo suspiro. Si esto la dejaba sin palabras, sin duda debíamos hacer más.

—¿Te ha gustado? —murmuré.

Ella asintió.

—¿Kara?

—¿Sí?

—Quiero hacer que te corras.

Exhaló con suavidad.

—¿Puedo? —preguntó.

Ella volvió la cabeza de forma que su mejilla descansaba sobre mi hombro y sus labios rozaban mi cuello. Deslicé un dedo por su brazo.

—¿Estás húmeda?

—Yo... No lo sé —susurró.

—¿Puedo tocarte? Quiero saber si lo estás.

Ella tragó saliva de forma audible.

—Si... si estoy... ¿qué?

—Mojada —le dije al oído—. Entre tus piernas.

Ella gimió de nuevo y arqueó la espalda inconscientemente.

—Estás... Estás muy duro —observó de repente.

—Sí.

—¿Te... te duele?

—Es incómodo —respondí.

—¿Está... está bien?

—¿Mi polla?

Entonces se echó a reír, como una niña adorable que se ha saltado las clases sin que la pillen.

—Sí —respondió, sin dejar de reírse—. ¿Está bien?

Suspiré.

—Tengo que... recolocarla.

—Esto... Vale.

—Hum... Necesito que te levantes primero. A no ser que quieras que siga...

—Oh...

Empezó a apartarse, pero le puse las manos en las caderas y volví a apretarla contra mi erección. Me lamí el labio inferior mientras me frotaba contra ella. Quería más.

—¡Para! —dijo entre risas, y me dio un cachete en el brazo.

—Lo siento —contesté, provocándola—. ¿Ya hemos terminado?

Ella pestañeó.

—Deja que me levante, Cam.

Podía hacerla cambiar de opinión. Me habría resultado fácil; sentía cómo su cuerpo anhelaba mis caricias. Pero pensé en la última vez que la había tenido

encima de mí y en lo que le había prometido. Exhalé largamente, la levanté y la coloqué en el banco con suavidad. Pesaba como una pluma.

Estaba sonrojada, pero no apartó la vista, sino que observó cómo me recolocaba el miembro en los pantalones.

—¿Mejor? —preguntó con voz ronca.

«Pues no», pensé.

—Sí —mentí.

Estaba seguro de que se habría largado de allí sin mí con mi propio vehículo de haber sabido lo que estaba pensando, lo que me imaginaba que le hacía y lo que me imaginaba que ella me hacía a mí.

Se puso de pie, se bajó el vestido y se arregló el pelo. Yo la imité y me puse junto a ella, sintiendo la pérdida del calor y el peso de su cuerpo.

—Toma —dije, tendiéndole el coiletero azul para que se recogiese el pelo si quería.

Negó con la cabeza.

—Quédatelo. Quiero que te lo quedes.

Sonreí y me lo metí en el bolsillo. Yo también quería quedármelo; ella me lo había dado. Y ahora ya no me lo podía quitar.

Empujé la puerta secreta de madera y la dejé pasar primero. Caminamos durante un rato. Ella estaba en silencio, pero suspiraba suavemente de vez en cuando. Agaché la cabeza para que no me viese sonreír. Estaba pensando en lo que acababa de suceder.

—¿Tienes coileteros de otras chicas? —me preguntó de repente.

Fruncí el ceño.

—No. ¿Por qué iba a tenerlos?

Ella sonrió.

—Buena respuesta.

—No es una buena respuesta —repuse, mientras nos adentrábamos en el

laberinto—, ni tampoco mala. Es lo que es.

¿Por qué quería hablar de eso? La miré de soslayo. Me sentía incómodo. ¿Iba a estallar contra mí por esto más tarde o de verdad quería saberlo? Había salido con otras chicas y creía saber bastante bien cómo eran, pero con ella nunca sabía a qué atenerme.

Me miró como si siguiera esperando una respuesta, y me recordé que quería que me abriera más a ella.

Yo también quería saber más sobre ella, pero tenía razón. No era justo que le siguiera pidiendo cosas que yo no estaba dispuesto a darle. Ni siquiera era consciente de estar comportándome de ese modo hasta que me lo había dicho.

—Nunca me he quedado nada de las chicas con las que me he acostado — confesé. Suspiré y esperé a ver su reacción—. Si es eso lo que me estás preguntando.

—A lo mejor solo te quedas cosas de las chicas con las que no te has acostado.

¿Por qué quería saber eso?

Se lo pregunté y respondió con timidez, cosa que me pareció condenadamente adorable.

—Es parte de tu pasado y tengo curiosidad. —Se volvió a morder el labio—. ¿Y bien? —insistió.

La miré durante unos segundos, estudiando su rostro.

—No suelo pasar tiempo con una chica con la que no me voy a acostar. No le encuentro ningún sentido. Ya sé que eso me convierte en un cabrón, pero debo decirte que ellas tampoco quieren pasar tiempo conmigo.

—¿Cómo lo sabes?

Me encogí de hombros.

—Creo que algunas quizá quieran pasar tiempo contigo, pero tú no quieres. Hay chicas que buscan algo más que sexo, ¿sabes? Además, entonces ¿por qué

pasas tiempo conmigo?

La miré con elocuencia.

—Tú eres la excepción.

—¿Por qué?

¿De verdad tenía que preguntármelo?

—Eres, simplemente... Distinta.

Ella asintió, como si lo entendiera.

—Ya. Como... rara.

—No —respondí con sinceridad—. Un soplo de aire fresco. Eres... real. — Recordé la primera vez que la había visto en casa de mi vecino, al que había rebautizado como Pelopolla—. No tienes miedo a nada. Eres preciosa. No puedo compararte con nadie más porque no hay nadie que esté a tu altura.

Abrió mucho los ojos y suavizó la mirada.

Yo me encogí de hombros.

—Es la verdad.

—¿Y qué pasa si no me acuesto contigo? —preguntó—. ¿Si no me acuesto nunca?

—Entonces tendré que seguir suplicándote hasta que lo hagas.

Sonrió, disfrutando de la imagen que se cruzaba por su mente en ese momento.

—Quizá tengas que esperar mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Mucho, mucho tiempo.

Me mordí el labio inferior.

—¿Tú crees?

Entornó los ojos.

—No te estaba desafiando —puntualizó.

Sonreí con malicia.

—Entonces no tendrías que haberme besado.

—Pero ¿y si no me acuesto contigo? —Levantó una ceja, me soltó la mano y me adelantó—. Quizá no lo haga. Quiero decir... Puedes esperar todo lo que tú quieras, pero eso no quiere decir que vaya a pasar.

Ya lo creía que iba a pasar. Desde el primer momento en que la había visto no había deseado a nadie que no fuera ella. Y sabía que no desearía a nadie más durante mucho, mucho tiempo. Apenas podíamos resistir el deseo en ese momento, lo sentía en la forma en que su cuerpo se acercaba al mío, en la manera en que sus ojos me recorrían, en cómo no dejaba de morderse ese labio inferior tan irresistible. La única duda era cuándo estaría preparada. Yo no la presionaría jamás. Tendría que acudir a mí por su propio pie.

—¿Y si soy yo quien no quiere acostarse contigo? —bromeé.

Ella se echó el pelo hacia atrás y me echó por encima del hombro una mirada cargada de seguridad femenina. Esa mujer conseguiría que me postrara ante ella en cualquier momento del día, y que, además, lo disfrutara.

Junté las manos y miré al cielo. Ella soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás. Sonreí al oírla. Esa noche parecía libre de preocupaciones, como si se hubiese dejado toda su carga en casa y hubiese venido sola. Era un placer verla tan feliz. Quería que estuviese así cada puto día.

—¿Conoces a tus vecinos de enfrente? —preguntó de repente.

Me reí. Sin duda, se refería a Pelopolla.

—Justo estaba pensando en la primera vez que te vi.

—Ah, ¿sí? —Eso pareció alegrarla—. La primera vez que yo te vi a ti fue en la universidad, junto a las aulas.

—Pues yo no —repuse—. La primera vez que te vi fue frente a mi casa. Estabas en plena misión para arrancarle las pelotas a mi vecino. Al que llamaste Pelopolla.

—¿Pelopolla? —repitió entre risas—. Pero ¿cómo lo sabes? Aunque

mencionó que...

Fruncí el ceño.

—¿Qué mencionó?

Ella hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Háblame de ese encuentro. Yo no recuerdo haberte visto.

—Eso duele —protesté—. ¿No te acuerdas?

Se estaba dirigiendo a un camino sin salida, pero no le dije nada. Quería que descubriese el laberinto por sí misma.

Empezaba a anochecer. Apreté el mando a distancia que llevaba en el bolsillo para que se encendieran las luces que había instalado.

—Qué bonitas. —Miró las luces azules del suelo y luego las lucecitas blancas que había instalado en los árboles mientras pensaba en ella tras haberla abandonado. Me pregunté si entonces, en el fondo, ya sabía que terminaría trayéndola aquí.

Sí. Ya lo sabía entonces.

Se dio la vuelta al llegar al final del camino cortado, giró hacia la izquierda y continuó. Si seguía recto, llegaría a un pasadizo secreto. Contemplé su larga melena, que se balanceaba sobre su espalda a medida que caminaba. El vaivén de sus caderas me tentaba.

—Siento no haberte visto. Me pasa una cosa... —Me miró por encima del hombro y me pilló mirándole el culo. Puso los ojos en blanco y yo sonreí—. A veces bloqueo todo lo que hay a mi alrededor excepto la misión que tengo entre manos, así que seguramente por eso no te vi.

—Ya lo sé. Me he dado cuenta.

—¿De verdad?

Asentí. Retrocedió para poder caminar a mi lado.

—Volví allí a... a buscarte. Después de que te marchases —admitió en voz baja.

La miré a los ojos. ¿Había ido a mi casa en mi busca?

—Me encontré con Tony el Gordo.

—¿Tony el Gordo? —repetí.

Soltó una risita.

—Tu vecino.

—¡Ah!

—Me explicó que le habías advertido de que acosaría a todos sus conocidos si no pagaba la factura.

—Tuve que improvisar. Es un cabrón por no pagar la factura.

—La pagó, así que gracias. Aunque, ¿no podrías haberte inventado otra cosa? No sé, que era una asesina a sueldo, o algo así. Ah, Cameron, otra cosa...

—¿Sí?

—Gracias por conseguirme ese trabajo con Rick.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo pregunté a Dylan cuando acababa de levantarse. Por las mañanas, cuando está medio dormido, puedes sonsacarle cualquier cosa.

Me reí al recordar cómo era ella cada vez que se despertaba.

—Tú eres una zombi hasta que te bebes un café.

Se sonrojó.

—Supongo que a estas alturas ya sabes eso de mí, ¿eh?

—Quiero saber todavía más cosas —dije.

—Yo también quiero saber más de ti.

Me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

Reparé en que ya no llevaba la manta. Debía de habersele caído cuando estábamos en el pasadizo secreto, así que me quité la chaqueta y se la coloqué sobre los hombros. Esta vez, en lugar de encogerlos para tirármela a la cara

como había hecho la primera vez que la había acompañado a casa, se acurrucó en ella.

—Gracias. —Me volvió a sonreír. Quería que siguiera sonriéndome—. Bueno, entonces ¿puedo preguntarte algo?

Asentí. «Mientras no me pidas que te deje, como hiciste antes. Aunque me lo merezca.»

Miró al suelo mientras caminábamos antes de preguntar:

—¿Por qué no me escribiste antes de irte?

No le respondí de inmediato, porque quería darle una respuesta honesta y real y pensar bien qué palabras usar.

—A veces —empecé a decir, mientras me masajeaba los nudillos con la otra mano—. Necesito escapar... de todo.

Parecía totalmente irrelevante, pero no sabía de qué otra forma explicárselo. Deseé encontrar otras palabras, unas palabras mejores para poder hacer desaparecer la tristeza que había en sus ojos.

Bajé la vista intentando ordenar mis pensamientos y volví a intentarlo.

—Hay cosas en mi pasado que todavía me persiguen. Y tengo que lidiar con ellas de la única forma que sé.

—¿Es aquí donde viniste? —preguntó, señalando el laberinto.

—Primero fui al norte a terminar un proyecto y luego vine aquí. Pero, sí, aquí es donde me quedé un tiempo.

—Ya veo.

Debí de tardar bastante en dar con las palabras adecuadas, porque la oí suspirar.

—No estoy acostumbrado a decirle a nadie adónde voy, Kara. —Me detuve y me apoyé en el tronco de un árbol—. No lo hago desde que era niño, y a veces ni siquiera entonces.

Ella se apoyó en el tronco del árbol que había frente a mí. Se recogió todo

el pelo y lo dejó caer sobre su hombro izquierdo. Caía como una cascada sedosa por su torso. Ella allí, observándome, resultaba una imagen cautivadora.

—No pretendo ponerte una excusa —continué—. Simplemente, es lo que es. No pensé en decirte que me iba porque nunca había tenido que hacerlo antes. No estoy acostumbrado a que nadie me busque. —Me pasé los dedos con el pelo, incómodo por tener que explicarme—. La gente a la que permito formar parte de mi vida sabe que no quiero que lo hagan.

Ella bajó la vista. ¿Le habían hecho daño mis palabras? Pensar en ella esperando a que la llamase o le escribiese hacía que se me encogiese el corazón.

—Kara, siento haberme ido sin decir una palabra. No tenía ni idea de cuánto te afectaría. Sé que te gusto, que te sientes muy atraída por mí, pero no sabía que... sentías algo por mí. No sabía que yo te importaba.

Exhalé. Me costaba mucho sincerarme, incluso con ella. Era muy duro.

—Dejé de pensar. Lo siento. No pensaba que fuese lo suficientemente importante para ti como para... No pensé en absoluto.

La estaba mirando a la cara todo el tiempo, pero en ningún momento alzó la vista hacia mí. Me quedé en silencio y esperé hasta que me mirase. Cuando al fin lo hizo, dijo:

—Creo que lo entiendo. Y lo siento, porque sé que exijo cosas y espero que sucedan de inmediato, independientemente de que para ti sea difícil abrirte. Yo también estoy aprendiendo; todo esto también es nuevo para mí. Pero... —Se interrumpió y se mordió el labio inferior.

Me aparté del árbol y me dirigí a ella. Su mirada me recorría; su rostro aparecía transparente, hermoso y vulnerable ante mí. Se lo sostuve entre las manos y me incliné para besarla en los labios. Su sabor era como un bálsamo sobre una herida abierta.

—Estaba preocupada por ti —dijo—. La próxima vez que te vayas, ¿podrás avisarme? Basta con que me envíes un mensaje, un correo electrónico o que me llames. Envía un pájaro con una nota. Cualquier cosa.

Me reí y volví a besarla.

—Siento que te hayas preocupado por mí. Soy un capullo, pero no quiero serlo contigo. Odio hacerte daño. Cuando me dijiste que era como todos los demás... —Hice una pausa al sentir una opresión en el pecho—. Me... me dolió. Y me di cuenta de que esa noche no podía dejarte escapar sin decirte lo importante que eres para mí.

Me froté la cara con las manos, preguntándome si lo estaba haciendo bien o si estaba quedando como un idiota. Sin embargo, sus ojos color avellana me animaron a continuar.

—No quiero ser como todos los demás, no para ti.

—Y no lo eres. —Tomó mi mano—. No lo eres, Cameron.

—Ya sé que dijiste que te importo y que yo no siento lo mismo por ti. Tienes razón.

Me miró boquiabierta.

—Porque... —continuó, mientras le acariciaba el pelo, el cuello y la cara—. Lo que yo siento por ti es más fuerte que lo que tú sientes por mí. Lo que has despertado en mi interior es lo más poderoso que he sentido nunca. No tienes forma de saber cómo era yo... antes. No me importaba nadie. Solo hay dos personas a las que he dejado entrar en mi vida. —Le alcé la barbilla—. Y ahora... estás tú.

Suspiró suavemente.

—Nunca se me han dado bien las palabras, pero te lo voy a mostrar. Te lo quiero mostrar.

Cerró los ojos y la besé en los párpados, en la mejilla, en la nariz.

—Hasta ahora lo estás haciendo bien —dijo—, muy bien.

La besé en los labios y la barbilla.

—¿De verdad?

Asintió y abrió los ojos.

—Estoy preparado para contártelo —dije—. Lo del laberinto.

—Está bien.

Bajé la vista un instante. El corazón me latía desbocado, y sentía ese pitido en los oídos que aparecía cada vez que recordaba lo que había sucedido tras el laberinto, algo que intentaba obligarme a olvidar.

Di un paso al frente para guiarla, pero me detuve cuando me cogió del brazo y la miré a los ojos. Estaban colmados de comprensión, y también de una fuerza que sirvió para reforzar la mía. Deslizó su mano en la mía y la estrechó, como si, de algún modo, sintiera mis reticencias.

—Estoy aquí, Cameron —susurró—. Estoy aquí.

Joder. ¡Joder! La agarré de la barbilla, la atraje a mí y la besé con pasión y con urgencia para demostrarle lo mucho que la deseaba. Me clavó las uñas en la espalda y restregó su cuerpo contra el mío. La habría tomado allí mismo si no nos hubiésemos detenido.

—Nena... —le murmuré al oído, mientras la acercaba más a mí—. Tienes que parar ahora o te follaré aquí mismo.

Pero quería hacer más que eso. Quería poseerla. No solo su cuerpo, sino... más. Simplemente más. Parecía querer más de ella de lo que nunca había querido de ninguna de las mujeres con las que había estado. No tenía ni punto de comparación. Me hacía sentir frustrado, hacía que me doliera el corazón.

Ella se apartó lamiéndose los labios. Se apartó el pelo de la cara mientras intentaba recuperar al aliento, y luego asintió.

—Vamos.

Yo sabía exactamente adónde ir. Ella caminaba cerca de mí sin soltarme. Faltaba apenas una hora para que se fuera la luz, pero no pasaba nada. Ya

estábamos llegando.

—¿Cómo descubriste este lugar? —preguntó.

—Raven y yo nos mudamos aquí cuando era niño.

Frunció el ceño.

—¿Quién es Raven?

—Mi madre.

—¿Llamas a tu madre por su nombre de pila?

Asentí, pero no le di ninguna explicación.

—¿Y tu padre?

—Para entonces ya estaban divorciados. Mi madre se trasladaba a menudo y me llevaba con ella a todas partes. Para ella era una aventura.

—¿Y te gustaba?

—Uf, no. —Me dio un apretón en la mano—. Mis padres están forrados, y después del divorcio mi madre le sacó a mi padre todo lo que pudo. Pero no necesitaba el dinero, necesitaba castigarlo. Se odiaban.

—Debió de ser duro para ti —dijo.

Me encogí de hombros.

—Para mí era lo normal.

No podía afirmar que echara de menos nada, porque no sabía qué echar de menos. Me había criado con unos padres que se odiaban a muerte, y pensaba que sucedía lo mismo con los de los demás.

—Aquí es donde nos quedamos más tiempo, pero ella también lo odiaba. —Al hablar sobre Raven se me encogían las entrañas—. La única razón por la que nos quedamos fue porque había conocido a un hombre. Pero yo estaba...

—Busqué la palabra adecuada—. Conforme.

—¿Tenías muchos amigos aquí?

Me reí de mala gana.

—Yo no tengo amigos.

—Pero sueles ir con Caleb.

Me reí de nuevo, pero esta vez lo hice de verdad.

—No tuve elección.

—Amigos para siempre, ¿no?

Le sonreí. La empujé detrás de mí con gentileza al ver que había unas ramas en el camino. Las aparté y le indiqué con un gesto que pasase mientras las aguantaba, para que no le arañasen la piel.

—Los niños de mi clase hablaban mucho sobre este lugar. Decían que estaba encantado y que todo aquel que entraba en el laberinto estaba maldito. La gente de esta ciudad se lo creía, así que nadie venía por aquí.

—Pero tú sí.

—Sí —dije—, yo sí. Lo sentía como mío incluso cuando no lo era. Aquí me sentía... seguro. Era el único lugar donde creía ser feliz. —Sin embargo, me estremecí al añadir—: Un niño de mi colegio también solía venir aquí.

Ella percibió lo que estaba sintiendo porque me acercó a ella, como si estuviese intentando protegerme.

—La primera vez que lo vi fue detrás del colegio. Unos abusones le estaban pegando. Tres contra uno. Odiaba esas mierdas. Putos cobardes. Así que les di una paliza.

—¿Diste una paliza a tres abusones? ¿Cómo? Seguro que entonces ya eras enorme —bromeó.

Sabía que estaba intentando relajar el ambiente, y se lo agradecí, pero nada serviría para mejorar la situación.

—A mí me hubiese gustado ser más corpulenta cuando era una niña —continuó—. Así me habría resultado más fácil defenderme. —Me dirigió una mirada de aprobación—. Pero eso fue genial por tu parte.

No pensaría lo mismo cuando lo supiese todo. Sentí náuseas en la boca del estómago.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó.

—Ocho —contesté.

—¿Y tu amigo?

—Los mismos que yo.

—Y ¿qué edad tenían los abusones?

—Algunos iban a mi clase y otros tenían un par de años más.

—Es fácil pensar que los abusones mayores y más grandes son los peores, pero no siempre es así.

La miré, esperando a que me contase más, pero negó con la cabeza. Estudié su rostro. Me daba la impresión de que también había tenido que lidiar con personas de esa calaña cuando era más joven. Solo con pensarlo me ponía enfermo y se me llevaban los demonios por no haber estado allí para defenderla. Pero estaba seguro de que había luchado con vehemencia y de que se había defendido muy dignamente.

—Ya te hablaré de las calamidades de mi infancia la próxima vez, Cam. Continúa.

Me pregunté si era consciente de que me había llamado Cam. Antes también lo había hecho, cuando nos estábamos besando. Habría sonreído de haber estado en otro lugar.

—Así que defendiste a ese niño de esos malnacidos. ¿Qué pasó después?

Ya se veía la curva. Pronto estaríamos allí.

—Quería que fuésemos amigos, pero yo lo evitaba. No quería tener ningún amigo y le dije que lo molería a palos si no me dejaba en paz, pero él insistió.

—Lo habías salvado de esos cabrones. Eras su salvador, y eso te convertía automáticamente en su amigo. —Sonrió para animarme a continuar.

—Supongo. Fuera como fuese, no hacía más que seguirme. Hasta que un día, simplemente, empezamos a pasar tiempo juntos.

—Qué tierno.

Apreté la mandíbula. No había nada de tierno en ello, y pronto se enteraría. Me pregunté si seguiría sonriéndome cuando hubiese escuchado la historia entera.

—Fui yo quien le descubrió el laberinto. Yo se lo enseñé. Al principio le daba miedo, como a la mayoría de los niños, pero le dije que llevaba meses viniendo por aquí casi cada día. Al principio no quería mostrárselo; era un poco egoísta respecto al laberinto, pero él quería venir conmigo y yo no quería ir a ningún otro sitio. Era adicto a este lugar. Quería encontrar cada una de las puertas secretas, cada grieta y cada rincón. Pensaba memorizar este laberinto de cabo a rabo. Hasta tenía un mapa.

Ella no dijo nada, solo siguió escuchando.

—Pero él era mejor que yo. —Sonreí un poco al recordarlo, aunque sentía que mi sonrisa estaba agarrotada—. Encontraba más rincones escondidos que yo. Y era más pequeño que yo, más delgado, casi malnutrido en realidad, así que para él era más fácil escurrirse entre los arbustos. Más adelante descubrí que era huérfano y que sus padres de acogida no le daban de comer. A veces lo echaban de casa y lo obligaban a dormir a la intemperie.

Ahogó un grito, escandalizada. Se quedó en silencio un rato y luego preguntó:

—Dejaste que se quedara contigo, ¿verdad? Le diste de comer. Lo cuidaste.

—No debería haberlo hecho. Debería haberlo obligado a mantenerse alejado de mí. No debería haber permitido que fuese mi amigo.

—¿Por qué?

Me miró de forma directa y sin juzgarme. Pero no me miraría así mucho tiempo más.

Ya veía la salida. Solo unos pasos más.

—Ya estamos —le dije.

Empujé la puerta secreta, escondida tras las vides y los escombros, y

salimos a un campo abierto. No había nada más que hierba y más hierba.

—Cameron —dijo en voz baja—. Dime por qué. Dime por qué crees que no debería haber sido tu amigo.

Sentí que mi cuerpo se tensaba, que se volvía insensible. Y cuando me di la vuelta para mirarla supe que no vería ni rastro de emoción en mi rostro.

—Está muerto —confesé con frialdad—. Está muerto por mi culpa.

Kara

—Está muerto —dijo Cameron—. Está muerto por mi culpa.

De repente, su voz sonaba inexpresiva. Cuando lo miré de golpe, horrorizada por lo que acababa de escuchar, vi que lo mismo había sucedido con su rostro. Estaba desprovisto de toda emoción. Era una máscara.

Esperé a que me contase más, pero había enmudecido. Miraba intensamente a un lugar en la distancia, pero cuando miré yo, no vi más que un prado vacío.

—Cameron —dije tan suavemente como pude, pero él no reaccionó. Como si ya se hubiese retirado a un lugar donde no podría encontrarle.

Alargué una mano para tomar la suya, pero él se apartó.

Yo reaccioné dando un paso atrás. No pensaba que se apartaría de mí, pero entendía por qué lo había hecho. En ese momento necesitaba espacio, pero su reacción me dolió de todos modos.

Me di cuenta de que su piel, que siempre estaba cálida, se había enfriado. Era evidente que estaba sufriendo mucho, pero estaba intentando escondérmelo con todas sus fuerzas. Se adelantó unos pasos, alejándose de mí, quizá para que no pudiera verle la cara.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunté.

Pero fue como si no me hubiese oído. Fui hacia él poco a poco, sin acercarme demasiado, pero sí lo suficiente para verle el rostro, para alargar una mano y tocarlo si lo necesitaba. Reparé en que sus labios habían perdido todo el color y en que sus ojos azules se habían oscurecido. Seguía mirando al

mismo punto perdido en la distancia, como si estuviese reproduciendo alguna escena en su mente. Quizá lo estuviese haciendo.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevábamos allí. Podría haber sido un minuto o media hora, y él seguía sin decir una palabra. Yo tampoco dije nada, simplemente esperaba a que estuviese preparado. Estar en silencio no era propio de mí, fuera cual fuese la situación, pero sentía que lo que había pasado en aquel lugar había causado un fuerte impacto en su vida. Había dicho que le costaba mucho abrirse, y yo tenía la sensación de que nunca había hablado de ese tema con nadie. Pero ¿qué narices habría sucedido allí?

Lo miré de nuevo y vi a un hombre, a un hombre alto y hermoso con una ancha espalda que cargaba el peso del mundo entero sobre sus fuertes hombros. Pero el cuerpo y el corazón tenían un límite. Tarde o temprano, uno de ellos acababa inevitablemente exhausto, y algún día también él se quedaría sin fuerzas. Y ¿qué sería de él entonces?

—Cameron —repetí con suavidad—. Cuéntame lo que pasó.

Cuando al fin me miró, sus profundos ojos azules brillaron con intensidad. No podría explicar por qué, pero sentí su dolor de inmediato, como si fuese algo sólido que flotaba en el aire, que nos envolvía y cubría el campo entero de tristeza.

—Aquel día se supone que teníamos que encontrarnos —empezó a decir. Su voz, a diferencia de sus ojos azules, era fría y dura—. Pero no conseguí escaparme.

Se quedó en silencio de nuevo y me dio la espalda. Era evidente que para él era muy difícil hablar de ello. Volví a mirar al prado y me pregunté por qué habría comprado el terreno si allí le había sucedido algo espantoso. ¿Sería debido al sentimiento de culpa? ¿De responsabilidad? ¿Sería un castigo autoimpuesto? Pero también había dicho que allí se había sentido bien. Que había sido el único lugar donde había sido feliz.

Tenía la cabeza llena de preguntas que daban vueltas y vueltas, pero no quería asustarlo. Sin embargo, me había dado cuenta de que reaccionaba mejor cuando yo lo instaba a hablar, así que eso hice:

—¿Por qué no conseguiste escaparte?

Comprendí que si hacía esas largas pausas cada vez que hablaba era porque necesitaba poner en orden sus pensamientos. Mientras yo soltaba cualquier cosa que se me pasase por la cabeza sin pensar, él ordenaba con cuidado sus ideas antes de exponérmelas. Mi padre también era así, y lo entendía. Entendía a Cameron.

Respiró honda y profundamente; los músculos de su espalda se movían cuando su pecho se expandía y se deshinchaba al compás de sus respiraciones. Flexionó los músculos de los brazos y las venas sobresalieron cuando cerró las manos en dos puños. Me di cuenta de que era debido a la ira, pero no estaba segura de si estaba dirigida a sí mismo o a algo más.

—No conseguí escaparme porque estaba encerrado —respondió.

Alcé la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—Raven me encerraba en casa, y esa vez no conseguí escapar porque si lo intentaba y ella me pillaba, me caía una buena.

—Tu madre te encerró en casa —repetí.

Apretó la mandíbula.

El corazón empezó a latirme desbocado y una conocida sensación, la de la rabia corriendo por mis venas, empezó a adueñarse de mí. Me imaginé a Cameron de niño, solo y hambriento, encerrado en su casa. ¿Qué clase de madre tenía si había sido capaz de hacerle eso? ¿Qué clase de infancia había tenido?

—¿Te hizo daño? —pregunté en voz baja.

—Supongo que no —contestó, pero sonaba impersonal. Como si estuviese

respondiendo en una entrevista—. Físicamente no. Me pegó alguna vez cuando estaba borracha, pero siempre fue porque yo estaba en la línea de fuego. Nunca me golpeó a mí directamente. Decía que me quería demasiado.

—¡No te quería demasiado! —Me costaba respirar y las ganas de golpear algo iban creciendo cada minuto que pasaba—. ¿Cómo te iba a querer demasiado si te maltrataba? Ella...

—No importa —me interrumpió.

«¿Que no importa?»

—¿Cómo puedes decir eso?

—Ya pasó. Ya no puede controlar mi vida, no podría aunque lo intentase.

—¿Dónde está ahora? —pregunté. Estaba furiosa.

—Eres maravillosa, ¿lo sabías? —Me sonrió, pero sus ojos seguían estando tristes—. Estás enfadadísima por mí.

—¿No lo estarías tú si estuvieses en mi lugar?

Él asintió.

—Sí, lo estaría.

—Cuéntame el resto.

La luz del día se estaba yendo. Pronto sería de noche.

—Antes aquí había un coche abandonado —empezó a decir, señalando el mismo sitio al que había estado mirando fijamente—. Justo aquí, exactamente en este lugar. Puedo verlo en mi cabeza. Han pasado años, pero la imagen en mi mente todavía es muy nítida. Clara como el agua, joder.

Allí solo había un prado y un poco de hierba dispersa que se había secado por el frío. Aquel coche ya solo existía en su memoria.

Sufría por él. Veía el dolor en sus ojos, pero tenía la sensación de que si intentaba acercarme a él volvería a apartarme o, lo que sería peor, se cerraría en banda y no me diría ni una palabra más sobre el asunto.

Necesitaba hablar de ello, necesitaba hablar de ese dolor que se había

guardado durante tanto tiempo. Era hora de sobreponerse, o de al menos empezar a sobreponerse.

Yo sabía lo que era guardarse el dolor y la rabia dentro, lo sabía muy bien. Se podría hasta que lo único que sentías cada puto día era ira. Lo arruinaba todo, y no dejaba que le dieras una oportunidad a nada bueno.

—Háblame de ese día —insistí—. ¿Conseguiste salir? ¿Fue tu amigo a verte a tu casa?

—No —respondió.

De repente, parecía cansado. Se cruzó de brazos, agachó la cabeza y cerró los ojos.

—Siéntate, Cam —dije. Necesitaba descansar los pies, había estado trabajando sin descanso. Era evidente. Era robusto y musculoso, pero me daba cuenta de que había perdido peso. Tenía los pómulos más marcados y la mandíbula más prominente. Decía que comía mucho, y por lo que había visto en la neverita, era cierto. Pero probablemente también estaba trabajando mucho y quemaba toda esa energía, y no dormía lo suficiente. Por culpa de esa carga que tanto lo preocupaba.

Me senté en la hierba seca y esperé a que él me imitase. Tras un par de minutos lo hizo, pero no se sentó cerca de mí. Se puso un poco hacia un lado, como si necesitase espacio para pensar, para ordenar sus pensamientos. Al cabo de un momento retomó su historia:

—Ese día tenía que venir a mi casa. Teníamos pensado comer, y luego quizá veríamos un rato la televisión o jugaríamos a algunos videojuegos. Luego íbamos a ir al laberinto a terminar el mapa. Ya estaba casi completo.

—¿Un mapa? —pregunté, y entonces lo entendí—. ¿Estabais haciendo un mapa del laberinto?

El viento sopló, alborotándole los rizos oscuros. Yo me estremecí.

—Sí —respondió—. Se suponía que ese día Raven no iba a estar. Se iba de

viaje otra vez a algún resort exótico. Vete a saber. Solía irse durante días. Por eso le pedí a Pete que viniese a mi casa.

Que solía irse durante días. Eso significaba que normalmente estaba solo. Un niño pequeño solo, sin nadie. ¿Acaso era extraño que se hubiese cerrado en banda al resto del mundo? Me había dicho que sabía que me sentía atraída por él, pero que nunca pensó que fuese importante para mí. Tenía sentido que pensara eso. Me dolía el corazón.

—Pero no se fue. Su novio rompió con ella y estalló. Pensé que sería uno más de sus berrinches habituales, pero luego me di cuenta de que se estaba convirtiendo en uno de los malos. Se emborrachó y rompió cosas por casa. Me encerró en una habitación abajo, en el sótano. No quería que me fuese; odiaba estar sola. Pensaba que no conseguiría escaparme y que nadie me oiría gritar si me encerraba allí abajo.

Dejé que me embriagase la ira, por la injusticia que había sufrido, por su tristeza. No había una excusa en el mundo que justificase aquello, especialmente si era una madre quien se lo hacía a su hijo.

—No me hizo daño, solo me encerró —puntualizó. Sabía que lo decía por mí, como si eso fuese a cambiar lo que pensaba o cómo me sentía respecto a todo aquel asunto. Como si eso lo hiciera correcto.

Tal y como yo veía las cosas, seguía siendo maltrato. Un niño no debía ser expuesto a ese trato ni a ese comportamiento por parte de un adulto que se suponía que debía protegerle. Yo contaba con mi padre, que nos había protegido a Dylan y a mí. Cameron no tenía a nadie.

—Pete vino a casa. Ellos no se conocían. Lo oí todo. Ella le gritaba, le hacía preguntas, lo insultaba... Le dijo que yo no estaba en casa, así que di por hecho que iría directo al laberinto. Oí que Raven se marchaba unos minutos después, y entonces me escapé.

Sentí que el terror se adueñaba de mis manos y mis piernas. Sabía que algo

malo iba a pasar, lo oía en su voz, que se había tornado más grave y más dura. Vi la tensión en sus brazos y su cuello, la vi en la forma en que sus ojos azules oteaban los alrededores, y en el dolor que parpadeaba en ellos y que ya no era capaz de esconder.

—Estaba a punto de irse, pero justo entonces yo llegué al laberinto... y le pedí que se quedase. Recuerdo que llevaba una libreta, una libreta verde. No era más que una tontería que yo tenía por mi habitación y que no me gustaba. Le di esa puta libreta y él cuidó de ella. Me dijo que era el primer regalo que le habían hecho nunca. La cuidó como si no tuviese precio, joder. Como si fuera... —Se le rompió la voz y agachó la cabeza.

—Era un regalo —repuse con voz ronca; el corazón me dolía de verlo sufrir—. De un amigo.

Apretó la mandíbula.

—Un amigo —repitió en tono de burla, con la voz cargada de odio hacia sí mismo. O de culpa.

Se pasó las manos por el pelo con impaciencia y miró al cielo. Ya había oscurecido y las estrellas habían empezado a asomar.

—Nos quedamos unas cuantas horas en el laberinto, explorándolo y completando el mapa. Él empezaba a estar cansado y quería irse a casa, pero solo nos quedaba una sección. Si seguíamos podríamos terminarlo, así que le dije que yo me quedaría hasta acabarlo. Y sabía que entonces él también lo haría. Sabía que tenía tantas ganas de que fuese su amigo que se acabaría quedando.

—Y entonces ¿qué paso? —pregunté al ver que se detenía.

—Nunca pudimos terminarlo.

—¿Por qué?

—Encontró otra salida. Otra puerta escondida. Exactamente la misma por la que hemos salido tú y yo.

Hablaba en voz más baja y cada palabra que salía de su boca parecía grave.

—Pensábamos que solo había una salida —continuó—, la que te llevaba al lago que hay al otro lado de la propiedad. —Respiró hondo y se frotó los ojos—. Estábamos emocionados. Eso nos abría un mundo de posibilidades: quizá habría más salidas, y él me ayudaría a encontrarlas. Ya había encontrado una, la que tenemos detrás, así que podía ayudarme a encontrar más.

Asentí, imaginando a los dos muchachos entusiasmados, preparados para continuar explorando el laberinto secreto.

—Encontró la puerta secreta —continuó— y la abrió. Ahora estamos sentados justo donde sucedió todo.

—¿Qué sucedió, Cam?

—Encontramos un coche abandonado. Estaba justo aquí, en medio de este maldito prado.

Respiró hondo. Tenía las piernas flexionadas, los codos sobre las rodillas y la cabeza gacha. Parecía tan solo. Tan, tan solo, tan condenadamente triste. Un ángel que había perdido todo lo que amaba.

—Él no quería explorarlo, por alguna razón —dijo—. Lo ponía nervioso, pero yo no hice caso de sus reparos. Yo ya había conducido antes; en una ocasión robé el coche de mi padre y lo destrocé. Mi padre casi me mata por culpa de eso, pero Raven se abalanzó sobre él antes de que pudiese darme una bofetada. Odiaba que nadie me hiciese daño.

«Excepto ella», pensé con amargura. No me extrañaba que Cameron tuviese cicatrices emocionales. Se había criado con un monstruo.

—El coche no arrancaba, pero encontré algo más interesante en el maletero: una caja de bengalas.

Se me paró el corazón. Me acerqué a él poco a poco, pero no lo toqué. Todavía no. Tenía la sensación de que ningún tipo de contacto sería bienvenido en aquel momento.

—Ojalá nunca hubiese abierto ese maletero.

—Eras un niño. Cualquier crío habría explorado un coche abandonado. Yo sin duda lo habría hecho.

Volvió la cabeza para mirarme, y quise besarlo con toda mi alma. Quería ahuyentar los recuerdos horribles que asomaban a sus ojos azules.

—Entonces aparecieron aquellos abusones que lo molestaban. A los que yo les había dado una paliza.

Sentí que un escalofrío me recorría la espina dorsal.

—Esta vez eran cinco. —Bajó la mano hasta cubrirse la boca, la volvió a subir y se echó el pelo negro hacia atrás. Tenía los ojos azules muy abiertos; veía cosas de su pasado que probablemente había enterrado en lo más profundo de su ser.

—Cuando los vimos todavía estaban a unos metros de distancia. Yo quería volver al laberinto; conocíamos aquel lugar como la palma de nuestra mano y los despistaríamos enseguida. Podríamos escapar. Pero Pete estaba asustado y se encerró en el coche.

—¿Lo... lo dejaste allí y volviste al laberinto?

Negó con la cabeza.

—Me quedé allí y le grité que abriese la puerta para que pudiéramos volver los dos.

Debí haber sabido que no habría abandonado a su amigo.

—Pero no me hacía caso. Estaba paralizado de terror.

Seguía mirando fijamente al punto donde me había dicho que estaba el coche. Sus ojos azules estaban más oscuros, como si estuviese presenciando de nuevo todo aquel horror.

—¿Qué pasó después? —pregunté al ver que no continuaba.

Se frotó los ojos y sacudió la cabeza para librarse de los recuerdos.

—Me peleé con ellos. No lo hice solo por Pete. No quería que me llamasen

cobarde si me iba corriendo y dejaba a mi amigo en ese coche.

Parecía muy enfadado, y yo sabía que el objeto de su ira era él mismo.

—Ya les había pegado antes, así que estaba seguro de que podía hacerlo de nuevo. Pero no pude. Me dieron una paliza... y encontraron las bengalas.

Contuve el aliento, aterrorizada ante la idea de oír el resto de la historia.

—No pretendían matarnos, ni nada por estilo. Y, en realidad, Pete les daba igual. Yo lo sabía. Habían venido a por mí. A por mí. Querían cobrarse la paliza que les había dado, asustarme, partirme la cara... Pero se les fue de las manos.

Apretó los puños con furia; las venas de los brazos se le marcaron.

—Uno de ellos encendió las bengalas, pero se quemó la mano y cuando las tiró rodaron debajo del coche. Estábamos a mediados de verano. Toda esa hierba seca y el calor...

Un sonido de horror salió de mi garganta.

—Toda la hierba de alrededor del coche se empezó a quemar y lo llenó de humo. Había muchísimo humo. Le grité a Pete que abriese la puta puerta, pero no lo hacía. Lo oía toser, intentar respirar. Intenté romper la luna, las ventanas, pero no tenía suficiente fuerza. Veía cómo me sangraban las manos al intentar romper el cristal, pero no servía de nada. Cogí una piedra, lo intenté con todo, pero nada. Pete me miraba, solo me miraba. No se movía. No se movía, joder.

Escondió la cabeza entre las manos y se quedó así un rato. Sin embargo, esa vez lo toqué. Y, esa vez, no se apartó. Levantó la cabeza para mirarme, y durante unos segundos nos miramos el uno al otro.

Me incliné hacia él para darle un suave beso en la comisura de la boca. Él cerro los ojos; parecía que estuviera absorbiendo el contacto.

—Termina la historia, Cam.

Él asintió.

—Debí de desmayarme —continuó con voz ronca—. Cuando desperté,

había policías y bomberos por todas partes. Un paramédico me estaba curando las manos. Me dijo que tenía quemaduras, pero yo no sentía nada. Quería encontrar a Pete.

Cuando sus ojos se volvieron hacia mí, estaban colmados de tristeza, culpa y dolor.

—Pero ya no estaba —musitó—. Ya no estaba.

Kara

—Pero ya no estaba —musitó—. Ya no estaba...

No me cabía ninguna duda sobre lo que debía hacer. Me acurruqué en su regazo. Quería estar tan cerca de él como pudiese y ofrecerle el calor de mi cuerpo. Le rodeé la cintura con las piernas y el cuello con los brazos y apoyé la mejilla en su hombro.

Él se puso rígido un instante, y me dolió el corazón al caer en la cuenta de que no estaba acostumbrado a que la gente lo tocara para consolarlo. Lo estreché entre mis brazos para demostrarle que no pensaba irme a ningún sitio y, entonces, me tomó entre los suyos y me acercó más a su cuerpo, que se había tornado duro y frío.

Su abrazo era algo nuevo para mí. No estaba segura de si me acostumbraría a la sensación que ejercían sus fornidos brazos a mi alrededor. Era algo nuevo, pero me sentía como en casa. Y me sentía bien, como si estuviese donde debía estar. Cerré los ojos y, simplemente, lo abracé.

Él me rodeaba. Era tan grande, tan sólido... Sus hombros y brazos eran tan fuertes y poderosos que, aunque era yo quien quería protegerle, era él quien me hacía sentirme protegida a mí, solo con tenerme entre sus brazos.

—Cam —dije con gentileza. Esperé a que contestase, pero no lo hizo, no con palabras. Me estrechó con más fuerza; sentía la presión de sus dedos contra mi espalda, sentí que me acercaba más a él—. No es culpa tuya.

Le temblaba el cuerpo.

Yo sabía que, a veces, lo único que necesitas es que alguien te diga que tú no tienes la culpa, una garantía de que alguien cree en ti, especialmente cuando tú no crees en ti mismo. Y no estaba segura de si era eso lo que necesitaba, pero era lo que yo podía darle. Mis palabras iban al compás de mis caricias, que esperaba que él percibiese como la fe que tenía en él.

—Siento mucho que os sucediera eso a tu amigo y a ti —dije en voz baja—. Fue una tragedia. No tenías forma de saber que aquel día pasaría algo así, o habrías hecho todo lo que estaba en tu mano para evitarlo. Eres muy protector. Proteges a la gente que te importa. Habrías hecho todo lo posible por salvarlo.

No contestó, pero me abrazó con más fuerza. Intenté apartarme para poder verle la cara, pero deslizó la mano desde mi espalda hasta mi nuca, suave pero firmemente, para indicarme que me quedase como estaba.

Cerré los ojos y permití que mi abrazo lo reconfortase. Luego le aseguré:

—No importa lo que me digas, ni tú ni nadie; nada me hará cambiar de opinión.

Sentí que su cuerpo empezaba a relajarse; la rigidez de sus hombros y sus brazos se disipaba. Sonreí al notar que me daba un beso en el pelo.

¿Quién me iba a decir que sería así de cariñoso?

—Kara —dijo en voz baja—. Kara...

—¿Sí?

Esperé a que hablase, pero no lo hizo. Y me di cuenta de que no iba a hacerlo. Apretó su cuerpo contra el mío y me atrajo más a él, como si no estuviese lo suficiente cerca.

—Ojalá encontrase las palabras adecuadas para que pudieras entender que no fue culpa tuya —lo consolé en voz baja—. Pero quiero que sepas que estoy aquí. Estoy aquí, Cam. Y no pienso irme a ninguna parte.

Estaba en silencio. Dejé que mi cuerpo reposase contra el suyo mientras lo escuchaba respirar. Nos quedamos así un rato. De su presencia emanaba una

sensación de calma y consuelo que me envolvía.

—Es suficiente —respondió al cabo de un momento, con la voz gruesa por la emoción—. Más que suficiente.

—Todavía te culpas por ello, ¿verdad? —pregunté.

No contestó, y suspiré.

—De verdad espero que no te culpes por haberle pedido a Pete que se quedase.

Mientras me contaba la historia, había repetido varias veces que se lo había pedido, y yo sabía que había una razón: se culpaba por lo sucedido.

Me aparté de él para mirarlo a la cara y esta vez me lo permitió. Sus ojos de león parecían oscuros e intensos cuando me dejaba ver sus emociones. Sostuve su rostro entre las palmas de mis manos.

—Cam, ¿por qué no le ibas a pedir que se quedase? Y ¿por qué no se iba a quedar? Erais niños. Los niños juegan todo el tiempo, rompen las normas y se quedan despiertos hasta tarde cada vez que pueden. No vuelven a casa cuando es hora de volver a casa, y juegan fuera tanto tiempo como les permiten, a veces incluso se saltan el toque de queda. ¿Sabes cuántas veces hice yo lo mismo? No te atrevas a culparte. Esos cinco niños que te dieron una paliza, los que abusaron de Pete... Piensa en el papel que tuvieron ellos en todo esto. Pido a Dios que estén arrepentidos por lo que pasó. Pero nunca, nunca, te culpes por esto. Entra en razón, maldita sea.

—¿Crees que no he pensado ya en todo esto? Pues claro que sí, Kara. Más veces de las que imaginas.

—Entonces ¿por qué tengo la sensación de que crees que tienes la culpa? No eras más que un niño. Contéstame a una pregunta: ¿le reprocharías a un niño de ocho años que no fuese capaz de abrir a la fuerza un coche hecho de acero y cristal? ¿Eres Superman? ¿Uno de los X-men? Ese niño hizo todo lo que pudo para salvar a su amigo. Le sangraban las manos, se le quemaban,

pero siguió intentándolo hasta que estaba tan exhausto que se desmayó. ¿Lo culparías?

No esperaba que contestase, y no lo hizo, así que continué:

—Yo no conocía a Pete, pero no creo que quisiera que te culpases por lo sucedido. No a sabiendas de que no lo dejaste allí abandonado. Te quedaste y luchaste por él. Él sabía que su amigo se quedó y luchó por él; sabía que a su amigo le importaba.

Sentí que me rodeaba las muñecas, y creía que iba a volver a rechazarme, a bajarme las manos. Pero me sorprendió. Con sus ojos azules clavados en los míos, se las llevó a la boca y las besó.

—No tengo ni idea de por qué de repente estás en mi vida —dijo con voz ronca—, pero no me importa una mierda. No pienso luchar más contra ello. Quiero que estés conmigo. Conmigo, Kara.

«¡Qué hombre!» Cerré los ojos y froté la mejilla contra su hombro.

—Bien —respondí con una sonrisa—, porque yo también quiero que tú estés conmigo.

Me acarició el pelo y bajó la mano hacia mi cuello, que masajearon con sus largos dedos. Exhalé un suspiro, satisfecha.

—Empieza a hacer frío. —Yo no podría haber estado más caliente gracias al calor de su cuerpo y a su abrazo, que me protegía del frío, pero ¿y él? Me había dado su chaqueta a mí e iba en camiseta—. ¿Por qué no me enseñas tu cabaña?

Asintió, pero se quedó donde estaba un par de minutos más antes de ponerse de pie. Todavía no quería soltarme.

—Está bien —dijo—. Vamos.

Pero yo no lo solté, seguí bien agarrada a él.

—Quiero ser tu mono —murmuré contra su cuello.

Él no era el único que todavía no estaba dispuesto a separarse.

—Mi precioso monito volcán.

El corazón me dio un vuelco al oírlo decir «mi».

Me cogió por detrás de las caderas al levantarse, gruñendo un poco. Pero ¿cómo lo hacía? Era fortísimo. Yo apenas podía ponerme de pie con una taza de café en la mano.

Cuando entró en el laberinto me di cuenta de que tendría que recorrerlo conmigo en brazos, así que le dije que caminaría yo. Sin embargo, solo me cogió con más fuerza.

—Pesas como una pluma —me murmuró al oído—. Te llevaría en brazos a todas partes, Kara.

Sonreí contra su hombro, paladeando sus palabras. Me había dicho que nunca se le habían dado bien, pero se equivocaba. Quizá fuese hombre de pocas palabras, pero cuando bajaba sus muros y me dejaba atisbar su corazón, las que decía me calaban hasta bien adentro.

Mientras caminaba hacia la cabaña se volvió a quedar en silencio, con aire contemplativo. Di por hecho que conocía un atajo en el laberinto, porque no tardamos casi nada en llegar al porche, cuyas luces se encendieron mientras subíamos las escaleras.

Oí unos pitidos cortos mientras pulsaba el código para abrir la puerta principal y uno más largo antes de que se abriese el cerrojo. Dentro estaba oscuro, y olía a limpio, a nuevo y a madera. Aromas agradables y viriles. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad atisbé los techos altos, un espacio amplio y unos amplios ventanales que ocupaban toda la pared.

Se quitó los zapatos en la entrada. No se molestó en encender la luz, sino que siguió recto hasta que llegó a la cama, donde me depositó con suavidad. Sin embargo, no se sentó conmigo.

—Necesito beber algo —dijo—. ¿Quieres tú también?

Se estaba distanciando de nuevo, podía sentirlo. Se estaba envolviendo en

su desgracia. Acabábamos de hablar de ser abiertos el uno con el otro, pero sabía que tardaría tiempo en acostumbrarse a ello. Se sentía vulnerable y lo mejor que podía hacer era darle su espacio, dejarlo en paz un rato.

Me senté en la cama y observé cómo se movía por su casa. Encendió una luz tenue antes de arrodillarse frente a una chimenea. No podía ver lo que estaba haciendo, pero sí que veía su espalda, cómo los músculos de sus brazos se movían mientras trabajaba para encender el fuego. Cuando las llamas empezaron a crepitar, el olor dulce y almizclado de la madera flotó en el aire.

Se frotó las manos y se las limpió en los vaqueros. Luego, poco a poco, fue irguiendo su enorme cuerpo y se puso de pie.

—Se calentará enseguida —dijo sin mirarme.

Yo no dije ni una palabra, pero lo seguí con la mirada mientras se dirigía a la pequeña cocina. Cuando abrió la puerta de la nevera, la luz de su interior proyectó un halo de luz sobre el suelo de madera. Sacó una botella de agua, desenroscó el tapón y bebió. Los músculos de su garganta se movían arriba y abajo. Cogió otra, me la trajo y la abrió. Alargué una mano para cogerla, di un trago y se la devolví. Le puso el tapón y la dejó en el suelo.

Se arrodilló frente a mí y me quitó los zapatos con delicadeza. Quise deslizar los dedos por sus oscuros rizos, atraerlo hacia mí, pero me contuve. Colocó mis zapatos junto a la botella de agua.

Suspiró, volvió a ponerse de pie, se quitó la camiseta y los calcetines y se sentó en el borde de la cama. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas, y se frotó la boca y la barbilla con las manos. Luego agachó la cabeza.

Me dolía el corazón verle así. Parecía tan solo, tan completamente solo. Tenía la sensación de que había albergado todas esas emociones tóxicas dentro de él, y aunque me había dicho que había gente con quien podía contar —probablemente Rick y Caleb— no hablaba con ellos sobre sus problemas.

¿Cuántos de sus pensamientos compartía con ellos? Quizá me equivocaba, pero me temía que no muchos. Parecía tan cerrado...

—Cam —dije—. No te encierres en ti mismo. Deja que esté contigo.

Volví a subirme a su regazo. Tenía la piel cálida y su olor masculino, ese olor tan fresco y tan azul, era más intenso. Lo inhalé.

—Ahora estoy aquí —le recordé.

Me rodeó con los brazos, esta vez, sin un ápice de duda, sin incertidumbre, solo aceptación. Como si me hubiese estado esperando y me estuviese dando la bienvenida.

«Es cada vez más fácil», pensé.

—Kara —dijo, con la voz ronca de la emoción—. No creo que pueda soltarte.

Tragué saliva para apaciguar mi corazón.

—Pues no lo hagas.

—Quédate aquí conmigo —susurró, con la voz colmada de necesidad—. Así, solo así. Aquí. Solo esta noche.

—No me voy a ir a ninguna parte. ¿Nos tumbamos?

Se deslizó por la cama arrastrándome a mí con él. Me acunó mientras se estiraba y me colocó encima de él. Me estremecí al sentir su larga dureza apretada contra mí, su cálida piel bajo las palmas de mis manos.

Me moví para tumbarme sobre la cama, pero la mitad de mi cuerpo seguía encima de él. Pareció gustarle, porque me envolvió la cintura con sus manazas y me dio la vuelta de forma que mi espalda quedó contra su cuerpo y luego me acercó a él, dejándome pegada a su costado. Deslizó el brazo alrededor de mi vientre, bajo mis pechos.

—Kara... —susurró, mientras me acariciaba suavemente la nuca con los labios.

—Estoy aquí contigo, Cam. Duérmete.

Exhaló un largo y profundo suspiro; su ancho pecho se expandía y se deshinchaba. Y tras un instante se quedó dormido. Contarme todo lo sucedido en el laberinto debía de haber agotado toda su energía. Estar mentalmente exhausto podía ser peor que estarlo físicamente.

No estaba acostumbrado a compartir sus problemas ni sus pensamientos con nadie. Yo era igual, pero podríamos empezar a ser más comunicativos el uno con el otro. Podía confiar en él, y él podía confiar en mí.

Esa idea hizo que una sensación cálida se me extendiese por todo el cuerpo, como si me acabase de sumergir en un baño muy caliente... Pero diez veces mejor. Cerré los ojos, suspiré profundamente y me dormí con una sonrisa pintada en la cara.

Cuando me desperté me sentí confundida. Parpadeé al percibir la semioscuridad, ante el crepitar del fuego y el resplandor de la chimenea. Luego reparé en el calor que desprendía el pétreo cuerpo de Cameron, que me envolvía. Cerré los ojos y saqué la sensación de tenerlo junto a mí.

No roncaba. De hecho, era muy silencioso cuando dormía. Me volví hacia él poco a poco para poder verle la cara. Deseé que hubiese más luz para poder contemplarlo con claridad.

Y, entonces... ¡Café!

Me desenrosqué poco a poco de él, con cuidado de no despertarlo. Cuando retiré su brazo de mi abdomen me di cuenta de lo mucho que pesaba. Me rozó el pezón con los dedos, y ahogué un grito y casi brinqué. ¡Uf! Lo miré para ver si lo había despertado, pero no se había movido. Finalmente, conseguí despegarme de él y me puse de pie junto a la cama. Y lo miré.

Estaba desnudo de cintura para arriba y dormía con el ceño fruncido. Su cuerpo era largo y musculoso, el cuerpo poderoso de un guerrero. Era tan hermoso... Sus rizos negros contrastaban contra el blanco de la almohada y su piel morena se veía rebosante de salud.

Suspiré en voz baja, preguntándome cómo había terminado allí. Con él. Con alguien como él. Mientras buscaba las llaves de su coche, pensé que él nunca había estado en mi horizonte. Nunca lo había visto venir.

Las encontré en la encimera que había junto a la nevera. De puntillas, para no despertarle, abrí la puerta principal y estuve a punto de cerrarla, pero recordé que se cerraba con un código, y no con una llave.

Me quité su chaqueta y la puse entre la puerta y el marco para dejarla entreabierta y que no se cerrase del todo y corrí hacia su camioneta. Salté al interior en un santiamén y cogí mis cosas y su neverita. Un par de minutos más tarde volvía a estar dentro de la cabaña.

Me senté en el suelo junto a la puerta y rebusqué en mi mochila hasta dar con el teléfono. Tenía un mensaje de mi padre.

PAPÁ: Oye, KK, no te olvides de que esta noche cenamos pizza.

PAPÁ: ¿Estás trabajando todavía?

PAPÁ: Te guardo un poco y así puedes cenar cuando llegues a casa. He pedido la vegetariana con doble de queso. Ten cuidado al volver a casa. Te quiero.

«¡Mierda!», pensé.

Le envié un mensaje rápido a mi padre para decirle que volvería a casa al día siguiente. Nunca me había saltado una noche de pizza, pero él estaba acostumbrado a que no respondiese a sus mensajes. Normalmente, eso quería decir que estaba en el trabajo. Tenía más mensajes de otras personas, pero decidí que ya los leería más tarde. Volví a meter el teléfono en la mochila y me dirigí a la cama en silencio.

Contuve el aliento al ver que se movía, se tumbaba sobre su espalda y abría lentamente los ojos oscuros, que me miraron desde abajo.

—¿Adónde has ido? —preguntó, con la voz ronca de dormir.

Me pareció muy sexi. Tenía una cualidad áspera que se me aferraba a los

músculos del estómago. Que me hacía tragar saliva. Que me hacía pensar en amantes secretos y besos en la oscuridad.

Cuando me deslicé en la cama junto a él y sus brazos me dieron la bienvenida con naturalidad suspiré contra su pecho. Estaba tan cálido, y su cuerpo era tan duro y tan suave...

—He ido a tu furgoneta a por mis cosas. Tenía que mandarle un mensaje a mi padre.

No contestó.

—¿Pensabas que me había ido? —lo chinché.

Siguió sin responder. Sentí una punzada en el pecho. ¿De verdad me creía capaz?

—No te pienso dejar —le aseguré.

Apretó la mandíbula.

—No me sorprenderá si lo haces.

—¡No! —respondí de inmediato—. No me vengas con esa mierda. Solo hay una cosa que podría hacer que me fuera, y es que me lo dijeras tú.

—Te necesito —confesó con voz ronca, y se puso encima de mí—. Necesito hacer que te corras.

Ya estaba duro. Sentía cómo se apretaba contra mi muslo.

—¿Puedes darme eso esta noche? —preguntó, mientras me observaba intensamente.

Me mordí el labio y tensé los muslos para evitar apretarme contra él.

—Si me lo pides por favor.

Me miró entornando los ojos.

—¿Por qué quieres que diga esa palabra?

—Me gusta oírte decirla.

—Oblígame —dijo.

El corazón me latía desbocado. Era un desafío... y me excitaba. Me excitaba

muchísimo. ¿Qué tenía ese chico?

¿Me atraía porque era indomable? Era tan salvaje, tan... rudo.

Me cogió por las muñecas y me puso las manos por encima de la cabeza.

—Oblígame, Kara —repitió.

Me costaba respirar. Antes de que pudiera hacer o decir nada, se arrodilló frente a mí y me separó los muslos. Me levantó la falda del vestido y me miró.

Antes de que me diera tiempo a sentir pudor, deslizó las manos bajo mi culo y me agarró de ambas nalgas para atraerme a él. Ahogué un grito cuando el vértice de mis muslos se encontró con su erección.

Empujó sus caderas contra mí antes de atrapar mis labios en un beso ardiente y carnal. Su lengua se movía salvajemente y buscó todos los recovecos de mi boca antes de descender por mi cuello. Cameron chupaba y gemía, gemía hasta llevarme al límite.

Cuando me atrapó el pezón entre los labios, grité. Enredé las manos en su pelo, lo estiré y lo empujé hacia mí. Su otra mano se deslizó bajo mi vestido y rozó mi entrepierna levemente con el pulgar. Luego subió hasta mi sujetador, lo bajó y sus dedos jugaron con mi otro pezón.

—¿Quieres correrte? —susurró.

—Cam, Dios mío...

—¿Quieres correrte, Kara? —Sus ojos, tan oscuros e intensos, no abandonaban mi rostro—. Dime que sí.

—Sí —gimoteé.

—Dios. No tienes ni puta idea de cuánto te deseo —gimió, antes de quitarme el vestido por completo.

Bajó las copas de mi sujetador, alzando mis pechos como si fuesen una ofrenda para sus labios. Siguió succionando, dando rápidos lengüetazos en las puntas de mis pezones, torturándome.

Tenía que llegar una liberación para ese tormento. Seguía acumulándose en

mi interior, cada vez más apremiante, invasivo e intenso. Él no dejaba de lamer, y cuando sus dedos liberaron mi pecho y descendieron para presionar entre mis piernas, me golpeó de inmediato. Grité, temblé y le clavé las uñas en la espalda mientras me sobrevénía la dulce, dulcísima liberación del éxtasis.

Cameron

—Eres preciosa.

Y lo era. Nunca había visto a nadie con tanta belleza, especialmente en aquel momento, con el rostro todavía resplandeciente tras el orgasmo.

Cerró los ojos. Había una sonrisa misteriosa en sus labios.

Me dolía la espalda después de que me hubiese clavado las uñas. Las había hundido profundamente.

Mi volcán.

Sus brazos y sus largas piernas estaban relajados sobre la cama. La acaricié en la barriga, en los costados, fascinado por lo grandes que parecían mis manos sobre su cuerpo. Podía rodear casi toda su cintura con ellas.

Le masajeeé con suavidad los brazos y las piernas, preocupándome de que estuviese cómoda, y luego cogí la manta que no habíamos usado y la tapé.

La expresión satisfecha de su rostro hacía que quisiera llevarla de nuevo al orgasmo. El clímax había llegado tan rápido que me pregunté si siempre sería así. ¿Habría sido el primero que tenía? Hacía que quisiera darle más placer, comprobar si mi teoría era cierta. Pero no estaba seguro de que ella estuviese preparada para todo lo que estaba pensando en hacerle. Quería penetrarla, sentir las embestidas entusiastas de sus caderas mientras me perdía en su estrecho y húmedo calor...

—Voy a ducharme. Vuelvo enseguida —anuncié, y me levanté de la cama antes de hacer algo de lo que ambos nos arrepintiésemos a la mañana

siguiente.

Ella había confesado que quería esperar, y yo había dicho totalmente en serio que jamás la forzaría. Esperaría a que fuese ella quien me lo pidiera.

Pero ¡joder! Verla tirada en esa cama, sonrojada, suave y tan condenadamente hermosa...

Apreté la mandíbula y, mientras me dirigía al baño, pensé que una ducha fría era justo lo que necesitaba. Ella estaba acabando con todo mi autocontrol.

Miré el reloj y vi que era la una de la madrugada. Solo habíamos dormido un par de horas.

«Necesidades y deseos», pensé mientras encendía la luz, me quitaba los pantalones y me metía en la ducha. Normalmente, yo no confundía ambos conceptos. Podía diferenciarlos y priorizar con bastante facilidad. Pero con Kara todas las líneas eran borrosas.

Cuando se trataba de ella, todo se desdibujaba, pero había una razón. Había una exigencia absoluta en mi interior, y casi desesperada, de que siguiera siendo parte de mi vida. Me había abierto en canal frente a ella por elección propia, le había dejado ver hasta mis entrañas, había compartido con ella todos los secretos que había albergado durante años y que me destrozaban cada vez que los revivía. Y ya no digamos cuando hablaba sobre ellos.

Pero sabía que era lo que ella quería de mí, y yo estaba lo suficientemente desesperado para hacer cualquier cosa por retenerla.

Ella había dicho que era mi última oportunidad, y después de eso no había tenido elección. Era o contárselo o perderla, y pensar en perderla definitivamente era insoportable. Y, esta vez, sabía que era lo que habría sucedido si yo no hacía nada por evitarlo.

Me sorprendía cómo me había sentido tras contárselo todo. Sentía que... la oscuridad que me rodeaba era menor. Como si una pesada sombra hubiese retrocedido unos cuantos pasos. Seguía ahí, y aún sentía que me acechaba,

pero de algún modo era menos amenazadora. Ya no se me antojaba una presencia que lo consumía todo, como antes.

Y lo que más perplejo me había dejado era que ella... se había quedado.

Se había quedado conmigo, joder.

Sabía que era muy probable que se marchase tras enterarse de todo, pero se lo habría contado de todos modos. Porque ella me lo había pedido. Y si existía una mínima posibilidad de que se quedase conmigo, ni de coña la iba a dejar pasar.

En mi vida nunca había habido nadie como ella. Todo lo que había experimentado con ella era nuevo para mí. No tenía nada con qué compararlo, y tenía miedo de estropearlo. De hecho, estaba seguro de que acabaría por arruinarlo todo.

Había muchas cosas de las que no estaba seguro, y no pasaba nada, nunca había pasado absolutamente nada, pero sí que estaba seguro de algo. Lo veía con absoluta claridad. El momento en el que me había despertado y la había visto, con aquellos ojazos color avellana colmados de una emoción que me dejaba sin aire, había sentido una necesidad abrumadora de tocarla, de reclamarla para mí, de hacerle sentir lo importante que era para mí. Y pensaba mostrárselo de la única manera que sabía.

No sería con palabras ni promesas, porque eso nunca se me había dado bien, sino con mis caricias. Le haría sentir aunque fuese una décima parte de lo que yo sentía por ella, le daría algo que solo yo podía darle.

Y ella me había dado la bienvenida, me había dado una parte de sí misma. Sabía lo mucho que significaba para ella. Recordé que me había confesado que nunca había salido con ningún chico y que seguía siendo virgen.

Y que ella estuviese tan dispuesta a darme una parte de sí hacía que se me parase el corazón. Me hacía sentir que yo también significaba algo para ella. Que era importante.

«Quiero ser tu mono.» Me reí. Hacía un gesto muy suyo, cuando apoyaba la mejilla en mi hombro y la restregaba. Como un gatito. Era tan inesperado... Me volvía loco.

Era tan dulce, tan ardiente... Sus pechos pequeños eran perfectos, tan receptivos... Me encantaba la forma en que me agarraba del pelo, que no se diese cuenta de que lo estaba haciendo y cómo se abandonaba por completo a las sensaciones.

«Tengo que pensar en otra cosa.»

Por muchas vueltas que le diera, no conseguía asumir que siguiera allí conmigo después de lo que le había contado en el laberinto.

«No es culpa tuya. No importa lo que me digas, ni tú ni nadie; nada me hará cambiar de opinión», había dicho. ¿Lo pensaría de verdad?

Ya había oído todo eso antes, en boca de los médicos a los que había visto de niño. Que no era mi culpa, que debía empezar a cerrar las heridas y pasar página. Sentía que ninguna de esas palabras tenía sentido. Ninguna había calado en mí. Eran profesionales que cobraban por interesarse por mi caso. No era real, no para mí.

Pero ella sí. Era su presencia, su fortaleza y su compasión, lo que más significado tenía para mí. Más que nada. La necesitaba en aquel preciso instante. Debajo de mí, gimiendo, gritando mi nombre. Quería sentir la presión de sus piernas entre mis caderas mientras...

«Piensa en otra cosa.»

Pero, Dios, deseaba a esa mujer más de lo que había deseado nada en la vida. No había ninguna explicación racional para ello. Era así, y ya está.

«¿Qué narices me pasa?»

Mi moto. Echaba de menos mi puta moto. No veía la hora de volver a conducirla por la carretera, de sentir la velocidad, la libertad. Una vez estuviese reparada todo volvería a la normalidad. Me la imaginé aparcada

frente a la cabaña, negra, elegante y resplandeciente.

Y ahí estaba ella, saliendo de la cabaña, vestida solo con lencería. En mi cabeza era del blanco más puro. Y de encaje. Y se me hacía la boca agua. Lucía unos taconazos de aguja.

Me echaría una de esas miradas por encima del hombro que dicen: «Ven a por mí». Me diría «ven» con un dedo, sin despegar sus feroces ojos color avellana de mí, y deslizaría una pierna sobre la moto y se sentaría sobre ella como si fuese a...

Joder.

Apoyé las manos contra los azulejos y apreté los dientes. «La moto. Vuelve a la moto.»

Quizá estaría aún mejor desnuda. En mi mente, la lencería desapareció. Estaba desnuda, parpadeando con pereza y pidiéndome en silencio que la tomara.

Me rendí y me hice una paja.

Me sequé rápidamente, me puse los mismos vaqueros y volví descalzo al salón.

Estaba dormida.

Me senté en el suelo en silencio y la observé dormir. Parecía en paz esta vez, con una tímida sonrisa en el rostro. Alargué una mano y le aparté con suavidad un mechón de pelo de la mejilla. Y entonces abrió los ojos poco a poco. Me sentí como si me acabasen de asestar una puñalada justo en el corazón. Me perdí en el momento en el que los abrió, en ese instante de reconocimiento en su mirada. Y en el momento en el que sonrió. Como si se sintiera feliz de despertar y encontrarme allí. No tenía palabras. Sentía una opresión en el pecho que se hacía más apremiante cuanto más observaba su rostro.

—Hola —me saludó.

Habría respondido de haber estado seguro de tener voz.

—¿No vas a volver a dormir? —preguntó, perezosa.

Pero me sentía extraño, aunque no sabía por qué.

—No estoy... —me aclaré la garganta—. No estoy cansado.

Sonaba cortante. «¿Por qué cojones me comporto así?»

Ella parpadeó. Tenía que apartarme de su vista. Se había dado cuenta de que algo no iba bien y estaba empezando a despertarse.

Me puse de pie y me dirigí a la chimenea para añadir más leña. Quizá bajarían las temperaturas a medida que avanzase la noche, y no quería que ella pasase frío.

¿Tendría bastante calor? ¿Necesitaría una manta más gruesa? Miré las llamas con el ceño fruncido.

«¿Qué narices es esto? ¿Qué es esto que siento?»

Yo era todo un experto en aislarme de esas cosas, de los pensamientos y los sentimientos. Eran peligrosos si permitía que tomaran el control. Pero, desde que la había conocido, no conseguía encontrar el maldito interruptor para apagarlos.

Me puse tenso al oír el ruido de las sábanas. Se estaba incorporando.

—Eh, Bigfoot.

«Mierda, mierda, mierda.» Agaché la cabeza. Luché contra ello y fracasé. Me rendí y sonreí.

—No te vayas... —me pidió.

La miré por encima del hombro y me dio un vuelco el corazón.

A la luz del fuego su pelo se veía más oscuro. Le caía sobre los hombros como si acabase de despertar tras una noche de sexo salvaje. Sus ojos, esos ojos felinos que no podía quitarme de la cabeza por mucho que lo intentase, me observaban, expectantes, preguntándose qué me pasaba.

—¿Te arrepientes de habérmelo contado? —susurró.

¿De haberle contado lo del laberinto? Jamás.

—No.

—Entonces ¿qué te pasa? —preguntó—. Porque lo estás haciendo otra vez.

No tenía ninguna explicación que darle. Ni siquiera yo comprendía lo que sentía, así que ¿por dónde iba a empezar?

Fui hacia ella sin quitarle la vista de encima, pero ella me sorprendió incorporándose del todo y arrodillándose sobre la cama, mirándome. Me detuve frente a ella y nos miramos.

—No lo hago a propósito —dije.

El fuego crepitó y chisporroteó detrás de mí.

—¿Te resulta duro hablar de ello?

—Sí.

Susurrábamos en la oscuridad. Podía ver el resplandor de las llamas reflejado en su cautivador rostro. Poco a poco, alargué una mano para acariciarle la mejilla y deslicé las manos hasta los lados de su cuello, mientras le acariciaba la nuca con los pulgares. Cerró los ojos, inclinando su cuerpo hacia mí, pidiendo más.

—Pero ambos sabemos que puedes sacarme lo que te propongas, ¿verdad? —dije, aunque no era una pregunta.

Entonces sonrió. Era una sonrisa cómplice. Inclinó la cabeza hacia mí, pidiéndome un beso en silencio, y la besé con suavidad, tomándome mi tiempo y mordisqueándole el labio inferior.

Cuando me aparté, ella ya no tenía el semblante preocupado. Bajé las manos por sus hombros, por sus brazos, hasta llegar a sus caderas y levantarla. Me encantaba cómo se enganchaba a mí de inmediato, rodeándome con los brazos y las piernas, me encantaba que confiase en que no la dejaría caer.

—¿Te he dejado los huevos como piedras?

Sonreí.

—Ya te digo, pero me lo has compensado gritando mi nombre.

—¡No lo he gritado! —bramó—. Creo que has sido tú quien ha gritado el mío.

La besé en el cuello.

—Haremos más cuando estés preparada. —«No pienses en eso»—. ¿No puedes dormir?

Tardó un poco en responder.

—No —contestó con voz ronca. Me pregunté si estaría pensando en ese «más». Quería que lo hiciera—. ¿Adónde me llevas?

—A la cocina. Tienes que comer.

—No, no tengo que comer —replicó al mismo tiempo que le rugía el estómago.

Me reí.

—Ya lo creo que sí. No pesas nada.

Sabía que era menuda, pero me preguntaba si estaba demasiado delgada porque trabajaba demasiado y se olvidaba de comer. También bebía mucho café. Daba por hecho que era para aguantar el ritmo del trabajo y sus otras responsabilidades. No quería que cayese enferma.

—¿Me estás diciendo que estoy demasiado flaca? —bromeó—. ¿Es por eso por lo que nunca te cansas de mi cuerpo?

Esa mujer era puro fuego.

—De lo que no me canso es de ti.

—Y decías que no se te daban bien las palabras...

Era la verdad. No tenía que buscar las palabras cuando la realidad saltaba a la vista. Cuando era así de simple.

La senté sobre la isla de la cocina, divertido con nuestra conversación.

—¿Te gusta lo que te digo?

Ella asintió mientras jugueteaba con mi pelo. Agaché la cabeza para besarla

y le mordí el labio inferior, del que tampoco me cansaba nunca.

—Sí —respondió—. Pero empecemos con tus atributos físicos. Me gusta mucho tu pelo, muchísimo. Y tus ojos. Y tu nariz. Y la forma como te muerdes el labio o los nudillos cuando estás emocionado, o solo porque sí. Y los músculos pétreos de tu espalda. Y que no se me olviden los de los antebrazos. Las venas sexis. Y ese cuerpazo que tienes. Y...

Me eché a reír.

—Me parece que tienes hambre, ¿no?

—Bueno, pues prepárame algo de comer, chef.

—Está bien. Pero antes tienes que soltarme.

—Oblígame —dijo.

Me mordí el labio inferior y la miré. Ella abrió más los ojos. Así que se acordaba de eso, ¿no?

—Vale, vale. —Soltó una risita nerviosa, puso las manos sobre mi pecho y me apartó—. Perdona, no era una invitación. Comida, primero la comida.

—De acuerdo.

La besé de nuevo antes de soltarla. Encendí la luz de la cocina y fui a la encimera, donde estaban las bolsas de plástico con todo lo que había comprado para ella en la estación de servicio. Debía de haberlas traído ella antes. Empecé a rebuscar en su interior.

—No sé si te acordarás, pero no como cerdo. Ni ternera. Ni... —Me volví para mirarla y ella enarcó las cejas y se dio un golpe en el pecho—. Chica vegetariana, aquí presente.

—Por supuesto que me acuerdo. —Me volví de nuevo hacia la compra, saqué lo que había escogido y lo coloqué sobre la encimera—. Te he comprado tres cartones de huevos y pan en la tienda.

—¡Oh! —Exhaló un profundo y dulce suspiro—. Un momento... ¿Tres? Pero ¿cuánto tiempo piensas tenerme aquí? —se rio. Un sonido feliz que me hizo

sonreír. Era una monada—. ¿Has comprado queso?

—No tenían. ¿Te gusta el queso?

Al ver que no contestaba, me volví a girar hacia ella.

—Me encanta el queso, pero me sienta fatal. Esa vez que tú y yo... Aquel día, en el baño. Me acababa de comer la lasaña vegetariana de la cafetería. Me pasa siempre.

Me reí en voz baja. No creía que se me fuese a olvidar jamás.

—Entonces ¿por qué lo comes?

—¿Estás de broma? Está buenísimo, el dolor merece la pena. Algún día, en un futuro, me moriré y no quiero tener que decir que me perdí las cosas buenas de la vida.

La miré negando con la cabeza y fui a buscar una sartén. No solía cocinar, pero sabía que había comprado una para emergencias. La había guardado por ahí, en algún sitio.

—Y... esa chica del baño. ¿Era la misma chica que te besó en el pasillo?

—No me he acostado con nadie desde que te conocí.

—Qué bien. ¿Quieres una medalla?

—Creo que me la merezco.

Ella esbozó una sonrisa irónica.

—No sé cómo lo ves tú, pero a mí no me gusta compartir —dijo con voz firme.

—¿Te refieres a mí?

—Pues claro que me refiero a ti.

Sonreí. «Bien», pensé.

—Y tú, ¿me compartirías? Esa mirada que le has echado a Thomas probablemente lo haya dejado traumatizado de por vida.

¿Compartirla? Pero ¿qué coño se había pensado? La sola idea me provocaba ganas de darle un puñetazo a algo. Cerré el armario de un portazo,

con más fuerza de la que pretendía.

—Thomas.

—Cálmate, Lobezero. No hace falta gruñir. Es un buen tío. Un amigo —añadió en cuanto me vio fruncir el ceño—. Solo un amigo.

Encontré la sartén en uno de los armarios inferiores. La puse sobre los fogones, encendí uno a fuego lento y vertí el aceite justo para cubrirla. «¿Dónde narices está la espátula?»

¿Amigo?, mis cojones.

Empecé a abrir cajones y a cerrarlos de golpe.

—Los hombres y las mujeres no pueden ser solo amigos.

—Sí, sí que pueden —insistió ella.

La fulminé con la mirada, exasperado.

—No solemos pasar tiempo con mujeres con las que no queremos acostarnos.

Pero ¿dónde estaba la puta espátula?

—Qué asco. Además, eso no es verdad; no todos los chicos piensan eso. —Me miró con los ojos entornados—. ¿Es esa la única razón por la que quieres pasar tiempo conmigo?

—Claro que no, pero es una de las razones. Quiero acostarme contigo.

Ella resopló detrás de mí.

Abrí el mismo armario que había abierto la primera vez. Estaba ahí. Mierda. Volví hacia la encimera, cogí un cuenco y casqué un huevo con demasiada fuerza. Cocinar se me daba de pena. Y todavía se me daba peor cuando estaba distraído, y sin duda ella era una distracción para mí. Empecé a retirar las cáscaras que se habían mezclado entre las claras.

—¿Compartirte con otro tío? —gruñí—. Por encima de mi puto cadáver.

La volví a fulminar con la mirada por encima del hombro. Ella sonreía. Me parecía que esa situación le gustaba. Entorné los ojos. Sin embargo, se le veía

en la cara que sobre su amigo no pensaba admitir discusión. Volví a concentrarme en cascar huevos. Malditos huevos de mierda de una tienda de mierda.

—Aprecio tu honestidad, pero ese razonamiento de que los chicos y las chicas no pueden ser amigos es inválido. Error 404 —dijo.

Me quedé pensativo un instante.

—Pienso en ti todo el puto tiempo.

Me quedé paralizado cuando me rodeó la cintura con los brazos desde detrás. De forma tan inesperada, tan repentina. Entonces me relajé y sonreí cuando descansó la mejilla sobre mi espalda y se frotó como un gato.

Joder, me encantaba eso.

—Qué raro eres. Me encanta. Pero no quiero discutir sobre mis amigos. No tengo muchos —dijo en voz baja—. ¿Te ayudo?

Suspiré.

—Toma —dije, pasándole el cuenco.

—¡Hala! ¿Nos vamos a comer todo esto? —Miró el contenido del cuenco con los ojos como platos.

—Solo hay ocho. Todavía quedan cuatro en ese cartón —apostillé.

—Eso es mucho.

—¿Cuántos sueles hacer tú?

Levantó la vista y me miró.

—Yo no cocino. Nunca. Me da miedo.

Volví a suspirar.

—Está bien, saca las cáscaras y ya está.

Acercó la cara al cuenco.

—Cascar huevos no se te da muy bien. Creo que a mí tampoco, pero esto lo puedo arreglar. Soy una experta retirando cáscaras.

Pero solo consiguió empeorarlo. Pinchó las yemas y dificultó todavía más

encontrar los trozos de cáscara. Se rio, sonrió y luego se rio un poco más, como una niña pequeña que está armando un lío con sus tareas y se divierte con ello, sin arrepentirse de nada.

—¡Los echamos así y ya está! —Alzó las manos, derrotada—. Es demasiado difícil y estos huevos son unos maleducados.

La miré negando con la cabeza y me reí porque era condenadamente adorable.

—Vigila esto. Voy a tostar el pan para tu bocadillo.

—No me dejes aquí. ¡Quemaré la casa entera! ¡Cam!

—Cálmate. No me voy a mover de aquí.

—¿Es que no fuiste a clase de introducción a ser un buen tío? ¡No se le dice a una chica que se calme!

—No soy un buen tío.

Abrí la nevera para buscar condimentos para su bocadillo, pero lo único que había eran botellas de agua y una caja de pizza de la semana anterior. Probablemente ya estaba llena de moho. Decidí tirarla a la basura más tarde.

Me levanté y vi que mi neverita estaba en el suelo. Qué... considerada, amable y dulce era. La abrí, a sabiendas de que no era capaz de dejar de sonreír, cogí uno de los bocadillos y me lo zampé. Luego olí algo en el aire.

Algo que se estaba quemando.

—Hostia puta, Kara, ¿qué ha pasado?

Fui corriendo hacia los fogones y los apagué.

—¿Lo has puesto al máximo?

Levantó la cabeza del cuenco para fulminarme con la mirada.

—¿Ves a alguien más aquí? ¡Pues claro que he sido yo!

—Bueno, pues ¡no se puede poner el fuego tan alto, joder!

—¡Es que tardaba mucho! ¡Y me has dejado aquí sola! ¡Ya te he dicho que no sé cocinar!

—Solo ha sido un minuto. ¡Dios!

—¡Deja de gritarme de una puta vez!

—¡Tú también me estás gritando, joder!

Nos miramos y nos callamos. Ella fue la primera en echarse a reír, una carcajada escandalosa que hizo que sacudiera sus hombros arriba y abajo. Estaba casi doblada por la mitad, con las manos en la barriga. Me eché a reír junto a ella y la estreché entre mis brazos porque no lo pude evitar.

La sartén todavía echaba humo. Si no hacía algo pronto, sonaría la alarma de incendios. Suspiré y fui hacia los fogones. Di un brinco al coger la sartén por el mango y quemarme la mano.

—¡Mierda, mierda, mierda! —maldije.

Me había olvidado de que el mango de la sartén era de metal —«¿En qué estaría pensando cuando compré esta mierda?»— y de que necesitaba una manopla para cogerla. Estaba demasiado ocupado mirándola a ella, demasiado ocupado sonriéndole, y me estaba olvidando de absolutamente todo.

—¿Estás bien? —Corrió hacia el fregadero y abrió el grifo—. Pobrecito, ven aquí.

—Es todo culpa tuya —la reprendí.

—¿Cómo va a ser culpa mía? —Me fulminó con la mirada.

—Te gusta discutir conmigo todo el tiempo.

—Claro que no —replicó—. Eres tú el que quiere discutir conmigo todo el puto tiempo.

La miré con las cejas levantadas.

—¿Lo ves?

Me dedicó una mirada asesina durante unos segundos antes de mirar al techo y suspirar.

—Haces que quiera decir putas palabrotas todo el tiempo. ¿Por qué tienes

que discutir por todo?

Arqué una ceja. Ella puso los ojos en blanco y me hizo un gesto para que me acercase. Todavía con el ceño fruncido, me detuve frente al fregadero y la observé cogermela muñeca y colocarla bajo el chorro de agua fría. Tenía los dedos largos y delgados, y no sabía qué me resultaba más agradable, si el contacto con ella o el agua fría sobre mi piel.

Ni siquiera tenía una quemadura, apenas había tocado la parte ardiendo del mango. Retiré la mano de debajo del agua y le acaricié la boca con el pulgar, embadurnándole el labio inferior de agua. Le goteaba por la barbilla. Nos miramos a los ojos y saboreamos ese momento a solas. Me incliné, la besé en los labios y le chupé el agua del mentón.

—Eso se te da muy bien —dijo lánguidamente.

—¿El qué?

—Besarme.

—¿Quieres más?

Parpadeó despacio.

—Comida —dijo en voz alta y dio un paso atrás—. Los besos, luego.

Sonreí y me volví hacia la encimera. Miré el desastre que habíamos hecho.

—Podríamos hervirlos... —sugirió.

—Pero entonces tendríamos que pelarlos —repuse.

—Uf, es verdad.

Nos miramos de nuevo. Ella se mordió el labio. Le brillaban los ojos por la risa contenida.

—No tenemos ni la menor idea de lo que estamos haciendo —dijo mientras se limpiaba los ojos con la camiseta—. Y no pasa nada, porque es genial estar aquí contigo. Pero todavía tengo hambre.

—Está bien. Siéntate allí y estate quieta.

Me miró con el semblante serio, porque le había vuelto a decir lo que tenía

que hacer, pero no consiguió aguantarse y se volvió a echar a reír.

—Más te vale que esté bueno, Bigfoot.

Se sentó en la isla de la cocina de un salto. Yo lavé y sequé la sartén y volví a ponerla sobre los fogones. Tiré los huevos que habíamos destrozado y cogí el otro cartón. Esta vez los casqué con cuidado.

—¿Cómo has sobrevivido sin cocinar? —preguntó.

—Con comida para llevar, fiambre y bocadillos, sobre todo. Verduras frescas, fruta...

Esta vez no se había colado ni una sola cáscara. Batí los huevos con el tenedor y los eché en la sartén. El crepitar me satisfizo y me hizo sonreír. Metí un par de rebanadas de pan en la tostadora.

Reparé en que llevaba un rato sin decir nada. La miré por encima del hombro y la descubrí observándome. Tenía los ojos tristes.

—¿Kara?

—Mi madre... —empezó a decir, con voz gruesa—. Se marchó cuando era pequeña. Dylan casi no se acuerda de ella. —Respiró hondo y exhaló despacio—. Pero yo sí.

Esto sí que quería saberlo. Quería saberlo todo sobre ella.

—¿Qué recuerdas?

—Que era una zorra. —Se rio sin ganas—. Me acuerdo de una cosa. Era su cumpleaños y mi padre la iba a llevar a cenar a un buen restaurante. Recuerdo que le compró un abrigo de pieles. Ella siempre le había dado pistas para que le comprase uno. Ya sabes, dejaba por casa fotos que había recortado de revistas para que mi padre las viera, o hacía comentarios como: «Este abrigo me quedaría muy bien». Cosas así. Nunca decía lo que quería directamente. A mí no me importa recurrir a las pistas, pero ella se pasaba. Todo era una adivinanza.

Pensé que ella hacía algo parecido. Como su madre con sus fotografías

recortadas, Kara dejaba notitas por toda la casa, pero en lugar de pistas, sus mensajes eran directos y decían exactamente lo que quería. Yo adoraba eso de ella.

—Seguro que volvía a tu padre loco.

Puso sus largas piernas sobre la encimera y las cruzó frente a ella. Sus ojos colmados de ira. La miré.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Creo que los huevos ya están.

Me volví hacia los fogones. Tenía razón. Cogí la espátula y un plato y los saqué.

—No —dijo—. No volvía a mi padre loco. Mi padre es un hombre muy paciente, y la quería.

No le dije que yo no tenía ni idea de qué significaba eso. Creo que nunca había visto a mis padres abrazarse. Ni siquiera eran capaces de estar en la misma habitación.

—Por su cumpleaños le compró un abrigo de pieles. Ella estaba emocionadísima. Lo desenvolvió, muy muy despacio. Quitaba el celo pedazo a pedazo y doblaba el papel con mucho cuidado. Yo misma lo había envuelto y deseé haber usado solo tres trozos de celo.

Me reí.

—¿Cuántos usaste?

Cogí el pan tostado, le hice un bocadillo y le llevé el plato.

—Gracias —dijo, y me sonrió. Lo cogió y le dio un buen mordisco. Me complacía verla comer. Quizá buscaría recetas vegetarianas y le prepararía algunos platos solo para verla comer más. No debería ser difícil.

«Ya, claro. Seguro que le prendes fuego a la casa. Mejor límitate a los bocadillos por ahora.»

—Mucho celo —continuó—. Tardó un buen rato en desenvolverlo. Y,

cuando terminó, lo desdobló. Y ¿sabes lo que hizo después?

Esperé a que continuase mientras cogía una botella de agua de la nevera. No había nada más. Tenía que preguntarle qué le gustaba beber, además de café, y comprarlo para ofrecérselo la siguiente vez que viniera.

—¿Qué hizo?

—Salió a la calle y tiró el abrigo de pieles, ese puto abrigo de pieles carísimo para el que mi padre había estado ahorrando, al suelo. En todo el barro. Y lo pisoteó. Le rompió el corazón a mi padre. ¿Sabes qué pasaba? Que no era el que ella quería. «Te he estado dejando pistas cada puto día, Mike» —continuó, con voz más aguda que de costumbre, probablemente imitando la voz de su madre—. «¿Y me compras esta puta mierda? ¿Lo has comprado en las rebajas? ¿En una tienda de segunda mano? ¿Esta mierda era de otra persona y te atreves a regalármela?» Como si ella fuese mejor que la condenada reina y levitara por encima de todos los demás por lo especial que era. A mi padre y a mí nos encantaba ir a tiendas de segunda mano. A mí eso no me importa. Lo que le das al mundo es más importante que lo que llevas puesto.

»Vi la expresión de mi padre. Estaba dolido, y esa vez se enfadó. No porque a ella no le gustase el abrigo, aunque seguramente era una de las razones, sino porque Dylan y yo estábamos en el salón y lo habíamos visto todo. Al final, lo dejó por un vendedor de aspiradoras. Ella se lo pierde.

»Para mi padre fue muy duro criar a dos hijos él solo. Así que consiguió un trabajo, ahorró y luego montó un negocio con su hermano mayor, Andrew. — Parecía que tuviese ganas de escupir—. Otra sanguijuela, si quieres saber mi opinión. El taller pertenece a los dos. Al cincuenta por ciento. ¿Quieres saber por qué trabajo tanto? Para poder comprar su parte. Ya he hablado con él y tenemos un trato.

—¿Cuánto quiere por su parte?

Me miró con los ojos entornados.

—¿Por qué lo preguntas?

La miré y supe que no tenía forma de esconder mis intenciones. Era mejor que le dijera la verdad. Era demasiado lista para ocultárselo.

—Puedo darte el dinero, o...

—¿Te has vuelto loco? ¡Ni hablar! Entonces todo mi trabajo habría sido para nada. ¡No! Estoy muy cerca de conseguirlo, muy cerca.

—No te enfadaste cuando te enteraste de lo del trabajo en El Patio.

—Eso es distinto.

—¿Por qué?

—Sé que estoy cualificada para hacer ese trabajo, y soy muy trabajadora. No te puedes equivocar con una persona como yo.

Asentí.

—Estás más que cualificada para ese trabajo.

Me sonrió. Dio dos mordiscos más al bocadillo y asintió, satisfecha. Cogió el agua, dio un trago y la volvió a dejar sobre la encimera.

—No está nada mal, Bigfoot.

Cogí su botella de agua y me la llevé a la boca para que no me viese sonreír. Casi me la tiré encima.

Masticó unos instantes. Sabía que estaba pensando en algo. Kara era incapaz de mantener su rostro inexpresivo cuando pensaba, sus rasgos mostraban todo lo que sentía.

—Todo el mundo me pregunta por qué trabajo tanto. La gente del trabajo cuchichea sobre mí, comentan que por qué hago tantas horas extras y adónde se va todo mi dinero. No me importa. Puedo soportarlo. Me trataban peor cuando era más joven. Creen que podrán detenerme o herirme con malas palabras. Mejor que lo piensen dos veces. Estoy hecha de acero, tío. De acero. He pasado por cosas peores y todas esas mierdas de chica mala no me afectan.

—¿Te critican porque trabajas mucho?

—Tengo más antigüedad que ellos. Cuando hay horas extras en el trabajo me las quedo yo casi siempre. Así que se enfadan conmigo porque no las pueden aprovechar. Creen que soy una zorra y ¿sabes qué? Me importa un pimiento. No tengo tiempo para ir con ellos cuando quedan fuera del trabajo porque tengo un montón de cosas que hacer. Así que, además de que soy una zorra, también tengo que oír soy una esnob. Fantástico. Que os den, cerdos.

»En mi familia, Dylan y yo somos los únicos que no tenemos una carrera. Mi padre tampoco tiene. Y que mi madre se fuese con otro hombre fue la guinda del pastel. Así que la mayoría de nuestros parientes nos miran por encima del hombro. No soporto las cenas familiares. Todos se sienten superiores. Odio los consejos condescendientes disfrazados de preocupación y de amor fingido. Me parece ordinario. Es una mierda, y lo rechazo. Eso le rompe el corazón a mi padre porque él sí quiere a esos capullos. Y a mí me duele, porque yo quiero mucho a mi padre. Las carreras y el dinero pueden ser muy útiles, pero los valores no se pueden comprar, ni el corazón tampoco.

»Me levanto todas las mañanas y me obligo a trabajar porque veo a ese hombre maravilloso, mi padre, trabajar más duro que nadie que haya conocido nunca por su familia. No podría respetarlo más, y quiero ser como él.

»Trabajo duro no porque quiera demostrarles a todos que soy capaz. Trabajo duro porque me lo quiero demostrar a mí misma. Y lo haré. Puedo ayudar a mi familia con esto. Nunca hemos ido bien de dinero, pero yo puedo ayudar a mi padre. Puedo darle lo que se merece. Y a Dylan también. Siempre ha sido muy blando y se toma muy mal que la gente hable mal de nuestra familia. Hay muchos obstáculos que podrían detenerme si lo permitiera, pero no puedo dejar que nada me importe, y no lo pienso hacer. Porque no pienso sacrificar mi mundo solo para estar en el de los demás. Quiero mi propio mundo, en el que estén todas las personas que me importan.

Bajó la vista y respiró hondo. La observé terminarse el bocadillo en silencio, beber de la botella y limpiarse la boca con el dorso de la mano. Como una niña.

Pero era una mujer. Una mujer con corazón de niña. Una niña que tenía los sentimientos a flor de piel, que iba con el corazón en la mano, pero que había aprendido a protegerlo con uñas y dientes.

¿Era extraño que por mucho que hubiese intentado olvidarla no lo hubiera conseguido? ¿Por qué quería formar parte de su mundo tan desesperadamente?

—Kara —dije bruscamente—. ¿Estoy en él?

Levantó la vista y nuestros ojos se encontraron. Me sostuvo la mirada. Todo lo que quería, aun sin saber que lo quería... estaba en sus ojos.

—Sabes que sí, Cam —susurró—. Solo te escondiste de mí un tiempo. Pero ahora estás aquí.

Di un paso al frente. Ella bajó las piernas de la encimera para poder rodearme la cintura con ellas. Puse las manos en la parte baja de su espalda y la atraje a mí.

—Lo estoy —murmuré—. Y me gustaría quedarme.

—Pues quédate. —Apoyó la barbilla en mi hombro y me rodeó el torso con los brazos—. Pero quiero que hagas algo por mí.

«Cualquier cosa», pensé.

—¿El qué?

—Quiero que... aceptes aquello que es importante para mí y que no hagas lo que tú creas que es mejor para mí a mis espaldas. Puedo trabajar duro, aceptar todas las críticas de la gente y que me importe una mierda. Además, soy capaz de devolvérselas. Así que no te preocupes por Andrew. No quiero que me prestes el dinero. Tengo ahorros.

—Vale. Aunque lo de mi moto debe de haberlos menguado bastante.

—Bueno, tuve que usar el dinero que reservaba para la matrícula del

próximo semestre.

—Mierda. Soy un hijo de puta. Te lo voy a devolver.

Se apartó.

—¿Ah, sí? —Su tono de voz indicaba que no lo pensaba aceptar. Jugueteeó con las puntas de mi pelo, enrollándoselas en el dedo—. ¿Sabes qué? Desde la primera vez que te vi, me he preguntado cómo sería acariciarte el pelo. Es negrísimo, y muy suave, y tiene unos rizos perfectos. ¿Qué champú usas?

Me reí.

—El que haya en el cuarto de baño.

Tiró de él.

—¡Ay! No lo sé. El que pille en la tienda. No soy quisquilloso.

Apoyó la mejilla de nuevo sobre mi hombro y se restregó.

—Oye, Cam...

—¿Sí?

—¿Por qué lo hiciste?

—Hacer ¿qué?

—Chantajearme para que te llevase en coche. No me necesitabas. Tienes tu propio vehículo.

—Yo... —Hice una pausa—. Creo que simplemente lo sabía. Te deseaba. Te deseo.

—Quieres decir... ¿desde la primera vez que me viste?

Le acaricié la espalda y la besé en el hombro.

—Sí —susurré—. Te vi ese día y supe que tenía que volver a verte...

—Bueno, pues sigue viéndome y no te vuelvas a ir a ninguna parte.

Le mordisqueé el hombro.

—¿Cam?

—Dime.

—Ahora estoy llena y tengo sueño.

—Bueno, pues vamos.

La cogí de las caderas y la levanté. Me rodeó con las piernas y los brazos. La tumbé en la cama, me acosté junto a ella y la abracé.

—Es tan... nuevo. Estar aquí contigo —dijo en voz baja—. Me siento muy bien.

«Y yo también», pensé.

Meneó el culo contra mí y apreté la mandíbula mientras ella intentaba buscar la postura más cómoda.

—Buenas noches, Cam.

Suspiré contra su pelo y la rodeé con un brazo.

—Buenas noches, nena.

—Hasta mañana.

La besé en el pelo y la acerqué más a mí. Nunca, en toda mi vida, había abrazado a nadie así, ni había querido hacerlo, pero ahora parecía que nunca tenía bastante. Y me sentía como si no pudiese renunciar a ello.

Pensaba que se había dormido, pero volvió a menear el culo. Suspiré.

—Kara... —le advertí en tono serio.

Ella exhaló, feliz.

—Háblame de tu infancia. Solo un poco. Cuéntame un recuerdo feliz.

Me quedé en silencio unos instantes. Ella entrelazó sus dedos con los míos, encajando nuestras manos. Me acarició desde la punta del dedo hasta los nudillos, despacio, y continuó haciendo lo mismo con todos los dedos. Sus suaves caricias evocaron una respuesta en mí.

—Un recuerdo feliz...

Noté que asentía.

—Cualquier cosa —añadió.

—Volver a casa del colegio por la tarde —dije al cabo de un instante.

—Deseando jugar con tus videojuegos, ¿no? Libertad.

—No, nada de eso —respondí.

—¿La libertad? ¿Qué hay mejor que eso?

Sonreí contra su pelo. Por supuesto que ella pensaba eso.

—¿Qué podría ser mejor que eso? —insistió.

—Mi madre esperándome en la cocina —contesté—. Cocinando algo para mí.

Se quedó quieta y, tras un segundo, me estrechó la mano.

Cuéntame más. Descríbemelo. ¿Qué cocinaba?

—Cualquier cosa, no sé. ¿Tortitas? Unas tortitas enormes. Un montón de tortitas del tamaño del plato.

—Tu madre debe de ser buena cocinera.

—No es capaz ni de freír un huevo. No es un recuerdo. Me lo acabo de inventar —confesé—. No tengo ningún recuerdo feliz de mi infancia excepto los del tiempo que pasé en... en el laberinto. Y ahora mismo no quiero hablar de ello.

—Entendido.

—Cuéntame uno tú —dije al percibir su tristeza. «No debería haber dicho nada», pensé—. Un recuerdo feliz. Con tu padre y con Dylan.

—Cuando mi padre no tenía mucho trabajo solíamos ir a la playa durante el fin de semana. Dylan y yo construíamos castillos de arena o jugábamos a derribar a mi padre sobre la arena. Mi padre fingía que pesábamos tanto que no podía levantarse, y luego le cubríamos el cuerpo entero con arena mojada. Una vez le hice una cola de sirena y me dijo que era la cosa más maravillosa del mundo.

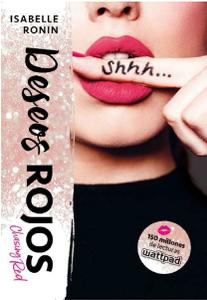
Compartió otro recuerdo conmigo tras ese, y otro. Había perdido la noción del tiempo. Me hacía reír, y me di cuenta de que en un año no me había reído tanto como en esa noche con ella. Me hacía... feliz. Y no podía más que desear hacerla a ella igual de feliz.

—Kara —dije en voz baja—. Vámonos a dormir.

—Vale. —Puso mi brazo alrededor de su cuerpo y meneó el culo contra mí para acercarse más—. Construiremos buenos recuerdos, recuerdos felices —prometió—. Muchos.

Estábamos empezando una relación, una que ninguno de los dos esperaba ni se parecía a ninguna que hubiese tenido antes. Estar con ella era como estar montado constantemente en una montaña rusa, y yo no habría querido de fuera de otro modo. Pero los días siguientes tuvimos que hacer frente a varios problemas que, igual que nuestra relación, ninguno de los dos había anticipado. Pensaba que estaba preparado para afrontarlos... Pero el destino tenía otros planes.

Llega aquello que todos los fans de «Chasing Red» estaban esperando: la historia de Kara y Cameron.



Regla número uno: mantén tu mundo bajo control.

Regla número dos: aléjate del amor de tu vida.

Regla número tres: no hay reglas. Las romperás de todos modos y nunca volverás a ser la misma persona.

Me llamo Cameron St. Lauren, aunque mi apellido bien podría ser «Autodestrucción». Me oculto entre mentiras para evitar que descubran cómo soy en realidad. Por lo menos, esto es lo que me digo, porque la verdad es demasiado dolorosa.

Miento para alejarme de Kara, el amor de mi vida, la chica que necesito tanto como el aire que respiro.

Y la verdad es que no puedo estar a su lado. No podemos estar juntos. Y esto no puedo soportarlo...

ISABELLE RONIN es una escritora que se dio a conocer en Wattpad. *Chasing Red* se convirtió en una de las historias más leídas de la plataforma en 2016, con más de 180 millones de lecturas. Cuando no está escribiendo, Isabelle se escapa a las librerías y cafeterías y, cuando puede, a la playa. Puedes leer sus historias en Wattpad.

Título original: *Spitfire in love*

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Isabelle Ronin

Autora representada por Wattpad

Publicado originalmente por Macmillan Childrens Books, un sello de Pan Macmillan,
Macmillan Publishers International Limited

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Elena Macian Masip, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Shutterstock / Jacob Lund

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-90439-09-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Deseos rojos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Sobre este libro

Sobre Isabelle Ronin

Créditos